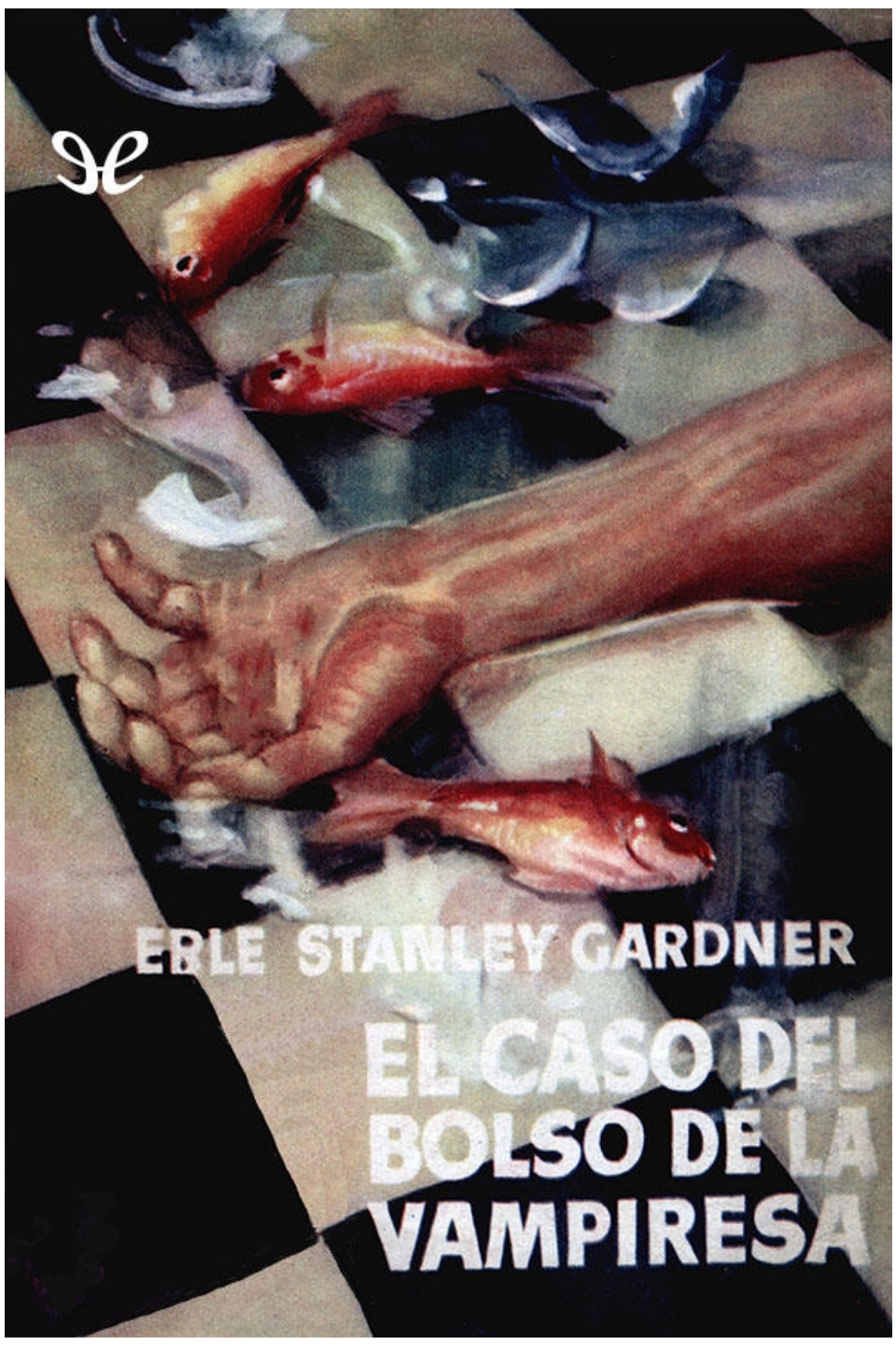




se

ERLE STANLEY GARDNER

EL CASO DEL BOLSO DE LA VAMPIRESA

Unos pececillos dorados y el bolso de una joven seductora y codiciosa, lo que vulgarmente se llama una vampiresa, juegan el papel principal en la trama de la narración.

El indispensable asesinato que sirve de base a la novela, aparece esta vez tan embrollado e indescifrable, que se necesita toda la eficacia dialéctica y todo el simpático dinamismo del abogado Perry Mason para llegar a una conclusión lógica y terminante.

Como en otras obras del mismo autor, el infatigable Mason, con la eficiente ayuda de su secretaria, ha de vencer muchos obstáculos y enfrentarse tenazmente con el policía Tragg.

Pero esta vez el interesante y conocido personaje consigue uno de sus más espectaculares triunfos.



Erle Stanley Gardner

El caso del bolso de la vampiresa

Perry Mason - 26

ePub r1.0

Titivillus 17.10.2017

Título original: *The Case of the Purse*
Goldigger's

Erle Stanley Gardner, 1945

Traducción: Luís Enrique De Juan

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



I

Sentado ante la mesa del restaurante, Perry Mason levantó la vista hacia el rostro de expresión nerviosa y tensa del individuo que en aquel momento dejaba a su espectacular compañera para avanzar hacia él.

—¿Ha dicho usted que deseaba consultarme sobre un pececillo dorado? —preguntó el joven abogado con una expresión de incredulidad en su sonriente rostro.

—Si —contestó el hombre.

Mason movió la cabeza.

—Temo que mis honorarios resulten excesivamente elevados para usted... —murmuró.

—Me importa muy poco lo que usted pueda cobrar. Estoy en condiciones de pagar cualquier cantidad razonable, y lo haré, señor Mason.

El abogado replicó en tono suave a la vez que firme:

—Lo siento, señor. Pero acabo de poner punto final a un caso bastante difícil y no dispongo de tiempo, ni siento el menor deseo de entretenerme con sus pececillos. Yo...

En aquel mismo instante, un individuo de elevada estatura y aspecto digno se acercó a la mesa, dirigiéndose al hombre que estaba mirando a Mason con gesto ceñudo.

—¿Es usted Harrington Faulkner? —preguntó el recién llegado.

—Sí —repuso el aludido en el tono de quien está acostumbrado a dar órdenes—. Pero ya puede usted ver que en este momento estoy ocupado. Así que le ruego...

Una mano del individuo de elevada estatura desapareció rápidamente en el bolsillo interior de su americana, y un segundo después depositaba un papel doblado en las manos de Faulkner.

—Copia de una citación y una demanda: caso de Carson contra Faulkner. Difamación, cien mil dólares. Aquí está la citación

original. Le ruego que examine con atención la firma del escribano y el sello del tribunal. No es preciso que monte usted en cólera. Esto forma parte de mi trabajo. Si no entregara yo la citación, lo haría cualquier otro. Consulte con su abogado. Dispone usted de diez días para responder. Si el demandante no tiene derecho a nada, nada podrá hacerle a usted. En caso contrario, mala suerte, amigo. Yo soy simplemente el encargado de entregar el documento. Repito que no vale la pena de que se encohere usted, señor Faulkner. Muchas gracias. Buenas noches a todos.

Las palabras habían brotado de sus labios con tal rapidez, que hirieron los oídos de los presentes como el golpeteo del granizo en un tejado.

Acto seguido, el funcionario giró sobre sus talones con velocidad vertiginosa y desapareció entre un grupo de clientes que en aquel momento salían del restaurante.

Por su parte, Harrington Faulkner, como si estuviera bajo los efectos de una pesadilla, se guardó los papeles en el bolsillo y, sin despegar los labios, echó a andar hacia la mesa que ocupaba, para hacer de nuevo compañía a su invitada.

Mason le miró con expresión pensativa. El camarero no tardó en aproximarse a la mesa, y el abogado sonrió a Della Street, su secretaria, y se volvió para mirar a Paul Drake, el detective particular, que había entrado en el local unos minutos antes.

—¿Nos acompaña usted, Paul?

—Una taza grande de café y un pedazo de pastel de carne es todo lo que deseo en este momento —dijo por toda respuesta el detective.

Mason repitió el encargo al camarero.

—¿Qué le parece esa muchacha? —preguntó a Della Street luego que se hubo alejado el camarero.

—¿La que acompaña a Faulkner?

—Sí.

La secretaria del abogado se echó a reír.

—Creo que si Faulkner continúa saliendo con ella no tardará en recibir una nueva citación.

Drake se inclinó hacia adelante para mirar fuera del reservado que ocupaban.

—Le echaré una ojeada —anunció y, un segundo después,

dejaba escapar una exclamación de sorpresa—: ¡Oh! ¡Qué mujer más formidable!

Los vivos y pensativos ojos de Mason continuaban observando a la pareja.

—No armonizan —afirmó al cabo de un prolongado silencio.

—Repáre en su atavío —continuó Drake—. El vestido, perfectamente ajustado al cuerpo; las pestañas, larguísimas; las uñas, de un rojo vivo como la sangre. Mirarse en esos ojos y olvidarse de la citación que lleva en el bolsillo ha sido todo uno. Apuesto cualquier cosa a que no la leerá hasta que... Pero parece que vuelve. Perry —concluyó.

Con un ademán brusco, Faulkner apartó la silla en que estaba sentado, se puso en pie sin dirigir la palabra a su compañera y avanzó con paso resuelto hacia la mesa ocupada por Mason y sus amigos.

—Señor Mason —comenzó el hombre en el tono del que está dispuesto a hacerse oír a toda costa—, acaba de ocurrírseme que tal vez haya interpretado usted erróneamente la naturaleza del caso sobre el que quiero consultarle. Al decir que se trataba de un pececillo dorado, posiblemente pensó usted que se trataría de un caso de poca monta. Nada más lejos de la verdad. Ese pececillo de que le hablo es un soberbio ejemplar del «Veiltail Moor Telescope». En el asunto intervienen también un socio sin escrúpulos, una fórmula secreta para curar la enfermedad de las agallas y una vampiresa.

Mason contempló el rostro, lleno de ansiedad, del hombre que se hallaba de pie ante él, y tuvo que hacer esfuerzos para no sonreír.

—Un pececillo dorado y una vampiresa —murmuró—. Bien, muy bien. Quizá sea mejor que oigamos todos los detalles. ¿Qué le parece a usted si acerca una silla a nuestra mesa y nos pone al corriente del asunto?

El rostro del hombre irradió satisfacción.

—Eso quiere decir que se encargará usted del caso y...

—Sólo he querido decir, señor Faulkner, que estoy dispuesto a escucharle con la mayor atención —se apresuró a responder Mason—. Mi secretaria, la señorita Della Street, y Paul Drake, director de la Agencia de Investigaciones Drake. ¿No quiere usted invitar a su acompañante a que tome asiento con nosotros...?

—¡Oh! No vale la pena. Que siga donde está.

—¿No se molestará? —inquirió Mason.

Faulkner hizo un movimiento de cabeza.

—¿Quién es? —preguntó el abogado.

Sin modificar lo más mínimo el tono de su voz, Faulkner contestó:

—Es la vampiresa.

Drake se apresuró a intervenir en la conversación, diciendo en tono de advertencia:

—Si deja usted a esa joven sola en la mesa, ya verá cómo la encuentra acompañada cuando regrese.

—Con gusto daría mil dólares al hombre que me la quitara de encima —repuso Faulkner con fervor.

—Pues yo acepto el encargo por quinientos —repuso sonriendo Drake—. Es una ganga a mitad de precio.

Faulkner contempló al detective con expresión seria y aproximó una silla. La joven que había dejado abandonada en la otra mesa se limitó a dirigirle una ligera mirada e inmediatamente empezó a inspeccionar su tocado, haciéndolo con el cuidado del buen comerciante que pasa revista a sus mercancías de más valor.

II

—Ni siquiera se ha molestado usted en leer el documento que le ha entregado el funcionario judicial —dijo Perry Mason a Faulkner.

Éste alzó los hombros como si no concediera la menor importancia al asunto.

—No necesito hacerlo. Forma parte de una campaña organizada con el propósito de molestarme todo lo posible.

—¿A cuánto asciende la demanda?

—A cien mil dólares, según ha dicho el individuo que me entregó la citación.

—¿Y tan poco le interesa que no se ha molestado en leerla? —inquirió Mason.

—Nada de lo que haga o pueda hacer Elmer Carson para fastidiarme me interesa en absoluto, señor Mason —repuso Faulkner.

—Hábleme del pececillo dorado —pidió Mason a continuación.

—El «Veiltail Moor Telescope» es un pez al que se le concede un gran valor. Los profanos no lo considerarían un pez dorado, ya que no es rojo ni amarillo, sino negro.

—¿Todo él? —preguntó Mason.

—Incluso los ojos.

—Dígame, señor Faulkner, ¿qué es un pez «telescope»? —quiso saber Drake.

—Una pequeña carpa lograda por el cruce de distintas especies. Se le llama «telescopio» porque sus ojos se le salen de las cuencas a veces hasta un cuarto de pulgada.

—¿Y no resulta un tanto... desagradable a la vista? —murmuró Della.

—Tal vez se lo resulte a los profanos. Incluso hay personas que le llaman el «pez de la muerte» en vez de «Veiltail Moor Telescope». Pero eso no es más que pura y simple superstición, fruto de la forma

en que muchos seres humanos reaccionan ante todo lo que es negro.

—Dudo mucho que me gustaran esos peces —afirmó Della Street con acento de convicción.

—Lo mismo les ocurre a muchas personas —admitió Faulkner en el tono de quien no concede un especial interés a la cuestión—. Camarero, ¿quiere usted traer a esta mesa lo que he pedido?

—En el acto, señor. ¿Y lo que ha pedido la señora?

—Sírvaselo en la otra mesa.

—Perdóneme, señor Faulkner —se apresuró a decir Mason—. No estoy muy seguro de que me guste la forma que tiene usted de proceder. Independientemente de lo que pueda ser esa joven, estaba usted cenando con ella...

—Le aseguro que carece de toda importancia, señor Mason. No se molestará. Tampoco le interesa lo más mínimo el asunto del cual quiero hablarle a usted.

—Entonces ¿qué es lo que le interesa? —inquirió Mason.

—El dinero.

—¿Cómo se llama?

—Sally Madison.

—¿Y le está haciendo a usted objeto de un chantaje?

—Así es —repuso Faulkner.

—No obstante, la ha invitado usted a cenar.

—¡Qué remedio!

—Y luego la deja usted sola... —dijo Della Street interviniendo en el diálogo.

—Señorita, yo deseo hablar de negocios con su jefe. Esto no puede interesarle a ella. Esa joven comprende perfectamente la situación. Les aseguro que no hay necesidad alguna de que nos preocupemos de ella.

Drake dirigió una rápida mirada a su amigo el abogado. En aquel instante el camarero empezó a depositar sobre la mesa el pastel de carne y el café para el detective, dos combinados de camarones para Mason y su secretaria y el «consomé» de Harrington Faulkner.

Mientras tanto, en la mesa que había abandonado Faulkner, Sally Madison daba fin al retoque de su maquillaje y adoptaba una expresión de completa modestia. Parecía no sentir el menor interés hacia Harrington Faulkner ni hacia las personas entre las que éste se

encontraba en aquel instante.

—Al parecer, no está usted muy enfadado con ella —dijo Mason a guisa de comentario.

—De ningún modo —se apresuró a responder Faulkner—. Le aseguro que es una joven muy simpática... para tratarse de una vampiresa.

—Si no piensa usted leer esa demanda y la citación que la acompaña, me gustaría echarle un vistazo —afirmó de pronto el abogado.

Faulkner le entregó en silencio los papeles. Mason desplegó los documentos, que leyó rápidamente, y a continuación dijo:

—Por lo que se desprende de la demanda, ese tal Elmer Carson afirma que usted le ha acusado en repetidas ocasiones de haber molestado a los pececillos; que la acusación es falsa y malintencionada, y exige diez mil dólares por daños y perjuicios y noventa mil más como pena.

Faulkner, sin embargo, demostró muy escaso interés por las peticiones de Elmer Carson.

—Ni una sola palabra de todo eso es cierta —contestó.

—¿Quién es ese caballero?

—Mi socio.

—¿En el negocio de los pececillos dorados?

—¡Dios santo, no! Lo de los peces es mi manía. El negocio nuestro es de bienes raíces, y tenemos formada una sociedad anónima. Cada uno de nosotros posee una tercera parte de las acciones y el resto pertenece a Genevieve Faulkner.

—¿Su esposa?

Faulkner se aclaró la garganta antes de responder, hasta que al fin dijo con manifiesta turbación:

—Mi ex esposa. Nos divorciamos hace cinco años.

—¿Y usted y Carson no se llevan bien?

—No. Por alguna razón que ignoro, se ha producido un súbito cambio en él. Pero le he dirigido un ultimátum. Le he exigido que me hiciera una oferta para comprar mi parte en el negocio, o bien que me vendiera la suya, y ahora anda con rodeos y aplazamientos a fin de obtener las mejores condiciones posibles. Pese a todo, este asunto no tiene importancia alguna, señor Mason. Puedo resolverlo por mí mismo. Lo que yo quiero pedirle a usted es que proteja a mis

peces.

—¿No desea usted consultarme sobre esa denuncia por calumnia?

—No, no. No vale la pena. Dispongo de diez días para solventarlo. Pueden ocurrir muchas cosas en ese lapso de tiempo.

—¿Tampoco quiere hablarme de la vampiresa?

—No. Tampoco me preocupa esa mujer.

—Entonces ¿sólo se trata de los pececillos dorados?

—Eso es. Pero téngalo usted presente, señor Mason. Tanto mi socio como la vampiresa desempeñan un papel en el asunto.

—¿Podríamos saber por qué razón siente usted tanta preocupación por sus peces?

—Esa especie particular de «Veiltail Moor Telescope» es creación mía, señor Mason, y me siento orgulloso de mi obra. No puede usted imaginarse el esfuerzo físico que me ha costado obtener ese tipo de peces. Pero ahora están amenazados de extinción a causa de una enfermedad que padecen en las agallas, enfermedad que intencionadamente fue propagada en mi acuario por Elmer Carson.

—En la querella que ha presentado, Carson afirma que usted le acusa de haber tratado deliberadamente de matar a esos peces, y éste es el motivo de que exija daños y perjuicios.

—Pese a lo que él diga, es cierto que trató de matarlos.

—¿Puede usted probarlo? —inquirió Mason.

—Probablemente, no —reconoció Faulkner con acento pesados.

—Entonces tendrá usted que pagar una fuerte suma en concepto de daños y perjuicios —afirmó el abogado.

—Tiene usted razón —murmuró Faulkner sin el menor titubeo, como si semejante posibilidad no le preocupara excesivamente.

—No parece afligirle a usted mucho ese peligro, señor Faulkner —comentó Mason.

—No es posible cruzar los puentes antes de haber llegado a ellos —afirmó Faulkner—. Ya tengo bastantes dificultades ante mí. Pero temo que no le haya aclarado lo suficiente la situación. Todo lo que Carson pueda hacer para molestarme me importa un comino. Lo que me interesa por encima de todo es la salvación de mis peces. Carson sabe que están medio muertos. Es verdad. Por culpa suya se encuentran en ese estado. También sabe que deseo retirarlos de donde están para aplicarles un tratamiento adecuado. Ésta es la

causa de que haya presentado la querrela afirmando que los peces son propiedad de la sociedad y no mía. Es decir, sostiene que los peces forman parte de los bienes de nuestra sociedad comercial y que yo le he amenazado con llevarme el tanque y los peces a mi domicilio. Como esto constituiría una partición de la propiedad colectiva, ha logrado que un juez firmara un mandamiento temporal en virtud del cual se me impide sacar nada de nuestras oficinas... ¡Y lo peor del caso es que tiene razón! El condenado tanque forma parte de los bienes de la sociedad... Pero yo deseo que consiga usted la anulación de esa orden del juez. Quiero establecer de un modo legal que los peces son de mi propiedad individual. Necesito que ese mandamiento judicial quede sin efecto inmediatamente, y estoy convencido de que usted es la única persona que puede lograrlo.

Mason miró a Sally Madison. La joven no parecía sentir interés alguno por la conversación que sostenían. Una expresión de completa inocencia aparecía reflejada en su rostro con la misma fijeza que los dibujos en las tazas de porcelana.

—¿Está usted casado? —preguntó Mason pasados unos instantes—. Quiero decir si ha vuelto usted a casarse después de su divorcio.

—Sí.

—¿Cuándo comenzó usted a entenderse con la señorita Sally Madison?

En el rostro de Faulkner apareció una fugaz expresión de sorpresa.

—¿Entenderme con Sally Madison? —exclamó en tono de incredulidad—. ¡Dios mío! ¡Yo no me entiendo con ella en el sentido que usted da a esa palabra!

—Creí haberle oído decir que esa joven era una vampiresa.

—Y lo es.

—También creo que ha dicho usted que le estaba haciendo objeto de un chantaje.

—Y es verdad.

—Pues nada de eso me aclara la situación —afirmó Mason y tras una breve pausa, y como si hubiera tomado una repentina decisión, agregó—: Si me lo permiten ustedes, y el señor Faulkner no tiene inconveniente, creo que lo mejor será que vaya a conversar un momento con la vampiresa y me informe de lo que ella piensa

respecto al asunto.

Sólo esperó el signo de asentimiento de Della Street, y sin dirigir la más leve mirada a Faulkner, se levantó de su silla y cruzó el local en dirección a la mesa ocupada por Sally Madison.

—Buenas noches —dijo—. Me llamo Mason, y soy abogado.

Las largas pestañas de la joven se alzaron y sus oscuros ojos contemplaron al abogado con la irónica seguridad de un especulador que está examinando una propiedad que se le ofrece en venta.

—Sí, ya sé. Es usted Perry Mason.

—¿Me permite que me siente?

—Desde luego.

Mason acercó una silla a la mesa y se dejó caer en ella.

—Tengo el presentimiento de que este caso acabará gustándome —aseguró a la joven.

—Confío en que así sea. El señor Faulkner tiene verdadera necesidad de un buen abogado.

—Pero si aceptara representar al señor Faulkner, esto podría tener como consecuencia entrar en pugna con los intereses de usted —afirmó Mason.

—Sí, eso creo.

—Por lo mismo, mi actuación en el asunto podría disminuir la cantidad de dinero que le tocara percibir a usted.

—¡Oh! No soy de la misma opinión, señor Mason —repuso la joven con el convencimiento de quien cree ocupar una posición inexpugnable.

Mason observó a Sally Madison con mirada burlona.

—¿Cuánto pide usted al señor Faulkner? —preguntó a la joven.

—Hoy, cinco mil dólares.

Perry Mason esbozó una ligera sonrisa.

—¿Hoy? ¿Cuánto era ayer?

—Cuatro mil.

—¿Y anteayer?

—Tres mil.

—¿Y cuánto será mañana?

—Lo ignoro. Pero estoy convencida de que me entregará los cinco mil esta misma noche.

Mason estudió atentamente las inexpresivas facciones de la

joven, a la vez que en los ojos del abogado brillaba el profundo interés que empezaba a sentir por aquel asunto.

—Faulkner afirma que es usted una vampiresa.

—No es extraño que lo crea.

—¿Lo es usted de veras?

—Tal vez. El caso es que no lo sé de cierto. Probablemente lo soy. Pero si el señor Faulkner desea arrojar piedras a diestro y siniestro, que empiece hablando de sí mismo. ¡Es un miserable avaro!... ¡Oh! Pero ¡a qué hablar! No me comprendería usted.

Mason se echó a reír.

—Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para comprender todo este asunto —afirmó—. Pero hasta el momento no he tenido un gran éxito que digamos en mi empeño. ¿No quiere usted informarme de lo que se trata? Hábleme; dígame algo, se lo ruego.

—Mi intervención en el asunto no puede ser más sencilla —repuso Sally Madison—. Deseo que Harrington Faulkner me dé dinero.

—¿Y por qué cree usted que Faulkner debe darle dinero?

—Desea que sus pececillos se curen, ¿no es así?

—Eso creo. Pero no acierto a ver la menor relación entre una cosa y otra.

Por primera vez desde que Mason había tomado asiento ante la joven, un asomo de expresión luchó por insinuarse en aquel rostro cubierto de maquillaje.

—Señor Mason, ¿ha tenido usted alguna vez enferma de tuberculosis a una persona que amara de veras?

Un gesto de perplejidad se reflejó en el rostro del abogado, que sacudió la cabeza para negar.

—Continúe usted —masculló.

—Harrington Faulkner es hombre de dinero. Posee tanto, que nunca en su vida echaría de menos cinco mil dólares. Ha gastado miles y miles en su manía. ¡Sólo Dios sabe cuánto dinero ha invertido en esos peces negros! Es enormemente rico, y no posee la menor idea de cómo puede gozar de su dinero o de cómo debe emplearlo para que proporcione algún bien a él o a algún otro. Ese hombre continuará amontonando oro hasta el día en que se vaya de este mundo. Entonces su esposa, una mujer sin corazón, heredará su fortuna. Es un avaro para todo menos para lo que se relaciona con

sus peces. Pero, mientras tanto, Tom Gridley está enfermo de tuberculosis. El médico le ha recomendado absoluto reposo y que deseché toda preocupación. Mas ¿qué posibilidad tiene Tom de seguir las recomendaciones del médico si trabaja por veintisiete dólares a la semana nueve horas al día, en una tienda de animales domésticos instalada en un local húmedo y maloliente?... No puede tomar el sol más que los domingos. Eso no es suficiente para reanimarle ni devolverle la salud. El señor Faulkner está bajo los efectos de un ataque de nervios porque unos cuantos peces negros se están muriendo a consecuencia de una enfermedad que ha atacado a sus agallas; pero, en cambio, sería capaz de mirar a Tom con la mayor indiferencia si le viera morir de tuberculosis y menospreciaría por completo sus sufrimientos alegando que no era asunto suyo.

—Continúe —pidió Mason a la joven, que había hecho una pausa.

—No tengo nada más que decir.

—¿Qué tiene que ver Tom Gridley con Faulkner? —inquirió el abogado.

—¿No se lo ha dicho él?

—No.

La joven dejó escapar un suspiro de indignación.

—Pero ¡si ha ido a verle para eso!

—Tal vez sea mía la culpa —dijo en son de disculpa Mason—. Me aparté del asunto. Mi impresión era que usted trataba de hacerle víctima de un chantaje.

—Y así es —repuso la joven con candorosa seguridad.

—Pero no en la forma que yo suponía —dijo Mason.

—¿Sabe usted algo referente a los pececillos dorados, señor Mason?

—Nada en absoluto —reconoció el abogado.

—Yo tampoco —repuso la joven—. Pero Tom es un verdadero experto en la materia. Los peces, que son el más preciado tesoro del señor Faulkner, padecen una enfermedad que ataca a sus agallas. Tom dispone de un tratamiento que cura ese mal. El único tratamiento existente, aparte del que acabo de mencionar, es uno en el que se utiliza el sulfato de cobre. Pero con harta frecuencia resulta fatal para los peces, siendo, además, de dudosos efectos en

lo que a la enfermedad se refiere. Unas veces da buenos resultados y otras no, sin saberse a punto fijo por qué.

—Dígame algo más del tratamiento de Tom.

—Es un secreto. Sin embargo, puedo decirle algo sobre él. En lugar de tratarse de un procedimiento de efectos inmediatos, lo que podría perjudicar a los animalitos, es de aplicación muy suave y de resultados totalmente beneficiosos. Una de las mayores dificultades en el tratamiento de las enfermedades de los peces a base de echar cosas en el agua es que el medicamento debe mezclarse perfectamente con el líquido, aunque luego, al asentarse, suele concentrarse en los lugares menos convenientes. Si el remedio aplicado es más pesado que el agua, se asentará en el fondo, y si lo es menos, ascenderá a la superficie.

—¿Cómo sortea Tom tales inconvenientes? —preguntó Mason con inesperado interés.

—Eso también puedo explicárselo. Extiende el remedio sobre un tablero de material plástico que introduce luego en la pecera, y lo va cambiando a intervalos regulares.

—¿Y da buenos resultados? —preguntó Mason.

—¡Ya lo creo! Los ha dado, por ejemplo, con los peces del señor Faulkner.

—Pero yo creía que aún estaban enfermos.

—Y lo están.

—Eso quiere decir que el remedio de Tom no ha dado los resultados apetecidos.

—¡Oh! No me entiende usted, señor Mason. Escuche, por favor. Tom deseaba continuar con su tratamiento y curar por completo a los peces, pero yo no se lo permití. Entregué al señor Faulkner la cantidad justa para evitar que se murieran los animalitos, y dije a ese señor que si deseaba cooperar como capitalista en el invento de Tom estábamos dispuestos a cederle la mitad del negocio, debiéndose cuidar él de lanzarlo al mercado. Tom es uno de esos muchachos sencillos que confían en todo el mundo. Es químico, y siempre está haciendo experimentos, en busca de nuevas medicinas. Descubrió un remedio contra el catarro canino, y se lo regaló a David Rawlins, el dueño de la tienda de animales domésticos. Rawlins le dio las gracias por el obsequio, pero ni siquiera se dignó aumentarle el sueldo. Sin embargo, no se le puede censurar

demasiado por ello, pues su problema salta a la vista. Es imposible hacer un gran negocio y ganar mucho dinero vendiendo animales domésticos, a menos que se disponga de un gran local. Pero, de todas formas, hace trabajar demasiado a Tom y... el hombre gana algún dinero con el invento de Tom para el catarro canino.

—¿Son éstos los dos únicos remedios que ha inventado Tom? —inquirió Mason.

—¡Oh, no! Ha hecho otras muchas cosas, pero siempre tropieza con alguien que le roba las fórmulas... Mas esta vez decidí que las cosas debían cambiar. Yo misma me encargué del asunto. El señor Faulkner tenía que dar a Tom cinco mil dólares y abonarle, además, un tanto por ciento de las ventas que pudieran realizarse más tarde. Estoy dispuesta a considerar esa cantidad como un anticipo sobre la mitad de las ganancias, pero sólo sobre la mitad.

—Sospecho que en nuestro país no habrá un gran número de aficionados a los pececillos dorados —dijo Mason en son de comentario.

—Pues yo opino lo contrario. Creo que hay mucha gente que padece esa manía.

—Pese a todo, ¿cree usted que se producirán las suficientes enfermedades de las agallas en los peces para que el señor Faulkner obtenga algún beneficio de una inversión de la magnitud que ustedes le exigen?

—Ni lo sé ni me importa. Lo único que a mí me interesa de veras es que Tom pueda irse al campo, tomar el sol y aspirar aire puro. Tiene que descansar durante algún tiempo. Me han asegurado que se restablecería por completo si lo hiciera. De lo contrario, las cosas irán de mal en peor hasta que ya no haya remedio. Estoy dispuesta a proporcionar al señor Faulkner una oportunidad de curar a sus queridos peces y de disponer de una medicina que le permita seguir criándolos sin el riesgo de futuras infecciones, y eso vale mucho dinero para él. Si tenemos en cuenta lo mucho que ha gastado en los dichosos peces, puede afirmarse que el remedio le sale muy barato.

Mason sonrió.

—Pero usted aumenta el precio en mil dólares por cada día que transcurre.

—Así es.

—¿Por qué razón?

—Faulkner ha tratado de engañarme. Afirma que Tom completó su descubrimiento mientras trabajaba para Rawlins y que, por lo mismo, el invento pertenece exclusivamente a este último. Por otro lado, dice y repite que, a menos que Tom se decida a curar a sus peces definitivamente, comprará una parte del negocio de Rawlins y entablará una querrela judicial contra Tom para que éste le haga entrega de la fórmula. El señor Faulkner es un hombre cruel e inhumano, y yo procuro tratar con él de la única forma que ese hombre puede comprender... con toda crueldad.

—¿Puedo saber qué representa para usted Tom Gridley? —preguntó Mason.

La joven miró al abogado fijamente.

—Es mi novio —repuso al cabo de un instante.

Mason se limitó a sonreír.

—Bien —exclamó—. No es extraño que Faulkner la considere una vampiresa. Por su modo de expresarse, creí que le había estado haciendo el amor y que usted trataba de aprovecharse de la situación.

La joven miró con expresión desdeñosa a Harrington Faulkner; luego sus ojos se posaron en Perry Mason.

—El señor Faulkner jamás le ha hecho el amor a nadie —dijo fríamente y, tras una pausa, añadió—: Excepción hecha de sus pececillos dorados, se entiende.

—¿No está casado? —preguntó Mason acompañando sus palabras con una sonrisa.

—Eso es lo que trato de decir... Un pececillo dorado.

—¿Su esposa?

—Sí.

El camarero se acercó con una bandeja repleta.

—¿Le sirvo en esta mesa, señor? —preguntó a Mason.

El abogado miró hacia donde se encontraba Harrington Faulkner, el cual se había vuelto para observar lo que sucedía en la otra mesa, dominado por una perceptible ansiedad.

—Si le parece bien —dijo Mason dirigiéndose a Sally Madison—, volveré a mi mesa y le enviaré al señor Faulkner para que siga haciéndole compañía. No tengo intención de aceptar este asunto.

—No es necesario que le envíe —replicó Sally Madison—. En

cambio, le ruego que le diga que se acuerde del cheque de cinco mil dólares, y que pienso permanecer aquí esperándolos hasta que los consiga, o bien hasta que sus malditos peces negros se vuelvan todos panza arriba.

—Se lo diré así —prometió Mason, y despidiéndose de la joven, tornó a su mesa.

Al verle llegar, Faulkner le miró con expresión interrogativa. Mason, por su parte, hizo un gesto de asentimiento.

—No sé bien lo que usted desea —empezó a decir—. Pero al menos le prometo que estudiaré el asunto... una vez que haya comido algo.

—Podríamos charlar aquí mismo —afirmó Faulkner.

Mason señaló con la cabeza a Sally Madison, que seguía sola en la otra mesa.

—Una vez que haya comido algo —repitió—. Y supongo que su intención no era que llegara a algún acuerdo con la señorita Madison, pues si es así, entonces me verá obligado a decirle que no siento el menor interés por ayudarle.

—La proposición de Sally Madison se parece a un chantaje como dos gotas de agua entre sí —afirmó Faulkner.

—Eso creo yo también —convino Mason con entera calma—. El chantaje abunda mucho en este asunto.

Faulkner repuso con un deje de amargura:

—Al parecer, ha tratado de captarse sus simpatías. Se comprende: su cuerpo y su cara son sus mejores armas. ¡Y qué bien lo sabe ella! —Hizo una pausa y, con redoblada amargura, añadió—: No comprendo lo que la gente puede ver en una mujer así.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Mason.

—Yo, por mi parte, jamás he coleccionado pececillos dorados —contestó.

III

Tan tupida era la niebla que invadía las calles de la ciudad, que el coche de Mason parecía navegar por un mar de leche aguada. Los limpiaparabrisas se deslizaban con monótono ritmo sobre la húmeda y pegajosa superficie de cristal. Unos quince metros más adelante, la señal roja del automóvil de Harrington Faulkner los iba orientando sobre la dirección que debían seguir.

—Conduce con gran lentitud —comentó Della Street.

—Una gran ventaja en este tiempo —convino Mason.

Paul Drake dejó escapar una carcajada de las suyas.

—Ese tipo no debe de haber corrido el menor riesgo en su vida. Se trata de un pájaro frío y pusilánime con alma de frigorífico. Estuvo a punto de darme un vahído cuando vi que al fin se decidía a pagar a la vampiresa. ¿Cuánto le extrajo de la cartera, Mason?

—No lo sé.

—A juzgar por la cara que puso cuando sacó el talonario de cheques, debe de haber sido poco más o menos lo que ella deseaba —afirmó Della interviniendo en la conversación—. Por cierto que la muchacha no perdió el tiempo en cuanto se vio con el cheque en la mano. Ni siquiera concluyó de cenar.

—Sí —dijo Mason—. No perdió el tiempo con disimulos. Su interés por Harrington Faulkner era puramente comercial.

—¿Qué supone usted que haremos en casa de Faulkner? —preguntó Mason.

Una sonrisa apareció en los labios de Mason.

—He mordido el anzuelo, Paul. Faulkner cree que es de todo punto necesario que nos enseñe el lugar donde está colocado el estanque de los peces para que podamos comprender el problema que tiene planteado. Al parecer, se trata de una faceta importante del asunto, y a ese hombre, cuando se le mete una idea en la cabeza, no descansa hasta verla realizada. Según he creído

comprender, Faulkner y su esposa habitan en una amplia casa doble. En una de las alas residen ellos, y en la otra están instaladas las oficinas del negocio. También creo que Faulkner tiene varios depósitos esparcidos por todas partes, y la pareja de «Veiltail Moor» causantes de todo el jaleo se encuentran en la parte destinada a oficinas. Por algún motivo que se me escapa, Faulkner desea que veamos los peces, y a mi juicio se trata de un hombre que, o bien hace las cosas a su manera, o no las hace. Así le creó Dios, y no hay modo de cambiarle.

—Ese hombre se siente muy seguro de sí mismo —observó Drake—. Se diría que es necesario más de un disgustillo corriente y vulgar para hacerle perder la cabeza y obligarle a que corra en busca de un abogado. A mi juicio, se trata de un individuo de esos que conciertan una cita con dos días de antelación y la cumplen al segundo.

—Por lo que hemos podido ver, estima a esos dos «Veiltail Moor» más que a las niñas de sus ojos —afirmó Mason—. Pero ya averiguaremos los detalles cuando lleguemos a su casa. Mi impresión es que hay algo que le preocupa, aparte del asunto de los peces y de su socio. Pero no quiero aventurar ninguna opinión hasta ver de qué lado sopla el viento.

La luz posterior del coche que los precedía giró bruscamente hacia la derecha, y Perry Mason se apresuró a seguirla, tomando la curva de la esquina. Los dos coches avanzaron por una calle lateral, uno en pos del otro, deteniéndose ambos ante una casa cuyos contornos se delineaban vagamente bajo la niebla. Perry Mason, Della Street y Paul Drake saltaron del coche y permanecieron observando a Faulkner, que paraba con el mayor cuidado el motor, cerraba con llave la portezuela por la que se había apeado y daba luego una vuelta completa al vehículo, para cerciorarse de que todas las portezuelas estaban cerradas. Incluso comprobó si el portamaletas se hallaba asimismo cerrado. Concluida su inspección, se encaminó hacia Mason y sus acompañantes.

Cuando se reunió con ellos, sacó de uno de sus bolsillos una carterita de cuero, y extrajo de ella una llave. A continuación, en el tono de un orador que explica algo a un público de oyentes hacia el que no siente más que un interés impersonal, dijo:

—Señor Mason, observará usted que en esta casa existen dos

puertas que comunican con la calle. También notará que en la de la izquierda hay una placa que dice: «Faulkner y Carson, Incorporated. Bienes raíces». La de la derecha corresponde a mi domicilio particular.

—¿Dónde vive Elmer Carson? —preguntó el abogado.

—Unas cuantas manzanas más abajo.

—La casa está a oscuras —añadió Mason.

—Sí —contestó Faulkner con expresión fría—. Al parecer, mi esposa ha salido esta noche.

—Bien —continuó Mason—. Los pececillos que le preocupan a usted por encima de todo son los «Veiltail Moor» negros que se hallan en la pecera colocada en la oficina, ¿no es así?

—Así es, señor Mason. Pero Elmer Carson sostiene que tanto el acuario como los peces forman parte integrante del mobiliario de la oficina, y ha conseguido un mandamiento judicial que me impide retirar cualquiera de los muebles o introducir algún cambio en ellos.

—¿Los peces esos han sido criados únicamente por usted?

—Sí.

—¿No ha contribuido Carson con su dinero?

—En absoluto. Esos peces son producto de un cruzamiento realizado por mí. No obstante, el importe del depósito fue cargado a nuestra sociedad como si se tratase de un mueble más de la oficina, y está unido de tal forma al edificio que por fuerza he de reconocer que puede ser considerado como parte integrante de él. Ya lo verá usted. Se trata de un estante rectangular de unos noventa centímetros de largo, sesenta de ancho, y un metro y veinte centímetros de profundidad. En una de las paredes del edificio existe un nicho en el que antes estaba colocada una estantería para objetos de porcelana. Yo sugerí que se retirara la estantería de allí y se instalase el acuario. Todo se hizo con la aprobación y la ayuda de Carson. Cuando fueron presentadas las facturas de los gastos, yo, sin darme cuenta, les puse el visto bueno como si se tratase de gastos generales de la sociedad, y, por desgracia, así fueron sentadas en nuestros libros y en el informe para el pago del impuesto sobre la renta. No hay duda de que la pecera está unida de una manera permanente al edificio, y éste es propiedad mía y de mi socio.

—¿Todo el edificio? —inquirió Mason.

—Sí. Tengo firmado un contrato de alquiler por la parte que habito.

—¿Por qué razón colocó usted entonces unos peces de tanto valor en un depósito que formaba parte de los bienes de la sociedad?

—Verá usted, señor Mason. La historia es algo larga. En un principio puse un jardín acuático en el fondo de la pecera, un aparato para airear el agua y dos docenas de tipos de pececillos muy interesantes: los «Fringetails», los «telescopios chinos», algunos «cometas japoneses», varias «ninfas» y unos «brocados de otoño». Más tarde conseguí producir los «Veiltail Moor Telescope», hasta que de súbito me di cuenta de que varios de los peces que les hacían compañía en la pecera padecían alguna enfermedad parecida a la fiebre de las agallas o, mejor dicho, la enfermedad de las agallas, puesto que ya habían pasado la fiebre. Necesitaba a toda prisa un lugar en el cual pudiera alojar a los «Moor» y mantenerlos en observación constante. Sin pensar ni remotamente en las posibles complicaciones legales del asunto, saqué los demás peces, dejando sólo a los «Veiltail Moor». En el acto comenzaron las dificultades. Los peces enfermaron y Elmer Carson cambió por completo de actitud, exigiéndome que le pagara un precio exorbitante por su parte en nuestro negocio. Entonces recurrió a los tribunales, consiguiendo un mandamiento que me impide retirar de la oficina el acuario basándose en que éste forma parte de los muebles y útiles de la sociedad. No consigo comprender el motivo del cambio que se ha operado en él y la amarga animosidad que demuestra sentir hacia mí. Todo se ha producido de una manera inesperada y repentina, y hace poco se ha llegado incluso a atentar contra mi vida.

—¿Atentar contra su vida? —exclamó Mason, sorprendido.

—Sí, señor.

—¿Qué ocurrió? Explíquese.

—Alguien me disparó un tiro. Pero no es éste el lugar adecuado para discutir tales asuntos. Entremos en casa y... ¿Qué ocurre?

—Un coche se detiene junto a la acera —repuso Mason.

Del automóvil que se había aproximado al bordillo descendieron dos personas, un hombre y una mujer. Cuando las dos figuras surgieron de entre la niebla, Faulkner se apresuró a decir:

—Son Sally Madison y su novio. Pero ¡vaya hora de llegar! Entregué a esa muchacha una llave de la oficina. Deberían de haber llegado aquí hace media hora. Han tenido tiempo de sobra para hacerlo, pues se marchó del restaurante en cuanto le di el cheque. Ni siquiera se entretuvo en concluir la cena. Supongo que su novio la habrá retenido por algún motivo.

Mason bajó la voz y empezó a hablar con gran rapidez.

—Escuche usted, Faulkner. Esa pecera puede formar parte del mobiliario de la oficina y, por lo mismo, resultar una parte inamovible de los bienes de la sociedad. Pero los peces no se encuentran en las mismas condiciones, sino que nadan en el agua que contiene el acuario. Hágase con un cubo o una red y sáquelos sin mover el tanque del sitio que ocupa. Entonces podrá usted discutir el mandamiento judicial que Elmer Carson tiene en su poder.

—¡Dios santo, tiene usted razón! —exclamó Faulkner—. Los peces están... —pero se interrumpió de súbito con el fin de volverse hacia la pareja que en aquel instante avanzaba por la acera—. ¡Bien, bien! —masculló irritado—. ¿Qué es lo que les ha entretenido tanto?

El joven flaco y huesudo que acompañaba a Sally Madison, contestó:

—Lo siento, señor Faulkner. Pero mi patrón tenía que atender un caso de enfermedad de las agallas y me he visto obligado a pintar una pecera, a fin de que dispusiera de sitio para...

—¡Un momento, un momento! —gritó Faulkner—. ¿Quiere usted decir que está, propagando el secreto de ese remedio a diestro y siniestro? ¿No comprende que si he dado mi dinero ha sido para tener una parte en ese invento? Usted no puede soltar una palabra...

—No, no es eso —se apresuró a decir Sally Madison en tono conciliatorio—. No se lo ha dicho a nadie, señor Faulkner. La fórmula es un secreto. Pero usted no ignora que Tom ha hecho experimentos con ella en la tienda, Rawlins está enterado de ello y... Ya sabe usted cómo son esas cosas. Pero nadie conoce la fórmula, excepto Tom, que se la entregará a usted y...

—No me gusta esto —gruñó Faulkner—. No me gusta en absoluto. Así no se hacen los negocios. ¿Cómo podemos estar

seguros de que Rawlins no nos juegue una mala pasada? Es muy capaz de coger los materiales que emplea Tom para pintar esos tableros, hacerlos analizar por un químico... ¿Dónde irá entonces a parar el dinero que yo he invertido en el asunto? Les digo y les repito que no me gusta nada este asunto.

Dominado por la cólera, Faulkner introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar con fuerza y abrió la puerta. Luego encendió la luz y penetró en el edificio.

A su vez, Sally Madison apoyó una mano en el brazo de Perry Mason y dijo con perceptible orgullo:

—Le presento a usted a Tom, señor Mason.

—Me alegro de conocerle, Tom —repuso Mason con una sonrisa en sus labios, y alargó la mano, que fue estrechada calurosamente por los largos y huesudos dedos del joven químico.

—Mucho gusto, señor Mason —contestó Gridley—. He oído hablar tanto de usted que...

Pero fue interrumpido por una exclamación que brotó de los labios de Harrington Faulkner.

—¿Quién ha estado aquí? ¿Qué ha sucedido? ¡Llamen inmediatamente a la policía!

Mason cruzó el umbral de la puerta y miró en la dirección que indicaban los ojos, fijos y espantados de Faulkner.

La pecera colocada en el nicho donde estuvo la estantería para porcelanas había sido arrancada de allí y transportada al borde de un aparador empotrado en la pared. Una silla colocada junto al aparador indicaba que alguien la había utilizado como peana. En el suelo se veían señales de agua derramada y al lado de la silla se encontraba un cucharón de plata corriente. Al mango del utensilio se había unido otro de escoba de un metro y veinte centímetros de largo.

En el fondo del acuario podían verse una o dos pulgadas de guijarros y conchas marinas, así como algunas plantas que erguían sus verdes retoños hacia la superficie del agua. Pero en la pecera no se observaba la menor señal de vida animal.

—¡Mis peces! —gritó Faulkner aferrándose con ambas manos a los bordes del tanque y aplastando su rostro contra el cristal—. ¿Qué ha ocurrido con mis peces? ¿Dónde están?

—Creo que han desaparecido —repuso Mason con acento seco.

—¡Me han robado! —vociferó Faulkner—. Es una tentativa más de Carson para...

—Tenga usted cuidado con lo que dice, señor Faulkner —advirtió Mason.

—¡Cuidado dice usted! —gritó Faulkner con mayor ímpetu que antes—. ¿Por qué he de tenerlo? Usted puede ver con sus propios ojos lo que ha ocurrido. Está tan claro como el agua. Carson ha sacado los peces del acuario con el fin de utilizarlos como un arma para obligarme a que acepte sus condiciones... No se diferencia en nada de un secuestro. Pero no lo toleraré. Ha ido demasiado lejos. Haré que le detengan. Daré parte a la policía y ahora mismo arreglaremos el asunto.

Y diciendo esto dio un salto hacia el teléfono, cogió el auricular y marcó el número de la central. Inmediatamente empezó a gritar:

—¡Póngame en seguida con la policía! Quiero denunciar un robo que se ha cometido en mi casa.

Mason se acercó al irritado señor Faulkner.

—Escúcheme usted, señor Faulkner —empezó a decir—. Tenga mucho cuidado con lo que dice. Nadie le impide que denuncie usted el hecho a la policía, pero deje que ellos lleguen a las conclusiones que les parezcan oportunas. No haga usted ninguna acusación ni mencione nombres. Desde el punto de vista de los aficionados, es muy posible que esos peces tengan un gran valor. Mas en lo que concierne a la policía, no son más que unos simples pececillos dorados.

Faulkner hizo callar a Mason con un enérgico ademán y empezó a hablar por teléfono con voz que temblaba de emoción.

—Necesito que la policía venga a mi casa inmediatamente. Soy Harrington Faulkner. Me han robado lo más valioso que tenía. Manden a los policías más inteligentes con que cuenten.

Mientras tanto, Mason había regresado junto a Della y Drake.

—Salgamos de aquí cuanto antes —aconsejó con un murmullo de voz—. Si la policía toma este asunto en serio, querrán examinar las huellas digitales.

—¿Y si no lo toman en serio? —preguntó Paul Drake.

Mason se limitó a encogerse de hombros.

Ante el teléfono, Faulkner repetía su nombre y daba su dirección, hasta que al fin colgó el auricular.

—La policía me ha ordenado que haga salir inmediatamente a todos los que se encuentren aquí —dijo con voz excitada—. Me dijeron...

—Comprendo, comprendo —repuso Mason en tono conciliatorio—. Hace unos instantes decía a mis amigos que salieran y lo dejaran todo tal como está.

—Pueden ustedes pasar a mi casa —dijo Faulkner—. Allí podemos esperar a la policía.

Inmediatamente los condujo hacia la puerta contigua que abrió con una llave procedente de la carterita, y encendió las luces.

—Mi esposa no está —dijo en son de explicación—. Pero si quieren esperar aquí... Siéntense, por favor. La policía me anunció que llegarían dentro de unos minutos con un coche de patrulla.

—¿Y la puerta de la otra parte de la casa? —preguntó Mason—. Sería conveniente que se asegurara usted de que está cerrada con llave y de que nadie entrará antes que llegue la policía.

—Tiene cerradura de pestillo. Se cierra de golpe.

—¿Está usted seguro de que la puerta se hallaba cerrada con llave cuando llegó usted? —inquirió el abogado.

—¡Oh, sí! Usted mismo vio cómo metía la llave en la cerradura y abría la puerta —repuso Faulkner con súbita irritación—. La puerta estaba cerrada con llave y la cerradura no había sido tocada.

—¿Y las ventanas? —preguntó a su vez Drake—. ¿Observó usted si estaban aseguradas con sus fallebas?

—Sí —afirmó Mason mientras Faulkner fruncía el ceño en un esfuerzo para recordar—. Todas las ventanas de la oficina estaban cerradas. ¿Cuántas habitaciones hay en esta casa, Faulkner?

—Cuatro. La primera es la oficina principal, donde tenemos nuestras mesas de despacho. Existe, además, otro cuarto que utilizamos como archivo. La cocina ha sido acondicionada para que sirva de bar, y en ella tenemos una nevera. De ese modo podemos servir algo a los clientes cuando las circunstancias lo exigen. Ahora iré a echar un vistazo a todo y comprobaré si han tocado algo. Pero tengo la seguridad de que lo encontraré todo en perfecto orden. El que me robó los peces abrió la puerta de la calle con una llave y entró en la oficina tranquilamente. Sabía muy bien dónde debía dirigirse, qué buscar y cómo conducirse una vez dentro de la casa.

—Mejor será que no entre nadie hasta que aparezca la policía —

advirtió Perry Mason—. No les gustará.

En aquel instante se dejó oír el penetrante sonido de una sirena. Faulkner se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta de la calle, deteniéndose en el pórtico en espera del coche de la policía.

—¿Entraremos nosotros? —preguntó Paul Drake al abogado.

Mason movió la cabeza.

—Nos quedaremos aquí —repuso.

Pero Tom Gridley se removió inquieto en su asiento.

—He dejado un par de tableros de materia plástica en mi coche —dijo—. Están pintados y listos para ser colocados en la pecera. Yo...

—¿Está cerrado con llave su automóvil? —preguntó Mason.

—No, y eso es lo malo.

—Entonces salga inmediatamente y ciérrelo. Pero espere a que la policía haya entrado en la oficina. Supongo que habrá tomado usted las debidas precauciones para mantener secreta su fórmula, ¿no?

Tom Gridley asintió con un ligero movimiento de cabeza y añadió:

—Ni siquiera a Rawlins debí decirle que poseía un remedio contra la enfermedad de las agallas.

De súbito se oyeron unas voces autoritarias procedentes del exterior. Faulkner había vuelto a ser dueño de sí mismo y su voz era, una vez más, imperiosa y precisa. Se oyó también un rumor de pasos en el pórtico, y la puerta de la oficina se abrió y volvió a cerrarse casi inmediatamente.

Mason hizo un signo a Tom Gridley.

—Aproveche la ocasión y corra a cerrar con llave la portezuela de su coche —murmuró el abogado.

Paul Drake sonrió a su amigo Perry Mason.

—¡El importante caso de los pececillos dorados! —dijo en tono zumbón.

Mason rió entre dientes.

—Me lo tengo bien merecido por dejarme llevar de la curiosidad —repuso el abogado.

—Espere a que la policía se entere de que se encuentra usted aquí —añadió con expresión divertida el detective particular.

—A usted no le irá mucho mejor, Paul —replicó Mason—. Sobre

todo, cuando den la noticia a los chicos de la Prensa.

La sonrisa desapareció de los labios de Drake.

—¡Maldita sea! Me siento avergonzado.

—No hay motivo para tanto —opinó Sally Madison, que hasta entonces había permanecido silenciosa—. Esos pececillos tienen un gran valor para el señor Faulkner. Los considera poco menos que miembros de su familia. Para él es como si le hubieran secuestrado un hijo. ¿Es que viene alguien?

Todos escucharon con la mayor atención. Oyeron el ruido de un motor, luego unos rápidos pasos y un segundo más tarde se abrió la puerta de entrada.

Una rubia de unos treinta y cinco años apareció en el umbral. En toda ella se percibía el poderoso esfuerzo que estaba haciendo para conservar la línea y librar a su cuerpo de grasa superflua. Sus curvas seguían siendo atractivas, aunque se estaban tornando demasiado pronunciadas, notándose la presión de la faja bajo la suave línea de la falda, así como una consciente tirantez de las comisuras de los labios y un evidente esfuerzo por mantener erguida la barbilla... El conjunto producía impresión de inmovilidad. Hubiérase dicho que aquella mujer se había robado a sí misma toda su natural espontaneidad en una desesperada tentativa de detener el curso del tiempo. Cada uno de sus movimientos parecía haber sido ensayado durante horas ante el espejo.

Al verla, Sally Madison dijo en voz baja:

—¡La señora Faulkner!

Perry Mason y Drake se pusieron de pie en el acto, y el primero dio un paso hacia adelante.

—Permítame que me presente, señora Faulkner. Soy Perry Mason, abogado. He venido aquí a petición de su esposo, quien, al parecer, encuentra algunas dificultades en su negocio. Ésta es la señorita Street, mi secretaria, y esta otra joven se llama Sally Madison. Le presento también a Paul Drake, director de la Agencia de Investigaciones Drake.

La señora Faulkner penetró al fin en la estancia. Desde el umbral, Tom Gridley contempló lleno de turbación el grupo, como si dudase entre entrar o bien correr en busca de refugio hacia su automóvil.

—Y —añadió Mason incluyendo a Gridley en su presentación— Thomas Gridley.

La señora Faulkner poseía una voz perfectamente modulada. El tono profundo de la misma y la lentitud de su pronunciación resultaban encantadores.

—Siéntense, por favor —murmuró—. En los últimos tiempos mi esposo se ha mostrado muy nervioso, y me alegra que al fin se haya decidido a consultar a un eminente hombre de leyes. Hace mucho tiempo que yo venía aconsejándole que lo hiciera. Siéntense, por favor. Les traeré algo de beber.

—Tal vez pueda yo ayudarla —se atrevió a sugerir Della Street.

La señora Faulkner dirigió a la joven una cautelosa mirada, la contempló durante un segundo, y al fin una sonrisa iluminó su rostro.

—Encantada —dijo con la mayor amabilidad—. Se lo agradezco. Venga por aquí.

Della Street siguió a la señora Faulkner a través del comedor.

Sally Madison se volvió hacia Mason.

—¿Comprende ahora lo que quise decir? —preguntó con acento enigmático, y añadió—: Un pececillo dorado.

Tom Gridley se aproximó a su novia y murmuró en tono de disculpa:

—Podría haber hecho esperar a Rawlins para entregarle los tableros hasta que hubiera colocado los de la pecera del señor Faulkner.

—No digas tonterías. Eso no hubiera modificado en nada la situación. Si hubiésemos venido corriendo, hubiéramos encontrado vacío el tanque. Entonces Faulkner se las hubiera arreglado para culparnos a nosotros de... Escucha: ¿crees que ese viejo taimado ordenará que no se pague el cheque, ahora que le han robado los peces?

—¿Por qué va a hacerlo? —preguntó Gridley—. La fórmula mía es infalible para la cura de la enfermedad de las agallas. Jamás ha existido nada tan eficaz. ¡Vamos! Si se puede curar un caso de enfermedad aguda en menos de cuarenta y ocho horas... Bueno, pongamos sesenta y dos, para no equivocarnos, pero...

—Deja ese tema, querido —le pidió su novia, como si tratara de advertirle que debía guardar silencio—. Estos caballeros no sienten

el menor interés por los peces.

Paul Drake cazó la mirada que le dirigió Mason y le contestó con un guiño.

La señora Faulkner y Della regresaban en aquel instante de la cocina trayendo vasos, cubitos de hielo, *whisky* escocés y agua de seltz. La dueña de la casa llenó los vasos y Della Street se los fue pasando a los presentes. Cuando concluyó su tarea, la señora Faulkner tomó asiento frente a Perry Mason, y cruzando sus bien torneadas piernas, se arregló la falda de modo que le llegara justamente hasta la rodilla.

—He oído hablar mucho de usted, señor Mason —empezó a decir la dama acompañando sus palabras con una sonrisa a todas luces artificial—, y tenía esperanzas de que algún día llegaría a conocerle. He seguido todos los casos en que ha intervenido... y crea que los he leído con sumo interés.

—Gracias —repuso Mason, y se disponía a seguir hablando cuando la puerta se abrió violentamente y en el umbral apareció Harrington Faulkner con el rostro congestionado por la indignación. Con voz enronquecida por la cólera, empezó a gritar:

—¿Saben lo que me han dicho? ¡Que no existe ninguna ley que castigue el secuestro de los peces! Dicen que si yo pudiera demostrar que habían entrado ladrones en la casa, entonces podría considerarse un caso de robo. Pero como Elmer Carson es dueño de la mitad del negocio, y tiene derecho a entrar y salir cuando le plazca, lo único que puedo hacer, si en efecto él se llevó los peces es entablar una demanda civil por daños y perjuicios. Para colmo, uno de los policías ha tenido la osadía de decirme que la indemnización no sería gran cosa, y que con la mitad de lo que me cobraría un abogado por redactar la denuncia podría comprar toda una bandada de peces dorados. La supina ignorancia de ese tipo es tan indignante como imperdonable. ¡Una «bandada» de peces! ¡Qué ignorancia! ¡Confundir los pájaros con los peces!

—¿Dijo usted a la policía que Elmer Carson se había llevado los peces? —preguntó Mason.

Faulkner desvió la mirada.

—Bueno... les dije que había tenido algunas dificultades con Carson y que él tenía una llave de la puerta de la oficina. Ahora le diré a usted que quien entró en la oficina debió de hacerlo por la

puerta.

—¿Todas las ventanas están cerradas? —preguntó Mason.

—Todas. Alguien trató de forzar la puerta de la cocina con un objeto metálico, pero lo hizo muy torpemente. Como dijeron los policías, se puede ver que el trabajo ha sido realizado desde el interior. Además, la puerta de tela metálica exterior estaba sujeta con un pasador. El autor procedió de esta forma con el propósito de que creyéramos que un ladrón había forzado la puerta trasera y entrado por ella. Pero su torpe tentativa no puede engañar a nadie. No tengo la menor noción sobre asaltos y robos, pero en cuanto descubrí las señales que hay en la puerta, me di cuenta perfecta de lo que había sucedido.

—Ya le advertí a usted que no debía hacer ningún cargo contra Carson —afirmó Mason—. Se coloca usted en una situación en extremo peligrosa al hacer acusaciones que no está en condiciones de probar. Por otra parte, estaba seguro de que en cuanto la policía se percatase de que se trataba de rencillas entre dos socios, haría todo lo posible para no intervenir en el asunto.

—Bien, ya no tiene remedio —replicó Faulkner en tono resentido— y, a mi juicio, no me parece correcta la forma en que usted me aconsejó que llevara el asunto. Lo único que me interesa en todo este lío, señor Mason, es recobrar mis peces antes que sea demasiado tarde. Esos animalitos poseen un gran valor. Para mí valen tanto como mi propia familia. Se encuentran en pésimas condiciones de salud y deseo recuperarlos cuanto antes, a fin de someterlos a un tratamiento y salvar sus vidas. Es usted tan ineficaz como la policía, con sus malditos consejos de «no haga esto», «no haga lo otro».

La voz de Faulkner fue elevándose de tono a impulso del nerviosismo que le dominaba. Había perdido la calma por completo, al punto de parecer próximo a un ataque de nervios.

—¿Es que ninguno de ustedes se ha percatado de la importancia de lo sucedido? —gritó—. ¿No comprenden que esos peces representan el supremo triunfo de mi afición de muchos años? ¡Sin embargo, permanecen ahí sentados, callados, sin que se les ocurra darme un consejo que pueda serme de alguna utilidad en el presente caso! Los peces se encuentran muy enfermos. Acaso en este momento estén agonizando. ¡Y ustedes no mueven ni un dedo, ni un

solo dedo para impedirlo! ¡Se están bebiendo mi licor al mismo tiempo que los peces agonizan!

La señora Faulkner no cambió de postura ni volvió la cabeza para mirar a su marido. Hablando por encima del hombro, como si se dirigiera a un chiquillo, dijo:

—¡Basta, Harrington! Nadie puede hacer nada. Has llamado a la policía y, al parecer, cometiste varios errores al tratar con ella. Tal vez si hubieses invitado a los de la policía a beber algo con nosotros, se hubieran sentido dispuestos a examinar la situación desde un punto de vista completamente distinto.

Sonó el teléfono, y Faulkner se dirigió al aparato, lo descolgó y dijo:

—¡Al habla! Sí, soy yo.

Escuchó durante algunos segundos y de pronto en su rostro se dibujó una triunfal sonrisa.

—Entonces todo está arreglado. Trato hecho —dijo—. Firmaremos los documentos en cuanto usted los mande extender... ¡Claro, claro! Lo lógico es que usted pague los gastos... Sí, todos los detalles del título de transferencia.

Escuchó aún unos momentos y luego colgó al aparato.

Mason observó a Faulkner con curiosidad, mientras se dirigía hacia Sally Madison y se plantaba ante ella.

—Me molesta sobremanera que empleen conmigo la violencia —exclamó con voz alterada.

Sally Madison se limitó a mover levemente sus largas pestañas.

—¿De veras? —preguntó la joven con sorna.

—Usted ha tratado esta noche de ponerme en un brete —continuó Faulkner—. Pero ya le advertí que no resultaba prudente tratar de jugar conmigo.

La joven, sin pronunciar una palabra, lanzó una bocanada de humo.

—Así que me veo obligado a cancelar el pago del cheque —continuó triunfalmente Faulkner—. Acabo de cerrar el trato que tenía pendiente con David Rawlins. Le he comprado todo el negocio, incluso enseres, muebles, fórmulas, clientela, y los descubrimientos que él o cualquiera de sus empleados hayan podido realizar.

A continuación, volviéndose hacia Tom Gridley, añadió:

—Joven, ahora trabaja usted para mí.

Sally Madison logró dominarse, evitando que en su rostro se reflejara la indignación que sentía, pero su voz temblaba ligeramente cuando dijo:

—No puede usted hacer eso, señor Faulkner.

—Pues ya está hecho, jovencita.

—El descubrimiento de Tom no puede considerarse incluido en el negocio del señor Rawlins. Tom lo ha ido perfeccionando en sus horas libres.

—¡Tonterías! Ésa es la cantinela de todos. Ya veremos lo que opina el juez sobre ello. Y ahora, joven, le ruego que me devuelva el cheque que le di esta noche. He comprado todo el negocio por menos de la mitad de lo que usted logró sacarme.

Sally Madison sacudió la cabeza con expresión obstinada.

—Usted hizo un trato conmigo y me compró la fórmula.

—Se trataba de una fórmula que usted no tenía derecho a vender. Yo podría presentar una denuncia contra usted por querer obtener dinero con afirmaciones falsas. Claro que no lo haré. Pero me devolverá usted el cheque. De lo contrario, lo haré cancelar por el Banco.

Al llegar aquí, Tom Gridley intervino en la discusión.

—Bueno, Sally. Al fin y al cabo, no se trata de nada demasiado importante...

Faulkner se volvió hacia él.

—¿No le parece a usted importante? Se trata de...

No acabó la frase. Al ver que su marido se detenía, la señora Faulkner pareció sentir cierto interés por el asunto.

—Acaba, querido —dijo—. Me gustaría saber qué cantidad entregaste a esta señorita.

—Pues si te interesa saberlo, te diré que fueron cinco mil dólares.

Gridley dio muestras de asombro.

—¡Cinco mil dólares! —exclamó—. ¡Pero si yo dije a Sally que lo vendiera por...!

En aquel momento reparó en la mirada suplicante de Sally Madison y dejó la frase sin terminar.

Perry Mason depositó su vaso sobre la mesa, se puso en pie y se dirigió al dueño de la casa. Al observarlo, Drake se bebió

apresuradamente el contenido de su vaso.

—Tengo la impresión —comentó en voz baja el detective dirigiéndose a Della Street, la cual, muy divertida, no quitaba los ojos del abogado—, tengo la impresión de que aquí termina la comedia... Desde luego el *whisky* es excelente. Hubiera sido una lástima desperdiciarlo.

—No creo necesario molestarle más tiempo, señor Faulkner —dijo Mason—. Su caso no me interesa lo más mínimo, y no pienso cobrarle un céntimo por la investigación preliminar.

La señora Faulkner se apresuró a intervenir.

—Por favor, no juzgue a mi marido con demasiada dureza, señor Mason. Harrington es un manojo de nervios.

Mason hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Yo también me volvería un manojo de nervios si le tuviera por cliente —contestó—. ¡Buenas noches!

IV

Mason, que vestía pijama y bata, se hallaba cómodamente arrellanado en un sillón. La lámpara de pie que tenía a su lado iluminaba por completo el libro que estaba leyendo. Cuando sonó el teléfono, colocado en el otro lado, el joven volvió la cabeza.

Sólo Paul Drake y Della Street conocían el número de aquel teléfono, así que Mason se apresuró a cerrar el libro y contestó a la llamada.

—¿Qué hay?

—¿Recuerda usted a aquella vampiresa, Perry? —le preguntó la voz de Drake.

—¿Se refiere usted a la que conocimos en el restaurante la otra noche?

—Exactamente.

—¿Qué pasa con ella ahora?

—Pues que me está atosigando para que la ponga en comunicación con usted. No deja de rogarme que le dé su número de teléfono.

—¿Dónde está en este instante?

—Espera en el otro teléfono.

—¿No sabe usted qué es lo que desea?

—No tengo la menor idea. Pero ella asegura que se trata de algo de suma urgencia.

—Son más de las diez, Paul.

—Ya lo sé. Pero no deja de rogarme que le ponga en comunicación con usted.

—¿No sería lo mismo mañana? —preguntó Mason.

—Ella insiste en que no. Dice que se trata de algo de extrema importancia, y ha acabado por convencerme, Perry. Por eso le he llamado a usted.

—Siendo así, que le dé un número al que yo pueda llamarle.

—Ya lo he hecho. ¿Tiene usted preparado un lápiz?

—Sí. Dígame el número.

—Columbia, seis, nueve, ocho, cuatro, tres.

—Perfectamente. Dígale que cuelgue y espere un momento. Y a propósito ¿dónde se encuentra usted?, ¿en la oficina?

—Sí. Iba hacia mi casa y entré a ver si había algo importante. Mientras estaba aquí me llamó esa joven. Al parecer, había ya telefonado dos veces en diez minutos.

—Pues escuche, Paul —contestó Mason—. Conviene que se quede un rato más, por si lo de esa joven resultara realmente importante. Si le necesito, le llamaré. Permanezca alrededor de una hora en la oficina.

—Conforme —repuso Drake antes de cortar la comunicación.

Mason, tras esperar un minuto, marcó el número que le había dado Drake. Casi inmediatamente, oyó la grave voz de Sally Madison que decía:

—Aquí Sally Madison. ¡Ah! ¿Es usted, señor Mason? ¡Gracias por llamarme! Es absolutamente necesario que le vea pues ha ocurrido algo. Urge mucho e iré adonde usted me diga.

—¿De qué se trata?

—Hemos encontrado los peces dorados.

—¿Los peces dorados?

—Sí, los «Veiltail Moor Telescope».

—¿Los que fueron robados?

—Sí, sí... ésos...

—¿Y dónde están?

—Los tiene en su poder cierto individuo.

—¿Ha avisado usted a Faulkner?

—No.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Pues porque... existen ciertas circunstancias... Y no creo que... En fin, que me parece que sería mejor que antes hablara con usted, señor Mason.

—¿Y no le es posible esperar hasta mañana?

—No. ¡Por favor, señor Mason! Concédame una entrevista.

—¿Se encuentra Gridley con usted?

—No, estoy sola.

—Bien, pues venga a verme —concedió Mason.

Después de darle la dirección de su casa, Mason añadió:

—¿Cuánto cree usted que tardará en llegar?

—Unos diez minutos.

—Perfectamente. La espero.

Mason colgó el aparato y empezó a vestirse con toda tranquilidad. En el preciso instante en que acababa de hacerse el nudo de la corbata, sonó el timbre de la puerta. Después de hacer pasar a su visitante, preguntó:

—¿A qué se debe tanta prisa?

El rostro de la joven conservaba la misma máscara inexpresiva de siempre, pero sus ojos brillaban de animación.

—Ya recordará usted que el señor Rawlins deseaba hacer construir un tanque...

—¿Quién es Rawlins? —inquirió Mason.

—El dueño del negocio donde trabaja Tom Gridley.

—¡Ah, sí! Ahora me acuerdo.

—Bien; el hombre que rogó a Tom que preparara un tanque era James L. Staunton. Se dedica al negocio de seguros y nadie sabe mucho acerca de su persona. Quiero decir que jamás se ha preocupado de tener pececillos ni de criarlos. El miércoles por la noche telefoneó al señor Rawlins para decirle que tenía algunos peces muy valiosos atacados de la enfermedad de las agallas, y como le habían informado de que la casa Rawlins poseía una medicina para la enfermedad, estaba dispuesto a pagar la cantidad que fuera a cambio de que el señor Rawlins se encargara del tratamiento de sus peces. Acabó ofreciendo cien dólares si Rawlins se encargaba de curar a sus peces. Rawlins no quiso perder una oportunidad como aquella de ganar tanto dinero, así que llamó a Tom e insistió en que mi novio colocase un par de tableros en un tanque pequeño antes de ir a ver al señor Faulkner aquella noche. Eso fue lo que nos retrasó. Ya recordará usted que ni siquiera terminé de cenar, pues salí en busca de Tom en cuanto recibí el cheque. No quería que los peces de Faulkner murieran antes de que los pudiéramos curar.

La joven hizo una pausa para recobrar el aliento y Mason asintió en silencio.

—Pues bien —prosiguió Sally Madison—, el mismo señor Rawlins entregó el tanque, y Staunton, al recibirlo, dijo que su

esposa estaba enferma y que no quería que se hiciera el menor ruido. Añadió que él mismo se encargaría de curar a los peces si el señor Rawlins le indicaba lo que debía hacer. Rawlins le contestó que no tenía más que llenar el tanque de agua y trasladar los peces a la nueva pecera. A la mañana siguiente él le enviaría otro tablero para que lo colocara en el tanque. ¿Me entiende usted, señor Mason?

—Creo que la entiendo perfectamente. Prosiga.

—Tom pintó algunos tableros más, y el señor Rawlins llevó el segundo a la mañana siguiente. Staunton volvió a recibirle en la puerta, diciéndole en voz baja que su esposa había pasado mala noche y que sería mejor que no entrara. Rawlins se apresuró entonces a decir a su cliente que no había nada complicado en el tratamiento, y que sólo necesitaba retirar el primer tablero y colocar suavemente el nuevo en el agua. Luego preguntó a Staunton cómo estaban los peces, a lo que el otro contestó que parecían mejor. Tomó el tablero y pagó a Rawlins cincuenta dólares a cuenta. Este último añadió que sería necesario colocar nuevos tableros al cabo de treinta y seis o cuarenta horas.

Una vez más guardó silencio la joven a fin de recobrar el aliento y también para prepararse a llegar al punto culminante de su relato.

Mason le indicó por señas que continuara.

—Esta noche me encontraba yo en la tienda. Tom estaba enfermo y se había quedado en su casa, y yo fui a ayudar al señor Rawlins. Es cierto que el señor Faulkner compró el negocio. Rawlins estaba haciendo el inventario de todas las existencias, y al encontrarse enfermo Tom, era preciso que le ayudara alguien. El señor Faulkner estuvo allí desde algo después de las cinco hasta los alrededores de las siete y media, molestándonos bastante. Creo que llegó a hacer algo terrible, respecto a lo cual el señor Rawlins no quiso decirme nada. Se llevó una cosa propiedad de Tom, y Rawlins se enojó tanto, que riñó con Faulkner. Me prometió que mañana me diría de lo que se trataba. Le digo todo esto para que comprenda por qué prometí yo ocuparme en ese trabajo. Verá usted: el señor Rawlins tenía intención de ir a casa de Staunton para colocar el último tablero en el tanque, pero su esposa le llamó por teléfono para decirle que deseaba ir al cine, pues tenía interés en ver una película. Cuando la señora Rawlins pide una cosa por el estilo, no

consiente que le digan que no, así que el viejo anunció que se marchaba a su casa. Yo le prometí que terminaría el trabajo, cerraría el establecimiento y usaría mi propio coche para llevar el tablero a Staunton.

—¿Hizo usted todo eso? —inquirió Mason.

—Sí. El señor Rawlins se sentía muy nervioso. Acabé el inventario, cogí el tablero y salí. El señor Staunton no se encontraba en su casa, pero pude hablar con su esposa y le dije que iba de parte de la tienda de animales domésticos para colocar un nuevo tablero en el acuario. La señora Staunton se mostró muy amable y me hizo pasar. Me dijo que el tanque se encontraba en el despacho de su esposo, que éste había salido y que no regresaría hasta después de un rato, y que lo mejor sería que yo misma colocara el tablero, ya que ella no deseaba cargar con la responsabilidad.

—De modo que entró usted con el tablero, ¿eh? —preguntó Mason.

—Sí, y cuando llegué al despacho descubrí que el tanque contenía una pareja de «Veiltail Moor Telescope».

—¿Y qué hizo usted?

—Por un momento me sentí tan estupefacta, que no me fue posible hacer nada.

—¿Dónde se encontraba la señora Staunton?

—De pie a mi lado. Me había hecho pasar al despacho y esperaba a que yo colocara el tablero.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí. Me acerqué al tanque, retiré el tablero viejo y coloqué el nuevo. Luego traté de trabar conversación con la dueña de la casa respecto a los peces. Dije que eran preciosos y pregunté a la señora Staunton si su marido había ya tenido otros y cuándo había adquirido aquéllos.

—¿Qué contestó esa señora?

—Dijo que, en general, los peces le parecían bastante feos, añadiendo que su esposo tenía aquéllos desde hacía muy poco tiempo, que nunca se había ocupado en cosas por el estilo y que nada sabía sobre ellos. Afirmó también que un amigo le había regalado aquellos dos peces y que cuando llegaron a la casa estaban enfermos. Ese amigo le daba instrucciones sobre lo que se debía hacer con ellos. La señora Staunton me dijo también que a ella

personalmente le hubiera agradado más que a su esposo le diera por coleccionar pececillos dorados de los corrientes, pues a pesar de que aquellos dos eran muy valiosos, le parecían repugnantes con sus largas aletas, sus colas negras, su color fúnebre y sus ojos saltones. Los consideraba símbolos de la muerte. Esto, señor Mason, no me sorprendió lo más mínimo, pues hace bastante que se los llama «los peces de la muerte», debido a su raro aspecto y seguramente también a alguna antigua superstición.

—¿Qué sucedió después? —inquirió Mason.

—Permanecí allí un rato más conversando con la señora Staunton, a la que dije algunas mentiras, como, por ejemplo, que yo había estado enferma y que en la tienda se habían dado algunos casos de enfermedad. Ella, a su vez, me contestó que el año anterior se había encontrado bastante enferma, pero que desde entonces no había sentido ni el más pequeño dolor de cabeza, ya que las vitaminas y las inyecciones tomadas contra la enfermedad le sentaron tan maravillosamente que no había vuelto a aquejarla el más pequeño dolor.

—¿Qué más?

—Pude darme cuenta de muchas cosas, pero de repente temí que regresara el señor Staunton y me encontrara allí, de modo que me fui inmediatamente. Desde entonces he estado temiendo que su esposa le contara nuestra conversación, lo que le impulsaría a querer librarse de los peces por temor a que los descubrieran.

—¿Y por qué está usted tan convencida de que se trata de los peces de Faulkner?

—¡Oh! No tengo la menor duda. El tamaño, el aspecto... y la enfermedad de las agallas, aunque ya están muy mejorados. Además, los «Veiltail Moor», especialmente los «Telescope», escasean mucho, y es increíble que una persona se dedicara a criar peces con dos ejemplares de esa clase, sobre todo teniendo en cuenta, que estaban enfermos. Además tenemos las mentiras de Staunton acerca de la enfermedad de su esposa, mentiras inspiradas en el deseo de evitar a toda costa que Rawlins viera los pececillos.

—¿Le ha contado usted todo esto a Tom? —inquirió Mason.

—No, no le he dicho nada a nadie. Salí de la casa y me encaminé directamente a la oficina de usted, pero el ordenanza se negó a darme ningún informe. Entonces recordé que su secretaria se

llama Della Street, pero no encontré este nombre en la guía telefónica. Por fortuna, me acordé más tarde de que el señor Drake es el dueño de la Agencia de Investigaciones Drake, de manera que volví a coger la guía telefónica, hasta que encontré su nombre. Inmediatamente marqué el número, pero la telefonista me dijo que el señor Drake no se encontraba en su oficina, si bien solía pasar por ella antes de retirarse a su casa por la noche. Añadió que si yo le dejaba mi número, diría al señor Drake que me llamara. Así lo hice, pero, no fiándome de la promesa, seguí llamando por miedo a que olvidaran mi mensaje.

—¿Y no ha contado esto a nadie?

—No. Ni siquiera se lo he dicho al señor Drake. Sólo lo hubiera hecho en el caso de haberme visto obligada a ello para poder comunicarme con usted.

—¿Por qué no habló a Tom Gridley?

—Porque Tom se halla muy trastornado. Todas las tardes le sube la fiebre. El señor Faulkner le atosiga bastante.

—¿Ordenó el señor Faulkner que no fuera pagado el cheque?

—No. Se enfrentó conmigo de otra forma. Me dijo que si lo iba a cobrar, ordenaría mi detención por tratar de obtener dinero valiéndome de falsedades. Sostiene que Tom ideó su invento mientras trabajaba para Rawlins, y que, por lo tanto, la fórmula forma parte de lo que él compró.

—¿Es cierto que compró el negocio?

—Desgraciadamente sí. Pagó dos mil dólares a Rawlins por el local, los enseres, los útiles, los muebles y la clientela, dejando a Rawlins al cuidado de todo a cambio de un salario muy reducido. Por cierto que Rawlins le odia. Aunque creo que todo el mundo experimenta el mismo sentimiento hacia él, señor Mason. Sin embargo, ese hombre procede con justicia según su propio código moral. Opina que la ley es la ley, y los negocios los negocios. Está convencido de que Tom intenta estafarle y de que yo quise timarle... Y en el fondo creo que es cierto.

—¿Le ha hecho a usted alguna oferta con objeto de solucionar las cosas?

—Sí.

—¿Qué le ha propuesto?

—Que Tom le entregue la fórmula. Yo, por mi parte, debo

devolver el cheque de cinco mil dólares. Y Tom tiene que continuar trabajando en la tienda durante un año con el mismo sueldo actual y entregar todos los tratamientos o inventos que se le ocurran durante ese tiempo. En compensación, Tom recibirá como regalo, independientemente del sueldo, setecientos cincuenta dólares.

—Muy generoso —comentó Mason—. ¿Y no ha hablado de que Tom se tome unas vacaciones para curarse?

—De eso ni una palabra. Ahí está el motivo de mi ira. Otro año en esa tienda, y Tom no tendrá ya cura.

—¿Y Faulkner no piensa en ello?

—En absoluto. Dice que Tom puede tomar el sol durante los fines de semana, y que si está demasiado enfermo para trabajar, que no acepte su propuesta. Afirma que Tom tiene completa libertad para renunciar, y que la salud de cada cual es asunto particular del interesado. Añade que si se pasara la vida preocupándose por la salud de sus empleados, carecería de tiempo para dedicarse a sus negocios. ¡Oh, señor Mason, hombres así son los que echan a perder el mundo!

—De modo que usted no ha dicho nada a Faulkner de que había encontrado sus peces, ¿verdad?

—No, no le he dicho nada.

—¿Y continúa sin querer hacerlo?

La joven miró intensamente a Mason.

—Temo que nos acuse de haberlos robado —contestó—. Me gustaría que usted llevara el asunto, señor Mason. Creo que usted podría... en fin, podría atacar al señor Faulkner con sus propias armas, y, de paso, hacer algo por Tom.

—Ha tardado usted bastante en decir todo esto —observó Mason—. Vamos.

—¿No cree usted que ya es demasiado tarde... para hacer algo esta noche?

—Nunca es demasiado tarde para enterarse bien de las cosas —repuso el abogado—. Y vamos a enterarnos de algo.

V

Era una noche fría y clara. Mason condujo su coche a gran velocidad por entre el animado tránsito formado por los automóviles de los que salían de los espectáculos.

Sally Madison aventuró una pregunta:

—¿No sería prudente encargar a un detective que vigilara la casa de Staunton, a fin de asegurarnos de que éste no se lleva los peces, y, una vez hecho esto, esperar tranquilamente a mañana?

Mason movió dubitativamente la cabeza.

—Vamos a calcular bien la situación. El asunto ha llegado a interesarme.

Siguieron devorando kilómetros en silencio hasta que Mason aminoró la marcha del vehículo. Llegaron ante una residencia señorial con fachada de estuco, tejado rojo y amplios ventanales.

—Éste debe de ser el número —dijo el abogado.

—Efectivamente —declaró Sally Madison—. Y todavía están levantados. Se ve luz en el interior.

Mason arrimó el coche a la acera y cerró el contacto. Los dos viajeros se apearon y echaron a andar por el camino de cemento que terminaba en los tres escalones que conducían al pórtico.

—¿Qué piensa usted decir? —preguntó Sally Madison levantando la voz por efecto de la excitación que sentía.

—Aún no lo sé —contestó el abogado—. Dependerá de lo que ocurra. Acostumbro a planear mis campañas después de haber estudiado a mi adversario.

Pulsó el timbre y un momento después abrió la puerta un caballero de elevada estatura y aspecto distinguido, que representaba unos cincuenta y cinco años de edad.

—¿El señor James L. Staunton? —preguntó Mason.

—El mismo.

—Ésta es la señorita Sally Madison, de la tienda de animales

domésticos de Rawlins —explicó Mason—. Y yo soy Perry Mason, abogado.

—¡Ah, sí, sí! Lamento no haberme encontrado en casa cuando usted vino, señorita Madison. Ahora he de decirle que los peces están muy mejorados. Supongo que querrá usted cobrar el resto del dinero, ¿no es así? Aquí lo tiene.

Staunton contó parsimoniosamente cincuenta dólares y, expresándose con toda naturalidad, añadió:

—Si me hace el favor de extenderme un recibo, señorita Madison...

Mason intervino en la conversación.

—Creo que tenemos algo de que hablar, señor Staunton.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que existen ciertas dudas respecto a la propiedad de esos peces. ¿Quiere usted decirnos cómo los consiguió?

Staunton se irguió con dignidad, como si quisiera ocultar el temor que le poseía en aquellos instantes.

—Me ofende esa pregunta. Opino que no es asunto de su incumbencia.

—¿Y si yo digo que esos peces han sido robados?

—¿Que han sido robados?

—No estoy completamente seguro de ello —admitió Mason con toda franqueza—. Pero existen ciertas circunstancias en extremo sospechosas.

—¿Me acusa usted de algo?

—No, señor. En absoluto.

—Pues me lo había parecido. He oído hablar mucho de usted, señor Mason, y conozco su fama como abogado. Pero debería tener cuidado con lo que dice. Si me permite usted ser franco, le diré que poseo la suficiente capacidad para cuidarme de mis asuntos y tal vez le convenga a usted dedicar su atención a los suyos y no meter las narices en los de los demás.

Mason, sonriendo, sacó la pitillera de su bolsillo.

—¿Quiere uno? —preguntó.

—No —contestó secamente Staunton, retrocediendo un paso con ánimo de cerrar violentamente la puerta.

El abogado ofreció la pitillera a Sally Madison, mientras, afectando la mayor indiferencia, decía al dueño de la casa:

—La señorita Madison vino a pedirme consejo, y yo he estado a punto de contestarle que si no le daba usted una explicación satisfactoria, tenía el deber de dar parte a la policía. Esto podrá resultar molesto, naturalmente, pero ya que así lo desea usted, yo no opondré ahora el menor inconveniente.

El abogado encendió una cerilla y después de aplicarla al cigarrillo de la joven, encendió el suyo.

—Se diría que me amenaza usted —le acusó Staunton.

Mason, que había intuido ya el carácter de su contrincante, le arrojó al rostro una bocanada de humo y dijo:

—Y si así fuera, ¿qué?

Sorprendido por el aplomo y la seguridad del abogado, Staunton se echó hacia atrás.

—No me gusta su actitud, señor Mason, y no estoy dispuesto a dejarme insultar.

—Perfectamente —asintió Mason—. Pero tenga en cuenta de que ya ha perdido usted la oportunidad de impedirlo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si no tuviera usted algo que ocultar respecto a esos peces, haría ya varios minutos que me hubiera dado con la puerta en las narices. Pero le ha faltado valor para hacerlo. Siente curiosidad por saber lo que yo pueda conocer del asunto y teme también lo que pueda hacer. Está indeciso, y se pregunta si se atreverá a dejarme en la calle para ir a telefonear al hombre que le encargó que cuidara de esos pececillos.

—Señor Mason —contestó Staunton—, sabe usted perfectamente, como abogado que es, que me está acusando sin pruebas.

—Es cierto. Y también sé como abogado que la verdad es la mejor defensa contra una falsa acusación. Decídase, Staunton, y cuente la verdad. ¿Desea hablar conmigo o con la policía?

Staunton permaneció inmóvil durante algunos minutos. Luego, despojándose súbitamente de la capa de dignidad en que se pretendía envolver, capituló.

—Entren —masculó.

Mason se apartó a fin de que Sally Madison le precediera.

Del salón, situado a la derecha del vestíbulo, surgió una voz femenina que preguntó:

—¿Quién es, querido?

—Un asunto de seguros —contestó Staunton, que añadió—: Pasen al despacho.

Abrió una puerta e introdujo a sus visitantes en una estancia amueblada al estilo de las oficinas, con una antigua mesa escritorio, una caja de caudales y una mesita para la máquina de escribir. También había otra mesa auxiliar y media docena de sillas. Sobre el archivo estaba colocada una pecera rectangular llena de agua, en cuyo interior nadaban perezosamente dos pececillos.

En cuanto se encendió la luz, Mason se acercó al tanque para inspeccionar su interior.

—¡Así que éstos son los «Veiltail Moor Telescope», llamados asimismo «los peces de la muerte»! —exclamó.

Staunton guardó silencio.

El abogado miró con curiosidad los oscuros peces, observando sus largas aletas, que descendían cual negros velos flotantes. Sus ojos eran tan negros como sus cuerpos.

—No me llaman demasiado la atención —dijo—. Pero, eso sí, me parece percibir en ellos algo siniestro.

—¿No quieren tomar asiento? —preguntó Staunton con expresión titubeante.

Mason, después de esperar a que la joven se sentara, lo hizo cómodamente en otra silla. Luego sonrió al dueño de la casa, a quien dijo:

—Se ahorrará usted muchas molestias si me cuenta toda la verdad desde el principio hasta el fin.

—Lo mejor sería que usted me preguntara lo que desee saber —contestó el otro.

Mason hizo un ademán, indicando el teléfono.

—Ya le hice antes la pregunta que me interesa. Si hay que someterle a un interrogatorio en regla, eso correrá a cargo de la policía.

—No temo a la policía. ¿Qué diría usted si no me dejo impresionar por sus amenazas, señor Mason?

—Allá usted, señor Staunton.

—No tengo nada que ocultar, y no he cometido el menor delito. Le he recibido a esta hora tan intempestiva porque le conozco de oídas y siento cierto respeto por su fama profesional. Pero de eso a

dejarme insultar...

—¿Quién le entregó los peces? —preguntó Mason.

—Me niego a contestar a esa pregunta.

Mason, tras quitarse el cigarrillo de la boca, se puso lentamente en pie y marchó hacia el teléfono, cogiendo el auricular y marcando el número de la central.

—Póngame con la Jefatura de Policía.

Staunton se apresuró a interrumpirle.

—¡Un momento, señor Mason! ¡Va usted demasiado de prisa! ¡Si habla con la policía, se arrepentirá!

Sin volver la cabeza y conservando el receptor apoyado en la oreja, Mason insistió en su pregunta.

—¿Quién le dio los peces, Staunton?

—¡Ya que se empeña —gritó el otro en el colmo de la exasperación—, se lo diré: fue Harrington Faulkner!

—Ya me lo parecía —comentó Mason colgando de nuevo el aparato.

—Los peces son propiedad de Faulkner —prosiguió Staunton en tono de desafío—. Me los trajo para que yo se los cuidara. Extiendo muchas pólizas de seguro para la Sociedad

Faulkner & Carson,

y me sentí encantado de poder hacer un favor al señor Faulkner. No creo que haya ninguna ley que lo impida, y no dudo de que se dará usted perfecta cuenta de su desliz al insinuar que los peces habían sido robados y que yo obraba en complicidad con el ladrón.

Con la misma calma de siempre, Mason volvió a sentarse, cruzó sus largas piernas y sonriendo al indignado Staunton, dijo:

—¿Cómo le trajeron los peces? ¿En la pecera que está ahora sobre el archivo?

—No. La señorita Madison, que está empleada en la tienda, sabe muy bien que ése es un tanque de tratamiento que me enviaron desde la tienda. Se trata de un tanque rectangular, como ven, en el que se pueden insertar los tableros pintados con el medicamento.

—Y... ¿en qué clase de recipiente venían los peces cuando se los trajeron? —insistió Mason.

Staunton, tras titubear un instante, repuso:

—No me parece, señor Mason, que eso tenga mucho que ver con el asunto.

—Acaso resulte significativo.

—A mí no me lo parece así.

—Le explicaré —dijo Mason—. Si Harrington Faulkner le trajo esos peces, no hay duda de que lo hizo siguiendo un plan fraudulento, y también, como parte de semejante plan, dio parte a la policía del robo de los peces. Ahora bien, a las autoridades no les gustará lo más mínimo. De manera que si usted tiene alguna relación con lo ocurrido, le conviene aclarar su situación cuanto antes.

—Yo no he tenido la menor relación con ningún plan fraudulento. El señor Faulkner me suplicó que me hiciera cargo de esos peces y yo accedí. Eso es todo.

—¿Él mismo se los trajo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El miércoles por la noche.

—¿A qué hora?

—No recuerdo con exactitud. Era a primeras horas de la noche.

—¿Antes de cenar?

—Creo que sí.

—¿Y cómo le trajo los peces? ¿En qué clase de recipiente?

—Ya le he dicho que eso no es asunto suyo.

Mason se incorporó de nuevo, encaminándose hacia el teléfono, que descolgó, y empezó a marcar el número de la central. Todos sus movimientos denotaban una gran decisión.

—En un cubo —se apresuró entonces a contestar Staunton.

Lentamente y como de mala gana, Mason volvió a colgar el auricular.

—¿Cómo era ese cubo?

—Un cubo corriente, de hierro galvanizado.

—¿Qué le dijo Faulkner cuando le trajo los peces?

—Que llamara a la tienda de Rawlins, les informara de que tenía un par de peces de gran valor, los cuales padecían una enfermedad en las agallas y que estaba enterado de que ellos conocían un tratamiento especial para curarlos. Debía ofrecerles cien dólares por la cura. Y eso fue exactamente lo que hice. He aquí toda mi participación en el asunto, señor Mason. Tengo completamente limpias las manos.

—Pues a mí me parece que no tiene usted las manos tan limpias como asegura —replicó Mason, que continuaba junto al aparato telefónico—. ¿Se ha olvidado usted de lo que dijo al hombre de la tienda de animales?

—¿A qué se refiere usted?

—Le dijo usted que su esposa se encontraba enferma y que no se la podía molestar.

—No quería que mi esposa supiera nada de esto.

—¿Por qué razón?

—Pues porque se trataba de un asunto de negocios y no me gusta inmiscuirlos en ellos.

—Pero usted le mintió a Rawlins.

—Me desagrada esa palabra, señor Mason.

—Use usted la palabra que guste —respondió Mason—, pero el caso es que hizo usted una declaración falsa al hombre que venía de la tienda de animales domésticos. No quería usted que entrara y viera los peces.

—No es usted justo, señor Mason.

El abogado sonrió.

—Recapacite un poco, señor Staunton. Un día le interrogaré delante de un jurado. ¡Y usted, con sus manos limpias, tendrá que soportar el interrogatorio!

Dicho esto, Mason se acercó a la ventana, apartó las pesadas cortinas que cubrían los cristales y permaneció inmóvil de espaldas a la habitación, las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones.

Staunton se aclaró la garganta como si fuera a decir algo, pero guardó silencio. Lo único que hizo fue cambiar de posición en el sillón giratorio, que crujió ligeramente.

Mason continuó en el mismo sitio. Durante unos treinta segundos se mantuvo inmóvil, contemplando el trozo de acera que se veía desde la ventana, en espera de que su silencio hiciera efecto sobre su contrincante.

Pero de súbito se volvió.

—Creo que con esto basta —dijo a la sorprendida Sally Madison—. Ya podemos irnos.

Algo aturdido, Staunton los escoltó hasta la puerta de la calle. Por dos veces pareció a punto de decir algo, pero no despegó los

labios.

Mason, por su parte, no se volvió ni hizo comentario alguno.

Al llegar a la puerta, Staunton se quedó observando cómo se alejaban sus visitantes.

—Buenas noches —dijo con voz ligeramente temblorosa.

—Puede que volvamos a visitarle —contestó Mason en tono de amenaza, sin dejar de avanzar hacia el auto.

Por toda respuesta, Staunton cerró con gran violencia la puerta de su casa.

Mason cogió entonces del brazo a Sally Madison y la empujó hacia la derecha, sobre un trozo de césped, en dirección al pedazo de acera visible desde la ventana del despacho de Staunton.

—Desde aquí podremos observarle un momento —murmuró—. Con toda intención aparté la cortina y dejé el teléfono vuelto hacia la ventana. De esta manera, podremos, observando su mano, tener una idea del número que marca. Por lo menos sabremos si es un número parecido al de Harrington Faulkner.

Se detuvieron en el límite del rectángulo de luz que surgía de la ventana. Desde el sitio en que se hallaban, veían claramente el teléfono y los peces, que nadaban en el interior del tanque.

De pronto, en el iluminado rectángulo apareció una sombra, que se detuvo al llegar hasta el teléfono.

Los observadores vieron que el rostro de Staunton se acercaba al depósito para contemplar los ondulantes movimientos de los negros velos que pendían de aquellos «peces de la muerte».

Durante unos cinco minutos, James Staunton, como atraído por una fascinación hipnótica, permaneció contemplando los peces. Luego se volvió lentamente, su sombra cruzó de nuevo el rectángulo de luz, y, un instante después, la habitación quedaba a oscuras.

—¿Cree usted que adivinó que le estábamos espiando? —preguntó Sally Madison.

Mason continuó en observación durante algún tiempo más. Luego hizo dar media vuelta a la joven, conduciéndola de nuevo al automóvil.

—¿Lo suponía? —insistió la joven.

—¿El qué? —preguntó el abogado, que parecía abstraído.

—¿Sabía que le estábamos observando?

—No lo creo.

—Pero... usted esperaba que telefonease, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no telefoneó?

—Lo ignoro.

—Y ahora... ¿qué hacemos? —inquirió Sally.

—Ahora —respondió Mason— iremos a visitar al señor Faulkner.

VI

Mason acompañó a Sally Madison por la senda que conducía al domicilio particular de Harrington Faulkner. El edificio se hallaba envuelto en la apacible oscuridad que rodea a medianoche las casas respetables de un barrio residencial.

—Deben de estar durmiendo —murmuró Sally—. No hay duda de que se han acostado ya.

—No importa. Los despertaremos.

—¡Oh, señor Mason! Yo no me atrevería a tanto.

—¿Y por qué no?

—Faulkner se pondrá furioso.

—¿Y qué importa?

—Es que es muy irascible, y cuando se enfada...

—El de los seguros nos ha dicho que Faulkner le llevó esos peces el miércoles por la noche —repuso Mason—. Poco después Faulkner armaba un soberano escándalo al descubrir que faltaban los peces del acuario. Llamó a la policía, formulando falsas declaraciones. A la vista de todo esto, no creo que esté muy dispuesto a dejarse llevar por la indignación.

Al tomarla del brazo, Mason notó que la joven temblaba ligeramente por efecto del miedo.

—Usted es... usted es diferente de mí —murmuró Sally—. Usted se queda tan tranquilo al ver a la gente enojada. Yo, por el contrario, siento un pánico terrible.

—¿Qué es lo que teme usted?

—No lo sé. Pero no me gustan las riñas, ni tampoco la ira ni los altercados.

—Ya se irá usted acostumbrando a ellos a medida que nos vayamos adentrando en este asunto —le aseguró Mason mientras pulsaba con insistencia el botón del timbre.

Oyeron que sonaba melodiosamente en el interior de la casa.

Mason, tras esperar unos segundos, volvió a llamar varias veces.

—Confío en que así los despertará —dijo Sally en voz baja.

—Así me parece —contestó Mason llamando de nuevo.

Aún se oía el tintineo lejano de la campanilla cuando surgieron los haces de luz de los faros de un automóvil, el cual dobló la esquina a gran velocidad. El vehículo tomó la curva, pero aminoró bruscamente la marcha al serle aplicados los frenos, patinando ligeramente al adentrarse por el camino que conducía al garaje. Cuando el coche se hallaba a pocos metros de la puerta del garaje, el conductor debió de ver el auto de Mason, estacionado junto al bordillo, así como las dos figuras que se encontraban en el pórtico.

El automóvil recién llegado se detuvo bruscamente, se abrió la portezuela, quedando al descubierto un par de piernas generosamente exhibidas. Luego saltó al suelo la propietaria de las piernas, que no era otra que la señora Faulkner, la cual se apresuró a arreglarle la falda.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ansiedad—. ¡Pero si son el señor Mason y la señorita Street!... ¡Ah, no, no! Ahora veo que se trata de la señorita Madison. ¿No está mi marido?

—Al parecer no —repuso Mason—. Y si se encuentra en la casa, entonces es que goza de un sueño en extremo profundo.

—Lo probable es que no haya regresado aún. Dijo que estaría fuera hasta bastante tarde.

—¿Podríamos esperarle? —preguntó Mason.

—Les advierto que cuando llegue no se pondrá de muy buen humor al ver que le esperan. ¿Está usted seguro de que ha de verlo esta noche sin falta, señor Mason?

—Completamente seguro. Le esperaré... si es que a usted no la molesta.

La señora Faulkner dejó escapar una carcajada, que pareció producto de una larga práctica.

—A mí no me molesta. Pasen por aquí, ya que se trata de algo tan importante. Beberemos algo para soportar la espera. Pero no diga luego que no le advertí lo del mal humor de mi marido.

Abrió la puerta con su llave, encendió las luces del vestíbulo y del salón, y añadió:

—Tomen asiento. Por lo visto se trata de un asunto que no me pueden explicar ustedes a mí para que a mi vez se lo explique a él

mañana por la mañana.

—Así es. Queremos verle esta noche. ¿Cree usted que regresará pronto?

—¡Oh! Volverá antes de una hora. Pónganse cómodos y permítanme un momento. Voy a preparar unas bebidas.

Mientras trasponía la puerta que comunicaba con otra habitación, el dormitorio, empezó a quitarse el abrigo. Los visitantes la oyeron moverse por allí. Luego percibieron el ruido de otra puerta que se abría, y, a continuación, tras un instante de absoluto silencio, un grito agudo y penetrante que resonó por toda la casa.

Sally Madison miró con expresión de terror al abogado, pero éste se había puesto ya en movimiento. Cruzó la habitación, abrió la puerta del dormitorio y penetró en él en el preciso instante en que la señora Faulkner, cubriéndose el rostro con las manos, retrocedía tambaleándose desde el cuarto de baño, que, evidentemente, comunicaba con otro dormitorio.

—¡Está allí... allí! —balbuceó la mujer arrojándose en los brazos de Mason.

—Cálmese —dijo el abogado intentando apartarle las manos de los ojos.

Mason se dio cuenta de que la mujer tenía las manos tan frías como el hielo. Mientras la sostenía con un brazo, intentó avanzar hacia el cuarto de baño. Pero la señora Faulkner se negó a seguirle, y Mason, antes de soltarla, buscó con la mirada a Sally, que había aparecido asimismo en la habitación, y le hizo una seña con la cabeza. La joven avanzó para hacerse cargo de la señora Faulkner y conducirla lentamente hacia el lecho al tiempo que le decía:

—¡Vamos, cálmese, señora Faulkner!

La mujer, después de lanzar un lamento, se dejó caer sobre el lecho, apoyando la cabeza en la almohada. Se había cubierto de nuevo los ojos con las manos y lanzaba sonidos inarticulados.

Entretanto Mason había penetrado en el cuarto de baño.

Harrington Faulkner yacía muerto. Vestía solamente pantalones y camiseta, y la pechera de esta última estaba completamente manchada de sangre. Más allá aparecía una mesita volcada, mientras que en el suelo varios fragmentos de cristal curvado reflejaban la luz de la bombilla que pendía del techo. Una delgada

lámina de agua derramada sobre el piso había arrastrado la roja sangre hacia todos los rincones del cuarto de baño. En el suelo, cerca de los fragmentos de cristal, había una docena de pececillos dorados completamente inmóviles. Pero uno de ellos, según pudo observar Mason, movía lentamente la cola.

La bañera estaba medio llena de agua, y en su interior un solitario pececillo nadaba de un lado a otro como buscando compañía.

Mason se inclinó para recoger el único pez que daba señales de vida, y, suavemente, lo colocó sobre el agua de la bañera. El pez se agitó un momento, luego giró sobre sí mismo y permaneció inmóvil, a excepción de algún débil movimiento que hacía con sus agallas.

El abogado adivinó la proximidad de Sally Madison. En efecto, al volverse, la encontró junto a él.

—Salga —ordenó a la joven.

—¿Está...? ¿Está...?

—¡Claro que está muerto! —repuso Mason—. Salga de la habitación. No toque nada. Si deja una sola impresión digital, tendrá complicaciones con la policía. ¿Y la señora Faulkner?

—Está en la cama, víctima de un ataque.

—¿Convulsivo?

—Yo no diría tanto. Sólo el trastorno producido por la pena.

—¿Tanto significaba Faulkner para ella?

—Es la sorpresa.

—¿Estaría enamorada de su marido?

—Si estaba enamorada de él, entonces es idiota. Aunque, claro está, eso nunca se sabe. Yo creía que no era capaz de sentir la menor emoción, pero me engañaba.

—Tampoco usted da nunca muestras de emoción alguna —comentó el abogado.

La joven le lanzó una mirada con expresión reflexiva.

—¿Para qué sirve demostrarla?

—Es cierto —respondió Mason—. Y ahora vaya a hacer compañía a la señora Faulkner. Haga que salga del dormitorio. Llame luego a la Agencia Drake y diga a Paul que venga lo más rápidamente que pueda. Después llame a la Jefatura de Policía, Brigada de Homicidios, y pregunte por el teniente Tragg. Dígame que habla de mi parte y que tengo que denunciar un asesinato.

—¿Alguna cosa más?

—No, nada más. No toque nada de la habitación y lleve a la señora Faulkner al salón.

Mason esperó a que la joven se hubiera retirado del cuarto de baño. Luego retrocedió lentamente hasta la puerta y estudió con gran atención el conjunto de la habitación, teniendo buen cuidado de no tocar con las manos ningún objeto.

Sobre el suelo, a un lado del cadáver, había una lupa de bolsillo compuesta por dos lentes, cada una de ellas de pulgada y media de diámetro. Los lentes quedaban asegurados al estuche de baquelita, donde podían guardarse, cuando no se usaban, por medio de una bisagra. Contra la pared, casi debajo del lavabo, se encontraban tres revistas de tipo popular.

Mason se inclinó para leer las fechas de su publicación. Una de ellas correspondía a la semana en curso; otra, a tres meses atrás; y en la colocada encima de todas, podía verse una mancha de tinta de tres o cuatro pulgadas de largo por media de ancho.

Encima del lavabo, sobre la repisa de cristal, había dos frascos pequeños de agua oxigenada, uno de ellos casi vacío; una brocha, un poco de crema y una máquina de afeitar cubierta de espuma de jabón.

Al parecer, Faulkner había sido herido en el costado izquierdo, encima del corazón, falleciendo casi instantáneamente. Al caer debió de derribar la mesa sobre la que estaba apoyada la pecera. Uno de los curvos segmentos de cristal que había en el suelo contenía aún un poco de agua.

Debajo del cuerpo de uno de los pececillos que yacían en el suelo, se encontraba un talonario de cheques, y muy cerca de él una pluma estilográfica. El capuchón de la pluma estaba a unos sesenta centímetros de distancia. El talonario de cheques estaba cerrado y el agua mezclada con sangre, que lo llenaba todo, había humedecido los bordes de los cheques. Mason observó que la mitad de los cheques habían sido arrancados, quedando adheridos a la libreta la matriz de los mismos.

Al parecer, Faulkner tenía puestos los lentes cuando le asesinaron, y el cristal izquierdo se le había roto al desplomarse en el suelo, ya que cerca de la cabeza del muerto se hallaban los fragmentos del cristal. En cambio, el derecho estaba entero y

reflejaba extrañamente la luz de la lámpara del cuarto, dando una especial animación al rostro de aquel muerto que yacía sobre su propia sangre.

Mason contempló atentamente la mesa volcada, retrocediendo e inclinándose para verla mejor. Sobre su superficie se veían algunas gotas de agua, y, medio diluida en ellas, una gotita de tinta.

A continuación, Mason reparó en algo que hasta entonces había escapado a su atención. Colocada de lado en el fondo de la bañera había una cazuela de barro de dos litros de capacidad.

Concluía su cuidadosa inspección del contenido del cuarto de baño, cuando Sally Madison le llamó desde el dormitorio.

—He cumplido todos sus encargos, señor Mason. La señora Faulkner se encuentra en el salón, el señor Drake se halla en camino hacia aquí y he hablado con la policía.

—¿Con el teniente Tragg? —preguntó Mason.

—El teniente Tragg no estaba, pero viene el sargento Dorset.

—¡Eso sí que es una suerte! —exclamó Mason, que se apresuró a añadir—: Bueno, para el asesino.

VII

El lejano e insistente zumbido de la sirena del coche de la policía fue aumentando de volumen, pero súbitamente bajó hasta convertirse en un murmullo, cesando poco después.

En el pórtico se oyeron unos pesados pasos y Mason abrió la puerta.

—¿Qué diablos hace usted en esta casa? —preguntó el sargento Dorset.

—Pertenezco al comité de recepción —respondió Mason con toda tranquilidad—. Entre usted.

Los policías penetraron en la casa, y, sin quitarse los sombreros, observaron con curiosidad a las dos mujeres: Sally Madison, serena y tan inexpresiva como una muñeca; la señora Faulkner, con los ojos enrojecidos por el llanto, reclinada en el respaldo del sofá y emitiendo débiles gemidos con perfecta regularidad.

—Muy bien —dijo Dorset dirigiéndose al abogado—. ¿Qué declara usted esta vez?

Mason sonrió con ironía.

—No se moleste usted en alterar su presión arterial, sargento. No fui yo el que descubrió el cadáver.

—¿No? ¿Quién fue entonces?

Mason señaló, por medio de una inclinación de cabeza, hacia la señora Faulkner.

—¿Esa señora... es la esposa?

—Para hablar con propiedad debe usted decir... la viuda —contestó Mason.

Dorset se plantó ante la señora Faulkner y, después de echarse el sombrero hacia atrás, le dio a entender que estaba a punto de interrogarla. Los otros policías, que se habían diseminado por la casa en busca del cadáver, estaban reunidos a la entrada del cuarto de baño.

El sargento Dorset esperó a que la atribulada viuda levantara la vista.

—Puede usted hablar —dijo el sargento.

La mujer empezó en voz baja su relato.

—Yo le quería. Teníamos nuestras pequeñas discusiones, y en determinados momentos resultaba muy difícil llevarse bien con él. Pero...

—Ya hablaremos de eso más adelante —se apresuró a decir Dorset—. Ahora, dígame: ¿cuánto hace que descubrió usted el cadáver?

—Unos minutos.

—¿Cuántos? ¿Cinco, diez, quince?

—No creo que lleguen a diez. Acaso pasen de cinco.

—Nosotros hemos tardado seis en llegar aquí.

—Pues le llamamos en cuanto lo encontré.

—¿Inmediatamente?

—Sí, inmediatamente.

—¿Y cómo descubrió usted el cadáver?

—Entré en el dormitorio... y... y abrí la puerta del cuarto de baño.

—¿Le buscaba usted?

—No. Pero había hecho pasar al salón al señor Mason y a...

—¿Qué hacía aquí el señor Mason?

—Estaba llamando cuando yo llegué en mi coche. Quería ver a mi esposo.

Dorset se volvió y miró a Mason con ojos escrutadores. El abogado asintió a lo dicho por la señora Faulkner.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo el sargento.

Mason sonrió.

—La señorita Madison se halla en mi compañía, sargento, desde hace dos horas.

La joven sonrió a su vez.

—Se refiere a mí —dijo.

Dorset, tras lanzarle una mirada, se quitó inconscientemente el sombrero, que dejó sobre una mesa.

—¿Es su abogado el señor Mason? —preguntó.

—No, me parece que no.

—¿Qué quiere decir con ese «me parece que no»?

—Pues... que todavía no he llegado a ningún acuerdo con él. Quiero decir que no le he hablado en ese sentido. Pero, eso sí, creí que podría ayudarme.

—¿Ayudarla? ¿En qué?

—A conseguir que el señor Faulkner costeara el descubrimiento de Tom Gridley.

—¿Un descubrimiento?

—Sí, algo para curar a los peces enfermos.

Se oyó una voz procedente del dormitorio:

—Venga, sargento. En la bañera están nadando unos pececillos.

—¿Cuántos son los peces que se mueven? —preguntó Mason.

—Dos, sargento.

—No fui yo quien hizo la pregunta —gritó Dorset en tono airado—. Fue Mason.

—¡Oh! —exclamó la voz de antes, al mismo tiempo que un corpulento agente aparecía en la puerta y lanzaba una mirada de reproche al abogado—. Lo siento.

La señora Faulkner intervino en la conversación.

—Por favor, quisiera... quisiera arreglarme un poco. Además, estoy indispuesta.

—Lo siento, señora —dijo otro agente que se hallaba en pie ante la puerta del cuarto de baño—. No puede usted entrar aquí.

—¿Y por qué no?

El agente guardó silencio por delicadeza.

—¿Quiere usted decir que no van a... a retirarle? —preguntó la señora Faulkner.

—Por ahora, no. Tenemos que sacar fotografías, impresiones digitales y hacer algunas cosas más...

—Pero es que tengo ganas de vomitar. ¿Qué haré?

—¿No tiene usted otro cuarto de baño en la casa?

—No.

—Escuche —propuso Dorset—, ¿por qué no se va a pasar la noche a un hotel? ¿No podría llamar a alguna amiga para que la acompañara?

—¡Oh, no puedo! No me siento con fuerzas para ir a un hotel. Estoy deshecha. Siento mareos. Además no me parece que sean horas de pedir habitación en un hotel.

—¿No tiene usted ninguna amiga a cuya casa pudiera ir?

—No... Mi única amiga tendría que venir aquí. Vive en un departamento en compañía de otra mujer. No habría allí sitio para mí.

—¿Cómo se llama esa amiga?

—Adele Fairbanks.

—Bien. Llámela por teléfono.

—¿Yo? ¡Ay!

Y la señora Faulkner se tapó la boca con la mano.

—¡Salga, salga al jardín! —le ordenó el agente que estaba en la puerta.

La señora Faulkner corrió hacia el pórtico de la parte trasera, y los que estaban en el vestíbulo la oyeron vomitar.

Luego se oyó correr el agua del fregadero de la cocina.

El sargento Dorset se volvió hacia el agente que estaba en el dormitorio.

—Una amiga suya vendrá a hacerle compañía y necesitarán el cuarto de baño. Activen lo de tomar las impresiones digitales.

—Ya las están tomando, sargento. Pero hay muchas huellas semiocultas. Cuando se lleven el cadáver, aún no se habrá terminado de fotografiar y clasificar.

Dorset tomó una rápida decisión.

—Está bien. Sigán trabajando —dijo—. Puede usted esperar fuera —añadió dirigiéndose a Mason—. Le llamaremos en cuanto se le necesite.

—Le puedo decir inmediatamente lo que quiera saber, y si necesita más informes puede usted llamarme mañana a mi oficina.

—No, no. Espere ahí fuera diez o quince minutos. Podría ser que me urgiera preguntarle algo.

Mason consultó el reloj y respondió:

—No espero más de quince minutos.

—Perfectamente —contestó el sargento.

Cuando Mason se encaminaba hacia la puerta, Sally Madison se puso en pie.

—¡Espere, espere un momento! —gritó Dorset.

—Sí, sargento —respondió sonriendo la joven.

Dorset, tras examinarla un instante, dirigió una mirada al agente de la puerta, que le contestó con un guiño de inteligencia.

—Bueno, salga —dijo bruscamente Dorset—. Espere fuera en

compañía del señor Mason. Pero no se marche.

El sargento se encaminó hacia la puerta, la cual abrió, y, dirigiéndose al agente que estaba de guardia fuera, dijo:

—El señor Mason esperará aquí quince minutos. Si le necesito durante ese tiempo, le llamaré. Y esta señorita esperará también a que yo la llame. No debe irse.

El agente hizo un signo de afirmación.

—Muy bien. Quince minutos —respondió consultando su reloj—. Ha venido un detective particular —añadió—, pero no le dejé pasar. Dice que el abogado le llamó.

Paul Drake se hallaba recostado contra uno de los pilares del pórtico, fumando un cigarrillo. Dorset reparó en él.

—¡Hola, sargento! —dijo Drake.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Dorset.

—Estoy... estoy sosteniendo este pórtico para que no se venga abajo —contestó Drake sin inmutarse.

—¿Cómo vino hasta aquí? ¿En coche?

—Sí.

—¡Pues vaya a tomar asiento en él!

—¡Qué amable! —exclamó Drake con ironía.

El sargento mantuvo la puerta abierta hasta que Mason y Sally hubieron salido al exterior. Luego la cerró de un portazo.

El abogado hizo una seña a Drake y todos, incluso Sally, se encaminaron hacia el lugar donde se hallaba estacionado el automóvil del detective particular.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Drake.

—El cadáver estaba en el cuarto de baño. Alguien disparó certeramente contra él, atravesándole el corazón. La muerte debió de ser instantánea. Pero el médico forense aún no ha dicho nada.

—¿Fue usted el que le encontró, Perry?

—No, le encontró su esposa.

—Pues es una suerte. Pero ¿cómo ocurrieron las cosas? ¿No estaba la señora Faulkner en casa cuando llegaron ustedes?

—No. Apareció en su coche cuando estábamos llamando a la puerta. ¿Y sabe una cosa, Paul? Parecía muy preocupada. Además noté algo raro en el olor del escape. ¿Le parece bien echar una ojeada al coche antes que los policías interroguen a la señora Faulkner y piensen lo mismo que yo?

—¿Y qué es lo que usted piensa?

—¡Oh, nada en concreto! No es una idea definida. Pero esa mujer tomó la curva y se metió en el camino de coches a toda velocidad. Tuve la impresión de algo extraño, impresión originada quizá por el olor de los gases del escape. Recuerdo perfectamente que noté en el ruido del motor algo especial que me llegó al olfato en cuanto la conductora echó los frenos, un olor a gasolina sin quemar. ¿Por qué no echa una mirada al tablero de mandos?

—Bien, sí —contestó Drake con cierta desconfianza—; se puede hacer la prueba.

—No le arrestarán por ello, Drake —comentó Mason.

El detective se dirigió hacia el pórtico, donde habló unas palabras al agente de guardia. Éste, sonriendo, sacudió la cabeza al tiempo que hacía un ademán negativo.

—Está prohibido, amigo —dijo, y añadió—: Lo siento.

Drake torció hacia la derecha, y tras una serie de vagos e indeterminados movimientos, se encaminó tranquilamente al automóvil que había abandonado la señora Faulkner cerca de la casa. Obrando como si se tratara de su propio coche, el detective tomó asiento delante y, al cabo de un momento, sacó un cigarrillo y encendió una cerilla, tardando en encenderlo el tiempo necesario para examinar a conciencia el tablero de mandos.

—¿Qué es eso de las huellas digitales semiocultas? —preguntó Sally Madison al abogado.

—Pues que para ponerlas al descubierto —repuso Mason sin dejar de observar a Drake—, han de verter un polvo especial sobre los objetos. A veces emplean polvo negro, otras, polvo blanco, según el color de la superficie que deseen investigar. Para «levantar» las impresiones usan casi siempre un polvo negro, a fin de que resalten las ocultas, y luego colocan sobre la impresión un trozo de tela adhesiva, lo frotan suavemente hasta que todo el polvo se ha adherido a la tela, y luego la despegan. Esto levanta la impresión digital del objeto en que estaba.

—¿Cuánto tiempo duran las impresiones con ese procedimiento?

—Indefinidamente.

—¿Y cómo saben de dónde las han tomado?

—Me parece que pregunta usted demasiado, señorita —dijo Mason.

—Es que todo eso me inspira mucha curiosidad.

—Pues bien, depende del técnico que haga el trabajo. Algunos numeran la tela adhesiva y colocan el número correspondiente sobre el objeto. Otros anotan los números en una libreta, junto con un dibujo o descripción del lugar de donde tomaron la impresión digital.

—Yo creía que poseían cámaras especiales y fotografiaban las huellas.

—A veces lo hacen así. Cada individuo tiene su método propio de trabajo. Yo, en este caso, fotografiaría todas las huellas ocultas, aunque las mujeres no pudieran entrar durante mucho tiempo en el cuarto de baño.

Sally Madison lanzó una mirada de curiosidad a Mason.

—¿Y por qué? —preguntó.

—Pues porque si hay muchas ocultas, el técnico tendrá un trabajo terrible para evitar que se le mezclen.

—No comprendo la importancia que pueda tener eso.

—Lo comprenderá usted perfectamente si por casualidad encontraran una huella digital de usted.

—¿Cómo?

—Cambiaría mucho la importancia si las encontraran en un picaporte, o bien en la culata de una pistola... ¿no comprende?

Paul Drake salía en aquel momento del coche de la señora Faulkner. El detective saltó al suelo, se desperezó, ahogó un bostezo; el punto rojo de su cigarrillo brilló en la oscuridad, e inmediatamente él se encaminó tranquilamente hacia el lugar donde se hallaban Mason y la joven.

—Acertó usted en su presentimiento, Perry.

—¿Qué ha descubierto usted?

—La toma de aire a medio abrir y la temperatura del motor muy baja. Aun teniendo en cuenta que ha estado parado veinte minutos o más, es raro que el motor se haya enfriado tan pronto. Parece como si el coche no hubiera andado más de un cuarto de milla, o quizá menos aún.

—Iba muy rápidamente cuando tomó la curva —afirmó Sally.

Mason miró a Drake significativamente.

La puerta de la casa se había abierto y la figura del sargento Dorset se destacaba contra la luz del interior. El sargento dijo algo

en voz baja al policía de guardia, éste anduvo hasta el extremo del pórtico y, con la voz de alguacil que llama a un testigo, gritó:

—¡Sally Madison!

En los labios de Mason se dibujó una sonrisa.

—La llaman, Sally.

—¿Y qué les voy a decir? —preguntó la joven con temor.

—¿Es que quiere usted ocultar algo? —preguntó el abogado.

—No... Creo que no tengo nada que ocultar.

—Es que si quiere usted ocultar algo, ocúltelo, pero no diga ninguna mentira —le aconsejó Mason.

—Pero, para ocultar algo, tendría que mentir.

—No, lo único que necesita es no hablar de ello. Ahora bien, en cuanto la policía termine con usted, llame a este número. Es la casa de Della Street. Dígale que se dirige hacia allí. Una vez que se haya usted reunido con ella, vayan las dos a un hotel y den sus propios nombres. Pero no digan a nadie dónde están. Mañana por la mañana Della debe telefonarme a eso de las ocho y media. Que les sirvan el desayuno en su habitación. Y, sobre todo, no salgan ni hablen con nadie hasta que llegue yo.

El abogado entregó a la joven un pedazo de papel con el número del teléfono de Della Street.

—¿Y por qué todas estas precauciones? —preguntó la joven.

—Es necesario que se mantenga usted alejada de los periodistas —repuso Mason—. Querrán entrevistarse con usted. Voy a hacer un esfuerzo para conseguir que usted y Tom Gridley cobren cinco mil dólares de lo que haya dejado Faulkner.

—¡Oh, señor Mason!

—No diga ni una palabra a nadie —siguió diciendo el abogado—. La policía no debe conocer su paradero. Ni siquiera le debe usted decir nada a Tom Gridley. Permanezca escondida hasta que yo haya tenido tiempo de ver cómo andan las cosas.

—¿Quiere usted decir que acaso haya una posibilidad...?

—Acaso. Depende.

—¿De qué?

—De muchas cosas.

El sargento Dorset habló de nuevo al guardia, y éste gritó otra vez el nombre de la joven. Luego, despojándose súbitamente de su dignidad profesional, el policía gritó dirigiéndose al trío:

—¡Dejen ya de hacer el tonto! El sargento desea hablar con la señorita.

Sally Madison, taconeando nerviosamente, se dirigió rápidamente hacia el pórtico. Drake dijo entonces a Mason:

—¿Por qué tuvo usted el presentimiento de que el coche había estado estacionado a la vuelta de la esquina, Mason?

—Tal vez no haya estado estacionado a la vuelta de la esquina, Paul —repuso el abogado—. Debido al olor de los gases del escape, me figuré que el coche había estado en marcha con el motor frío. Naturalmente, también se me ocurrió que podría haber estado esperando por los alrededores, hasta el momento de aparecer yo en escena.

—Claro que es una posibilidad —contestó Drake—. Y si resultara cierta, ya sabe usted lo que eso significaría.

—No estoy muy seguro de su significado —opinó, pensativo, Mason—. Y ni siquiera pensaré en ello hasta que me cerciore de si es verdad o no. Pero no hay duda de que el detalle es lo suficientemente interesante para que lo tengamos en cuenta.

—¿Cree usted que el sargento Dorset caerá en la cuenta? —preguntó Drake.

—Lo dudo. El procedimiento rutinario le entretiene demasiado para poder pensar en otra cosa. De estar aquí, el teniente Tragg hubiera pensado en ello inmediatamente. Tragg es muy listo, Paul. No es que quiera hablar mal de Dorset. Ha ido ascendiendo paulatinamente en su carrera, y tiene una confianza ciega en los viejos métodos, los cuales consisten en arrasar todo lo que encuentra a su paso. Tragg, en cambio, es tan suave como la seda, y por mucho que uno le observe nunca se sabe adónde va...

La puerta se abrió una vez más, y esta vez el sargento no utilizó al guardia para lanzar un mensaje.

—¡Eh, ustedes dos! —gritó—. ¡Vengan aquí! Deseo hablarles.

Mason dio a Drake unas breves instrucciones en voz baja.

—Si le dejan marchar, métase en su auto y doble la esquina. Recorra las calles laterales por si algo le llama la atención. Luego, cuando aparezcan los periodistas, llame a alguno que conozca, páguele un par de copas y vea qué puede averiguar...

—No podré sacarle nada hasta que haya telefoneado a su periódico —objetó Drake.

—Tampoco se lo pido —contestó Mason—. Sólo...

—¡Cuando quieran, cuando quieran! —dijo el sargento sarcásticamente—. No se den prisa, no se preocupen. Al fin y al cabo, se trata tan sólo de un asesinato...

—Así que... ¿no es un suicidio? —preguntó Mason, que ya había alcanzado los escalones del pórtico.

—¿Un suicidio? ¿Y qué hizo con el arma? ¿Se la tragó? —preguntó el sargento a su vez.

—Ni siquiera sabía qué era lo que le había causado la muerte.

—¡Qué inocente es usted! ¿Verdad? Y Drake, ¿qué diablos hace aquí?

—Está echando una ojeada.

—¿Por qué? —preguntó Dorset a Drake en tono receloso.

—Ordené a Sally Madison que le llamara al mismo tiempo que les telefoneaba a ustedes —respondió Mason.

—¿Qué dice usted? —preguntó sorprendido, Dorset—. ¿Quién me llamó?

—Sally Madison.

—Creí que me había llamado la esposa del muerto.

—No, no, la señora Faulkner estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Le llamó Sally.

—¿Y por qué deseaba usted que viniera Drake?

—Para que echara una ojeada, ya se lo he dicho.

—¿Con qué objeto?

—Para ver si averiguaba algo.

—¿Si averiguaba algo? Usted no representa a nadie, ¿verdad?

—Puedo asegurarle que si vine a ver a Faulkner a esta hora de la noche no fue para hacerle una mera visita de cumplido.

—¿Es cierto que un tal Staunton tiene en su poder los peces robados?

—Staunton afirma que Faulkner se los entregó para que se los cuidara.

—Faulkner fue el que comunicó a la policía que se los habían robado.

—Ya lo sé.

—Y creo que usted se encontraba en esta casa cuando llegó el auto patrullero la noche en que se cometió el robo de los peces.

—Es cierto. Drake estaba también conmigo.

—Bien, y... ¿cuál es su opinión? ¿Los robaron? ¿No los robaron?

—Nunca he tocado un pececillo, sargento —contestó Mason.

—¿Qué tiene que ver eso con la cuestión de ahora?

—Acaso nada y acaso mucho.

—No le comprendo en absoluto.

—¿Se ha subido usted alguna vez a una silla para introducir un cucharón dentro de una pecera que mide un metro veinte de profundidad? ¿Trató de capturar con ese cucharón uno de los peces para luego, deslizando por sus manos un mango de un metro veinte de largo, levantar el pez hasta la superficie, sacarlo de la pecera y echarlo en un cubo?

—Repito que qué tiene eso que ver con el asunto.

—Y yo le repito que acaso nada y acaso mucho. Fíjese bien: el techo de la oficina está a dos metros ochenta del suelo, y el fondo del tanque, a un metro aproximadamente de éste. Y no hay que olvidar que el tanque tiene un metro treinta de profundidad.

—¿De qué diablos me está hablando? —inquirió Dorset.

—De medidas —respondió el abogado.

—No veo su relación con el asunto.

—Usted me preguntó antes si yo creía que hubieran sido robados los peces.

—Bien, ¿y qué?

—La prueba de que fueron robados es un cucharón de plata a cuyo mango se sujetó un palo de la misma medida, ¿no es verdad?

—Sí, sí. Pero ¿qué encuentra usted de raro en ello? Cuando se quiere llegar al fondo de una pecera que mide un metro veinte de profundidad, es lógico que se necesite un palo de la misma longitud, ¿no le parece, señor Mason?

—Lo que a mí me parece —respondió el aludido— es que si se sacara un pececillo del agua que llega a media pulgada del borde de un tanque de un metro veinte de profundidad, y ese tanque estuviera ya a un metro del suelo, la superficie del agua se encontraría entonces a dos metros veinte del suelo.

—¿Y qué? —preguntó Dorset, bastante interesado en los razonamientos de Mason a pesar de la máscara de escepticismo y sarcasmo con que se cubría.

—Pues que sin duda alguna podría uno meter en el agua, sin la menor dificultad, el cucharón provisto de un mango de un metro

veinte, ya que se podría colocar en forma oblicua; pero, para sacarlo, sería necesario mantenerlo vertical a fin de evitar que el pez escapara del cucharón. Ahora bien, si el techo se encuentra a dos metros ochenta de altura, y la superficie del agua está a dos metros veinte del suelo, entonces al levantarse el cucharón con el mango vertical, el extremo del palo chocará contra el techo. ¿Qué ha de hacer uno entonces? Inclinar el palo, claro está. Pero entonces el pez se saldrá del cucharón y volverá a caer en el agua.

Dorset, que había comprendido perfectamente la idea, permaneció un rato con el ceño fruncido. Luego dijo:

—Entonces... no cree usted que los peces fueran robados.

—No creo que fueran extraídos del tanque con un cucharón y tampoco creo que el cucharón, con el palo de un metro veinte agregado a su mango, fuera empleado para robar los peces.

—No lo entiendo —murmuró el sargento, hecho un mar de dudas. Pero como si quisiera desdecirse, añadió apresuradamente—: Bueno, sí que lo entiendo. Pueden haber sostenido verticalmente el cucharón con una mano. El extremo del palo hubiera chocado contra el techo, lo admito. Pero también podían haber metido la otra mano en el agua y sacado los peces.

—¿En sesenta centímetros de agua?

—¿Y por qué no?

—Suponiendo que pudiera usted levantar los peces hasta sesenta centímetros de la superficie, ¿cree usted que podría meter la otra mano para apresar los peces con los dedos? A mí no me parece fácil. Escuche, sargento: remánguese y levante algo que esté dentro de sesenta centímetros de agua. Verá como tendrá que remangarse hasta muy arriba. Creo que por encima del hombro.

—No está mal lo que usted dice, Mason —exclamó Dorset después de pensar un momento—. Iré a tomar algunas medidas. Puede que tenga usted razón.

—Que conste que no he pretendido darle a usted una lección. Pero usted me preguntó qué opinaba respecto al robo...

—¿Cuándo se le ocurrió esa idea?

—En cuanto vi la pecera encima del estante y el cucharón con un palo atado a su mango.

—Pues no ha dicho usted ni palabra a los agentes encargados de la investigación.

—Nada me preguntaron esos agentes.

Dorset reflexionó un segundo, después cambió el giro de la conversación.

—Ese Staunton tiene unos peces, ¿verdad?

—Sí.

—Y esos peces, ¿son los sacados del tanque?

—Sally Madison cree que sí.

—¿Ha interrogado usted a Staunton?

—Sí, le he interrogado.

—Contestaría que Faulkner le dio los peces, ¿no?

—Así es.

—¿Y con qué motivo lo hizo?

—Lo ignoro.

—¿Oyó usted a Staunton decir que Faulkner se los había dado?

—Sí.

—¿Dijo también cuando se los entregó?

—Sí, el miércoles por la noche. Precisamente el día en que Faulkner dio parte del robo. En cuanto a la hora exacta, no me la dijo.

Dorset estaba pensando en la redacción de su informe cuando un taxi dobló la esquina, deteniéndose ante la casa. Sin esperar a que el chófer le abriera la puerta, una mujer se apeó rápidamente, entregó un billete al hombre y corrió hacia la casa. En la mano llevaba un maletín.

El agente de guardia en la puerta impidió el paso a la recién llegada.

—No puede usted pasar, señora.

—Soy Adele Fairbanks, la amiga de Jane Faulkner. La señora Faulkner me llamó por teléfono...

El sargento Dorset se acercó a ella.

—Perfectamente, puede usted entrar. Pero no pase al dormitorio ni al cuarto de baño hasta que se lo indiquemos. Haga por calmar a la señora Faulkner. Creo que si le da un ataque, tendremos que llamar a un médico.

Adele Fairbanks frisaba en los cuarenta. Tenía una marcada tendencia a la obesidad y un cabello bastante oscuro, pero no lo suficiente para llamar demasiado la atención. Usaba lentes de gruesos cristales y hablaba nerviosamente, dejando escapar sus

palabras rápidamente, en grupos de cuatro o de cinco.

—¡Qué terrible! Me cuesta creerlo... Desde luego, era un hombre bastante raro... ¡Claro que pensar que alguien le haya matado deliberadamente! Porque se trata de un asesinato, ¿verdad, oficial?... No ha sido suicidio, ¿verdad?... No, no ha podido ser suicidio... No tenía motivos para...

—Entre —la interrumpió Dorset—. Y haga cuanto pueda para tranquilizar a la señora Faulkner.

Cuando Adele hubo atravesado el umbral, cosa que efectuó con precipitado paso, el sargento se volvió a Mason.

—Me parece que tendré que aclarar la participación de Staunton en el asunto. Llevaré a la casa a Sally Madison. También me gustaría tenerle a usted de testigo, pues deseo comprobar que Staunton no cambia su declaración en lo que respecta a la entrega de esos peces por parte de Faulkner. Si cambia algo de lo que le declaró a usted, usted estará allí para recordárselo.

Mason meneó la cabeza.

—Tengo otras cosas que hacer, Dorset. Ya tiene usted a Sally como testigo. Yo he de marcharme.

—Al marcharse Mason, se queda usted sin excusa para seguir rondando por aquí —dijo Dorset dirigiéndose a Drake.

—Entendido, sargento —contestó Drake con sorprendente docilidad.

Y, encaminándose hasta su coche, tomó asiento ante el volante, poniendo en marcha el motor.

—Oiga, sargento, que ése no es su auto —dijo el agente de guardia—. El de él está estacionado en el camino.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mason.

—¿Que cómo lo sé? —respondió el agente—. Pues porque ese tipo estuvo en el coche fumándose un cigarrillo. ¿Quiere que le detenga, sargento?

Después de poner su coche en primera, Drake se alejó de la acera.

—Conduce su propio coche —dijo tranquilamente Mason, dirigiéndose a Dorset.

—Entonces... ¿de quién es ese otro coche que está ahí? —preguntó el policía de guardia.

—Debe de pertenecer a los Faulkner —contestó el abogado—.

Por lo menos, la señora Faulkner llegó en él.

—¿Y qué buscaba Drake en él?

Mason se limitó a encogerse de hombros.

—¿Para qué diablos le dejé a usted aquí de guardia? —gritó furioso Dorset dirigiéndose al policía.

—¡Creí que era su auto, sargento! Se acercó a él con toda naturalidad. Ahora recuerdo que ese coche estaba ahí cuando nosotros llegamos, pero...

Dorset le interrumpió bruscamente.

—¡Traiga la linterna!

Dorset cogió la linterna de manos del agente y se acercó al auto de la señora Faulkner. Mason hizo ademán de seguirle, pero el sargento se volvió airado hacia él.

—¡Quédese donde está! ¡Ya se ha entremetido bastante en este asunto!

Con el propósito de aminorar su yerro de antes, el agente de guardia mostró un súbito celo en el cumplimiento de su deber.

—¡Cuando el sargento dice que se queda usted ahí, amigo —gritó a Mason—, se queda usted ahí! No dé un solo paso hacia ese automóvil.

El abogado obedeció. Pero durante todo el tiempo que duró la exploración del sargento, no dejó de sonreír.

Al cabo de varios minutos de inútil búsqueda, Dorset regresó junto a Mason y masculló:

—Lo único que encontré fue un fósforo quemado.

—Es probable que Drake encendiera un cigarrillo —afirmó Mason.

—Sí, sí, lo encendió —admitió el agente de guardia—. Avanzó hasta el automóvil como si fuera a marcharse en él. Una vez ante el volante, encendió un cigarrillo y estuvo fumando un rato.

—Quizá no quisiera más que permanecer un rato sentado —comentó el abogado ahogando un bostezo—, y le pareciera que ese auto era el más indicado.

—¿De modo que le pareció a usted que pensaba marcharse en ese coche? —preguntó sarcásticamente el sargento.

—Sí, eso me pareció... Usted ya me entiende.

—Y si se le hubiera ocurrido llevarse ese coche, que podía ser una prueba importante, usted hubiera permanecido tan tranquilo,

¿eh?

Mason, en tono conciliatorio, interrumpió al sargento.

—Escuche usted, Dorset. Todos cometemos errores en esta vida.

Dorset dejó escapar un gruñido.

—Jim —dijo dirigiéndose al agente—, en cuanto los muchachos terminen de tomar las huellas digitales en el dormitorio y el cuarto de baño, que busquen impresiones en el auto. Deben prestar mucha atención al volante y a la palanca del cambio de velocidad. Si encuentran huellas digitales, que las levanten y las unan a las otras.

—Le repito, sargento, que «todos» cometemos errores —repitió escuetamente Mason.

El sargento Dorset contestó una vez más con un gruñido.

VIII

Mason había puesto ya en marcha su coche, y se disponía a alejarse de allí, cuando observó que dos faros le iluminaban por detrás. Los faros se encendieron y apagaron dos o tres veces consecutivas, a intervalos regulares. Inmediatamente el automóvil disminuyó la marcha.

El joven recorrió una manzana y media a toda velocidad, aunque sin perder de vista ni un instante los faros del otro coche, que veía a través del pequeño espejo colocado sobre el parabrisas. De pronto se aproximó a la acera y frenó; el otro automóvil se situó detrás del de Mason y se detuvo también. En aquel instante, Paul Drake saltó a la acera y corrió hacia el automóvil del abogado, deteniéndose ante la ventanilla y apoyando un pie en el estribo.

—¿Qué ha descubierto?

—El lugar en que permaneció estacionada la señora Faulkner en espera de que apareciera usted.

—Bien. Iremos a echar un vistazo a ese sitio —repuso Mason.

—Claro que no tengo mucho en que basar mi afirmación —añadió el detective a guisa de excusa—. Cuando un coche se detiene en un lugar pavimentado, no suele dejar muchas señales, sobre todo teniendo en cuenta que todos los días se estacionan centenares de coches en el mismo sitio.

—¿Qué ha encontrado usted? —inquirió Mason.

—Hice todo cuanto me fue posible durante el breve tiempo de que disponía. Examiné a conciencia el coche. Lo primero que observé, fue que la toma de aire estaba a medio abrir. A continuación encendí una cerilla, hice girar la llave del motor, y de este modo pude estudiar el contador de gasolina y el de la temperatura. El del combustible no me dijo nada. El depósito estaba medio lleno y esto no significa nada. Pero la aguja indicadora de la temperatura acusaba que el motor no se había calentado lo

bastante. Luego se me ocurrió echar una mirada al cenicero. Estaba vacío. De momento no concedí la menor importancia a este hecho. Comprobé que no contenía nada y no pensé más en él.

—¿Quiere usted decir que no había absolutamente nada en él?
—preguntó Mason.

—No contenía ni siquiera una cerilla apagada.

—No lo entiendo, Paul.

—Tampoco lo comprendí yo al principio. Hasta que no estuve lejos de la casa de los Faulkner no empecé a presentir el significado de ese detalle. ¿Ha permanecido usted alguna vez sentado en un automóvil estacionado en cualquier parte, en espera de que suceda algo y dominado por los nervios?

—No recuerdo —contestó Mason—. ¿Por qué?

—Pues yo he permanecido de ese modo muchas veces —afirmó el detective—. Esto sucede, por lo general, cuando se anda siguiendo a alguien y el individuo entra en una casa, obligándole a uno a esperar tiempo y tiempo. Entonces empieza uno a ponerse nervioso y a poco, sin darse cuenta, comienza a jugar con el cuadro de mandos. Es de todo punto imposible poner en marcha la radio, ya que su ruido llamaría la atención, así que continúa uno sentado manoseándolo todo.

—¿Y vacía uno el cenicero? —preguntó el abogado presa de un repentino interés.

—Eso mismo. Se hace el noventa por ciento de las veces, si uno se ve obligado a permanecer sentado durante mucho tiempo. Sin darnos cuenta, empezamos a pensar en todas las tareas que deben realizarse para limpiar el coche, y el cenicero es una de las primeras cosas de que nos acordamos. Entonces lo sacamos de su sitio y lo vaciamos a través de la ventanilla del lado izquierdo, procurando que el chisme quede bien limpio.

—Continúe —pidió Mason con acento perentorio.

—En vista de lo que se me había ocurrido —siguió Drake—, y tras haberme alejado de casa de los Faulkner, me dediqué a buscar un lugar donde pudiera estacionarse un automóvil y vigilar al mismo tiempo la entrada de la casa.

—¿Calle abajo? —inquirió el abogado.

—Ésa fue mi primera idea —contestó Paul Drake—. Pero no descubrí nada. Entonces di la vuelta a la esquina, hasta que

encontré un sitio, en una calle transversal, desde el que se divisa la casa, el camino para coches y el garaje, todo a través de un solar vacío. Y allí encontré un montoncito de colillas de cigarrillos y algunos fósforos.

—¿De qué marca eran los cigarrillos? —preguntó Mason.

—De tres o cuatro. Algunas de las colillas tenían pintura de labios. Entre las cerillas también las había de distintas clases: unas eran de papel, otras de madera.

—¿Descubrió usted alguna señal identificadora en las cerillas de papel?

—No, pues no me entretuve en buscar nada. En cuanto descubrí el lugar me apresuré a correr hacia aquí para informarle a usted. Supuse que tal vez le gustara echar un vistazo al lugar. Pero usted salía ya, de modo que apagué y encendí los faros varias veces y luego le seguí. No quise detenerme junto a usted por temor a que el policía de guardia creyera que había descubierto algo importante. Todo es posible... Uno no sabe jamás cómo funciona el cerebro de los policías. ¿Desea que vuelva y haga un examen más concienzudo?

Mason se echó hacia atrás el sombrero y se acarició las ondas que cubrían sus sienes.

—Paul —exclamó a poco—, si la casa puede verse desde el lugar donde vaciaron el cenicero, también podría vernos a nosotros, mientras estuviéramos registrando el lugar, cualquiera que se encontrase en el pórtico o en el camino de coches. Por fuerza tendrían que divisar la luz de su lámpara.

—Ya lo he pensado —murmuró Drake.

—Escuche, Paul. Lo mejor que puede hacer es regresar a esa calle y señalar el sitio de forma que pueda identificarlo. Luego busque una pala y una escobilla, barra, todo el polvo y métele en una bolsa de papel.

—¿Y no teme que Dorset pueda pensar que al obrar de ese modo ocultamos algunas pruebas?

—Al contrario, las conservamos —contestó Mason—. Eso mismo haría la policía si se le hubiese ocurrido la idea.

—Pero ¿y si piensan en ello cuando ya nos lo hayamos llevado nosotros todo?

—Examinemos el asunto desde otro punto de vista, amigo

Drake. Supongamos por un instante que no piensan en ello y pasa una máquina barredora por la calle y arroja todas las colillas y fósforos a la alcantarilla, ¿qué sucedería entonces?

—Sí, tiene usted razón —masculló el detective con cierto titubeo—. Claro está que también podríamos decírselo al sargento Dorset.

—Dorset se ha llevado a Sally Madison a casa de Staunton. No sea tan razonable, Paul. Póngase en camino y guarde todas esas cosas en una bolsa de papel.

Drake titubeó de nuevo antes de hablar.

—¿Por qué se detuvo allí la señora Faulkner, para luego, en cuanto vio que el coche de usted paraba ante su casa, presentarse de prisa y corriendo?

—Acaso porque sabía que el cadáver se encontraba allí y no deseaba ser ella la que lo descubriera sin contar previamente con la presencia de algunos testigos —afirmó Mason—. En este supuesto, sabría que Sally Madison y yo nos dirigíamos a su casa, lo que a su vez significaría que Staunton le telefoneó casi inmediatamente después que nosotros salimos de su casa.

—¿Dónde podría haberla llamado?

—Lo más seguro a su casa. Es muy posible que la señora Faulkner se encontrara ante el cadáver sin saber qué hacer, y al enterarse de nuestra idea le proporcionara la oportunidad de hacerse con una coartada. Ya sabe usted lo que dijo: estuvo fuera toda la noche, llegando poco más o menos al mismo tiempo que nosotros. Esto nos da una idea de lo que puede haber sucedido en casa de Staunton. Yo aparté las cortinas de la ventana de su despacho con el fin de poder vigilar el teléfono desde el exterior. Estaba más que seguro de que el hombre correría al aparato para llamar a la persona que le había entregado los peces. Todo lo que se le ocurrió en aquel momento fue apagar las luces. Eso quiere decir que muy posiblemente dispone en su casa de otro teléfono. Tal vez se trate de una simple derivación o de otra línea, pues, al parecer, atiende al negocio desde su propia casa. Ya consultaré la guía de teléfonos para comprobarlo. Si Staunton tiene dos números de teléfono en la misma dirección, entonces sabré que me tomé por tonto. También quiero averiguar el domicilio de Elmer Carson, el socio de Faulkner, y probar si puedo llegar a su casa antes que la policía. Ahora váyase a su oficina, hágase con una pala de juguete y

una bolsa de papel y recoja las colillas y los fósforos. Yo me voy al bulevar, y estaré dando vueltas hasta que dé con un restaurante o un establecimiento de servicio nocturno donde pueda echar una ojeada a la guía telefónica. Carson vive no muy lejos de aquí. Recuerde que Faulkner me dijo que él tenía alquilada una parte del edificio perteneciente a la sociedad y que Carson habitaba a pocas manzanas de distancia.

—Conforme, jefe —repuso Drake—. Sólo tardaré quince o veinte minutos en llegar a la oficina, recoger la pala y la bolsa de papel y regresar aquí.

—De acuerdo. Dorset no aparecerá hasta dentro de media hora, y a los individuos que dejó de guardia no se les ocurrirá dar la vuelta a la manzana, y mucho menos relacionar el cenicero vacío del coche de Jane Faulkner con un montoncillo de colillas de cigarrillos que se encuentra en una calle lateral.

—Hasta luego —repuso Paul Drake, e inmediatamente se dirigió hacia su coche.

Mason avanzó a toda marcha en busca del bulevar, recorriéndolo hasta que vio un restaurante abierto, en el que entró y pidió un café. Mientras se lo servían, consultó la guía de teléfonos, descubriendo con gran contrariedad y disgusto, que James L. Staunton tenía a su nombre dos números de teléfono, uno en las oficinas de la compañía de seguros y otro en su domicilio particular.

Mason siguió consultando la guía, encontrando al fin el nombre de Elmer Carson y su dirección. Habitaba a unas cuatro manzanas de la residencia de Faulkner.

Durante unos instantes Mason estuvo pensando si sería oportuno llamar a Carson por teléfono, pero al final desistió de su idea. Una vez pagado el café, volvió a subir al coche y se dirigió a la casa habitada por Carson, la cual se hallaba a oscuras.

Subió los pocos escalones que conducían al pórtico y oprimió el timbre de la puerta. A la tercera vez de hacerlo se encendieron las luces del interior. Un individuo en pijama, envuelto en una bata y calzando zapatillas, se delineó durante un breve instante contra el fondo luminoso del interior de la casa. Pero el individuo cerró la puerta y apagó las luces del vestíbulo; luego, avanzando a través de la oscuridad, alargó una mano y encendió la luz del pórtico.

Mason, expuesto a la intensa luz que alumbraba el pórtico, trató

en vano de divisar algo del oscuro vestíbulo a través de los cristales de la puerta.

Desde el otro lado de ésta, una voz preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Deseo ver al señor Carson.

—¡Vaya unas horas de hacer visitas!

—Lo lamento de veras. Pero me trae algo muy importante.

—¿Qué es ello?

Temiendo que su voz pudiera ser oída por cualquiera que se encontrara en los alrededores, Mason dirigió una mirada cautelosa a las casas vecinas y murmuró:

—Abra la puerta y se lo diré.

—Dígamelo primero, y entonces veré si le abro la puerta... o no —replicó el hombre.

—Se trata de un asunto relacionado con Harrington Faulkner.

—¿Qué le ocurre?

—Ha muerto.

—¿Quién es usted?

—Mason... Perry Mason.

—¿El abogado?

—Sí, señor.

La luz del pórtico fue apagada, encendiéndose inmediatamente otra en el vestíbulo. Mason oyó girar una llave en la cerradura de la puerta y ésta quedó abierta. Por primera vez pudo ver al hombre. Mason supuso que tendría unos cuarenta y dos años; de tipo un tanto rechoncho, era calvo desde la frente hasta la coronilla. El poco cabello que aún le quedaba se lo peinaba de forma que le cubriera el espacio desnudo. Como acababa de levantarse de la cama, los largos mechones le caían sobre la oreja izquierda, llegándole casi hasta la mandíbula. Esto daba a su rostro un aspecto extraño, como si tuviera un solo lado, lo cual no armonizaba con el continente digno que se esforzaba en mantener. La línea de su boca era firme y recta. El bigote, cuidadosamente recortado, empezaba a poblarse de hilos grises. Su apariencia era la de un individuo de los que no abandonan sus proyectos con facilidad y de los que jamás se asustan por nada.

Elmer Carson levantó sus azules y salientes ojos hacia Mason y dijo con acento cortante:

—Pase usted y siéntese.

—¿Hablo con Elmer Carson? —preguntó el abogado.

—Sí, señor.

Carson cerró la puerta y condujo a Mason a un saloncito amueblado con mucho gusto y perfectamente limpio. Ya en la habitación, Mason observó una bandeja en la que había varias colillas, el corcho de una botella de champaña y dos copas vacías.

—Tome asiento, por favor —dijo Carson cruzándose la bata—. ¿Cuándo murió Faulkner?

—Lo ignoro con exactitud —contestó Perry Mason—. Pero desde luego ha sido esta misma noche.

—¿Cómo ha muerto?

—Tampoco lo sé, señor Carson. Pero la inspección algo apresurada que he hecho del cadáver, me hace suponer que fue de un tiro.

—¿Se trata de un suicidio?

—Me parece que la policía no opinará así.

—¿Asesinato entonces?

—En apariencia, sí.

—Puedo asegurarle —murmuró Carson— que había bastantes personas que le odiaban a muerte.

—¿Incluso usted? —inquirió Mason.

Los azules ojos de Carson se clavaron en los del abogado.

—Incluso yo —repuso con gran calma el dueño de la casa.

—¿Por qué le odiaba?

—Por muchas razones. Pero no creo que sea ésta la ocasión de discutir las. ¿Para qué quería usted verme?

—Supuse que tal vez pudiera usted ayudarme a fijar la hora de la muerte del señor Faulkner —murmuró Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cuánto tiempo puede vivir un pececillo dorado fuera del agua? —preguntó el abogado.

—¡Qué sé yo! ¡Sepa que estoy harto de oír hablar y de ver pececillos dorados!

—No obstante, y según mis noticias, se ha gastado usted algún dinero con el fin de que un par de esos pececillos se quedaran en su oficina.

Carson sonrió.

—Cuando se hace la guerra a un hombre siempre se procura pegarle en su punto más vulnerable.

—¿Y la manía de los pececillos era el punto más vulnerable de Faulkner?

—Era el único que tenía —afirmó Carson.

—¿Por qué motivo riñó usted con él?

—Por diversas causas. Pero ¿qué tiene que ver la pregunta que me ha hecho sobre los peces con la hora en que asesinaron a Harrington Faulkner?

—Cuando me acerqué al cadáver descubrí en el suelo algunos pececillos, y uno de ellos movía aún la cola débilmente. Lo recogí y lo metí en la bañera. Inmediatamente se volvió panza arriba, pero sé que unos minutos más tarde había vuelto a la vida y estaba nadando como si tal cosa.

—¿Cuándo se acercó usted al cadáver? —inquirió Carson.

—Yo no fui el primero en descubrirlo —replicó Perry Mason.

—¿Quién fue el primero?

—La esposa del muerto.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Una media hora, poco más o menos.

—¿Estaba usted con ella?

—En el momento de entrar en la casa, sí.

Los ojos de Carson parpadearon un par de veces. El hombre empezó a decir algo, pero inmediatamente pareció cambiar de idea o bien vaciló, como si buscara las palabras apropiadas, hasta que de súbito inquirió:

—¿De dónde llegaba la esposa de Faulkner?

—Lo ignoro en absoluto, señor Carson.

—La semana pasada trataron de matar a Faulkner —murmuró Carson—. ¿Lo sabía usted?

—Oí decir algo.

—¿Quién se lo dijo?

—Harrington Faulkner.

—¿También se lo dijo su esposa?

—No.

—Tengo la impresión de que hay algo extraño en este asunto —afirmó Carson—. Según el relato de Faulkner, iba en su coche cuando alguien disparó contra él. Sostenía que había oído la

detonación y que la bala, tras pasar rozándole, se había incrustado en la tapicería del coche. Esto fue lo que dijo a la policía. Pero, en cambio, ni a mí ni a la señorita Stanley nos dijo nada.

—¿Quién es la señorita Stanley? —preguntó Mason.

—Nuestra taquígrafa.

—¿Por qué no me cuenta usted punto por punto lo que sucedió?

—Si lo desea... Al llegar a la oficina estacionó su coche frente a la puerta. Entonces observé que sacaba el cortaplumas y comenzaba a hurgar en el tapizado del respaldo, pero no concedí la menor importancia a aquel hecho.

—¿Qué sucedió luego?

—Le vi entrar en su casa... Ya sabrá usted que habita en el mismo edificio. Permaneció cinco minutos dentro. Seguramente debió de telefonar a la policía. Luego se dirigió a nuestra oficina y, salvo que parecía más nervioso e irritado que nunca, nadie hubiera dicho que le había sucedido nada anormal. Sobre su mesa de despacho había varias cartas. Comenzó a leerlas y cuando acabó se acercó con las cartas a la mesa de la señorita Stanley, permaneciendo en pie a su lado mientras le dictaba algunas contestaciones. La joven reparó en que le temblaban las manos, pero, prescindiendo de este detalle, parecía completamente normal.

—¿Qué sucedió después?

—Pues que Faulkner colocó la bala sobre la mesa de la señorita Stanley mientras firmaba una de las cartas, y la secretaria puso la copia de la carta sobre la bala. La joven no se dio cuenta de nada y mucho menos Faulkner.

—¿Quiere usted decir que Faulkner no encontró la bala cuando se presentó la policía? —preguntó Mason con renovado interés.

—Eso es.

—¿Y qué ocurrió?

—Tuvimos una terrible escena. La primera noticia sobre la tentativa de asesinato no la tuvimos hasta veinte minutos después de la llegada de Faulkner. Un automóvil se detuvo ante la puerta y un par de policías entraron en nuestra oficina. Mi socio les contó que mientras avanzaba en su coche por la calle había oído un tiro, sintiendo inmediatamente que algo se clavaba en el respaldo del asiento que ocupaba, a escasas pulgadas de su cuerpo. Añadió que él mismo había extraído la bala. Entonces los policías le

preguntaron dónde la tenía. ¡Qué jaleo se armó! Faulkner buscó la bala, pero no pudo dar con ella. Afirmó haberla dejado sobre su mesa de despacho, y al no encontrarla allí acabó por acusarme a mí de habérsela robado.

—¿Qué contestó usted?

—Yo no me había movido de mi mesa desde el instante que entrara Faulkner hasta que llegaron los policías. La señorita Stanley lo atestiguó así. Sin embargo, en cuanto me di cuenta de lo que pretendía Faulkner, insistí en que la policía me registrara e hiciese otro tanto en mi mesa de escritorio.

—¿Y lo hicieron?

—¡Ya lo creo! Me condujeron al cuarto de baño, me desnudaron y me registraron de arriba abajo. Los policías no parecían muy entusiasmados con su tarea, pero yo me empeñé en que lo hicieran a conciencia para que no hubiera lugar a dudas. Creo que ya se habían percatado de que Faulkner era un viejo irascible y medio loco. La señorita Stanley, por su parte, estaba indignada. Pedía a voz en grito que llamaran a una mujer para que la registraran a ella también. Pero los policías no tomaron el asunto tan en serio como para llegar a esos extremos. La señorita Stanley estaba tan enfadada, que por poco no se arranca todas sus ropas delante de nosotros.

—Pero la bala estaba sobre la mesa, ¿no es así? —inquirió Mason.

—Sí. La señorita Stanley la encontró algo más tarde, aquel mismo día, cuando se disponía a guardar sus papeles antes de marcharse. Tiene por costumbre ir amontonando las copias de las cartas que escribe sobre la mesa, para archivarlas hacia las cuatro y media. La bala la encontró a las cinco menos cuarto. Faulkner llamó de nuevo a la policía, pero cuando éstos llegaron le pusieron verde.

—¿Qué le dijeron?

—Que la próxima vez que alguien disparara contra él, debía detenerse ante el primer teléfono que le saliera al paso y dar parte inmediatamente a la policía, sin aguardar a llegar a su casa ni extraer las balas. Afirmaron que si la bala hubiera quedado en el auto, la policía la hubiese extraído y utilizado como prueba. De este modo hubieran podido identificar el arma con que había sido disparada. Pero desde el momento que él la había extraído, la bala

dejaba de ser una prueba.

—¿Cómo lo tomó Faulkner?

—Pareció bastante deprimido después de haber encontrado la bala en el mismo sitio en que él la dejó, y haber armado tanto escándalo.

Mason contempló a Elmer Carson durante unos breves segundos.

—Perfectamente, Carson —dijo el joven abogado—, ahora voy a formularle la pregunta que usted confiaba que no le haría.

—¿Qué pregunta es ésa? —masculló Carson apartando la mirada.

—¿Por qué se dirigió Faulkner a su casa antes de dar cuenta de lo ocurrido a la policía? —preguntó Mason.

—Debía de estar asustado y no quiso detenerse en ninguna parte.

El abogado sonrió con ironía.

—¡Oh! —exclamó Carson con súbita entonación de impaciencia—. No es más que una simple conjetura, pero sospecho que su intención era comprobar si su esposa se encontraba en casa en aquel momento.

—¿Y estaba?

—Creo que sí. La noche anterior se había sentido muy nerviosa y no pudo dormir. Alrededor de las tres de la mañana tomó una fuerte dosis de polvos contra el insomnio y aún seguía durmiendo cuando entraron los policías.

—¿La policía estuvo en su casa?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Faulkner no les produjo muy buena impresión. Sospecho que debieron de pensar que él mismo podía haberse disparado el tiro.

—¿Por qué razón?

—¡Vaya usted a saber! Faulkner era un individuo muy raro. Pero comprenda usted, Mason. No hago ninguna acusación ni trato de insinuar nada. Todo lo que yo sé es que, pasados los primeros momentos, los agentes quisieron saber si Faulkner tenía un arma, y al contestar él afirmativamente, entonces quisieron examinarla.

—¿Faulkner se la enseñó?

—Supongo que sí. Yo no me moví de la oficina. Los policías permanecieron en casa de Faulkner unos diez o quince minutos.

—¿Cuándo sucedió todo eso?

—Hace una semana.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las diez de la mañana.

—¿De qué calibre es la pistola de Faulkner?

—Me parece que del treinta y ocho. Al menos, eso creo que fue lo que dijo la policía.

—¿Y de qué calibre era la bala que Faulkner extrajo de la tapicería del coche?

—Del cuarenta y cinco.

—¿Se llevaban bien Faulkner y su esposa?

—No sabría qué contestar.

—¿No lo supone usted?

—No. Varias veces le oí hablar con ella por teléfono. Empleaba el mismo tono que podría emplearse con un perro indócil, pero la señora Faulkner es muy reservada en todo y jamás ha puesto en evidencia sus verdaderos sentimientos.

—¿Existía algún encono entre usted y Faulkner antes de todo esto?

—Tanto como encono... Se producían algunas diferencias de opinión de vez en cuando y ciertas rozaduras. Pero, en realidad, trabajábamos en buena armonía.

—¿Y después de producirse ese incidente?

—Después de ese incidente estallé. Le pedí que me comprara mi parte en el negocio o que me vendiera la suya.

—¿Y ahora piensa usted venderle su parte... a la heredera de Faulkner?

—Tal vez. No lo sé aún. Sin embargo, jamás le hubiera vendido mi parte al viejo buitro al precio que él se empeñaba en pagarme. Si desea usted saber cómo procedía en sus negocios, no tiene más que preguntárselo a Wilfred Dixon.

—¿Quién es ese Dixon?

—El que cuida de los intereses de la primera señora Faulkner... Genevieve Faulkner.

—¿Qué intereses?

—Los que le corresponden en el negocio de bienes raíces.

—¿A cuánto asciende su participación?

—A una tercera parte. Tal fue lo acordado cuando les

concedieron el divorcio. En aquella época, Faulkner era dueño de dos terceras partes de las acciones; yo poseía el resto. Faulkner fue llevado ante el tribunal de divorcio y el juez le quitó la mitad de las acciones para dárselas a su esposa. A partir de entonces Faulkner temía a los divorcios como al mismo demonio.

—Si le detestaba usted tanto, ¿por qué no juntó sus acciones con las de la ex-señora Faulkner, a fin de alejar al viejo del negocio? —inquirió Mason—. Se lo pregunto por mera curiosidad.

—Porque me fue imposible hacerlo —repuso Carson con toda sinceridad—. Las acciones eran mancomunadas. La sentencia de divorcio así lo dispuso. El juez decretó que se mancomunaran todos los intereses del negocio, entregando la dirección del mismo a Faulkner y a mí. La señora Faulkner, esto es, Genevieve Faulkner, la primera esposa, no podía intervenir en la dirección del negocio sin antes apelar al tribunal. Por otro lado, tanto Faulkner como yo no podíamos aumentar los gastos de la sociedad más allá de cierta cifra, como tampoco nos estaba permitido aumentar los sueldos. El juez resolvió también que si los dividendos de las acciones bajaban de cierto porcentaje establecido, actuaría en favor de la esposa, exigiendo más acciones de la sociedad con el fin de que tuviera una compensación. Como podrá ver, tenía a Faulkner en un puño.

—¿Y esas acciones han reportado alguna ganancia? —inquirió Mason.

—Desde luego. No sólo trabajamos a comisión. También nos dedicamos a adquirir títulos de propiedad a nuestro nombre, construimos casas y las vendemos. Hemos ganado bastante dinero.

—¿Fue idea de Faulkner o suya?

—De los dos. Tratándose de hacer dinero, el zorro de Faulkner poseía el olfato de un sabueso. Olía las ganancias a una legua de distancia. No dudaba en apoyar sus presentimientos con dinero efectivo, y disponía del suficiente capital para operar. Esto no debe extrañarle. Jamás dio nada a su esposa, bien lo sabe Dios, ni tampoco distrajo un centavo para sus gastos, salvo esos malditos pececillos. Tratándose de ellos, no dudaba lo más mínimo en aflojar los cordones de su bolsa. Sin embargo, cuando se presentaba la ocasión de tener que soltar dinero para alguna otra cosa, era inexorable.

—¿Y qué me dice usted de Dixon? —preguntó ahora Perry

Mason—. ¿Fue nombrado por el tribunal?

—No. Le contrató Genevieve Faulkner.

—¿Faulkner era realmente rico?

—Sí, poseía bastante dinero.

—Dado el aspecto de su casa, nadie lo hubiera dicho.

Carson hizo un ademán de asentimiento.

—Sólo gastaba dinero en los peces. Pero en lo que se refiere a la casa, creo que la señora Faulkner lo prefería así. A fin de cuentas, no eran más que los dos solos, y ella podía mantenerlo todo en perfecto orden con la ayuda de una mujer que acude a la casa dos veces a la semana. Puede estar usted convencido de que Faulkner contaba cada centavo que se veía obligado a gastar. En cierto sentido era un perfecto avaro. Solía pasarse las noches en claro ideando alguna estratagema para obtener ventajas sobre la persona con quien tenía que cerrar algún trato al día siguiente. Con esto sólo trato de sugerirle, señor Mason, que si alguien poseía cualquier cosa que a él le interesara, procuraba por todos los medios colocarle en tal aprieto que perdiera hasta los dientes. De este modo...

De súbito empezó a sonar el timbre, seguido por varios e insistentes golpes dados en la puerta y el girar del picaporte.

—Parece la policía —murmuró Mason.

—Perdone usted —repuso Carson al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

—Muy bien. Ya me voy. No tengo nada más que hacer aquí —dijo Mason.

El joven se encontraba a un paso de Carson cuando éste abrió la puerta. El teniente Tragg, a quien escoltaban dos agentes de policía vestidos de paisano, se encaró con el abogado.

—Ya me pareció que era su coche el que está estacionado junto a la acera. Se mueve usted muy de prisa, Mason.

Perry Mason se desperezó e hizo esfuerzos para disimular un bostezo.

—Lo crea usted o no, teniente —contestó el joven—, lo único que me interesa de este caso son dos pececillos dorados, los cuales, por cierto, no son dorados, sino negros.

El teniente Tragg era poco más o menos de la misma estatura que Mason. Poseía la frente de un pensador, una nariz perfectamente dibujada y una boca de trazo enérgico y

voluntarioso, si bien las comisuras de sus labios tenían una marcada tendencia a curvarse hacia arriba, como si le fuera fácil sonreír.

—No está del todo mal, Mason, no está del todo mal —repuso el policía, que añadió—: Su interés por los pececillos no tenía, al parecer, espera.

—Con sinceridad, teniente —afirmó Mason—, me gustaría hacerme con un poco de dinero de la herencia de Harrington Faulkner. Quizá no lo sepa usted, Tragg, pero una joven llamada Sally Madison tiene un cheque de cinco mil dólares firmado por Faulkner antes de morir.

El teniente Tragg lanzó a Mason una mirada escrutadora.

—Estamos perfectamente enterados de ello. Se trata de un cheque por la suma de cinco mil dólares, fechado el miércoles y pagadero a la orden de Thomas Gridley. ¿Ha hablado usted recientemente con Thomas Gridley?

Mason negó con la cabeza, y un asomo de sonrisa sarcástica pareció flotar en los labios de Tragg.

—Bien, Mason. Ya es un poco tarde y creo que desea usted irse a acostar. No creo que su interés en este caso le produzca el menor insomnio.

—No se equivoca usted —repuso el abogado en tono divertido—. Buenas noches, teniente.

—Adiós —contestó Tragg entrando en casa de Carson seguido por los dos policías, que se apresuraron a cerrar la puerta.

IX

Perry Mason hizo un supremo esfuerzo para librarse de la pesada languidez que entorpecía todos sus miembros. El cansancio le impulsaba hacia los acogedores brazos del sueño, en tanto que el insistente repicar del timbre del teléfono trataba una y otra vez de atraerle a la realidad.

Más dormido que despierto, extendió una mano hacia el aparato.

—¡Hola! —murmuró con voz ronca.

La voz de Della Street, al penetrar en su cerebro, acabó de despertarle.

—¡Oiga, jefe! ¿Podría usted venir inmediatamente?

Perry se enderezó en el lecho, con todos sus sentidos en tensión.

—¿Adónde? —preguntó.

—Al Hotel Kellinger, en la Calle Sexta.

Los ojos del abogado, llenos aún de sueño, buscaron la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Pero se dio cuenta de que por las ventanas penetraba la suficiente luz para hacer palidecer el brillo luminoso de las manecillas.

—Iré tan pronto como pueda —repuso y añadió—: ¿Es muy urgente el asunto?

—Tengo el presentimiento de que es terriblemente urgente.

—¿Se encuentra con usted Sally Madison?

—Sí. Ocupamos la habitación seiscientos trece. No se detenga en el vestíbulo preguntando. Suba en cuanto llegue, y, sobre todo, no llame. La puerta estará abierta. Yo la...

El auricular fue colgado de súbito, interrumpiendo la frase que Della Street había comenzado a pronunciar, como si los hilos del teléfono hubieran sido cortados con un cuchillo.

Mason saltó inmediatamente del lecho. Libre del pijama, empezó a buscar su ropa antes de haber encendido las luces. Dos minutos más tarde corría por el vestíbulo poniéndose el abrigo.

El Kellinger era un hotel más bien modesto que, por lo que se podía ver, alojaba con preferencia a huéspedes fijos. Mason detuvo su coche junto a la acera y entró en el vestíbulo. Un adormilado empleado levantó la vista y le miró con expresión de indiferencia. Pero aquella primera mirada fue reemplazada instantáneamente por una mirada escrutadora y un fruncimiento de cejas.

—Ya tengo la llave —se apresuró a decir Mason quien agregó con cierta timidez—: Por poco pierdo una noche de sueño.

El ascensor era automático. Mason observó que el hotel constaba de siete pisos. Como medida de precaución y por si el incierto examen del empleado hubiera dado lugar a que se despertaran en él las sospechas, oprimió el botón correspondiente al quinto piso. Una vez en éste, recorrió el pasillo en busca de la escalera, tarea que le hizo perder algunos preciosos segundos. Durante este intervalo de tiempo oyó que el motor del ascensor volvía a ponerse en marcha de nuevo.

Mason subió corriendo la desnuda escalera, buscó la habitación del sexto piso que le había indicado Della y apretó suavemente el picaporte. La puerta, en efecto, no estaba cerrada con llave, y Mason la abrió en silencio.

Della Street, cubierta con una bata y calzando zapatillas, se llevó un dedo a los labios al verle entrar y señaló la habitación que había a su espalda. Acto seguido señaló una de las camas gemelas colocadas cerca de la ventana.

Echada boca arriba, con un brazo fuera de la ropa y la mano colgando como si estuviera muerta, Sally Madison dormía profundamente. El oscuro y brillante cabello de la joven aparecía extendido sobre la almohada. Los hombros, completamente desnudos, y el contorno de su cuerpo, delineado perfectamente bajo las ropas, indicaban que se había acostado desnuda. Un bolso de piel de cocodrilo, que sin duda había sido colocado bajo la almohada, estaba ahora en el suelo, abierto y con su contenido esparcido por el suelo.

Della Street señaló con su índice el bolso.

Mason se inclinó entonces para echar un vistazo a los objetos, iluminados por la lámpara de la mesilla de noche, que había sido colocada de forma que su resplandor no hiriera los ojos de Sally Madison.

Lo primero que Mason vio fue un rollo de billetes de Banco sujetos por una goma. El de encima era un billete de cincuenta dólares. Un poco más allá del sitio donde se encontraba el dinero, el cañón de un revólver reflejaba los rayos de luz de la lamparita.

Della Street dirigió a su jefe una mirada penetrante, y al ver que Mason había comprendido el verdadero significado del contenido del bolso, arqueó las cejas como formulando una muda pregunta.

Mason miró en torno suyo, buscando un lugar donde pudieran cambiar impresiones. Al darse cuenta, Della le hizo señas para que se acercara y abrió la puerta del cuarto de baño. Luego encendió la luz, y cuando hubo entrado Mason, cerró de nuevo la puerta.

Sentóse el abogado en el borde de la bañera, en tanto que la joven comenzaba a hablar con un susurro de voz.

—Sally protegía ese bolso como si de él dependiese su vida — fueron las primeras palabras de la secretaria—. Quise darle alguna ropa, pero me contestó que dormiría desnuda. Se quedó en cueros en un periquete, y tuvo buen cuidado de colocar el bolso bajo la almohada. Luego se metió en la cama y me estuvo observando mientras yo me desnudaba. Cuando terminé de hacerlo, apagué las luces y me acosté. Me pareció que le costaba dormirse. Oí que se revolvía en el lecho varias veces.

—¿La oyó sollozar? —preguntó Mason.

Della Street negó con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Tardó mucho en quedarse dormida?

—Lo ignoro. Yo me dormí antes, aunque tenía intención de permanecer despierta hasta asegurarme de que ella dormía ya tranquilamente.

—¿Cuándo descubrió usted el bolso?

—Unos cinco minutos antes de telefonearle a usted. Antes de que lograra conciliar el sueño, debió de estar dando vueltas en la cama y el bolso se correría hacia el borde del lecho... Más tarde, al dar una nueva vuelta en sueños, el bolso caería al suelo. Me desperté de pronto, al oír el ruido que produjo al caer, y era tal mi nerviosismo que casi salté de la cama.

—¿Se dio usted cuenta qué fue lo que la despertó?

—Al pronto no, pero encendí la luz. Sally dormía profundamente, tal como la ha visto usted. Pero se agitaba inquieta y movía los labios. Sin embargo, las palabras eran tan incoherentes

que me fue imposible comprender nada de lo que decía. Sólo percibí una serie de sonidos confusos. Una vez encendida la luz, deduje fácilmente lo que había sucedido, y sin reflexionar alargué una mano para coger el bolso. Lo primero que me saltó a la vista fue el rollo de billetes, que me apresuré a meter de nuevo en el bolso. Pero mientras lo hacía toqué con la yema de los dedos algo frío y metálico. Entonces bajé la lámpara para ver de lo que se trataba. El bolso estaba tal como lo ha encontrado usted y la luz la dejé donde estaba. ¡Qué sorpresa más desagradable, jefe! En el primer momento no supe qué hacer. No me atrevía a dejarla sola y bajar al vestíbulo. Al fin me decidí a correr el riesgo de telefonarle, pues comprendí que no me quedaba otra alternativa.

—¿Y qué hizo usted? —inquirió Mason—. Quiero decir, ¿cómo me llamó?

—Transcurrió por lo menos medio minuto antes de que alguien contestara desde la centralita de abajo. Cuando lo hicieron pedí línea con un susurro de voz. Pero el telefonista me dijo que todos los números debían pedirse a través de la centralita del hotel. Entonces observé que el aparato carecía de disco. Era tal mi estado de nervios que no lo había notado. Di al telefonista el número secreto de usted. Dadas las circunstancias, me era imposible hacer otra cosa.

Mason asintió a las palabras de la joven con un gesto de gravedad.

—Me pareció que transcurría un siglo antes de que contestara usted —continuó Della—. En cuanto lo hizo empecé a hablarle sin perder de vista a Sally Madison, a punto de colgar el auricular en cuanto hiciera el menor ademán de despertarse.

—¿Fue ésa la causa de que cortara usted la comunicación en medio de una frase?

—Sí. Vi que se removía inquieta y que parpadeaba, por lo que no me atreví a seguir hablando. Entonces colgué el teléfono y apoyé la cabeza en la almohada. De este modo, si Sally abría los ojos, yo podía fingir que estaba dormida..., aunque el bolso en el suelo y la luz colocada más abajo me hubieran traicionado en el acto. Desde luego, si se hubiese despertado, la hubiera interrogado sin más dilación. Pero creí que sería mucho mejor esperar a que usted llegase. Sally movió ligeramente la cabeza, murmuró algo entre

sueños y dejó escapar un largo suspiro, tras lo cual pareció tranquilizarse.

Mason se puso en pie y, hundiendo las manos en los bolsillos de su americana, exclamó:

—¡Della, nos encontramos en un verdadero aprieto!

Della Street asintió en silencio.

—Sally dijo que no disponía de ningún dinero —continuó Mason—. Si ahora tiene en su bolso un fajo como ése, es seguro que se lo ha sacado a la señora Faulkner. Presiento que yo mismo me coloqué en sus manos. Procuré quedarme solo en el cuarto de baño de Faulkner para examinar todos los indicios. No deseaba que esa joven viera todo lo que yo hacía, así que la ordené que condujera a la señora Faulkner a la sala de estar y tratará de calmarla. Sospecho que Sally debió de aprovechar la oportunidad para hacer objeto de una especie de chantaje a la señora Faulkner. De ser cierto, esto querría decir entonces que esa joven tiene que haber descubierto algún indicio que escapó a mi atención..., o bien que la señora Faulkner le propuso que hiciera desaparecer el arma, y entonces Sally, obrando de acuerdo con sus instintos, le pidió una fuerte suma de dinero. De cualquier modo, somos nosotros los que estamos metidos en el aprieto. Creo que no le costará imaginar, Della, lo que ocurrirá ahora. Mi intención era retirar de la circulación a Sally con el propósito de que los reporteros no la vieran y nosotros pudiéramos presentar una demanda contra la sucesión de Faulkner sin necesidad de hacer ninguna declaración antes de ver cómo se presentaban las cosas. Pero ya ha visto usted lo que me pasa por ser bondadoso y tratar de ayudar a un muchacho tuberculoso y a su novia. En el registro del hotel figuran los nombres de ustedes dos. Si el revólver ese resulta ser el arma con la cual se cometió el crimen, no cuesta mucho imaginar la situación en que nos veremos... tanto usted como yo. ¿Qué le dijo Sally cuando le telefoneó?

—Que usted le había indicado que se pusiera en relación conmigo; que yo debía conducirla a un hotel, permanecer a su lado y arreglar las cosas de modo que nadie descubriera nuestro paradero hasta que usted estuviese dispuesto a hacerlo —replicó Della.

Mason hizo signos de afirmación con la cabeza.

—Eso fue precisamente lo que le pedí que hiciera.

—Estaba durmiendo y el teléfono no dejaba de sonar — prosiguió la secretaria—. Me arrancó de un profundo sueño, y me parece que estaba un poco aturdida. Sally me transmitió su mensaje, y mi primera idea fue buscar un hotel. Convencí a Sally para que volviera a llamarme al cabo de diez minutos e inmediatamente cogí el teléfono y llamé a media docenas de hoteles. Al fin averigüé que en el Kellinger tenían libre una habitación de dos camas y cuarto de baño.

Mason entornó ligeramente los párpados y permaneció reflexionando durante un instante.

—¿Sally volvió a llamarla a usted al cabo de quince minutos?

—Eso me parece. No comprobé la hora exacta en que lo hizo. Empecé a vestirme en cuanto conseguí la habitación y andaba de un lado para otro en el momento en que volvió a sonar el teléfono, así que no se me ocurrió lo de la hora.

—¿Usted le dijo que la esperase aquí?

—Sí. Le ordené que viniera directamente al hotel y que si llegaba antes que yo, me esperase en el vestíbulo. Si yo llegaba antes, le esperaría a ella.

—¿Cuál de las dos llegó primero?

—Yo.

—¿Cuánto tiempo tuvo usted que esperar?

—Unos diez minutos.

—¿Sally vino en taxi?

—Sí.

—¿De qué compañía?

—De los amarillos.

—¿Observó usted algo extraño en su forma de llevar el bolso?

—No. Saltó del coche y... Pero espere un segundo, jefe. Ahora recuerdo que llevaba ya un billete a punto en la mano. No tuvo necesidad de sacarlo del bolso. Se lo entregó al chófer y no esperó el cambio. Lo recuerdo perfectamente.

—Probablemente se trataría de un billete de un dólar —afirmó Mason—. Eso quiere decir que debió de hacer un recorrido de ochenta centavos y dio veinte de propina.

Della Street, que continuaba buscando en su memoria, exclamó de pronto:

—También recuerdo que el chófer contempló el billete con expresión de extrañeza y luego sonrió. Dijo algo que no oí, se lo guardó en el bolsillo y partió. Sally entró inmediatamente en el hotel y sin más tardanza subimos a nuestra habitación.

—¿Había dado usted ya los nombres al conserje?

—Sí.

—Eso quiere decir que Sally no tuvo necesidad de abrir el bolso desde que la vio usted por vez primera hasta el instante en que se acostó y lo metió debajo de la almohada, ¿no es así?

—Sí. Mientras nos desnudábamos pensé que debía cuidarse más de su cutis, pero Sally no hizo más que desnudarse y meterse en la cama.

—Se comprende. No quería que usted viera lo que guardaba en su bolso —manifestó Mason—. Perfectamente, Della. Ahora sólo podemos hacer una cosa: sacar el revólver del bolso.

—¿Por qué?

—Pues porque en él estarán grabadas las impresiones digitales de usted —contestó Mason.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Della sorprendida y alarmada al mismo tiempo—. No había pensado en ello.

—Después que hayamos borrado sus huellas digitales —continuó el abogado— despertaremos a Sally y le haremos ciertas preguntas. De las respuestas que nos dé dependerán nuestros próximos movimientos, aunque probablemente le aconsejaremos que regrese a su casa, proceda como si nada hubiera ocurrido y no diga a nadie que pasó la noche aquí.

—¿Espera usted que obedezca?

—No lo sé. Pero es muy posible. Lo más seguro es que la detengan antes del mediodía. Luego, si la aprietan en el interrogatorio, nos complicará a los dos en el asunto. Pero si las huellas de usted no se encuentran en ese revólver, no tendremos la obligación de decir a nadie que conocíamos lo que ocultaba en el bolso. Lo único que hemos hecho ha sido evitar que los periodistas pudieran hacerle preguntas. Iba a ser nuestra cliente en una causa civil que pensábamos entablar contra los herederos de Faulkner a fin de poder cobrar los cinco mil dólares de su novio.

Della asintió en silencio, y Mason prosiguió:

—Pero si las huellas digitales de usted aparecen en el revólver,

entonces nos veremos en un verdadero apuro.

—Sin embargo, al hacer desaparecer usted mis huellas, ¿no hará desaparecer también todas las demás que haya en él?

—No tenemos otro remedio, Della —contestó Mason.

—¿Y no cometemos un delito al hacer desaparecer las pruebas de un asesinato?

—Ignoramos si hay prueba alguna —respondió Mason—. Tal vez no sea ésa el arma con que mataron a Harrington Faulkner. Bien, vamos allá.

Abriendo la puerta del cuarto de baño, Mason se detuvo para hacer una advertencia a Della Street, y apenas había dado un paso en dirección al lecho de Sally Madison cuando se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

Mason se detuvo en seco, dominado por un repentino sobresalto.

—¡Abran! —dijo una voz—. ¡Abran la puerta! —e inmediatamente volvieron a repetirse los golpes.

El ruido despertó a Sally Madison, que lanzando una sorda exclamación se sentó en el lecho y sacó una pierna de entre las sábanas. Luego, a la débil luz que reinaba en la estancia, vio a Mason de pie junto a la puerta.

—¡Oh! —exclamó—. No sabía que estuviera usted aquí.

Inmediatamente escondió la pierna y se cubrió hasta la barbilla con el embozo.

—Acabo de llegar —repuso Mason.

La joven sonrió.

—Pues no le oí entrar.

—Quería cerciorarme de que todo marchaba bien.

—¿Qué sucede? ¿Quién llama?

—Abra la puerta, Della —ordenó Mason a su secretaria.

La joven obedeció y el conserje nocturno del hotel apareció en el umbral.

—Aquí no se pueden hacer esas cosas —fueron sus primeras palabras.

—¿Qué cosas? —preguntó Della.

—De sobra lo saben ustedes —replicó el hombre—. Su amigo subió al quinto piso en el ascensor y utilizó la escalera para llegar al sexto. Sin duda se creyó muy listo. Pero recordé que habían hecho una llamada telefónica desde esta misma habitación y se me ocurrió

venir a investigar. Entonces me puse a escuchar por el ojo de la cerradura, oyendo que se abría la puerta del cuarto de baño y que ustedes dos hablaban en voz baja. Este hotel no es de la clase que ustedes se imaginan, jóvenes. Cojan sus ropas y lárguense de aquí cuanto antes.

—Está usted equivocado, amigo —repuso Mason.

—¡Oh, no! Yo no me equivoco. Usted es el que está en un error.

Perry Mason se llevó una mano al bolsillo del pantalón.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—. Acaso sea yo el equivocado y usted tenga razón. Pero falta poco para que amanezca y no perjudicará a la reputación del hotel el que estas jóvenes permanezcan aquí hasta después del desayuno.

Y sacando un fajo de billetes de banco, cogió uno de diez dólares, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice para que el empleado del hotel pudiera darse cuenta de su valor.

Pero el hombre ni siquiera se dio por aludido.

—Sigue usted equivocándose —afirmó—. En este hotel no trabajamos de ese modo.

Mason lanzó una rápida mirada a Sally Madison, observando que la joven había aprovechado la oportunidad para recuperar su monedero y ocultarlo de nuevo bajo la almohada. Volviendo a guardar el dinero, sacó una de sus tarjetas.

—Soy Perry Mason, abogado —dijo—. Y esta señorita es Della Street, mi secretaria.

—Tendría que ser su esposa para que pudiera quedarse aquí —repuso el empleado obstinadamente—. Este hotel es decente. Hemos tenido ya varias cuestiones con la policía, y no estoy dispuesto a correr el riesgo de tener otra más.

—Usted manda. Nos iremos —contestó Mason, dominado por una súbita ira.

—Espere en el vestíbulo —dijo el empleado.

Pero el abogado movió la cabeza.

—Si nos echan, me quedaré en la habitación para ayudar a las muchachas a recoger todas sus cosas.

—¡De ninguna manera!

—¿Cómo que no?

—En ese caso me quedaré yo también —declaró el empleado con resolución, y dirigiéndose a las dos jóvenes añadió—: Vístanse.

—Tendrá usted que salir mientras me echo algo encima —dijo Sally—. Estoy desnuda.

—Vamos, bajemos al vestíbulo —murmuró el sereno dirigiéndose a Mason.

Mason movió por segunda vez la cabeza al mismo tiempo que Della Street lanzaba una mirada de interrogación a su jefe. El abogado le respondió con un guiño. Entonces, casi de un modo imperceptible, Della señaló la puerta con la cabeza. Pero Mason contestó con un gesto negativo, hasta que de pronto la joven exclamó:

—Conforme. Pero yo no pienso salir de aquí por ahora. No he hecho nada malo. Demasiada molestia es que la despierten a una sin razón en un hotel de ínfima categoría, todo porque su amo le ha dado a usted determinadas órdenes. Ahora mismo me voy a la cama. Si no le gusta a usted, puede llamar a la policía. Ya veremos lo que ocurre.

Y diciendo esto, Della retiró las ropas, se quitó las zapatillas y saltó a la cama. Una vez dentro, miró con disimulo a Mason, que asintió con un imperceptible gesto.

—Lo siento, pero les aseguro que no les dará resultado la estratagema —afirmó el empleado con expresión melancólica—. Tal vez me hubiera dejado convencer si no hubiésemos tenido ya dificultades con la policía. Pero tal como en la actualidad están las cosas, sólo quedan dos alternativas: o se van ustedes ahora mismo, o llamo a la comisaría. Resuelvan ustedes lo que prefieren.

—Entonces llame a la policía —contestó Mason.

—Muy bien —murmuró el empleado—. Si así lo desean, así se hará.

Y sin más, se encaminó hacia el teléfono, cogió el auricular y dijo:

—Con la Comisaría de Policía —y al cabo de un instante añadió—: Al habla el conserje nocturno del Hotel Kellinger, de la calle Sexta. En la habitación número trece del sexto piso tenemos unos clientes de conducta dudosa. He tratado de hacer que se marcharan, pero se niegan a ello. ¿Quieren hacer el favor de enviar una pareja de policías? Yo estaré en la habitación... Sí, el Hotel Kellinger, sexto piso, habitación número trece —y colgando el auricular dijo, dirigiéndose a Mason—: No quiero jaleos. Tienen ustedes el tiempo

justo para ahuecar el ala antes que se presente la policía. Hagan caso de mis consejos y márchense. Será mejor.

Por toda respuesta, Perry Mason se arrellanó cómodamente a los pies de la cama de Della Street y, sacando una libreta de notas, escribió unas líneas para su secretaria.

Recuerde que los teléfonos están conectados únicamente con la centralita de abajo. Apuesto lo que quiera a que se ha tirado usted un farol. Pero lo aceptaremos.

Y arrancando la hoja de la libreta se la entregó a su secretaria, que, después de leer lo escrito por Mason se acomodó sobre las almohadas sin dejar de sonreír.

—Bueno, yo me marchó —dijo de pronto Sally Madison—. Ustedes dos pueden hacer lo que les plazca.

Y sin otras palabras saltó de la cama, recogió sus ropas de encima de una silla y corrió hacia el pequeño tocador inmediato al dormitorio.

Cuando desapareció la joven, Mason dio un paso hacia adelante y levantó la almohada. Sally se había llevado el bolso.

Solos con el empleado, Mason sacó la pitillera y ofreció un cigarrillo a Della mientras él cogía otro. Luego se arrellanó de nuevo cómodamente a los pies de la cama. Desde el tocador les llegaba el rumor de los movimientos de Sally Madison, que se estaba vistiendo apresuradamente.

Mason esperó cerca de dos minutos, hasta que de pronto, dirigiéndose al empleado del hotel, exclamó:

—Está bien, gana usted. Será mejor que se vista, Della.

La joven saltó inmediatamente del lecho y envolviéndose en la bata y cogiendo su maletín, entró en el cuarto tocador y dijo a Sally Madison:

—Bien, Sally. Me voy con usted.

—¡Qué se cree usted eso! —replicó la joven golpeando el suelo con los pies—. No me gustan los policías. Ha perdido usted demasiado tiempo. Yo me voy ahora mismo.

Se había vestido a una velocidad extraordinaria y se apresuró a abandonar el tocador, lista para llegar a la calle cuanto antes. El cabello era lo único que indicaba la rapidez con que había

efectuado su tocado.

—Espere un segundo —suplicó Mason—. Ahora nos vamos todos.

Llevando el bolso bajo su brazo con la tenacidad de un jugador de *rugby* que trata de avanzar a través del campo de juego, la joven replicó:

—Lo siento mucho, señor Mason. Pero yo no espero a nadie.

El abogado tuvo que hacer uso del último triunfo que le quedaba.

—No se deje engañar, Sally. El teléfono ese carece de disco, y tendría que estar conectado con la centralita de abajo para poder llamar fuera. El conserje ha fingido que llamaba a la policía, pero no ha podido hacerlo por la razón que le acabo de explicar.

Con expresión de aburrimiento, el empleado se apresuró a replicar:

—No crea usted que no me he visto metido en enredos como éste otras veces. En cuanto supuse que estaría usted aquí, conecté este aparato con la centralita y con la línea exterior. Así que deje de pensar que el teléfono estaba desconectado.

En su voz vibraba un evidente tono de sinceridad.

—Está bien —masculló Mason, rindiéndose a la evidencia—. Della, por favor, dese prisa. La dejo para que reciba a la policía. Yo me voy en compañía de Sally. Vamos, Sally, salgamos.

La joven le miró con cara de pocos amigos.

—¿No sería mejor que me fuera sola? —preguntó.

—No —repuso Mason, y sin más preámbulos la condujo a la puerta.

El empleado del hotel titubeó un instante. Evidentemente, no sabía qué determinación tomar.

—Cuando se presente la policía, dígales que este hombre quiso molestarla con sus atenciones.

El empleado saltó de su silla y se apresuró a seguirlos por el corredor.

—Les bajaré en el ascensor —anunció.

—No es necesario —contestó Mason—. Preferimos bajar por la escalera.

—Lo dirá por usted —saltó Sally Madison, dominada por el pánico—. Yo bajaré en el ascensor. Es mucho más rápido.

Los tres entraron en el ascensor, y el empleado quitó el gancho que mantenía la puerta abierta y oprimió el botón de descenso.

—Son seis dólares —anunció cuando empezaron a descender.

Serio y tranquilo, Mason sacó un billete de cinco dólares, uno de uno y una moneda de veinticinco centavos, entregándoselo todo al portero.

—¿Para qué son estos veinticinco centavos? —preguntó el hombre.

—Es la propina —repuso Mason.

El empleado se guardó en un bolsillo los veinticinco centavos y conservó en su mano izquierda los seis dólares.

—No me guarde usted rencor —dijo mientras abría la puerta del ascensor, ya en la planta baja—. Tenemos que mantenernos dentro de la ley, pues de lo contrario nos exponemos a que nos cierren el local.

Sin contestar, Mason cogió a Sally Madison del brazo.

—Tenemos que hablar —susurró al oído de la joven.

Sally ni siquiera se dignó mirarle. Poco menos que corriendo, se apresuró a atravesar el vestíbulo del hotel. Pero se encontraban a mitad de camino de la puerta cuando se abrió ésta y apareció un agente de la policía.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el recién llegado.

Mason trató de pasar por su lado. Pero el policía bloqueó la puerta y miró al empleado del hotel por encima del hombro de Mason.

—Un par de muchachas en la habitación 13 del sexto piso —contestó el empleado en tono de fastidio—. Han violado el reglamento del hotel al recibir visitas en la habitación, y les pedí que se marcharan.

—¿Es ésta una de las muchachas?

—Sí.

—¿Dónde está la otra?

—Vistiéndose.

—¿Quién era el visitante?

El empleado señaló a Mason con el dedo. El policía sonrió al abogado y dijo:

—A usted no le necesitamos. Pero ya que se encuentra aquí, creo que interrogaré a esas jóvenes.

Mason se apresuró a mostrar su tarjeta.

—La culpa de todo —dijo gravemente— es del hotel. Mi secretaria estaba pasando la noche con la señorita Madison, que es cliente mía. La represento en un caso de gran importancia y vine a verla para pedirle algunos informes.

El policía pareció impresionado a la vista de la tarjeta que le tendía Mason.

—¿Por qué no le dijo usted todo eso al empleado y nos hubiera ahorrado el viaje?

—Ya traté de hacerlo, pero no lo convencí —contestó Mason con gran dignidad.

—Es un cuento viejo —exclamó el empleado—. Quedaría usted sorprendido si le dijera cuántas veces me lo han contado. Todas son secretarias.

—¡Pero este señor es Perry Mason, el abogado! ¿No ha oído usted hablar de él jamás?

—No.

—Tendré que aclarar este asunto, señor Mason —dijo el policía—. Sospecho que no hay nada anormal; pero, como se hizo la denuncia, tendré que dar cuenta a la comisaría, y es preciso que haga algunas averiguaciones... A ver el registro.

El empleado señaló el sitio donde había firmado Della Street.

—¿Sally Madison es su secretaria? —preguntó el policía.

—No. Mi secretaria se llama Della Street.

El ascensor empezó a funcionar.

—¿Está en la habitación? —preguntó el agente del orden.

—Sí —repuso Mason.

El empleado del hotel volvió a intervenir ahora en tono plañidero.

—Yo no he hecho más que cumplir en la forma que me indicaron los del departamento de Profilaxis Social. Me dijeron que debíamos contratar los servicios de un detective que fuera aceptable para ellos e informarlos de todas las violaciones del reglamento sobre los visitantes que acudieran. Estuve tentado de no permitir la entrada de las dos muchachas. Luego procuré seguir al pie de la letra todas las instrucciones, y ahora viene usted y me deja con un palmo de narices.

—¿A qué hora se presentaron?

—A las dos y media de la madrugada.

—¡A las dos y media! —exclamó el policía y miró a Mason con el ceño fruncido.

—Esa es precisamente la razón de que quisiera que mi secretaria pasara la noche con la señorita Madison —repuso Mason con voz suave—. Era muy tarde cuando terminamos de trabajar en el asunto y...

El ascensor se detuvo en la planta baja y Della Street apareció en el vestíbulo. Llevaba su maletín en la mano y al ver el trío formado ante el mostrador de recepción, se detuvo.

—Esta es la otra muchacha —se apresuró a decir el empleado.

El policía interpeló a Della Street.

—¿Es usted la secretaria del señor Mason?

—Sí.

—Supongo que llevará usted algo que la identifique. Su tarjeta del Seguro Social u otro documento, ¿no?

—Llevo eso y mi licencia de conductor, una llave del despacho del señor Mason y algunas otras cosas más —declaró Della con acento alegre.

—Estoy obligado a echarles una mirada —murmuró el policía en son de excusa.

La secretaria sacó de su bolso una cartera y mostró al policía su licencia de conductor y una tarjeta del Seguro Social. Cuando las hubo examinado, el agente hizo un signo al empleado del hotel.

—Perfectamente —exclamó—. Ha obrado usted de acuerdo con las circunstancias. Daré parte a mis jefes. Pero no es necesario que eche usted del hotel a estas dos señoritas. Deje que vuelvan a su habitación.

—Yo me marcho ahora mismo —anunció Sally Madison con acento firme—. Ya he dormido todo lo que necesitaba y ahora lo que tengo es mucha hambre.

Della Street miró a su jefe, como si esperara alguna indicación.

—Lamento que interrumpieran su sueño, Sally —se limitó a decir Mason—. Pase por mi despacho antes del mediodía.

—Gracias. Así lo haré —respondió la joven.

El policía, evidentemente fascinado por la belleza del rostro de la joven y la esbeltez de su cuerpo, se apresuró a añadir:

—Siento de veras que la molestaran, señorita. No hay ningún

restaurante por los alrededores. Pero permítame que la lleve en el coche hasta un café que esté abierto a estas horas.

—¡Oh, no! Muchas gracias, de todos modos —contestó Sally acompañando estas palabras con su sonrisa más encantadora—. Me gusta enormemente caminar por la mañana temprano. Así consigo mantener la línea.

—Y no hay duda de que la mantiene usted perfectamente —afirmó el policía en tono de aprobación.

Mason y Della permanecieron observando a Sally Madison mientras avanzaba rápidamente por el vestíbulo y cruzaba el umbral del hotel. El agente de policía, que había estado admirando el esbelto cuerno de la joven con evidente placer, se volvió rápidamente hacia Mason en cuanto se cerró la puerta de la calle.

—Señor Mason, no sabe cuánto lamento lo sucedido. Pero es una de esas cosas inevitables. Ya sabe usted.

—Sí, tiene usted razón —convino Mason—. ¿Me permite usted que le invite a una taza de café?

—Gracias. Pero estamos de servicio. Nos vamos. Mi compañero está en el coche.

Con ademán significativo, Perry Mason se llevó la mano al bolsillo. Al ver el movimiento, el policía sonrió y movió la cabeza.

—Gracias igualmente —dijo y echó a andar hacia la calle.

—La habitación está pagada —dijo el empleado del hotel—. Pueden volver a ella si gustan.

—¿Los dos? —preguntó Mason con una sonrisa irónica.

—Ustedes dos —contestó el hombre con expresión de desaliento—. Ya he salvado mi responsabilidad. Pueden permanecer todo el tiempo que gusten... hasta las tres de la tarde. Ésa es la hora en que se cumple el día. Si se quedan más, tendré que cobrarles el doble.

Mason cogió el maletín de manos de Della.

—Nos vamos ahora mismo —repuso—. Tengo el coche ahí.

X

Mason y su secretaria se encontraban en un restaurante nocturno, donde les habían servido un excelente café. Las lonjas de jamón, en cambio, no podían ser más delgadas, pero tenían un sabor excelente, y los huevos estaban en su punto.

—¿Cree usted que estamos a salvo? —preguntó Della a su jefe.

—Me parece que sí —repuso Mason.

—¿Quiere usted decir que Sally se librará del arma?

Mason asintió en silencio.

—¿Por qué supone que lo hará?

—Estaba ansiosa por dejar el hotel —contestó el abogado—. No hay duda de que algo la preocupaba.

—¿No tuvo anoche oportunidad de deshacerse del revólver?

—Tal vez no. Recuerde usted que el sargento Dorset la condujo a casa de James Staunton. ¿Le dijo Sally algo referente al resultado de esa entrevista?

—Sí. Staunton insistió en que Faulkner le había llevado los peces. Más aún, mostró una declaración escrita que corroboraba su afirmación.

—¡Demontre! Eso es imposible.

—Al menos eso es lo que Sally dijo.

—¿Una declaración firmada por el mismo Faulkner?

—Sí.

—¿Qué hicieron con ella?

—Se la llevó el sargento Dorset, dejando a Staunton un recibo.

—Staunton no me dijo a mí que tenía en su poder una declaración firmada por Faulkner. ¿Qué dice ese papel?

—Pues que Faulkner había entregado los dos peces a Staunton para que los cuidara e hiciera todo lo posible con el fin de que fueran sometidos a tratamiento; que le absolvía de toda responsabilidad en el caso de que a los peces les ocurriera algo, bien

fuera la muerte por causas naturales, el robo, o daño intencional producido por terceros.

—¿La firma era de Faulkner?

—Staunton insistió en que sí, y, al parecer, el sargento Dorset no observó nada anormal que pudiera despertar sus sospechas. Aceptó la declaración sin el menor comentario. Bien es verdad que yo sólo conozco del asunto lo que me contó Sally.

—¿Por qué razón no me enseñaría Staunton ese documento cuando le interrogué yo? —preguntó el abogado con expresión meditabunda.

—No lo haría seguramente porque el interrogatorio de usted no era oficial.

—Debió de ser por eso. Sin embargo, tengo la impresión de que le di un disgusto mayúsculo.

—Pero si fue el mismo Faulkner quien sacó los peces del tanque, ¿a qué obedece lo del cucharón y el palo de un metro veinte sujeto al mango? —preguntó Della Street.

—Ya se lo expliqué al sargento Dorset —manifestó Perry Mason—. El cucharón no pudo ser utilizado para sacar los peces.

—¿Por qué no?

—En primer término, la superficie del agua que contenía el tanque se hallaba a unos dos metros veinte del piso, y no creo que hubiera más de dos metros ochenta entre el suelo y el techo. Ahora bien, si se trata de sacar del tanque un cucharón provisto de un mango de un metro veinte de largo, quedarán sesenta centímetros de mango dentro del tanque cuando el extremo del mango toque el techo.

—Pero se puede inclinar el cucharón, ¿no? Es decir, se podría sacar colocándolo inclinado.

—Cierto —reconoció el abogado—. Pero al hacerlo caerían los peces de nuevo dentro del agua.

Della asintió al razonamiento de su jefe y frunció el ceño, meditando sobre el problema planteado.

—Es más —prosiguió Mason—. Dudo que se pueda sacar un pez de su elemento mediante un cucharón. No creo que un pez permanezca en la misma posición durante el tiempo necesario para que uno pueda extraerle del agua. Tengo la convicción de que sería necesario un adminículo mayor. No olvido, sin embargo, que esos

peces no eran tan activos como otros. Pero aun así, dudo mucho que se pudiera lograr el objetivo.

—En ese caso, ¿para qué utilizaron el cucharón? ¿Se tratará simplemente de un ardid?

—Podría ser un ardid, o bien otra cosa —contestó Mason.

—¿Cuál? —inquirió la joven.

—Tal vez se trate de un medio para extraer del tanque algo que no fueran peces.

—¿Qué quiere usted decir?

—La semana pasada alguien disparó un tiro contra Faulkner —repuso Mason—. Por lo menos, eso dijo él. La bala erró el blanco y fue a incrustarse en el asiento del coche. Esa bala era una prueba valiosa. La policía de nuestros días ha profundizado de tal modo en la ciencia de la balística, que pueden deducir infinitos detalles sobre cualquier arma que haya disparado un proyectil. Examinan la bala en el microscopio y saben sin el menor género de dudas si fue o no disparada por determinada arma.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el tanque de los pececillos? —preguntó Della.

Una sonrisa apareció en los labios de Mason.

—Tiene relación, y mucha, con algo que me contó Elmer Carson. Se encontraba en la oficina cuando llegó Faulkner con la bala.

—¿La misma que había extraído del coche?

—Sí. La había extraído del sitio donde se clavó, y dio cuenta de lo ocurrido a la policía, aunque no dijo ni palabra de ello a Carson ni a su secretaria.

—¿Y qué sucedió?

—Pues que cuando la policía se presentó, Faulkner no pudo encontrar la bala.

—¡Oh! —exclamó Della Street.

—Carson, por su parte, sostiene que no se movió de su asiento, y la secretaria, una tal señorita Stanley, ha confirmado, al parecer, esa declaración. Sin embargo, la policía le registró a él y su mesa de despacho.

—Entonces...

—Por la tarde, cuando la señorita Stanley estaba ordenando los papeles de su mesa para marcharse, encontró una bala debajo de unos papeles.

—¿Quiere usted decir que no era la misma?

—Lo ignoro —contestó el abogado— y no creo que lo sepa nadie. Todos admitieron que era la misma que Faulkner había llevado a la oficina aquel mismo día y perdido luego. Pero a lo que parece, la bala no tenía la menor señal que sirviera para identificarla, así que nadie pudo afirmar con seguridad si era la misma o no.

—No acierto a ver dónde quiere usted ir a parar, jefe.

—Faulkner, distraído, creyó que había depositado la bala sobre su mesa de despacho al entrar en la oficina —contestó Mason—. Más tarde se acercó a la mesa de la señorita Stanley y empezó a dictarle algunas cartas.

—Debía de ser un hombre de gran serenidad —dijo Della Street en son de comentario—. Si alguien disparara un tiro contra mí no creo que fuera capaz de extraer la bala del lugar donde se había incrustado y mucho menos de dictar cartas.

—Según mis noticias, la señorita Stanley observó que a Faulkner le temblaban un tanto las manos, aunque fuera de eso no dio otras señales de emoción.

Della miró a su jefe como si quisiera leer en sus ojos lo que estaba pensando.

—Pues por lo que a mí respecta —afirmó la joven—, hubiera jurado que Faulkner poseía un temperamento muy excitable. Estoy convencida de que si alguien le hubiese disparado realmente un tiro, se hubiera sentido tan nervioso como una cucaracha cuando de pronto se enciende la luz de la cocina.

—Pues yo creo que era un hombre de un carácter muy complejo —replicó Perry Mason—. ¿Recuerda usted la noche en que el empleado del juzgado le entregó la citación relativa a la demanda entablada por Carson?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Acuérdese entonces de que no se mostró nervioso ni tanto así. Ni siquiera se molestó en leer la citación, sino que se la metió en el bolsillo y continuó con el asunto que le interesaba, esto es, el de conseguir que yo protegiera sus valiosos pececillos mediante alguna triquiñuela legal que dejara sin efecto el mandamiento judicial que le impedía sacar la pecera de la oficina.

Della hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Tiene usted razón. Tomó el asunto con absoluta calma. Se hubiera dicho que sólo se trataba de una simple molestia.

—No obstante, le reclamaba nada menos que cien mil dólares —dijo Mason.

—Estoy segura de que trata usted de insinuar algo. ¿Qué es ello, jefe?

—Sencillamente, mientras sorbo mi café estoy sumando dos más dos —contestó el abogado—, a fin de averiguar si no será cierto que alguien disparó un tiro contra Faulkner mientras marchaba en su coche.

—Faulkner no me produjo la impresión de ser un individuo capaz de olvidar donde había depositado la bala después de haberla arrancado de la tapicería de su automóvil —comentó Della—. Ese proceder no parece estar de acuerdo con su verdadero carácter.

—Y no lo está —se apresuró a responder Mason.

—Vamos, jefe, ¿qué es lo que quiere usted decir?

—Examinemos la cuestión desde otro punto de vista, Della. Una persona sentada en una mesa contigua, como lo estaba la de Carson, podría haber extendido la mano hacia la de Faulkner y coger la bala que éste había dejado sobre ella, ocultándola luego donde nadie pudiera descubrirla jamás.

—¿Sin moverse de su sitio?

—Sin moverse de su sitio.

—Creía haberle oído decir que registraron tanto a Carson como su mesa.

—Así fue.

—No comprendo... ¡Ah! ¡Ahora caigo! ¿Quiere usted insinuar que pudo haberla arrojado al tanque de los peces?

—Eso es —contestó Perry Mason—. La pecera se encuentra detrás de la mesa de Carson, y es lo bastante amplia para que él pudiera arrojar la bala por encima de su hombro, en la seguridad de que iría a caer en el agua, hundiéndose en el fondo, donde se perdería entre las piedras y la grava que cubren el piso del tanque.

Los ojos de la secretaria brillaron de interés.

—Eso quiere decir que cuando Faulkner creyó que habían intentado robarle los peces... lo que ocurrió fue que alguien trató de sacar la bala del fondo del tanque, ¿no?

—Eso mismo, y el cucharón constituyó un instrumento excelente

para dragar el fondo de la pecera, pescar la bala y sacarla. Si alguien hubiese querido sacar los peces no hubiera sido necesario sujetar un palo de un metro veinte al mango de un cucharón. Los peces siempre están nadando de un lado al otro, y esperando la ocasión hubieran podido pescarlos con un recipiente que tuviera un mango todo lo más de sesenta centímetros de largo.

—Entonces debió de ser Carson quien disparara y...

—No se precipite, Della —advirtió Mason a su secretaria—. Carson permaneció toda la mañana en su oficina. Recuerde que la señorita Stanley confirmó esta coartada. Por lo menos, esto es lo que afirma Carson, y estoy seguro de que no se atreverá a inventar una cosa semejante, pues no ignorará que todos los detalles de esa tentativa de asesinato serán examinados ahora con gran atención por la policía.

—Si es así, entonces Carson trató de enredar la madeja.

—Con el fin de proteger a la persona que disparó, o que él creyó que había disparado, que para el caso es lo mismo —afirmó Mason.

—¿Supone usted que tal vez no fueran las mismas?

—Es muy posible.

—¿Podría explicar eso la súbita animosidad entre Carson y Faulkner?

—La animosidad existía desde hace tiempo. Lo que se despertó, fue la abierta hostilidad de Carson.

—¿Qué tiene eso que ver con el caso?

—Póngase usted en el lugar de Carson —contestó Mason acompañando sus palabras con una sonrisa—. No hay duda de que obró bajo los efectos de un impulso repentino, aprovechando el mejor sitio que tenía a mano para ocultar la bala. La cosa no pudo ser más sencilla. La dificultad estribaba en retirarla del lugar donde había sido arrojada, mucho más teniendo en cuenta que Faulkner vivía en la casa contigua y sospechaba de Carson.

Si éste hubiera visto que su socio entraba a una hora desusada en la oficina, se hubiera precipitado hacia ella para comprobar lo que hacía.

Della se mostró conforme con este parecer de su jefe.

—No es posible llegar al fondo de una pecera que tiene un metro veinte centímetros de alto y extraer una bala de plomo, sin llevar a cabo previamente ciertos preparativos un tanto complicados —

opinó Mason—. Fue poco más o menos en ese tiempo cuando Carson observó que Faulkner andaba muy preocupado por el estado de salud de sus pececillos, y empezó a pensar en trasladar el tanque a algún sitio donde los peces pudieran ser tratados como era necesario.

—Pero ¿no cree usted que Carson hubiera salido ganando con ello? ¿No hubiera tenido más probabilidades de hacerse con la bala si se llevaban el tanque a otra parte?

—Acaso no. Debe tener usted también presente que corría el riesgo de que la bala fuera descubierta tan pronto como retirasen la pecera de la oficina. Por supuesto, una vez encontrada la bala, no haría falta ser un experto detective para deducir lo ocurrido, y entonces Carson se encontraría en un verdadero aprieto.

—Pues yo creo que sin eso ya se encontraba en un verdadero aprieto —observó Della.

—Cierto —admitió Mason—. Y, por lo mismo, tuvo que dar los pasos necesarios para impedir a toda costa que el tanque fuera retirado de la oficina. Esta fue la causa del súbito despertar de su hostilidad contra Faulkner y el motivo de su demanda judicial, demanda que tuvo como resultado el mandamiento judicial que impidió a Faulkner retirar la pecera. Es evidente que Carson hubiera perdido el juicio una vez el asunto fuera llevado ante el tribunal, pero esto le tenía sin cuidado. Sabía que al presentar una reclamación contra su socio podría aplazar las cosas por lo menos hasta que tuviera tiempo de hacerse con la bala.

—Todo lo que acaba usted de exponer me parece muy lógico —afirmó Della Street—, y explicaría algunas de las cosas hechas por Carson.

—Y para que la demanda pareciera lógica —continuó Mason—, Carson tuvo que desempeñar su papel desde el principio al fin. De lo contrario, su repentino interés por los peces hubiera parecido tan raro que hubiese despertado sospechas.

—¿Así que eso explica, a juicio de usted, la demanda por calumnias?

—Sí.

—Sin embargo, ¿y las otras tentativas de robar los pececillos?

—No hubo la menor tentativa. Con toda probabilidad, Carson no logró estar a solas con el tanque más que durante períodos

limitados En esas ocasiones debió de probar varios métodos para extraer el proyectil, encontrándose ante un problema mucho más difícil de lo que supuso en un principio. El tamaño del tanque, su peso y la posición en que estaba colocado dificultarían enormemente su labor.

—Supongo que la bala de calibre cuarenta y cinco que se encontró sobre la mesa de la señorita Stanley fue colocada allí deliberadamente.

—Eso creo —contestó Mason—. Observará usted que la señorita Stanley afirmó que Carson no había abandonado la oficina antes de que llegara la policía, y que permaneció sentado ante su mesa durante todo el tiempo que transcurrió desde la entrada de Faulkner y la llegada de la policía. Pero es lógico suponer que Carson saldría entre el momento en que se encontró la bala y el instante en que entró la policía... Quizá saliera varias veces. Seguramente iría a almorzar. De modo que le resultaría en extremo fácil hacerse con otra bala.

—¡Ya lo tiene usted todo resuelto! —exclamó Della Street dando muestras de una viva emoción—. Sí, debe de haber sucedido tal y como usted dice. Y, si es así, entonces debió de ser Carson quien mató a Faulkner.

—Por favor, Della, no se precipite. No olvide que lo único que tenemos a nuestra disposición es una simple teoría, y nada más. Recuerde también que nos encontramos en un aprieto.

—¿Por qué?

—Sally Madison tenía un revólver en su bolso. Confiemos en que será lo suficientemente lista para ocultarlo donde nadie pueda dar con él o para borrar las huellas digitales que haya en esa arma... o bien para ambas cosas. Pero si no hace lo que he dicho, y al final resultara que se trata del arma con la cual se cometió el crimen, la policía descubrirá en ella algunas huellas digitales y, más tarde o más temprano sabrá que algunas son de usted. Entonces nos encontraremos ante una situación terriblemente seria. Por otra parte, a la policía le será en extremo fácil demostrar que mantuvimos oculta a Sally Madison durante un período crítico de la investigación. Y si tratamos de fingir inocencia o ignorancia de que ocultaba el revólver en su monedero, nos mostrarán las huellas digitales de usted encontradas en el revólver. En resumen, que nos

veremos en un verdadero aprieto si Sally es detenida antes que haya conseguido deshacerse del arma.

—¿No debería usted haber telefonado a la policía en cuanto supimos que Sally tenía el arma en su bolso? —inquirió Della.

—Sí —contestó Mason—, y, dadas las circunstancias, creo que eso es lo que hubiéramos debido hacer. No obstante, estoy convencido de que la policía se habría mostrado escéptica. Pero en aquel instante me pareció más oportuno hacer desaparecer las huellas, librarnos de Sally Madison y abandonar el asunto. No entraba en mis cálculos la extraordinaria combinación de circunstancias que hizo que el conserje del hotel entrara en la habitación y permaneciera en ella hasta la llegada de la policía.

—¿Qué cree usted que debemos hacer ahora? —preguntó la secretaria.

—Rogar al cielo para que... —empezó a decir Mason, pero se interrumpió bruscamente, dejando caer la taza de café en el platillo —. ¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué sucede, jefe? —preguntó Della alarmada.

—No se asuste ni ponga cara de culpable —susurró Mason—. Déjelo todo en mis manos. El teniente Tragg acaba de entrar en el local y se dirige hacia nosotros... Y, puede creermelo, el teniente Tragg es la última persona con la que desearía hablar en estos instantes.

Al oír estas palabras, el rostro de Della cambió de color.

—Se lo suplico, jefe, no se comprometa en este asunto. Déjeme que yo cargue con todo. A fin de cuentas, son mis huellas digitales las que están impresas en el arma. Jamás podrán demostrar que usted sabía nada...

Mason irguió de súbito la cabeza para mirar por encima del hombro de su secretaria, exclamando en tono de la más profunda sorpresa:

—¡Caramba! ¡Nuestro viejo amigo el teniente Tragg por aquí! ¿Qué le trae tan temprano por estos lugares?

Tragg dejó su sombrero sobre una silla libre, acercó otra a la mesa y, tomando asiento con la mayor tranquilidad, preguntó a su vez:

—¿Qué le ha traído a usted?

—El apetito —respondió el abogado acompañando sus palabras

con una sonrisa.

—¿Es éste su restaurante preferido?

—No. Pero creo que lo adoptaremos para lo sucesivo —afirmó Mason—. La lista no es muy extensa que digamos, pero me parece bastante atractiva. El café es excelente y los huevos están en su punto. Desconozco sus gustos; pero, en lo que a mí respecta, odio los huevos fritos en una sartén tan caliente que se forma una costra dura por debajo de los mismos. En cambio, si prueba usted los huevos que sirven aquí, verá que son apetitosos y succulentos.

—Conforme —exclamó Tragg y volviéndose hacia el hombre del mostrador, pidió—: Tráigame huevos con jamón, una taza grande de café para ahora y otra para cuando me hayan servido los huevos.

Y, cambiando ligeramente de posición, sonrió a Mason y añadió:

—Ahora, señor abogado, puesto que ya ha agotado el tema de los huevos fritos, ¿qué le parece si charláramos un poco de asesinatos?

—¡Oh, teniente! Aún no he agotado el tema de los huevos fritos —dijo en tono de protesta Mason—. Gran parte de su sabor depende de si han sido fritos a la temperatura adecuada. La yema del huevo debería estar caliente en todas sus partes por igual, no frita en la inferior hasta casi ser una masa sólida y cruda en la superior. Tampoco...

—Estoy por completo de acuerdo con usted, Mason —replicó el teniente—. Eso depende también de la temperatura de la sartén. Lo sé. Pero hablando de otra cosa, ¿qué piensa usted del asesinato de Faulkner?

—Jamás utilizo mi masa encefálica para pensar en asesinatos, a no ser que me paguen por ello. Y en el supuesto de que me paguen mis ideas, siempre procuro que sólo mis clientes se beneficien de ellas. Usted, en cambio, se encuentra en una situación completamente distinta...

—Es cierto —afirmó Tragg con gran calma cogiendo el azucarero mientras el camarero le servía el café—. A mí me pagan los contribuyentes para que esté pensando en los asesinatos durante todas las horas del día y de la noche, pero al pensar en ellos en la presente ocasión observo que mi atención se vuelve hacia cierta joven llamada Sally Madison. ¿Qué puede usted decirme sobre esa señorita?

—Que se trata de una joven bastante atractiva —afirmó Mason—. Parece sentir un gran afecto hacia su actual novio, el cual trabaja en una tienda donde venden animales domésticos. No hay la menor duda de que con anterioridad ha tenido otros amigos, a los que también entregó su cariño. Pero soy de opinión que sus relaciones con Tom Gridley tienen más probabilidades de acabar en matrimonio que las anteriores.

—De acuerdo con mis noticias, esa joven es una especie de vampiresa que siente un gran afán de dinero —manifestó Tragg.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro del abogado.

—¿Quién le ha contado a usted semejante cosa?

—¡Oh! Dispongo de mis fuentes de información propias. ¿Esa joven es, por casualidad, cliente de usted?

—Le explicaré, Tragg —contestó el abogado sonriendo—. Acaba usted de formularme una pregunta en extremo difícil. Mejor dicho, la pregunta es fácil; lo difícil es la respuesta.

—Podría usted hacer la prueba de contestarme sencillamente con un sí o con un no —repuso Tragg.

—No es tan fácil de hacerlo como usted cree. Sally Madison no me ha contratado aún definitivamente para que represente y defienda sus intereses. Sin embargo, tengo el presentimiento de que desea hacerlo, y estoy averiguando detalles de su caso.

—¿Cree usted que llegará a representarla?

—No podría decirlo, Tragg. El caso de esa joven no es nada fácil.

—Soy de la misma opinión.

—Como representante de su novio, es posible que haya llegado a un acuerdo con Harrington Faulkner —continuó Mason—. Ahora bien, un acuerdo significa un cambio de ideas, y esto, a su vez, depende de...

El teniente Tragg alzó una mano.

—Por favor —dijo.

Perry Mason enarcó las cejas con fingida expresión de sorpresa.

—Se muestra usted sorprendentemente locuaz esta mañana, Mason —dijo el policía—. Y quien es capaz de improvisar un discurso sobre el arte de freír huevos, sin duda podría también hablar horas y horas sobre el tema de los acuerdos y convenios. En consecuencia, y si usted me lo permite, hablaré con su siempre encantadora secretaria —y volviéndose hacia Della, preguntó—:

¿Dónde pasó usted la noche última, señorita Street?

Della insinuó una dulce sonrisa.

—Su pregunta, teniente, hace suponer que la noche es o era una unidad indivisible —repuso la joven—. No obstante, si examinamos las cosas con detenimiento, descubriremos que la noche se divide realmente en dos períodos. Primero, el período anterior a la medianoche, el cual, legalmente, pertenece al día anterior y el período subsiguiente que pertenece al otro día.

El teniente Tragg sonrió y, dirigiéndose a Perry Mason, dijo:

—Esta joven es realmente una alumna sobresaliente de usted, Mason. Dudo mucho que hubiera usted ganado tiempo con más habilidad si hubiese intervenido y contestado a mi pregunta por ella.

—En efecto, desconfío de que yo hubiera podido hacerlo mejor —confirmó Mason sonriendo alegremente.

—Muy bien —exclamó el teniente tornándose de súbito grave—, pero supongamos que dejamos de hablar de huevos fritos, convenios y subdivisiones legales de la noche, y me dice usted, señorita Street, dónde ha estado usted desde las diez de la noche de ayer hasta ahora, sin omitir nada... ¿Comprende? Y que conste que se lo pregunto oficialmente.

—¿Existe algún motivo para que Della conteste a esa pregunta? —preguntó Mason—. Aun en el supuesto de que se trata de una pregunta legal.

El rostro de Tragg permaneció inmutable.

—Sí. Y si se libran de mí mediante evasivas y subterfugios, esto será un factor muy importante para decidir si la relación de la señorita Street con lo sucedido fue casual o deliberada.

Della se apresuró a responder en tono alegre:

—Bueno, en ese caso...

—Tenga mucho cuidado, Della —se apresuró a decir Mason.

La joven miró a su jefe, y al ver la expresión que había en sus ojos, toda la animación desapareció de ella.

—Aún estoy esperando la respuesta —insistió Tragg con acento seco.

—¿No cree que debería ser usted más justo con la señorita Street? —dijo Mason.

—Todas sus interrupciones son cargadas en el debe de la cuenta,

Mason —replicó el policía—. Señorita Street, ¿dónde pasó usted la última noche?

Mason se apresuró a intervenir nuevamente.

—¡Vamos, teniente! Ya sabemos que dista usted mucho de ser un adivino. La circunstancia de que haya entrado usted en este restaurante, se debe a que conocía nuestra presencia en el barrio. A mi juicio, sólo existen dos explicaciones lógicas de cómo adquirió usted esa información. Una de ellas, que recibió por radio un informe transmitido por un coche de patrulla diciéndole que habían sido llamados desde el Hotel Kellinger, donde dos señoritas allí hospedadas habían recibido la visita de un hombre en su habitación, contraviniendo así las normas del hotel, habiéndose dado parte a las autoridades para que expulsaran a los huéspedes. Usted ha actuado suponiendo que no podría dejar de encontrar a esas personas en algún restaurante nocturno de las cercanías, y por el simple método de darse unas vueltas por los contornos, ha logrado usted localizarnos aquí.

Tragg empezó a decir algo, pero Mason elevó ligeramente la voz y siguió hablando.

—La otra suposición es que encontró a Sally Madison en la calle hace poco y la interrogó. En este caso, supo por ella que nos encontrábamos aquí. Y si la interrogó, no hay duda de que debió hacerlo a conciencia.

La mirada de advertencia que Mason dirigió a su secretaria, hizo comprender a ésta que, en el último supuesto, el teniente Tragg habría registrado el bolso de Sally y conocía su contenido.

El policía continuaba mirando atentamente a Della Street.

—Ahora que ya ha recibido usted instrucciones, ¿quiere decirme dónde pasó la noche, señorita Street?

—Estuve en mi casa y en el Hotel Kellinger.

—¿Por qué fue usted a ese hotel?

—Sally Madison me llamó por teléfono para decirme que el señor Mason quería que yo la acompañara a algún hotel.

—¿Le explicó el motivo de ello?

—No recuerdo bien si ella me explicó la razón o la supe más tarde por él señor Mason —repuso Della en tono inocente—. El señor Mason deseaba que la quitara de...

—De la circulación —se apresuró a añadir Tragg al notar que la

joven titubeaba.

—Del camino de los policías —concluyó Della, sonriendo con la misma suavidad de antes al policía.

—¿A qué hora sucedió todo eso? —inquirió Tragg.

—¿Quiere usted decir a qué hora me llamó Sally Madison?

—Sí.

—No podría decirle, teniente —contestó Della—. No creo recordar que consultara el reloj. Pero seguramente en el hotel podrían indicarles la hora exacta de nuestra llegada.

—Lo que le pregunto —insistió Tragg—, es la hora en que recibió usted la llamada de Sally Madison.

—No lo sé.

—Bien; hemos llegado a la parte más importante —continuó Tragg—. Tenga cuidado con sus respuestas; todo depende de lo que usted diga. ¿Notó usted en Sally Madison algo fuera de lo corriente?

—Sí —contestó rápidamente Della.

—¿Qué? —preguntó Tragg con tanto ímpetu que su palabra sonó como el restallar de un látigo.

Della, tras observar la mirada de advertencia que le dirigió Mason, se dispuso a contestar.

—Pues... noté que... la chica dormía desnuda —Della dirigió una sonrisa a Tragg y prosiguió—: Es algo raro, ¿comprende, teniente? Me refiero a que no hizo otra cosa que quitarse todo lo que llevaba puesto y meterse en la cama. Las jóvenes tan guapas como Sally Madison suelen cuidar mucho su aspecto personal antes de acostarse. Se ponen en la cara cremas y lociones y, casi siempre...

—No me refería a eso —interrumpió Tragg.

—Es que ha interrumpido usted a Della, teniente —terció Mason—. Iba a decirle precisamente lo que usted quiere saber.

—De permitirle seguir hablando —respondió Tragg—, hubiera estado hasta las doce del día describiendo los hábitos nocturnos de Sally Madison. Y ahora, señorita Street, lo que deseo saber es lo siguiente: ¿Notó usted algo desusado en Sally Madison? ¿Le hizo ella alguna confesión?

Mason interrumpió de nuevo.

—Recuerde, teniente —dijo—, que lo que haya podido decir Sally Madison, una posible cliente mía, será algo reservado y como

Della Street es mi secretaria, no se le puede interrogar al respecto.

—Conozco perfectamente esa norma —concedió Tragg—. Y se aplica a todo lo que tenga relación con el asunto que le ha consultado Sally Madison. Doy por sobreentendido que esa cuestión se relaciona únicamente con una reclamación que ella tenía que hacer a los herederos de Harrington Faulkner. Ahora me interesa saber de una forma concreta, y de una vez para siempre, si Della Street observó algo fuera de lo acostumbrado en Sally Madison. ¿Observó usted algo o no, señorita Street?

—Hace uno o dos días que conozco a esa muchacha, y como comprenderá, no estoy en condiciones de poderle decir lo que es acostumbrado en ella. Así que, al preguntarme usted si he observado en ella algo fuera de lo acostumbrado, creo difícil...

—Tantos rodeos me llevan a una conclusión muy concreta —repuso Tragg—. ¿Por qué razón fue a visitarla Perry Mason a las cinco de la mañana?

—¿Cree usted que eran las cinco? —exclamó Della en tono de sorpresa—. No recuerdo haber mirado el reloj, teniente Tragg. Me parece...

Mason se apresuró a intervenir.

—Para esa cuestión también le será de mucha utilidad el libro registro del Hotel Kellinger, teniente.

—Pese a sus repetidas advertencias a Della Street —replicó Tragg—, en el sentido de que no debe ocultar ningún informe que yo pueda averiguar más adelante interrogando al empleado del Hotel Kellinger, deseo saber por ella misma si advirtió algo desusado en Sally Madison, algo que tuviera relación con su vestimenta, con lo que llevaba puesto o llevaba consigo, en lo que hizo o en lo que dijo.

—Estoy convencido de que si la señorita Street hubiese observado algo fuera de lo corriente —afirmó Mason—, me lo hubiera dicho inmediatamente, de modo que esa pregunta puede usted formulármela a mí.

—No lo creo necesario. Quiero que me responda su secretaria. Señorita Street, ¿por qué llamó usted a Perry Mason y le suplicó que fuera a verla al hotel?

Una expresión dura y desafiante brilló de pronto en los ojos de la joven.

—Eso no es asunto suyo —contestó.

—¿Lo dice usted en serio?

—Completamente en serio.

—De sobra sabe usted que mis asuntos conciernen a muchas personas —afirmó el teniente Tragg—, en especial en todo aquello que tiene relación con los asesinatos.

Della apretó los labios con fuerza, mientras Tragg continuaba con acento rudo:

—Conforme. Han andado ustedes con rodeos y evasivas sin otro fin que el de averiguar lo que yo sé. Pero su proceder me convence de que saben lo que yo deseaba averiguar. Como ha dicho Mason haciendo gala de su habilidad, tenían ustedes dos alternativas: una, que yo hubiera recibido un informe de los policías que acudieron a la llamada del Hotel Kellinger y recorriera la vecindad con la esperanza de tropezar con ustedes; la otra, que hubiera encontrado a Sally Madison y la hubiera interrogado, y trataron ustedes de ganar tiempo animados por la esperanza de que la primera alternativa fuera la cierta. Estaban ustedes en un error. Recibí el informe de los agentes. He permanecido en vela toda la noche esperando un golpe de suerte que me ayudara a solucionar este caso. El informe transmitido por radio parecía ser lo que yo estaba esperando. Salí inmediatamente y encontré a Sally Madison en la calle. En su bolso llevaba dos mil dólares en papel moneda, cuya procedencia no acertó a explicarme. También encontré en el bolso de esa joven un revólver de doble acción, calibre treinta y ocho, el cual había sido utilizado recientemente y que parece tratarse del arma con que fue asesinado Harrington Faulkner. En consecuencia, Perry Mason y Della Street, si yo puedo demostrar que uno cualquiera de ustedes dos estaba enterado del contenido del bolso, los acusaré inmediatamente de encubridores. Les he procurado un medio de sincerarse conmigo y comunicarme cualquier informe que estuviera relacionado con la muerte de Faulkner. Ustedes se han negado a hacerlo. Ahora le juro, Mason, que si puedo demostrar que sabía usted perfectamente que esa arma se encontraba en el bolso de Sally Madison, le crucificaré sin compasión.

Y retirando bruscamente su silla, el teniente Tragg dijo al sorprendido camarero:

—No me sirva los huevos con jamón. Pagaré la cuenta ahora.

Dejó un billete sobre el mostrador y salió del restaurante.

Asustada, Della Street miró a su jefe con expresión de desaliento.

—¡Oh, jefe! —exclamó la joven—. ¡Debería habérselo dicho! Me siento culpable.

Pero en el rostro de Mason había una expresión inescrutable.

—Muy bien, joven —murmuró—. Teníamos dos alternativas. Corrimos el albur y perdimos. Ahora proseguiremos la lucha desde la nueva base. Al parecer, hoy es nuestro día de mala suerte. Ambos estamos en un aprieto, y no hay duda de que el enredo se las trae.

XI

Perry Mason, Della Street y Paul Drake se encontraban reunidos en torno a la amplia mesa de despacho del primero.

Una vez finalizado el relato de los acontecimientos de las últimas horas, Mason dijo:

—Como verá, Paul, estamos en un verdadero aprieto.

Drake dejó escapar un silbido.

—¡Vaya si lo están! ¿Por qué no arrojaron por la borda a esa individua en cuanto descubrieron el revólver? Ése era el momento de llamar a la policía.

—No lo hice, en primer lugar, porque temí que no nos creyeran; además, no quise arrojarla a los lobos sin saber de qué se trataba. Antes quería oír lo que tuviera que decirme. Por último, le aseguro que confiaba escapar del enredo sin riesgo alguno.

Drake asintió.

—Sí, no estuvo mal la jugada. Lo lamentable es que, al parecer, han perdido todas las bazas.

—Así es —respondió Mason.

—¿Y cuál es nuestra situación actual?

—Si la policía carga parte de la culpa a Sally Madison, nuestra situación será bastante desagradable. De lo contrario, tal vez podamos salvarnos. ¿Qué detalles ha conseguido usted averiguar sobre el asesinato?

Paul se apresuró a responder:

—Se guarda una gran reserva: sin embargo, puedo decirles algo: el médico forense ha cometido un error un tanto extraño. El joven que se encargó del asunto era un muchacho de escasa experiencia, y, por su parte, el sargento Dorset contribuyó a confundir las cosas. La policía ha fijado la hora de la muerte con bastante aproximación, pero, según mis noticias, el médico que realizó la autopsia dejó de hacer algo que hubiera completado el caso para la policía.

—Eso es bueno —manifestó Mason.

—También puedo contarle algo no tan bueno, Perry.

—¿El qué?

—Al parecer, ese tal Gridley estuvo en la casa y recibió un cheque de mil dólares, siendo muy posible que ese cheque fuera lo último que escribió Faulkner antes de morir.

—¿Cómo han llegado a esa conclusión, Paul?

—El talonario de cheques estaba en el suelo, y la última matriz había sido llenada sólo parcialmente. La cantidad eran mil dólares y Faulkner estaba escribiendo cuando de súbito se interrumpió. Pero ya había escrito la palabra «Tom» y las letras G-r-i. Es evidente que su intención era escribir el nombre de Tom Gridley. En el suelo encontraron también una pluma estilográfica.

Mason reflexionó unos segundos e inmediatamente preguntó:

—¿Qué ha contestado Tom Gridley a eso?

—Se ignora en absoluto. La policía se le echó encima tan pronto como encontraron la matriz del cheque, y desde entonces Gridley ha permanecido alejado de la circulación.

—¿A qué hora cree la policía que fue cometido el crimen?

—Alrededor de las ocho y cuarto. Entre las ocho y cuarto y las ocho y media, para ser exactos. Faulkner debía asistir a una reunión de aficionados a la piscicultura. Se le esperaba a las ocho y media. Unos diez minutos después de las ocho, telefoneó para avisar que se retrasaría por culpa de un asunto de negocios que le había retenido más de lo que esperaba. Añadió que se estaba afeitando y que tomaría un baño. Inmediatamente que hubiera terminado, se dirigiría al sitio de la reunión, aunque tal vez llegara con unos minutos de retraso. Dijo asimismo que se vería obligado a retirarse a eso de las nueve y media, puesto que tenía una cita de negocios a esa hora. En aquel instante, en medio de la conversación que sostenía por teléfono, dirigió la palabra a alguien que sin duda entró en la habitación mientras él telefoneaba. «¿Cómo entró usted aquí?, —le oyeron decir—. No quiero verle, y cuando desee hablar con usted le llamaré.» La persona que se encontraba al otro extremo del hilo percibió un murmullo de voces y luego oyó a Faulkner, que decía, evidentemente encolerizado: «No pienso hablar esta noche del asunto. ¡Maldita sea! ¡Salga inmediatamente de aquí o le echaré yo!... Bien, si así lo quiere, así será.» Y bruscamente colgó el

aparato, sin poner fin a la conversación telefónica. Las personas con quienes Faulkner debía reunirse querían asegurarse de que asistiría a la reunión, pues su intención era pedirle dinero. Volvieron a llamarle a las ocho y veinticinco, pero nadie contestó, así que supusieron que Faulkner se dirigía ya al lugar convenido. Estuvieron esperándole otros cinco o diez minutos, pero al ver que no aparecía, trataron de ponerse en comunicación de nuevo. Ante el resultado negativo del nuevo intento, decidieron llevar adelante la reunión. Ahora bien, no cabe la menor duda de que Faulkner se estaba vistiendo para asistir a la junta. Sobre el estante del cuarto de baño se ha encontrado una maquinilla de afeitar con espuma de jabón y varios pelos adherida a ella. Faulkner estaba recién afeitado cuando fue descubierto el cadáver. Teniendo todo esto en cuenta, la policía ha llegado a la conclusión de que mientras Faulkner telefoneaba, debió de entrar un visitante inesperado que no se molestó en tocar el timbre. Faulkner se encolerizó al verle y decidió arrojarle de su casa a la fuerza. Fue entonces cuando cortó la comunicación y se dirigió al intruso. La policía cree que en ese instante dispararon contra él.

—Y el médico forense, ¿qué opina? —inquirió Mason.

—Al parecer, se durmió. La policía no creyó que fuera muy importante fijar la hora de la muerte con exactitud, concediéndose más atención a fotografiar la posición del cadáver, tomar huellas digitales y reconstruir la escena del crimen, que a tomar la temperatura del cuerpo. La policía opina que fue un error del departamento médico y existe en la actualidad cierta tensión entre los galenos y la Brigada de Homicidios. Si hubieran tomado la temperatura del cadáver en el instante mismo en que apareció la policía, ahora dispondrían de datos incontestables. Pero tal como se hicieron las cosas, tienen que basarse en meras deducciones.

—Comprendo las complicaciones que les habrá acarreado esa omisión —declaró Mason—. Mi impresión, sin embargo, es que la policía está en lo cierto. ¿Qué hipótesis han formado sobre la pecera volcada?

—La pecera debía de hallarse encima de la mesa derribada, y tal vez Faulkner lo tirara todo al suelo cuando recibió el tiro que acabó con su vida.

Mason hizo gestos de asentimiento.

—O bien alguien entró en la habitación poco después de haberse cometido el crimen y tiró la pecera por casualidad, o bien a propósito.

—¿Tiene usted alguna idea de quién pudo ser ese alguien?

—Pudo ser la señora Faulkner, a quien no le gustaría el aspecto de las cosas. Entonces tiró la pecera, bien por casualidad, bien a propósito, subió a su automóvil y dio la vuelta a la esquina, en espera de que usted se presentara.

—¿Cómo pudo saber que yo me proponía a ir a su casa?

—Mi opinión, Perry, es que las cosas sucedieron como usted las imaginó anoche. Esto es, Staunton debió de comunicar con ella por teléfono.

—Es decir, que la señora Faulkner se encontraba en su casa. Ya había descubierto el cadáver de su esposo y derribado la pecera. Staunton llamó en aquel momento. Deseaba hablar con Faulkner, pero ella le contestó que era imposible, pues estaba fuera, y preguntó a Staunton si quería algún recado. Staunton la informó de que Sally Madison y yo nos dirigíamos hacia su casa.

Al acabar de decir esto, Mason se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación.

—Naturalmente —continuó—, eso quiere decir que se ha convencido a Staunton para que mantenga la boca cerrada en lo que respecta a la conferencia telefónica. Staunton debe de saber por la policía o por los periódicos que la señora Faulkner se encontraba en su casa, ante el cadáver de su esposo... ¡Demontre, Paul! ¿Por qué permanecemos aquí mano sobre mano? ¿Por qué no nos ponemos en contacto inmediatamente con Staunton y le presionamos un poco a ver qué es lo que tiene que decir sobre el caso?

Drake no se movió de su asiento.

—No sea usted tonto, Perry —dijo.

—¿Quiere usted decir que la policía le tiene encerrado?

—Bajo siete llaves, y no le pondrá en libertad hasta que haya hecho una declaración completa por escrito. Y cuando le suelten, no se atreverá a hacer ninguna otra declaración que modifique lo que diga a la policía.

De nuevo empezó Mason a pasearse por el despacho, hasta que al cabo dijo:

—Sitúe a algunos hombres que vigilen la casa de Staunton, y en cuanto la policía le ponga en libertad hágale una pregunta.

—¿Cuál? —preguntó Drake.

—El miércoles pasado Faulkner le llevó los peces y le ordenó que telefonara a la tienda de animales domésticos para que les aplicaran el tratamiento. Averigüe a qué hora envió la pecera.

Drake se mostró sorprendido.

—¿Nada más?

—Nada más. Existen otras preguntas que me gustaría hacerle, pero una vez que la policía haya concluido con él no querrá contestarlas. Así que no le pregunte más que eso. Hoy es sábado y el tribunal cierra a mediodía. Con toda seguridad tendrán encerrados a Gridley y a Staunton hasta que sea demasiado tarde para obtener una orden del juzgado. Dado el aspecto que presentan las cosas en este momento, no me atrevo a pedir un *«habeas corpus»* en favor de Tom Gridley.

En aquel mismo instante empezó a sonar el timbre del teléfono, y Della Street contestó a la llamada.

—Es para usted, Paul —dijo la joven, y entregó el aparato a Drake.

—¡Hola! —exclamó Drake—. Bien, suelte lo que sea... ¡Oh! ¿Está seguro? Perfectamente, cuéntemelo todo.

Drake permaneció escuchando casi dos minutos y al final dijo:

—Bien, bien. Sí, creo que por el momento no se puede hacer otra cosa que permanecer al tanto de lo que ocurra y comunicarme cualquier novedad que pueda producirse.

Y colgando el auricular se volvió hacia Mason. Éste dirigió una mirada al detective y preguntó:

—¿Tan grave es, Paul?

Drake hizo un gesto de asentimiento.

—¿De qué se trata? —inquirió Della.

—Usted pierde —repuso Drake.

—¿Cómo?

—Lo que voy a decirle es confidencial, Perry —repuso Drake—. La policía no quiere en modo alguno que se sepa, pero lo sé por uno que está bien informado. Han detenido a Sally Madison. En su bolso han encontrado el revólver y un fajo de billetes. También han descubierto excelentes impresiones digitales. Había dos en el

extremo del cañón, no completas, pero sí lo suficientemente claras para que puedan ser identificadas. Tragg no es nada tonto. Ordenó que cerrasen la habitación del Hotel Kellinger, ha hecho examinar los espejos del baño y los picaportes, consiguiendo así las impresiones digitales de Della y de Sally Madison. A continuación las comparó con las del revólver, comprobando que había media docena de Sally Madison y dos de Della. Más tarde, tras haber hecho fotografiar el revólver, lo ha pasado a la sección de balística, donde dispararon una bala de prueba y la compararon con la encontrada en el cadáver de Faulkner. En la actualidad no hay la menor duda de que el arma que encontraron en el bolso de Sally es la misma con que fue cometido el asesinato. Tampoco hay duda de que pertenece a Tom Gridley. Se trata de un revólver de calibre treinta y ocho, que el muchacho compró hace seis años, cuando trabajaba como botones en un Banco. El arma está registrada en los archivos de la policía.

—Muy bien, Paul —exclamó Mason con gran seriedad—. Destine a todos los hombres que sean necesarios a esa tarea y deles carta blanca. En primer lugar, entérese del lugar donde tienen a Sally Madison. Della, llene una solicitud de «*habeas corpus*» a nombre de Sally.

—No le servirá de nada, Perry —afirmó Drake—. A estas horas ya la habrán hecho confesar. De nada sirve cerrar el redil después que se escaparon las ovejas.

—¡Al cuerno el redil! —exclamó Mason—. Ya no tenemos tiempo de eso. Yo corro en pos de las ovejas.

XII

Paul Drake regresó al despacho de Mason cinco minutos más tarde. El abogado se disponía a salir en aquel instante por la otra puerta.

—¿Adónde va? —preguntó el detective.

—A entrevistarme con Wilfred Dixon —contestó Mason—. Quiero hacer ciertas averiguaciones sobre él y sobre los asuntos de la primera señora Faulkner. ¿Qué sucede? ¿Es algo importante?

Drake apoyó una mano en el brazo de Mason, le hizo entrar de nuevo en la estancia y cerró la puerta.

—Durante la noche se hizo una tentativa para sacar la pecera de la oficina —dijo Drake—. Al parecer, estaba usted en lo cierto en esa cuestión, Perry.

—¿Cuándo se hizo la tentativa?

—La policía lo ignora. Por uno u otro motivo, no entraron en la oficina, sino que limitaron sus investigaciones al domicilio de los Faulkner. Esta mañana, cuando Alberta Stanley, la secretaria, entró en la oficina, se lo encontró todo patas arriba. Entre otras cosas había una larga manguera que no hay duda fue empleada para sacar de la pecera el agua.

Mason asintió sin despegar los labios.

—Luego que fue extraída el agua —prosiguió Drake—, volcaron el tanque, y tanto el barro como las piedras que había en el fondo quedaron esparcidos por el suelo.

Mason escuchaba con los párpados entornados.

—¿La policía ha caído ya en la cuenta de que alguien andaba buscando la bala que Faulkner llevó a su oficina?

—Se ignora, Perry. Desde luego, la idea no se le ha ocurrido al sargento Dorset. Pero resulta imposible adivinar lo que el teniente Tragg esconde en su mollera. Dorset habló con los periodistas, tratando de conseguir un poco de publicidad. Pero Tragg es un

verdadero zorro. Gasta bromas a los muchachos de la Prensa, pero mejor que publicidad prefiere conseguir resultados positivos en sus investigaciones.

—¿Algo más, Paul? —preguntó Mason.

—No soy partidario de esto, Perry —murmuró el detective.

—¿De qué no es usted partidario?

—De dar malas noticias. Pero el presente caso es de esos en que todos los informes que uno consigue son de los que no gustan.

—Veamos esos informes —repuso Mason.

—Seguramente recordará usted que Faulkner tenía reputación de esquilar a todos los que realizaban negocios con él. No se salía de las normas de honradez por él mismo establecidas, pero era un hombre despiadado en los negocios.

—Continúe —pidió Mason.

—Según parece, Faulkner se presentó anoche en la tienda de animales domésticos, abrió la caja de caudales y sacó de ella una caja de pasta que Gridley tenía preparada, enviándola inmediatamente a un químico para que la analizara. Rawlins, que estaba presente, trató de impedírselo, pero en vano, Faulkner no le hizo caso.

—No hay duda de que Faulkner era un pillo redomado —observó el abogado.

—Esto según opinión de la policía, constituye un motivo indiscutible para el asesinato.

Mason reflexionó un instante y al cabo asintió a las palabras del detective.

—Desde el punto de vista técnico es desastroso, aunque en realidad no lo sea tanto.

—¿Se refiere usted a la forma en que sería considerado por un jurado?

—Sí. Ese detalle puede ser aprovechado magníficamente ante un jurado. Si bien desde el punto de vista técnico puede ser considerado como un motivo capaz de conducir al asesinato, resulta al mismo tiempo un ejemplo tan evidente de coacción por parte del individuo que cuenta con dinero y poder y se aprovecha del infeliz que está a su servicio... No, Paul, su informe no es tan malo como parece. Sospecho que la teoría de la policía será que en cuanto Gridley supo lo ocurrido, se dejó arrastrar por la ira, cogió el

revólver y corrió a matar a Faulkner.

—Así piensan, poco más o menos.

—No creo que Tragg admita esa hipótesis durante mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Pues porque las pruebas no la apoyan.

—¿Cómo? El arma pertenece a Gridley, de eso no hay la menor duda.

—Cierto, el revólver es de Gridley —admitió Mason—. Pero no olvide usted lo siguiente, Paul: si las pruebas circunstanciales tienen el significado que les concede la policía, eso quiere decir que Tom Gridley llegó a un arreglo con Faulkner. Es muy posible que fuera a su casa dispuesto a matarlo. Pero, en cambio, Faulkner le entregó un cheque de mil dólares. No hubiera hecho esto de no haber llegado a un acuerdo con el joven, y éste no pudo matarle antes que el cheque hubiera sido extendido, ni tampoco hubiera tenido razón alguna para matarlo después.

—Tiene usted razón —admitió Drake.

—Muerto Faulkner, tanto ese cheque como el de cinco mil dólares que guarda Sally Madison en su poder no hubieran valido ni el papel con que fueron escritos. No se puede cobrar un cheque después de muerto el firmante del mismo. Tengo el presentimiento de que el teniente Tragg no tardará en empezar a pensar que el motivo no es tan sencillo como parece a simple vista. ¡Vamos! Si no fuera por las pruebas contra Sally Madison que existen y la circunstancia de que las huellas digitales de Della hayan aparecido en el revólver, podríamos sentirnos completamente tranquilos y mandar a paseo a la policía. Pero tal y como están en realidad las cosas, tengo que conocer todos los detalles del caso y ser el primero en interpretarlos correctamente.

—¿Y si hubiera sido Sally Madison quien lo mató?

—En ese caso, la policía podría acusarnos a Della y a mí de encubridores —repuso Mason.

—¿Cree usted que se atreverían a llevar adelante la acusación?

—De sobra sabe usted que sí —afirmó Mason—. Y crea que les gustaría en extremo poderlo hacer.

—En el fondo no se les puede censurar que sientan ese deseo —manifestó Drake—. Está usted patinando sobre hielo muy delgado,

Perry. Hace mucho tiempo que tiene usted a la policía sobre ascuas.

Mason movió la cabeza como si confirmara las palabras del detective.

—Me lo he merecido dos o tres veces —repuso—. Pero lo que me saca de mis casillas es que puedan apretarme los tornillos en un caso en que somos del todo inocentes, no habiendo hecho otra cosa que ayudar a un pobre muchacho enfermo a fin de que consiguiera el dinero necesario para curarse. Ciertamente, Paul. Esta vez me encuentro en un auténtico aprieto y Della Street corre un grave peligro. Esto es lo que sucede por confiar en una vampiresa. Bien. De nada sirve echarse a llorar después que se ha derramado la leche. Cuando la policía me permita hablar con Sally Madison, ya le habrán sacado todos los informes posibles. Presentaré un recurso de *«habeas corpus»*. Esto, no hay que decirlo, les obligará a actuar. Tendrán que formular algún cargo contra ella. Pero cuando lleguen a hacerlo, ya le habrán sacado todo cuanto sepa. Siga trabajando en el asunto, Paul, y si recibe alguna nueva noticia, comuníquesele a Della. Actúe en la presente ocasión como jamás lo ha hecho en su vida. Tenemos que luchar contra el tiempo, y no sólo debemos hacernos con cuantas pruebas podamos, sino también interpretarlas correctamente.

—¿Tiene la pecera rota algún significado para usted?

—Sí. Un significado de gran importancia —contestó Mason.

—¿Cuál?

—Supongamos por un segundo que Sally Madison no es tan tonta como aparenta. Supongamos también que detrás de ese rostro inescrutable se oculta un cerebro lleno de astucia y cálculo que no deja pasar nada por alto.

—No me cuesta mucho imaginarlo —afirmó Drake.

—Y, por último, supongamos que adivinó lo que había sucedido con la bala que Faulkner llevó a su oficina —continuó Mason—. Es muy posible que cuando Faulkner le entregó la llave en el restaurante, al establecer un convenio con ella, y le ordenó que fuera a buscar a Tom Gridley para que tratara a los peces, Sally Madison se dedicase, en cambio, a sacar los peces con el cucharón. En fin, supongamos que Sally vendió la bala al mejor postor.

—Aguarde un instante —exclamó Drake—. Ha cometido usted un error en sus deducciones.

—¿Cuál?

—De acuerdo con las pruebas que se poseen, los peces habían desaparecido ya cuando Sally llegó. Faulkner debió de traicionarla en esta cuestión.

—Muy bien, ¿y qué con eso?

—Que cuando fuera a buscar la bala, descubriría que los pececillos dorados no se encontraban en la pecera.

—No son pececillos dorados —manifestó Mason—, sino una pareja de «Veiltail Moor Telescope».

—Está bien. Para mí son peces dorados.

—No dirá lo mismo cuando los haya visto —afirmó el abogado—. Si Sally buscaba la bala, el que no estuvieran los peces no le impediría llevar a cabo su propósito.

—¿Y luego fue en busca de Tom Gridley y volvió por segunda vez a la oficina?

—Sí.

—No está mal —contestó Drake—. Es una hipótesis. Pero me parece que concede usted a esa muchacha un exceso de sensatez.

Mason guardó silencio.

—Repito que le concede usted un exceso de sensatez —insistió Drake.

—Durante cierto tiempo me he quedado corto en ese sentido. Mis errores tomarán ahora opuesto rumbo. Esa muchacha dista mucho de ser tonta, Paul. Conoce perfectamente la vida y está enamorada de Tom Gridley. Cuando una mujer de su tipo se enamora, suele mezclar en su espíritu los instintos maternos y las llamadas del sexo. Mi opinión es que esa muchacha es capaz de todo. Pero ahora no tengo tiempo de seguir hablando de ella. Me voy a ver a Dixon.

—Tenga mucho cuidado —le previno Drake.

—A partir de ahora tendré mucho cuidado con todos, Paul. Sin embargo, eso no conseguirá que disminuya la marcha. Mi intención es continuar moviéndome hasta que haya resuelto definitivamente este caso.

Mason se dirigió a la residencia de Wilfred Dixon, encontrándose ante una casa con la fachada de estuco y tejado rojo, circundada por un amplio parque y con un garaje con cabida para tres automóviles. Toda la casa producía una impresión de riqueza.

El joven abogado consiguió sin la menor dificultad una entrevista con Wilfred Dixon, que le recibió en un despacho situado en el lado sudeste de la casa. La estancia contaba con algunos cómodos sillones de cuero, persianas venecianas, cuadros al óleo, una enorme mesa de despacho, un bar portátil y un sofá de cuero que invitaba al reposo. Sobre la mesa podían verse tres teléfonos.

En cuanto a Wilfred Dixon, era un individuo de baja estatura, achaparrado, de cabellos completamente blancos, ojos de color gris de acero y un rostro profundamente tostado por el sol desde el cuello hasta la raíz del pelo. Su oscuro cutis indicaba que aquel hombre había pasado mucho tiempo en los campos de golf, con la cabeza descubierta, o que regularmente se sometía a un tratamiento de rayos ultravioleta.

—Tome usted asiento, señor Mason —dijo Dixon tras haber estrechado cordialmente la mano que le tendió el abogado—. He oído hablar mucho de usted, y, desde luego, es un placer para mí conocerle, aunque no acierto a comprender el motivo de su visita. Supongo, sin embargo, que tendrá alguna relación remota con la trágica muerte de Harrington Faulkner.

—Tiene usted razón —contestó Mason, mirando fijamente al dueño de la casa.

Pero Dixon hizo frente a la mirada del abogado sin inmutarse.

—Hace varios años que llevo los asuntos de Genevieve Faulkner. Fue la primera esposa de Faulkner. Pero esto ya lo sabe usted tan bien como yo.

Y Dixon favoreció a Mason con una sonrisa cordial y llena de simpatía.

—¿Conoció usted personalmente a Harrington Faulkner? —preguntó el abogado.

—¡Oh, desde luego! —contestó Dixon como si esto no pudiera admitir la menor duda y fuera del dominio de todos.

—¿Hablaba con él de vez en cuando?

—Sí, pues a Genevieve le resultaba bastante molesto mantener conversaciones de negocios con su antiguo marido. No obstante, la primera señora Faulkner, a quien llamaré Genevieve, estaba muy interesada en los negocios de la firma.

—¿Ganaba dinero la sociedad? —preguntó Mason.

—En circunstancias normales, consideraría ese informe como

perteneciente exclusivamente a los asuntos particulares de Genevieve. Pero como la investigación sobre Faulkner se hará pública, no veo motivo para que se moleste usted en conseguir esa información por otros medios más lentos. El negocio gozaba de una gran prosperidad.

—¿No le parece extraño que un negocio de fincas produzca tantos beneficios en los actuales momentos?

—No. La sociedad no limita sus actividades al asunto de las fincas. Sus negocios tienen muchas ramificaciones. Administran otros valores. Harrington Faulkner era un gran hombre de negocios, se lo aseguro. Ciertamente que no era apreciado por nadie. Yo, personalmente, jamás aprobé sus métodos, que por nada del mundo hubiera empleado yo. Pero como representante de Genevieve no estaba en condiciones de... digamos de criticar a la gallina que ponía los huevos de oro.

—Faulkner poseía un gran talento para ganar dinero, ¿no?

—Sin duda.

—¿Y Carson?

—Carson era su socio —repuso Dixon con voz suave—. Un tercio de las acciones estaba en poder de Faulkner, otro tercio eran de Carson y el resto de Genevieve.

—Con eso no me dice usted nada sobre Carson —afirmó Mason.

Dixon enarcó las cejas simulando una repentina sorpresa.

—¡Vamos! Creía haberle dicho todo lo que se puede decir de Carson.

—No me ha dicho usted una palabra sobre su talento y habilidad para los negocios.

—Señor Mason, yo sólo traté con Faulkner.

—Si Faulkner era, en realidad, el sostén de la firma —dijo Mason—, debía de fastidiarle en extremo tener que hacer casi todo el trabajo, proporcionar casi todo el capital y recibir tan sólo una parte de las ganancias.

—Tanto él como Carson disponían de un salario fijado y aprobado por el tribunal.

—¿Y esos sueldos no podían ser elevados?

—No podían hacerlo sin la autorización de Genevieve.

—¿Y se los aumentaron alguna vez?

—No —se limitó a responder Dixon.

—Pero alguna vez solicitaron el aumento, ¿no? —preguntó Mason.

Los ojos de Dixon brillaron.

—Varias veces —repuso.

—Según mis informes, Faulkner no era muy amigo de su primera esposa, ¿verdad?

—Puede usted creer que jamás la interrogué sobre ese asunto.

—Sospecho que fue Harrington Faulkner quien puso la mayor parte del dinero de la sociedad.

—Eso creo yo también.

—Carson es más joven y Faulkner debía de confiar en que inyectara sangre nueva al negocio, ¿no?

—En lo que a eso respecta, no sabría qué decirle. Sólo representé a Genevieve durante el divorcio y después de la separación.

—¿La conocía usted de antes?

—No. Era amigo del abogado anterior de Genevieve. Soy un hombre de negocios, un consejero comercial, un técnico en inversiones bursátiles, como le parezca, señor Mason. Siempre trato de ser un buen consejero. Pero aún no me ha dicho usted el motivo de su visita.

Mason se apresuró a responder:

—Lo que me interesa especialmente es averiguar cuántas cosas me sean posibles sobre Harrington Faulkner.

—Lo sospechaba. Pero el motivo de su interés no es superficial. No hay duda de que muchas personas quisieran saber algo sobre los asuntos del señor Faulkner. Pero existe una notable diferencia entre la curiosidad ociosa y el interés legítimo.

—Puede tener usted la convicción de que mi interés es por completo legítimo.

—Sí, pero me gustaría saber a qué obedece.

Una sonrisa apareció en los labios de Mason.

—Muy probablemente seré el abogado de una persona que presentará una demanda contra los herederos de Faulkner.

—¿Muy probablemente? —repitió Dixon.

—Aún no he aceptado el caso definitivamente.

—Eso hace que su interés resulte un tanto... ¿cómo llamarlo? nebuloso.

—No me lo parece a mí así —replicó Mason.

—Bueno, bueno, vamos a dejarlo. No me gustaría disentir de la opinión de un abogado tan eminente como usted, señor Mason. Así que podríamos decir que usted tiene su idea y que yo trataré por todos los medios de ser liberal. Estoy completamente dispuesto a dejarme convencer.

—Poseyendo las dos terceras partes de las acciones y el dominio absoluto de la sociedad, sospecho que Faulkner dirigiría el negocio con mano de hierro, ¿no es cierto? —inquirió Mason.

—No existe ninguna ley que prohíba hacer conjeturas, señor Mason, ninguna en absoluto. Hay momentos en que hasta a mí me gusta hacerlas, aunque, naturalmente no me atrevo a llegar a ninguna conclusión basada en una simple hipótesis. Uno prefiere disponer de hechos concretos que justifiquen sus juicios.

—Así es, en efecto —reconoció el abogado—. Y, en consecuencia, se formulan preguntas.

—Y se reciben respuestas —contestó Dixon con acento suave.

—Aunque no siempre se reciben las respuestas concretas que uno desearía —observó Mason sonriendo.

—Tiene usted razón, señor Mason. Eso es algo que he podido comprobar en el curso de mis negocios. Por ejemplo, creo que recordará usted que antes le he preguntado a qué obedecía su interés por la muerte de Harrington Faulkner. Y, según creo recordar, usted me ha contestado que pensaba representar a una persona que tiene intenciones de presentar una demanda judicial contra los herederos del muerto. ¿Puedo preguntarle de qué clase de demanda se trata? Me parece que no me lo ha dicho usted.

—Se trata de una demanda relativa a cierta fórmula destinada a curar una enfermedad que padecen los peces —contestó Mason.

—¡Ah! La fórmula de Tom Gridley, ¿no?

—Al parecer, conoce usted muy bien el asunto, señor Dixon.

—Como representante de un cliente cuyos intereses están centralizados en un solo negocio, mi deber es estar perfectamente enterado de todo lo que se relacione con ese negocio.

—Bien, vayamos al grano —prosiguió Mason—. Faulkner llevaba las riendas de todo hasta que de repente, sin previo aviso, según mis noticias, Genevieve Faulkner inició contra él una demanda de divorcio. Es indudable que le sorprendería haciendo algo feo.

—Las pruebas correspondientes a ese caso fueron presentadas hace ya mucho tiempo, señor Mason, y el fallo del juez también data de tiempo.

—Ese fallo judicial debe de haber sido para Faulkner algo así como un castigo. En vez de continuar dirigiendo la sociedad, se encontró de súbito con que no era más que un accionista de segunda categoría.

—Como las leyes de este Estado —dijo Dixon en tono afectado— establecen que los esposos son socios, si el matrimonio se disuelve, entonces se hace necesario establecer un convenio.

—Sospecho que debió usted de granjearse la enemistad de Faulkner con su constante amenaza de apelar a los tribunales y pedir al juez la reapertura de la causa por alimentos en el caso de que él se negara a acceder a sus deseos —afirmó Mason.

El dueño de la casa enarcó de nuevo las cejas.

—Soy un simple representante de los intereses de Genevieve y, naturalmente, procuro desempeñar mi cargo del mejor modo posible.

—¿Hablaban usted con Faulkner de vez en cuando?

—¡Oh sí!

—¿Y él le confiaba muchos detalles del negocio?

—Desde luego.

—¿Venía a verle por su propia iniciativa y le informaba voluntariamente, o tenía usted que interrogarle?

—Señor Mason, me parece un poco absurdo suponer que un hombre como Faulkner viniera corriendo a verme para informarme de todos los detalles de su negocio.

—Pero usted se interesaba por ellos, ¿no?

—Naturalmente.

—Eso quiere decir que usted le hacía preguntas.

—Sobre las cosas que me importaba saber, desde luego.

—¿Y en eso incluye usted casi todo?

—¡Por Dios, señor Mason! Nada puedo decirle a ese respecto, pues desconozco lo que me ocultaba. Sólo puedo hablarle de las cosas de las cuales estaba enterado.

Dixon sonrió al abogado como queriéndole decir que en lo posible trataría de facilitarle todos los informes que tenía a su alcance.

—¿Puedo preguntarle, señor Dixon, cuál fue la última vez que habló usted con Faulkner? —inquirió Mason.

El rostro de Dixon se tornó inexpresivo de pronto.

—Esta pregunta se la formulará la policía tarde o temprano —añadió Mason.

Dixon juntó las yemas de sus dedos y se estuvo contemplando las uñas durante un momento.

—Sospecho que estuvo usted hablando con él anoche.

Dixon alzó la vista sorprendido.

—¡Cómo, señor Mason! ¿En qué se basa usted para hacer semejante suposición?

—En su vacilación al contestarme.

—Estaba reflexionando.

Mason inició una leve sonrisa.

—El que usted haya vacilado puede deberse, en efecto, a que estaba reflexionando. Pero fue, sin embargo, una vacilación.

—No está mal la consecuencia señor Mason, y puesto que usted lo quiere, admitiré sin titubeos que estaba reflexionando y que, por lo mismo, vacilé antes de contestar. Ahora no sé si responder a su pregunta, o bien reservar mi contestación para cuando me interroge la policía.

—¿Tiene usted algún motivo especial para no contestar a mi pregunta?

—Eso es precisamente lo que estaba analizando.

—¿Tiene algo que ocultar, señor Dixon?

—De ningún modo.

—¿Por qué guardarlo entonces?

—Sus palabras no son adecuadas, señor Mason. No oculto nada. He contestado a todas sus preguntas con entera franqueza.

—¿Cuándo habló usted con Faulkner por última vez?

—Bien, como usted con tanta habilidad ha deducido, la última vez que hablé con él fue ayer.

—¿A qué hora?

—¿Quiere usted saber cuándo hablé con él personalmente?

—Me gustaría saber cuándo habló usted con él personalmente y cuándo habló con él por teléfono.

—¿Por qué supone usted que hubo una conversación telefónica entre nosotros?

—Pues porque usted distingue una conversación cara a cara con Faulkner de otra clase de conversación.

—Mucho me temo que no sea un adversario adecuado para usted, señor Mason. Tengo el presentimiento de que me encuentre entre las manos de un abogado muy astuto e inteligente.

—Todavía sigo esperando su respuesta —afirmó Mason.

—No tiene ningún derecho a formularla.

—Está usted en lo cierto. No tengo ningún derecho.

—¿Y si no quisiera responder? ¿Qué sucedería entonces?

—Pues que telefonaría a mi amigo el teniente Tragg —replicó Mason— para decirle que usted vio a Faulkner el día en que le asesinaron, acaso la misma noche del crimen, y que, al parecer, también habló usted con él por teléfono. A continuación colgaría el teléfono, le estrecharía a usted la mano y le diría que le estaba muy agradecido por su cooperación en el asunto, retirándose inmediatamente.

Por segunda vez juntó Dixon las yemas de sus dedos. Luego movió la cabeza haciendo un signo afirmativo, como si de pronto hubiera llegado a una conclusión. Sin embargo, siguió encerrado en un absoluto mutismo.

Mientras tanto, Mason siguió esperando, hasta que al fin Dixon empezó a hablar de nuevo.

—Su argumento es por demás convincente, Mason. Se lo aseguro. Debe de ser usted un gran jugador de póker. Resultaría muy difícil adivinar las cartas que tuviera usted en la mano cuando colocase las fichas en el centro de la mesa... Sí, resultaría en extremo difícil.

Mason no despegó los labios. Dixon movió la cabeza varias veces y a continuación masculló:

—Ya sé que recibiré la visita de la policía. A decir verdad, varias veces me he preguntado si no debería telefonarles y decirles lo que sé. Usted obtendrá más tarde o más temprano todos los informes que le interesan; de otro modo no le diría nada. Pero aún no me ha dicho usted a qué obedece su interés en este asunto.

Dixon miró a Mason con la expresión de quien espera cortésmente la respuesta a una pregunta rutinaria. Pero el abogado continuó guardando silencio. Dixon entonces frunció el ceño, lanzó una mirada a su mesa de despacho y movió la cabeza en sentido

negativo, como si, después de haber reflexionado sobre el asunto, la negativa de Mason a ser franco le hubiera hecho volver de su decisión anterior.

Mason seguía sin despegar los labios, hasta que de súbito el consejero comercial apoyó ambas manos sobre la mesa de despacho, en la actitud de quien acaba de tomar una decisión definitiva.

—El señor Faulkner conferenció conmigo varias veces durante el día de ayer —dijo.

—¿En persona?

—Sí.

—¿Qué deseaba?

—Eso último sobrepasa el objeto de su primera pregunta, señor Mason.

Mason se apresuró a responder:

—Me interesa más la pregunta en sí que la razón para formularla.

Dixon empezó a dar suaves golpes en la mesa con las palmas de su mano.

—Creo, señor Mason, que eso es preguntar demasiado. Pero al fin y a la postre... El señor Faulkner deseaba comprar la parte de Genevieve en el negocio.

—¿Y ustedes estaban dispuestos a vender?

—A determinado precio, sí.

—¿El precio estaba en discusión?

—Sí.

—¿La diferencia era muy grande?

—Muy grande. Comprenda usted: el señor Faulkner tenía ciertas ideas acerca del valor de las acciones. Voy a serle completamente franco, señor Mason. Primero nos ofreció vendernos sus acciones a determinado precio. Luego debió de decirse que, en el caso de que nosotros nos negásemos a aceptar su oferta, seguramente estaríamos dispuestos a vender nuestras acciones por idéntico precio.

—¿Y no era ése el caso?

—¡Oh, no!

—¿Se me permite preguntar por qué?

—Es muy sencillo. El señor Faulkner llevaba la dirección de la compañía sobre una base por demás conveniente. Percibía un

sueldo que no había sido aumentado en los últimos cinco años, al igual que el del señor Carson. Si Genevieve hubiera comprado las acciones de su antiguo marido, éste habría quedado en libertad para salir al mundo comercial y aprovechar sus extraordinarias dotes para los negocios. Incluso podría haber iniciado un negocio en competencia con el nuestro. Por otra parte, para fijar el precio de venta de las acciones de Genevieve me basé en los ingresos que ella obtenía como interés de esos valores, y al vender éstos era necesario hacerlo por un importe que le proporcionase idénticos beneficios. Desde luego, hoy en día las inversiones no son tan productivas como lo fueron en otro tiempo, ni tampoco son tan seguras. Ésta es la razón de que existiera una gran diferencia entre nuestro precio de venta y el de compra.

—Sospecho que eso sería motivo de cierto rozamiento.

—Rozamiento no, señor Mason. Al menos no lo creo. Simplemente una diferencia de opinión en un asunto de negocios.

—Ustedes tenían la sartén por el mango, ¿no es eso?

—Yo no me atrevería a decir semejante cosa, señor Mason. Estábamos dispuestos a dejar que las cosas siguieran como estaban.

—Pero a Faulkner debía de resultarle muy cuesta arriba tener que trabajar por un sueldo inadecuado...

—¡Vamos, vamos, señor Mason! Su sueldo no era inadecuado. Era el mismo que percibía cuando poseía los dos tercios de las acciones de la sociedad.

Los ojos de Mason dejaron escapar unos vivos reflejos.

—Un sueldo que él mismo fijó con el fin de que Carson no pudiera pedir aumento del suyo.

—En realidad, ignoro la idea que impulsó a Faulkner al fijarlo, únicamente sé que en el convenio establecido entre las partes interesadas una vez que el juez dictó la sentencia de divorcio, se acordó que los sueldos no podían ser elevados sin el consentimiento de Genevieve, a menos que se solicitase la reapertura del juicio de divorcio.

—Sospecho que habían colocado ustedes a Harrington Faulkner en una situación muy desagradable para él —afirmó Mason.

—Como le he dicho varias veces, señor Mason, no soy adivino, y me es imposible hacer conjeturas sobre las ideas del señor Faulkner.

—Usted le vio ayer varias veces, ¿no?

—Sí.

—¿Quiere usted decir que la situación se acercaba a una crisis?

—Al parecer, el señor Faulkner estaba dispuesto a hacer algo para modificarla.

—En efecto, si Faulkner hubiese adquirido las acciones de Genevieve, una vez más hubiera sido dueño de las dos terceras partes del capital de la sociedad. En tal caso hubiera estado en condiciones de librarse de su socio, y el despido de éste habría sido una respuesta adecuada a su demanda judicial.

—Es indudable que como abogado alcanza usted a ver posibilidades que yo como profano no consigo ni imaginar. Mi único interés en el asunto era obtener el mejor precio para mi cliente, en el caso de que llegara a realizarse la transacción.

—¿No estaban ustedes interesados en adquirir las acciones de Faulkner?

—Prácticamente no.

—¿A ningún precio?

—Bueno, tanto como eso...

—Resumiendo: gracias a la pelea entre Faulkner y Carson, a las demandas de este último y a la situación en que se encontraba su cliente, estaba usted en situación de obligar a Faulkner a comprar al precio que usted quisiera fijarle, ¿no es así?

Por toda respuesta, Dixon guardó silencio.

—Fue algo así como un asalto legalizado —murmuró Mason como si pensara en voz alta.

Al oír estas palabras, Dixon se irguió en su silla como si Mason le hubiera asestado un golpe.

—¡Por Dios, señor Mason! Yo me limité a defender los intereses de mi cliente. No existía el menor afecto entre ella y Faulkner. Se lo digo para demostrarle que estaba de más mezclar el sentimiento con el negocio.

—Perfectamente. Usted vio a Faulkner en varias ocasiones durante el día de ayer. ¿Cuándo habló con él por última vez?

—Hablé por teléfono.

—¿A qué hora?

—Aproximadamente... entre las ocho y las ocho y cuarto. Me es imposible fijar la hora con más exactitud.

—¿Entre las ocho y las ocho y cuarto? —repitió Mason con gran

interés.

—Sí.

—¿Qué le dijo usted?

—Sencillamente, que en caso de que se llevara a cabo la venta, queríamos ultimar el asunto cuanto antes: es decir, que si no aceptaba la operación antes de medianoche, consideraríamos que no valía la pena continuar perdiendo el tiempo en discusiones.

—¿Y qué le contestó Faulkner?

—Que vendría a verme entre las diez y las once. Según él, tenía que asistir a un banquete organizado por un grupo de aficionados a la piscicultura: más tarde tenía una cita. Me dijo que cuando me visitara estaría en condiciones de hacernos una proposición definitiva, y que si no aceptábamos la proposición que pensaba hacernos, consideraría el asunto como terminado.

—¿No le dijo nada que le diera a entender a usted que había alguien con él mientras hablaba?

—No, señor Mason. No dijo nada que pudiera...

—¿Es posible que sostuvieran la conversación a las ocho y cuarto?

—Sí.

—¿También es posible que fuera a las ocho?

—Sí.

—¿Y antes de las ocho?

—No, ya que recuerdo perfectamente que miré mi reloj a las ocho en punto. Entonces me pregunté si tendría alguna otra noticia del señor Faulkner aquella noche.

—¿Y no cree usted que pudiera haber sido más tarde de las ocho y cuarto?

—Señor Mason, a las ocho y cuarto sintonicé un programa de radio que me interesaba, de modo que estoy seguro de que no pudo ser más tarde de esa hora.

—¿Tampoco duda de que fue Harrington Faulkner quien habló con usted?

—En absoluto.

—¿Faulkner no acudió a la cita que tenía con usted?

—No.

—¿Le preocupó esto?

—Bien, señor Mason —murmuró Dixon pasándose sus

regordetas manos por los blancos cabellos— no veo motivo para no ser completamente franco con usted. Puedo afirmarle que me sentí... decepcionado.

—Pero usted no volvió a llamar al señor Faulkner, ¿verdad?

—No. En modo alguno quería demostrar la menor ansiedad por ver concluido el asunto. La propuesta hecha a Faulkner hubiera sido muy conveniente para nosotros, de haberse llevado a buen fin.

—¿Podría recordar usted con exactitud lo que Faulkner le dijo por teléfono?

—Sí. Me dijo que se proponía asistir a una reunión de importancia, que se estaba vistiendo para salir y que prefería asistir a esa reunión y terminar hoy su trato con nosotros.

—¿Qué le contestó usted?

—Que el plan no agradaría a mi cliente, pues hoy era sábado. Entonces me prometió presentarse anoche entre diez y once.

—¿Podría usted decirme la cantidad de la transacción?

—Creo que ese detalle no tiene nada que ver con el asunto que estamos ventilando ahora, señor Mason.

—Bien. Entonces, ¿podría usted decirme el precio a que el señor Faulkner estaba dispuesto a vender sus acciones?

—Señor Mason, estoy más que convencido de que eso tampoco tiene nada que ver con el asunto.

—¿Qué diferencia mediaba entre las dos cifras?

—Una cantidad bastante apreciable.

—¿Cuándo estuvo aquí Faulkner por última vez?

—La última vez fue a eso de las tres de la tarde. Permaneció tan sólo unos minutos.

—¿Ya le había hecho usted su proposición?

—Sí.

—¿Y él le había hecho la suya?

—Sí.

—¿Duró mucho tiempo la entrevista?

—No pasaría de cinco minutos.

—¿Vio Faulkner a su esposa... me refiero a su primera esposa?

—Durante la entrevista de que hablamos, no.

—En el día de ayer, ¿le vio en el curso de otra entrevista?

—Creo que sí... El encuentro fue puramente casual. El señor Faulkner debió de presentarse a eso de las once de la mañana, y

tengo entendido que se encontró con Genevieve en el pórtico.

—¿Estuvieron conversando durante mucho tiempo?

—Ésa es mi impresión.

—¿Se me permite preguntar de qué hablaron?

—Señor Mason, creo que esa cuestión sólo concierne a Genevieve y a su marido.

—¿Podría yo entrevistarme con Genevieve y hacerle algunas preguntas?

—Para una persona cuyo interés por la herencia de Faulkner es tan nebuloso como el suyo, me parece que intenta usted ocupar demasiado terreno, señor Mason.

—Deseo ver a Genevieve Faulkner —insistió Mason.

—¿Es que representa usted a alguien que haya sido acusado del asesinato del señor Faulkner?

—Que yo sepa, aún no se ha acusado a nadie del asesinato del señor Faulkner.

—Sin embargo, estoy seguro de que admite usted la probabilidad de que alguien pueda ser acusado de ese asesinato, ¿no estoy en lo cierto?

—Sin duda.

—¿Y de que ese alguien podría llegar a ser, o lo es ya, un cliente suyo?

—Tiene usted razón. Es muy posible que sienta la tentación de representar a la persona a quien se acuse del asesinato —repuso Mason acompañando sus palabras con una sonrisa.

—Tengo la impresión de que eso no sería de mi agrado —replicó Dixon con acento firme.

El silencio que guardó Mason fue por demás significativo.

—Los asuntos que uno discutiría sin la menor vacilación con un abogado que tuviera el propósito de representar únicamente a un demandante contra los herederos de Faulkner, no pueden ser los mismos que los que comentaría con un abogado que se propusiera defender a la persona acusada del asesinato de Faulkner —afirmó Dixon.

—¿Y si esa persona fuera acusada injustamente? —inquirió Mason.

—Ésa es una cuestión que debería aclarar y resolver el jurado —repuso Dixon con gran dignidad.

—Entonces dejémoslo en manos del jurado —murmuró Mason sonriendo—. De todos modos, insisto en que me gustaría conversar con Genevieve Faulkner.

—Temo que eso sea imposible.

—Supongo que esa señora no tendrá el menor interés en la herencia, ¿verdad?

Dixon se apresuró a bajar la vista.

—¿Por qué me hace usted esa pregunta, señor Mason?

—¿Es tal y como yo digo?

—Bien, yo diría que no tiene interés alguno, a menos que el testamento se lo brindara... cosa que parece muy improbable. Genevieve Faulkner no siente el menor interés por la herencia de su antiguo esposo. En otras palabras, no tiene el menor motivo para haber cometido el asesinato.

Mason sonrió irónicamente y repuso:

—No fue eso lo que yo le pregunté, señor Dixon.

Dixon contestó a la sonrisa del abogado con otra.

—Sin embargo, eso es lo que yo le he contestado.

De súbito se oyeron unos golpeitos dados con los nudillos en la puerta, y un segundo más tarde, sin esperar el permiso de nadie, apareció en la estancia una mujer que andaba con la seguridad y el aplomo de una persona que tuviera perfecto derecho a moverse libremente por aquella casa.

Al verla, una expresión de disgusto se reflejó en el rostro de Dixon.

—Hoy no tengo nada que dictarle, señorita Smith —se apresuró a decir el hombre de negocios.

Mason volvió la cabeza para mirar a la mujer que acababa de entrar en la habitación. Era esbelta y en extremo atractiva. Debía de encontrarse en ese período indefinido que va de los cuarenta y cinco a los cincuenta y cinco. Mason sorprendió en su rostro una breve expresión de asombro.

El abogado se apresuró a ponerse en pie.

—¿No quiere usted tomar asiento, señora Faulkner? —preguntó.

—No, muchas gracias. Yo... yo...

Mason miró a Dixon.

—Espero que me perdonará usted por haber llegado a una conclusión tan obvia.

Dixon reconoció, aunque visiblemente contrariado, que en lo del apellido «Smith» no había tenido mucho acierto.

—Mi querida Genevieve, tengo el gusto de presentarle a Perry Mason, un abogado muy hábil y astuto, que ha venido a pedirme informes sobre Harrington Faulkner. Me preguntó si sería posible verla a usted, y yo le he contestado que no veía motivos para concederle una entrevista.

Mason se apresuró a intervenir.

—Si la señora tiene algo que ocultar, estoy seguro, Dixon, de que más tarde o más temprano saldrá a relucir...

—Puedo asegurarle que nada tiene que ocultar, señor Mason.

—¿Se interesa usted por los pececillos dorados? —preguntó Mason a Genevieve Faulkner.

—No, no siente el menor interés por los peces —replicó Dixon.

La señora Faulkner sonrió a Mason con gran serenidad y dijo:

—Al parecer, el señor Mason es la única persona a quien le interesa la pesca. Por lo tanto, y si me lo permiten ustedes, volveré cuando el señor Dixon esté desocupado.

—Me voy inmediatamente —afirmó Mason poniéndose en pie—. Ignoraba que el señor Faulkner hubiera tenido una esposa tan atractiva.

—También lo ignoraba el señor Faulkner —declaró Dixon con acento seco, manteniéndose muy erguido mientras Mason le hacía un breve y cortés saludo, y salía de la habitación.

XIII

Mason llamó por teléfono a su despacho desde un establecimiento situado a unas diez manzanas de la residencia de Dixon.

—Della —dijo en cuanto estuvo en comunicación con su secretaria—, llame inmediatamente a Paul Drake, y pídale que busque todos los datos referentes al divorcio de Harrington Faulkner. Creo que éste fue decretado hace unos cinco años. No sólo me interesan todos los datos, sino también una copia de las pruebas, en el caso de que sea posible conseguirlas, y al mismo tiempo deseo conocer los motivos o causas del planteamiento del divorcio.

—Está bien, jefe. ¿Algo más?

—Nada más. ¿Hay alguna novedad?

—Me alegro de que haya usted telefoneado —repuso Della—. He presentado el escrito de *«habeas corpus»*, y el juez Downey ha extendido el permiso hasta el próximo martes. Han decretado la prisión de Sally Madison bajo la acusación de asesinato en primer grado.

—Sospecho que la acusarían en cuanto se enteraron de la presentación del escrito de *«habeas corpus»* —manifestó Mason.

—Eso creo.

—Está bien, Della. Ahora voy a la cárcel para solicitar una entrevista con ella.

—¿Como abogado?

—Sí.

—¿Piensa usted dejar constancia de que la representará, sin saber previamente lo que ella tiene que decir?

—Lo que ella tenga que decir no modificará en absoluto las cosas —afirmó Mason—. La representaré porque me veo forzado a hacerlo. No me queda otra alternativa, Della. ¿Qué han hecho con Tom Gridley?

—Se ignora. Aún está oculto en alguna parte. ¿Desea usted que también redacte una solicitud de «*habeas corpus*» para él?

—No —contestó Mason—. A él no necesito representarlo... por lo menos hasta saber lo que Sally Madison tenga que decirme.

—Buena suerte, jefe —dijo al cabo Della Street—. Lamento de veras haberle metido en este lío.

—No es usted la culpable, sino yo.

—Como guste. Pero no se deje impresionar por nada.

—Pierda cuidado, Della.

Y tras colgar el auricular, Mason saltó al coche y se dirigió a la cárcel. El exceso de amabilidad con que fue recibido por los policías y la rapidez con que obtuvo la entrevista en cuanto anunció su intención de defender a Sally Madison, indicaban bien a las claras que las autoridades se sentían muy complacidas del sesgo que iba tomando el asunto.

Mason tomó asiento ante una larga mesa dividida en el centro por una fuerte tela metálica, e instantes después una celadora hacía entrar a Sally Madison por el lado opuesto de la estancia.

—¡Hola, Sally! —dijo Mason a guisa de saludo.

La joven parecía completamente dueña de sí misma cuando tomó asiento al otro lado de la dividida mesa.

—Siento haberle dejado plantado, señor Mason.

—Pues eso es sólo la mitad de lo que debe usted sentir —contestó Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—También debería lamentar haber salido en compañía de Della Street llevando el revólver y el dinero en el bolso.

—Sí, no debí hacerlo.

—¿Dónde la encontró el teniente Tragg?

—Unas cuatro manzanas más allá de donde me separé de ustedes. Tragg me obligó a subir a su coche y estuvo conversando conmigo un rato. Después me dejó al cuidado de dos guardias y se fue a buscar a usted y a la señorita Street.

—¿Ha dicho algo a la policía?

—Sí.

—¿Por qué le hizo?

—Pues porque tenía que decirles la verdad —replicó la joven.

—No tenía usted la menor obligación de decirles nada —afirmó

Mason.

—A mí me pareció que era lo mejor.

—Muy bien —exclamó Mason—. Veamos, ¿cuál es esa verdad?

—Le he ocultado a usted algo, señor Mason.

—¡Dios santo! —exclamó el abogado— Por favor, dígame algo nuevo... Por lo menos, concédame la misma ventaja que concedió a la policía.

—¿No se enojará usted cuando lo sepa?

—Ya estoy enojado, señorita.

—Entonces ¿no... no me ayudará?

—No tengo otro remedio —contestó Mason—. Si la ayuda es porque tengo que ayudar a Della Street. Debo sacar a mi secretaria de este maldito enredo, sea como sea, y para sacarla a ella tengo también que sacarla a usted.

—¿Es que la he puesto en algún aprieto?

—A ella, a mí y a todo el mundo. Vamos, cuéntemelo todo.

Sally Madison bajó los ojos.

—Anoche fui a ver al señor Faulkner.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las ocho.

—¿Y le vio usted?

—Sí.

—¿Qué estaba haciendo cuando usted llegó?

—Estaba afeitándose. Tenía la cara cubierta de jabón y sólo llevaba puesta la camiseta. El agua de la bañera estaba corriendo.

—¿Se encontraba abierta la puerta del cuarto de baño?

—Sí.

—¿Se hallaba en casa su esposa?

—No.

—¿Quién acudió a la puerta cuando usted llamó?

—Nadie. La puerta estaba entreabierta.

—¿La puerta de la calle?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Pues entrar. Una vez en el interior, oí que había alguien en el cuarto de baño y llamé.

—¿Qué hizo entonces Faulkner?

—Salió.

—¿Está usted segura de que el agua de la bañera estaba corriendo?

—Sí.

—¿Era el agua caliente o la fría?

—La... caliente.

—¿Está segura de veras?

—Sí. Recuerdo bien que el espejo se había empañado por efecto del vapor.

—¿Se enfadó Faulkner con usted?

—¿Enfadarse conmigo? ¿Por qué iba a enfadarse?

—Por haber ido a verle.

—Bueno, creo que, en efecto, le sentó mal que fuera a su casa. Pero todo salió a pedir de boca.

—Continúe usted —dijo Mason en tono de disgusto lanzando un suspiro—. Escuchemos el resto.

—El señor Faulkner me dijo que no deseaba tener la menor dificultad conmigo y que le gustaría mucho poder arreglarlo todo de una vez. Estaba convencido de que Tom obraría de acuerdo con mis consejos y afirmó que estaba decidido a llegar a un arreglo.

—¿Qué le contestó usted?

—Pues que si me daba dos mil dólares todo quedaría resuelto. Tom seguiría trabajando para él durante un mes y medio y luego se tomaría unas vacaciones de seis meses, al cabo de las cuales regresaría de nuevo a la tienda de animales domésticos. Añadí también que si en el curso de los seis meses Tom inventaba algo nuevo, él percibiría la mitad de los beneficios que pudiera reportar el invento. Por su parte, el señor Faulkner tendría que poner a la venta los remedios inventados por Tom, repartiéndose las ganancias por partes iguales. Serían una especie de socios.

—¿Qué contestó Faulkner?

—Me entregó los dos mil dólares y yo le devolví el cheque de cinco mil que tenía en mi poder, diciéndole al mismo tiempo que iría a ver a Tom con el fin de comunicarle que todo estaba arreglado.

—¿Sabe usted que Tom fue a verle a las ocho y cuarto?

—No lo creo.

—Pues tengo entendido que existen excelentes pruebas de que estuvo en su casa.

—Bien, sí usted lo dice... No sé nada sobre esa cuestión. Pero estoy más que segura de que Tom no estuvo en su casa, pues no tenía el menor motivo para ir. Habíamos convenido que lo dejaría todo en mis manos.

—Los dos mil dólares que llevaba usted encima, ¿se los dio Faulkner en efectivo?

—Claro.

Mason reflexionó unos instantes y al cabo dijo:

—Bien, ¿y lo del revólver?

—Lamento de veras lo del revólver, señor Mason —murmuró la joven.

—Es para lamentarlo, créame.

—Es de Tom.

—Ya lo sé.

—Ignoro cómo pudo llegar allí —masculló Sally—. Pero cuando entré en la alcoba con la señora Faulkner, deseosa de consolarla, vi el revólver de Tom y... Comprenda, traté de protegerle. Fue mi primera idea, mi primera reacción instintiva. Así que cogí el arma y la guardé en mi bolso. Como sabía que Faulkner se había matado...

—Había sido asesinado —rectificó Mason.

—Como sabía que había sido asesinado —continuó la joven aceptando la corrección sin la menor protesta—, no quise que encontraran allí el revólver de Tom. Estaba segura de que él no tenía nada que ver con el asesinato, pero ignoraba cómo había llegado hasta allí el arma.

—¿Eso es todo lo que tiene usted que decirme? —inquirió Mason.

—Todo; se lo juro, señor Mason.

—¿Y eso es lo que le contó usted a la policía? —preguntó el abogado.

—Sí.

—¿Y qué hizo la policía?

—Me escucharon atentamente.

—¿Le hicieron algunas preguntas?

—Algunas, pero no muchas.

—¿Estaba presente un taquígrafo?

—Sí.

—¿Qué sucedió más tarde?

—Me preguntaron si tendría algún inconveniente en firmar la declaración. Contesté que ninguno, siempre y cuando la redactaran de acuerdo con lo que yo había dicho. Entonces copiaron mi declaración y yo la firmé.

—¿Le anunciaron que no tenía obligación de decir nada?

—¡Oh, sí! Pronunciaron ciertas palabras, diciendo que no tenía obligación de hablar si no deseaba hacerlo.

—¿Y de ese modo está redactada su declaración?

—Sí.

—¡Imbécil! —exclamó Mason en tono de amarga reconvención.

—¿Cómo! ¿Por qué me llama usted eso, señor Mason?

—Su declaración es tan absurda —contestó Mason—, que ni siquiera podría servir como cuento de hadas. Salta a la vista que la inventó usted en un momento de apuro, con el fin de proteger a Tom. Pero la policía fue lo suficientemente lista y no trató de hacérsela cambiar desde el principio. La escribieron a máquina y se la hicieron firmar. Ahora empezarán a hacerla presión para que modifique usted su declaración original y entonces se verá usted metida en un magnífico enredo.

—Pero no tendré por qué modificarla.

—¿Lo cree así?

—Sí.

—¿De dónde salió la cantidad de dos mil dólares que propuso usted a Faulkner como arreglo?

—Me pareció que era un precio razonable.

—¿No lo había mencionado antes?

—No.

—¿Faulkner se estaba afeitando cuando llegó usted a su casa?

—Sí.

—¿Preparándose para tomar un baño?

—Sí.

—¿Se encontraba dentro del cuarto de baño?

—Sí.

—¿Y salió del cuarto de baño cuando entró usted en el dormitorio?

—Sí.

—Tenga usted ahora cuidado con lo que dice —advirtió Mason a la joven—. ¿Salió del cuarto de baño, o la recibió en él?

—Se quedó en el umbral.

—¿Y le entregó los dos mil dólares en efectivo?

—Sí.

—¿Usted le pidió dos mil dólares?

—Sí.

—¿Y Faulkner tenía encima esa cantidad?

—Sí.

—¿Los dos mil dólares exactos?

—Pues... Lo ignoro. Tal vez tuviera más, pero a mí me dio los dos mil.

—¿En dinero contante y sonante?

—Desde luego. Era el dinero que llevaba en mi bolso.

—¿Y usted encontró el revólver de Tom Gridley en casa de Faulkner?

—Sí. Y si quiere usted saber más, le diré que fue el mismo Faulkner el que lo llevó a su casa. Tom lo tenía guardado en la tienda, y anoche, a eso de las siete y media, el señor Faulkner estuvo en ella y empezó a registrarlo todo mientras hacía inventario. Fue él quien se apoderó del arma. El señor Rawlins puede atestiguarlo. Vio cuando Faulkner lo cogía.

—¿Y así se lo dijo usted a la policía?

—Sí.

—¿Consta eso en su declaración escrita?

—Sí.

Mason tornó a exhalar un suspiro.

—Contemplemos ahora el asunto desde otro punto de vista, Sally. Cuando yo le dejé a usted en manos del sargento Dorset, éste dijo que pensaba ir con usted a casa de James Staunton.

—Eso es.

—¿Y lo hizo como lo dijo?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo permanecieron en casa de Staunton?

—No sé. Un rato.

—¿Staunton continuó sosteniendo que Faulkner le había llevado los peces?

—Sí, y presentó un papel firmado por el señor Faulkner en que éste le autorizaba a guardar los peces.

—¿Qué sucedió a continuación?

—El sargento Dorset regresó a casa de Faulkner y me llevó con él.

—¿Y más tarde?

—Una hora después, poco más o menos, me dijo que podía retirarme.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Uno de los policías, me parece que un fotógrafo, dijo que tenía que ir a la Jefatura de Policía para revelar algunas placas, y me invitó a ir con él en su coche.

—¿Y usted aceptó el ofrecimiento?

—Sí.

—Y más tarde, ¿qué?

—Más tarde llamé a Della Street por teléfono.

—¿Dónde encontró usted el teléfono?

—En un restaurante nocturno.

—¿Cerca del lugar donde la dejó el fotógrafo de la policía?

—Sí. Una manzana más lejos.

—¿Qué más sigue, Sally?

—Tomé una taza de café y unos huevos revueltos.

—¿Recuerda dónde estaba el restaurante?

—¡Oh, claro! Y creo que el camarero me recordará. Era un individuo de cabello muy oscuro, que caminaba cojeando ligeramente. Seguramente se fracturaría una pierna y le quedó más corta que la otra.

—Eso que acaba usted de decir tiene visos de verdad —dijo Mason—. Regresó usted a casa de Faulkner en compañía de Dorset. Éste la retuvo un tiempo hasta que decidió que ya no la necesitaba. Luego el fotógrafo la trajo al centro. ¿Habló usted con ese individuo durante el trayecto?

—Sí, claro.

—¿Le dijo que sabía lo del asesinato?

—No, no tocamos ese tema.

—¿De qué hablaron entonces?

—De mí.

—¿Es que se dedicó a hacerle el amor?

—Quería saber mi número de teléfono. No parecía interesarle el asesinato. Me hubiera acompañado al restaurante de no tener tanta prisa. Al menos eso fue lo que dijo. Incluso me preguntó si no

podría esperarle una hora, mientras revelaba las fotografías.

—Todo eso me parece muy natural —manifestó Mason—. Ahora sí que dice usted algo que suena a verdad. ¿Cuánto tiempo permaneció usted en el restaurante?

—Un cuarto de hora, más o menos. Llamé a la señorita Street tan pronto como entré en el local. Su secretaria me contestó que volviera a llamarla pasados quince minutos, lo que hice, y ella entonces me dijo que fuera al Hotel Kellinger.

—¿Qué hizo a continuación?

—Tomé un taxi y me dirigí al Hotel Kellinger.

—¿Eso es lo que dijo a la policía?

—Sí, todo eso.

—¿Y consta así en la declaración que usted firmó?

—Sí.

—¿Había otros clientes en el restaurante mientras usted permaneció en él?

—No. Es un local muy pequeño, en el que sólo hay un camarero que cocina y sirve la comida en el mostrador.

—¿Y vio usted al camarero?

—¡Oh, sí!

—¿Y él la vio bien a usted?

—Sí.

—¿Llamó usted a Della Street por dos veces desde el restaurante?

—Sí.

—Conforme —masculló Mason—. Ahora otra pregunta: ¿llamó usted a alguna otra parte?

Sally Madison vaciló un instante.

—¿Llamó a alguien más por teléfono?

—No.

—Eso no me parece poco convincente —repuso Mason.

La joven guardó silencio.

—¿Tomó usted allí mismo el taxi? —preguntó a continuación el abogado.

—Cerca de allí.

—¿Se dirigió al hotel?

—Sí.

Mason movió la cabeza con expresión de duda.

—Por su descripción del lugar donde se encontraba, el viaje en coche hasta el Hotel Kellinger no pudo durar más de dos o tres minutos, dada la hora que era de la noche, y el taxi debió de costarle mucho menos de un dólar.

—Bien, ¿y qué?

—Della Street llegó antes que usted —contestó Mason—, y mi secretaria se encontraba mucho más lejos del hotel.

—Es que... tardé algún tiempo en encontrar un taxi.

—¿No lo llamó desde el restaurante?

—No. Preferí ir a la parada de taxis. El camarero me dijo que había una cerca.

—Una vez en el Hotel Kellinger, Della. Street permaneció esperándola a usted, sentada en el vestíbulo. Ella, le vio a usted llegar en el taxi y pagar al chófer. Usted no abrió el bolso para sacar el dinero. Llevaba un billete preparado en la mano.

—En efecto.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque llevaba el revólver y el fajo de billetes en el bolso, y temía que el chófer pudiera verlos si abría el bolso delante de él... Acaso se hubiera imaginado que era una ladrona, señor Mason... Ya sabe usted cómo son esas cosas.

—Pues no, no lo sé. ¿Cómo son?

—No deseaba que nadie viera lo que guardaba en el bolso, así que saqué el billete antes de que llegáramos al hotel.

—¿De cuánto era el billete? ¿De un dólar? —inquirió Mason.

Sally pareció a punto de decir algo, pero en vez de hablar, optó por hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.

Ante el silencio de la joven, Mason dijo:

—Della Street me dijo que el chófer miró el billete con cierta extrañeza, dirigió a usted algunas palabras y echándose a reír, se guardó el billete en el bolsillo. No creo que hubiera procedido de ese modo si se hubiese tratado de un billete de un dólar.

—¿Y de cuánto cree usted que era?

—De dos —repuso Mason sin la menor vacilación.

—Pues era de uno —insistió Sally.

—¿Hizo usted alguna declaración a la policía sobre ese asunto?

—No.

—¿Le hicieron alguna pregunta al respecto?

—No.

—Sigo creyendo que se trataba de un billete de dos dólares —repitió Mason—. Estoy convencido de que el taxímetro no marcaba los cincuenta o sesenta centavos que hubiera tenido que marcar de haber ido tan sólo desde el restaurante próximo a la Jefatura de Policía hasta el Hotel Kellinger. Soy de opinión que el taxímetro señalaba un dólar y ochenta centavos, y esto significa que hizo usted otro viaje. Ahora me permitirá hacer una conjetura sobre el lugar adonde fue usted.

Sally Madison miró al abogado con expresión desafiante.

—Estuvo usted en la casa de huéspedes o en el piso de Tom Gridley, o dondequiera que viva ese muchacho —afirmó Mason.

Sally bajó la cabeza.

—¿No lo comprende usted? —continuó pacientemente Mason—. La noticia seguirá todos los pasos que dio usted. Localizarán al chófer que la condujo al Hotel Kellinger, averiguarán todo cuanto hizo usted anoche. El chófer recordará perfectamente ese viaje, sobre todo si le dio usted un billete de dos dólares y él hizo algún comentario a propósito de que esos billetes suelen traer mala suerte.

Sally se mordió los labios.

—Ya ve usted que le conviene sincerarse conmigo —dijo Mason con severidad.

—Muy bien —repuso Sally—. Estuve, como usted dice, en casa de Tom.

—En busca del revólver —añadió Mason.

—No, señor Mason. Le juro a usted que no fui a eso. El revólver lo llevé todo el tiempo en mi bolso. Lo encontré donde le he dicho a usted.

—¿Y el sargento Dorset la condujo de una parte a otra mientras usted guardaba el arma en su bolso?

—Sí.

—¿Por qué fue a casa de Tom?

—Porque sabía que el revólver era suyo. Escuche usted, señor Mason. Anoche, cuando fui a la tienda de animales, llegué un poco después de haberse marchado el señor Faulkner, encontrando al señor Rawlins muy indignado. Me dijo que había perdido los estribos y le había dicho cuatro verdades al señor Faulkner. Añadió que el viejo se había llevado algunas cosas pertenecientes a Tom,

aunque se negó a decirme de qué se trataba, pues temía que yo pudiera hacer una barbaridad. Sólo me prometió que me lo diría hoy, y su opinión era que Tom no debía enterarse de nada, ya que estaba bajo los efectos de uno de sus periódicos ataques de fiebre. Como le digo, ignoraba qué cosas podía haberse llevado el señor Faulkner. Poco después supe por la policía que se trataba del revólver de Tom y de la lata con el medicamento que había preparado y dejado en un cajón. Si yo hubiese sabido que el señor Faulkner se había llevado el arma, no me hubiera asustado tanto cuando la vi sobre la cómoda del dormitorio. Al verla comprendí instantáneamente que pertenecía a Tom. Había grabado sus iniciales en el cañón mediante un ácido. Yo solía cogerla a menudo y aprendí a tirar muy bien. Al verla sobre la cómoda y suponer que se trataba del revólver de Tom, me aterroricé. En aquel instante no se me ocurrió otra idea que esconderla en mi bolso aprovechando que usted se encontraba en el cuarto de baño examinando el cadáver. Después, tan pronto como perdí de vista a la policía, entré en el restaurante de que le he hablado y llamé por teléfono a Tom. Lo hice inmediatamente después de haber hablado con la señorita Street. Le dije que tenía que verle en seguida, y que dejara abierta la puerta de su cuarto para que yo pudiera entrar.

—¿Qué hizo usted luego? —preguntó Mason.

—Pedí un taxi desde el mismo restaurante, fui a ver a Tom y le conté lo ocurrido. Mi novio se mostró completamente asombrado. Entonces le enseñé el arma y le pregunté si había tenido alguna dificultad con Faulkner, y él... me contó la verdad.

—¿Qué verdad?

—Me aseguró que guardaba el revólver en la tienda desde hace seis meses. Rawlins le había dicho que, como consecuencia de algunos atracos habidos en la vecindad, deseaba tener un arma en la tienda, aunque no lograba conseguir ninguna. Tom le contestó que él tenía un revólver, y entonces Rawlins le suplicó que lo llevara a la tienda. Luego, ayer mismo por la tarde, cuando Faulkner fue a hacer el inventario de las existencias, se apoderó de la lata con el remedio para los peces que Tom acababa de preparar, y entonces debió de ver el revólver, decidiendo llevárselo a su casa. Esto fue exactamente lo que ocurrió. Rawlins lo declaró así y la policía ha sido justa conmigo. Me lo comunicaron antes de que yo

empezara a prestar declaración.

El abogado contempló a Sally con expresión pensativa, hasta que al cabo dijo:

—Cuando Tom supo que Faulkner había estado en la tienda y se llevó el remedio con el fin de hacerlo analizar, montó en cólera. Luego se dirigió a casa de Faulkner para llegar a un acuerdo con él, y el viejo le entregó un cheque de mil dólares...

—Está usted en un error, señor Mason. Tom no fue a casa de Faulkner ni se enteró de que éste se había llevado el remedio. Yo no lo supe hasta que me lo dijo la policía. Puede usted comprobarlo preguntándoselo a Rawlins.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—Completamente segura.

—Pues no se ajusta a los hechos —replicó Mason haciendo un movimiento negativo con la cabeza—. Faulkner estaba extendiendo un cheque de mil dólares para Tom Gridley cuando le mataron.

—Sí, eso es lo que afirma la policía. Pero yo puedo asegurarle que Tom no fue a casa de Faulkner.

Mason reflexionó durante un segundo.

—Si es cierto que Faulkner encontró el revólver en la tienda y se lo llevó, ¿por qué no han aparecido en él sus huellas digitales?

—No sé qué contestar a eso, señor Mason —repuso la joven—. Pero sí sé que el señor Faulkner se lo llevó de la tienda. No creo que haya la menor duda sobre esta cuestión. Incluso los policías lo afirman así.

Mason entornó los párpados.

—Cuando usted vio el revólver en casa de Faulkner, se sintió dominada por el pánico —exclamó Mason—. Creyó que Tom había ido a pedir cuentas a Faulkner, perdió la cabeza y le mató, ¿no es así?

—No del todo, señor Mason. Pensé que no era muy conveniente que encontraran allí el revólver de Tom. Estaba muy turbada y al verlo... no pensé en lo que hacía.

—Al contrario, Sally —contestó Mason—. Lo pensó usted muy bien. Cogió usted el revólver y borró todas las huellas que pudiera tener. ¿No fue así, joven?

—Le juro que no, señor Mason. No hice otra cosa que cogerlo y esconderlo en mi bolso. No pensé en huellas digitales ni en nada.

Sólo me interesaba sacarlo de allí cuanto antes.

—Muy bien —dijo Mason en tono de condescendencia—. Volvamos de nuevo a lo de los dos mil dólares. Faulkner los tenía en el bolsillo de sus pantalones, ¿no?

Sally titubeó un instante antes de contestar.

—Sí.

—¿Los dos mil dólares justos?

—Sí.

—¿En el bolsillo de los pantalones?

—Sí.

—¿A qué hora llegó usted a la casa?

—Pues alrededor de... Entre las ocho y las ocho y media. No lo sé con exactitud.

—¿Encontró usted la puerta abierta y entró?

—Sí.

—Trata usted de proteger a Tom, pero su plan no le dará resultado —afirmó Mason.

—Le he dicho toda la verdad, señor Mason...

—Escúcheme usted, por favor. Su relato no es aceptable en ninguna de sus partes. Tiene usted que hacer frente a la realidad. Y no sólo se lo digo por su bien, sino por el de Tom. Si no hace punto por punto lo que yo le digo, su novio se verá en un terrible aprieto. Le tendrán detenido durante varios meses. Incluso es muy posible que le procesen por asesinato y acaben por condenarle. Pero aunque solamente permanezca encerrado una temporada, ya puede usted imaginarse las consecuencias que tendrá para su salud.

Sally asintió.

—Para evitarlo —continuó Mason hablando con un susurro de voz—, tiene usted que hacer una cosa: decirme la verdad.

—Ya se la he dicho —contestó la joven mirando al abogado fijamente.

Mason permaneció inmóvil un segundo. Su rostro era una máscara sin expresión, mientras tamboreaba nerviosamente sobre la mesa. Desde el otro lado del enrejado, Sally le observaba con gesto pensativo.

De súbito Mason se puso en pie.

—Quédese usted ahí, no se mueva —dijo, y haciendo un signo a la celadora, añadió—: Quiero hablar por teléfono. Vuelvo en

seguida.

Y acompañando la acción a la palabra, se dirigió al teléfono situado en un rincón de la sala y marcó el número del despacho de Paul Drake. Unos segundos más tarde conseguía ponerse en comunicación con el detective particular.

—Soy Perry Mason —dijo el abogado—. ¿Tiene usted alguna noticia sobre Staunton?

—¿Dónde se encuentra usted, Perry?

—En la sala de visitas de la cárcel.

—¡Caramba! Sí, hay noticias. Hace escasos minutos que llamé a Della. Pero no sabía cómo ponerse en comunicación con usted. La policía ha conseguido que Staunton prestara declaración; luego le pusieron en libertad. Staunton no quiere decir nada de lo que contó a las autoridades, pero uno de mis hombres consiguió acorralarle, dirigiéndole la pregunta que usted me indicó y logrando de él una respuesta.

—¿Y cuál ha sido?

—Staunton afirma que el miércoles por la noche, después que Faulkner le llevó los peces y él hubo telefonado a la tienda de animales domésticos, transcurrió bastante tiempo antes que le llevaran el tratamiento.

—¿No fueron en seguida?

—No. Staunton asegura que se presentaron bastante tarde. No puede precisar la hora exacta, pero desde luego era tarde.

Mason lanzó un suspiro de alivio.

—Por fin hemos conseguido averiguar algo —exclamó—. Quédese en el mismo sitio, Paul.

Colgó el aparato y volvió a la mesa. Al enfrentarse de nuevo con Sally Madison, sus ojos brillaban de excitación. En voz baja, dijo:

—Bien, Sally. Ahora vamos a hablar con toda claridad.

La joven clavó sus ojos en el abogado con estudiada expresión de inocencia.

—¡Señor Mason, le he dicho toda la verdad! —dijo.

—Tenemos que volver a hablar del miércoles por la noche, Sally, de cuando yo la conocí en el restaurante. ¿Se acuerda?

Sally hizo un ademán de asentimiento.

—Había usted llegado a un acuerdo con Harrington Faulkner. A fuerza de apretarle las clavijas, usted logró lo que deseaba. Los

peces estaban muriéndose y él se sentía dispuesto a pagar una buena suma con tal de salvar sus vidas. Faulkner sabía, además, que el tratamiento descubierto por Tom daba excelentes resultados y estaba decidido a pagar lo que fuera por la fórmula.

Sally repitió su ademán de asentimiento. Mason continuó:

—Faulkner le dio a usted un cheque y una llave de la oficina, y le ordenó que fuera inmediatamente a aplicar el tratamiento a los peces, ¿no es así?

—Sí —contestó Sally.

—Y... ¿adónde se dirigió usted?

—Directamente a la tienda para buscar a Tom, a quien encontré preparando un tratamiento para otros peces que el señor Rawlins intentaba curar. Rawlins preparaba un depósito especial y quería que Tom dejara a punto algunos tableros.

—El depósito que preparaba el señor Rawlins, ¿es el mismo que fue llevado a casa de Staunton?

—El mismo.

—Escuche, Sally —dijo Mason—, usted no creyó nunca que nadie se molestaría en averiguar la hora en que fueron a casa de Staunton. Además, está usted mintiendo. Tom no preparó el depósito para los peces de Staunton hasta después de haber ido a casa de Faulkner. Claro que tenían ustedes intención de volver inmediatamente a la tienda a preparar ese otro depósito, pero el hecho de que los peces de Faulkner hubieran desaparecido y lo de que Faulkner llamara a la policía les hizo perder tiempo. Hasta muy tarde no pudieron regresar. Por lo tanto, Rawlins no entregó el depósito a Staunton hasta bastante tarde. Staunton lo ha afirmado así.

—Pues se equivoca.

—¡Nada de eso! —exclamó Mason—. La oportunidad que usted andaba buscando se la proporcionó Faulkner cuando le entregó la llave de su oficina. Se presentó usted allí provista de un cucharón a cuyo mango había tenido el buen cuidado de adosar un palo de escoba. Con tal aparato dragó el fondo de la pecera. Luego al avisarle Tom de que alguien se acercaba, huyeron apresuradamente, subieron al coche de Tom y dieron una vuelta a la manzana, presentándose de nuevo ante la puerta como si en aquel momento acabaran de llegar procedentes de la tienda.

La joven negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Perfectamente —dijo Mason—. Si usted sigue obstinada en mentir, sepa que con ello envía a Tom a la muerte. ¿Se aferra usted a su primera declaración?

Sally Madison hizo una señal afirmativa. Mason se apartó de ella.

—Está bien —exclamó el abogado—. Recuerde que usted será la responsable de la muerte de Tom.

La joven, antes de llamarle, dejó que Mason se alejara dos pasos de ella.

—Está usted en lo cierto, señor Mason... Todo lo que ha dicho usted es verdad.

—Eso ya está mejor —repuso Mason—. ¿Qué le parecería si me contara toda la verdad de una vez? ¿Cómo sabía usted que la bala se encontraba en el depósito?

—¿Y usted cómo sabía que se trataba de una bala?

—Eso no hace ahora al caso —respondió el abogado—. Es usted la que tiene que responder. ¿Cómo sabía que la bala estaba en el depósito?

—Me lo dijo la señora Faulkner.

—¡Oh! —exclamó Mason—. Ahora creo que nos entenderemos. Continúe.

—La señora Faulkner me dijo que en el fondo de la pecera encontraría seguramente una bala del calibre treinta y ocho; también creía que iban a llamar a Tom para que curara a los peces; deseaba recobrar la bala y quería asegurarme de que le sería posible demostrar de dónde procedía. Insistió al mismo tiempo en que debíamos combinarlo todo de forma que Tom y yo estuviésemos allí al ser extraída la bala. Esto es todo, señor Mason. Una vez que me hubo entregado la llave el señor Faulkner, corrí en busca de Tom, y los dos nos encaminamos a la oficina con la idea de recuperar la bala primero y volver de nuevo cuando estuviera el señor Faulkner, a fin de tratar a los peces. Pero cuando entramos en el despacho y vimos que no estaban los peces, nos quedamos sin saber qué hacer. Al fin nos decidimos a actuar. Saqué la bala con el cucharón, pero en aquel instante oímos el ruido de un coche que se acercaba.

—¿No dejó usted a Tom en el coche para que vigilara?

—No. Como le he dicho antes, los dos teníamos que estar

presentes. Era lo convenido con la señora Faulkner. Pero creíamos disponer de mucho tiempo. La casa de al lado estaba a oscuras, además, tenía el convencimiento de que el señor Faulkner se quedaría un tiempo en el café... Pero al oír que se aproximaba un coche, los dos nos asustamos y echamos a correr, no atreviéndonos a llevarnos el cucharón.

—¿Qué hicieron ustedes después?

—Dimos la vuelta a la esquina y esperamos hasta que los vimos llegar a ustedes. Luego regresamos como si no supiéramos nada, como si acabásemos de llegar de la tienda.

—¿Qué hizo usted con la bala?

—Se la entregué a la señora Faulkner.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Por qué no se la entregó usted antes?

—La llamé por teléfono y le dije que ya la tenía. Pero ella me contestó que la guardara hasta que me entregase el dinero, si bien era necesario esperar a que hubiese pasado el peligro.

—¿Y anoche se la entregó al fin?

—Sí.

—¿Tom la acompañó?

—No, fui yo sola.

—¿La bala tenía alguna señal que sirviera para identificarla?

—Sí. Tom llevaba un buril y los dos grabamos nuestras iniciales en la base de la bala. La propia señora Faulkner insistió en que lo hiciéramos, pero nos advirtió que no debíamos hacer ninguna señal en los lados, pues deseaba poder demostrar con qué arma había sido disparada.

—¿Cuánto le pagaron por ese trabajo?

—La señora Faulkner dijo que si un negocio que tenía entre manos le salía bien, nos daría quinientos dólares, y si cuajaba otro, entonces nos entregaría dos mil.

—¿Y anoche le llevó usted la bala a su casa?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Debían de ser las nueve y media.

—¡Las nueve y media! —exclamó Mason con acento de incredulidad.

—Sí, las nueve y media.

—¿Dónde la encontró usted?

—En su casa.

—¿Y le dio los dos mil dólares?

—Sí.

—¿Y era ese dinero el que tenía usted en el bolso?

—Sí.

—Por lo tanto, el cuento de que se lo había dado el señor Faulkner no es más que una patraña inventada por usted, ¿no es eso?

—Sí... De algún modo tenía que justificar la posesión de ese dinero, y se me ocurrió que ése era el medio mejor, pues la señora Faulkner me había advertido que si alguna vez se me ocurría hablar de los dos mil dólares, no me apoyaría en mi declaración. Así, el hecho de habernos apoderado de la bala sería considerado un robo, y, en consecuencia, tanto Tom como yo iríamos a parar a la cárcel.

Mason se apresuró a interrumpir a la joven.

—Aguarde un instante —dijo—. A las nueve y media Faulkner debía de estar muerto ya.

—Eso creo.

—Estaría tendido en el cuarto de baño.

—Sí.

—Cuando llevó usted la bala a la señora Faulkner, ¿dónde se encontraba ella? ¿En la sala de estar? Si se hallaba en casa, debía de saber que su esposo había muerto...

—¡Oh, señor Mason! No me refiero a esa señora Faulkner —exclamó Sally Madison sorprendida—. ¿Es que no comprende usted? Se trata de la primera esposa de Faulkner, de Genevieve.

Mason frunció el ceño y permaneció un instante reflexionando.

—¿No me miente usted, Sally?

—Ahora no, señor Mason. Le estoy contando la verdad.

—¿Tom podrá confirmar su declaración?

—En lo que respecta a la bala y a su identificación, desde luego. Pero, en cambio, ignora quién era la persona que tenía que darme el dinero. El trato fue directamente conmigo.

—Si me miente ahora —dijo Mason con acento convencido—, puede estar usted segura de que acabará en la silla eléctrica y de que Tom Gridley morirá en la cárcel.

—Le estoy diciendo la verdad, señor Mason. ¿Es que no me cree?

—Conteste a esta pregunta: ¿recibió usted los dos mil dólares a las nueve y media de anoche?

—Sí, esa hora era.

—¿Es también cierto que estuvo a visitar al señor Faulkner?

—Sí. Estuve entre las ocho y las ocho y media. Ocurrió como le dije. La puerta estaba entreabierta y entré. En la casa no había nadie, salvo el señor Faulkner. En aquel instante estaba telefoneando. Me parece que acababa de afeitarse, pues aún tenía un poco de jabón en la cara, dejado por la maquinilla. El grifo del agua caliente estaba abierto, y el señor Faulkner vestía tan sólo pantalones y camiseta. Creo que el ruido del agua le impidió oír el del timbre de la puerta. Si me decidí a entrar fue porque pensé que tenía que verle, y supuse que estaría en su casa, pues su coche estaba parado ante la puerta.

—¿Qué ocurrió cuando la vio entrar? —preguntó Mason.

—Me ordenó que me retirara inmediatamente, añadiendo que cuando quisiera hablar conmigo me mandaría llamar. Se comportó sin la menor cortesía. Yo traté de decirle que, según Rawlins, se había apoderado de algo perteneciente a Tom, y que eso era tanto como haber cometido un robo.

—¿Qué le contestó Faulkner?

—Insistió en que me retirara.

—¿No le entregó un cheque a nombre de Tom, con el fin de zanjar el asunto?

—No.

—¿Tan sólo le dijo que se fuera?

—Sí. Y añadió que si no me retiraba inmediatamente, me echaría a la calle a la fuerza.

—¿Qué hizo usted ante aquella imperiosa invitación?

—Titubeé un instante. Pero él me echó a empujones. Quiero decir, señor Mason, que me puso las manos en los hombros y me empujó hasta la puerta de la calle.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Telefoneé a su primera esposa y le pregunté cuándo le gustaría verme. La ex señora Faulkner me repuso que volviera a llamarla al cabo de tres cuartos de hora. Así lo hice, y entonces me

contestó que podía ir a verla y me daría el dinero. Inmediatamente corría a su casa y ella me entregó los dos mil dólares.

—¿Se encontraba presente alguna otra persona en el momento en que usted recibió el dinero?

—No.

—¿No vio usted a un individuo apellidado Dixon?

—No.

—¿Ni tampoco le ha sido presentado en alguna ocasión?

—No.

—¿Conoce usted a alguien de ese apellido?

—No.

—Quedamos en que la señora Faulkner le entregó los dos mil dólares. ¿Qué hizo a continuación?

—Volví a la tienda para recoger los tableros destinados a los peces de Staunton, tal como se lo había prometido al señor Rawlins y... ya conoce usted el resto, señor Mason. Me dirigí a casa de Staunton y luego le llamé a usted por teléfono.

Mason repuso:

—Sally, voy a correr un albur con usted, pues no me queda otro remedio que hacerlo. Pero quiero que diga usted cuatro palabras.

—¿Qué palabras?

—Hable con mi abogado.

Sally Madison miró a Mason con expresión de perplejidad.

—Dígalas, Sally —insistió Mason.

—Hable con mi abogado —repitió la joven.

—¿Podrá recordarlas bien en todo momento?

—Sí, desde luego, señor Mason.

—Pues repítalas de nuevo.

—Hable con mi abogado —tornó a decir la joven.

—Perfectamente. A partir de este instante, éstas son las únicas palabras que conoce usted. Si dice algo distinto, está perdida. La policía comenzará a interrogarla dentro de poco, y le colocarán bajo las narices la declaración firmada por usted. Le mostrarán las contradicciones que hay en ella, dónde se equivocó, los embustes que dijo, y le demostrarán todo lo que les venga en gana. Le pedirán que explique por qué mintió sobre el viaje en taxi, y le dirán que si la contestación que dé usted les satisface, la pondrán en libertad, pero que si no le es posible aclarar la cuestión, lo único

que pueden hacer es detener a Tom. ¿Me comprende usted?

Sally asintió.

—¿Y qué les contestará usted cuando le pregunten? —inquirió Mason.

La joven le miró a los ojos.

—Hable con mi abogado —masculló.

—Ahora creo que vamos por el buen camino —afirmó Mason—. Ésas son las únicas cuatro palabras del idioma inglés de que debe usted acordarse de ahora en adelante. ¿Podrá hacerlo?

Sally tornó a asentir.

—¿Podrá recordarlas suceda lo que suceda?

Por tercera vez hizo la muchacha signos de asentimiento.

—Y si le dicen que Tom ha confesado con el fin de salvarla, y que tiene usted la obligación de no permitir que su novio cargue con la culpa y se siente en la silla eléctrica por tratar de salvarla, ¿qué les dirá usted?

—Hable con mi abogado —repitió Sally.

Mason hizo un signo a la celadora.

—Nada más —dijo—. La entrevista ha terminado.

XIV

Genevieve Faulkner residía en un pequeño chalet, a unos seiscientos metros del lugar donde se alzaba la suntuosa mansión de Wilfred Dixon. Mason detuvo su coche ante el chalet, subió los escasos escalones que conducían al pórtico y oprimió el timbre con gran impaciencia.

Un instante después Genevieve en persona le abría la puerta.

—Me perdonará usted si vengo a molestarla —dijo Mason—. Pero quisiera hacerle un par de preguntas.

La dama sonrió.

—Ahora no estoy pescando, señora Faulkner —prosiguió Mason—, sino cazando.

—¿Cazando?

—Sí, ando a la caza de un oso —contestó el abogado.

—¡Oh! Crea que lamento de veras no poderle invitar a que pase. Pero el señor Dixon dice que no debo hablar con usted en absoluto.

—Usted ha pagado a Sally Madison dos mil dólares por una bala —dijo Mason de sopetón—. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿Quién le ha dicho a usted que yo haya hecho semejante cosa?

—No me es posible decírselo, pero le aseguro que es cierto.

—¿Y cuándo se supone que entregué a esa joven el dinero?

—Anoche.

La señora Faulkner reflexionó un breve instante y al cabo dijo:

—Pase usted, señor Mason.

El abogado siguió a Genevieve hasta una sala de estar amueblada con exquisito gusto. La dueña de la casa invitó a tomar asiento a Mason mientras cogía el teléfono y marcaba un número.

—¿Puedes venir en seguida? —dijo—. El señor Mason está aquí.

Y sin otras palabras cortó la comunicación.

—Bien... —empezó a decir el abogado.

—¿Quiere un cigarrillo? —preguntó Genevieve.

—Gracias. Pero prefiero los míos.

—¿Y una copa?

—Desearía mejor que contestara usted a mi pregunta.

—Lo haré dentro de unos minutos.

Genevieve se arrellanó cómodamente en un sillón, frente a Mason, quien pudo observar a sus anchas la gracia felina de los movimientos de la mujer, la cual cruzó las piernas y, eligiendo con la mayor calma un cigarrillo, encendió una cerilla.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Sally Madison? —preguntó el abogado.

—Qué buen tiempo tenemos, ¿eh?

—Demasiado fresco para esta época del año —contestó Mason.

—Eso me parece a mí también, pero ¡qué se le va a hacer...! ¿Está usted seguro de que no desea tomar un poco de *whisky* o de *coñac*?

—No, muchas gracias. Tan sólo deseo que responda usted a mi pregunta de antes. Le prevengo, señora Faulkner, que ya no se trata de un caso de chantaje. Se encuentra usted complicada en un asesinato, y si se niega a decirme la verdad ahora, puede estar segura de que la pondré en un terrible aprieto.

—Hoy ha llovido un poco. ¡Qué agradable es el color verde que adquiere la hierba después de haber llovido! Espero que tengamos un verano muy caluroso. Al menos, eso es lo que predicen los viejos.

Mason sonrió irónicamente.

—Soy abogado, señora Faulkner —dijo—. Por lo que veo, confía usted en los consejos de Wilfred Dixon. Tenga presente lo que acabo de decirle y desista de su empeño. Dígame la verdad, o bien contrate a un hombre de leyes, alguien que sepa a fondo lo que se lleva entre manos y el peligro a que se expone usted tratando de ocultar los detalles que conoce sobre un asesinato.

—A principios de año hacía mucho frío —contestó Genevieve sin alterar su calma—. Ciertas personas que se han dedicado a estudiar los cambios de tiempo, me han dicho que eso no significa nada. Pero que si a mediados de enero hace demasiado frío, es de esperar un verano fresco. Personalmente no comprendo qué relación pueda haber entre una cosa y otra...

De súbito se oyó el rechinar de unos neumáticos y el frenazo de

un coche que se detenía ante la casa. La señora Faulkner sonrió a Mason y murmuró:

—Con su permiso.

Y se dirigió con paso apresurado hacia la puerta. Instantes después aparecía Wilfred Dixon.

—Realmente, no esperaba que se rebajara usted hasta ese extremo, señor Mason —fueron las primeras palabras del recién llegado.

—¿Rebajarme a qué? —preguntó el abogado.

—Habiéndole dicho que no deseaba que interrogase usted a mi cliente...

—¡Váyase al diablo! —exclamó Mason—. No es usted abogado, sino un simple consejero comercial o agente de inversiones, o como prefiera usted llamarse. Esta señora está complicada en un caso de asesinato. Pero no es cliente de usted en este terreno ni tiene usted derecho a ejercer la abogacía. Meta usted las narices en esto y... y le aplastaré como a un gusano.

La intemperancia de Mason pareció sorprender a Dixon.

—Pero vayamos al grano —continuó el abogado—. La señora Faulkner ha sobornado a mi cliente, la señorita Sally Madison, para que entrara en la oficina de Faulkner y Carson y extrajera una bala que había en una pecera, y anoche entregó a mi cliente dos mil dólares a cambio de esa bala. Ahora yo quiero saber por qué se los dio.

—Señor Mason, esas palabras que usted acaba de pronunciar me parecen muy temerarias y expuestas.

—Está jugando con fuego, y acabará quemándose los dedos —afirmó Mason.

—Supongo, señor Mason, que no hará usted esas acusaciones basándose únicamente en la palabra de su cliente.

—No he hecho ninguna acusación —replicó Mason—. Estoy hablando de hechos reales y le concedo diez segundos para que diga la verdad.

—Señor Mason, su declaración carece de todo fundamento, es completamente ridícula.

—Ahí tiene el teléfono —dijo Mason—. ¿Quiere usted que llame al teniente Tragg para que él haga las preguntas?

Wilfred Dixon le miró con expresión tranquila.

—Puede usted hacerlo cuando guste, señor Mason —repuso.

Se hizo un denso silencio, hasta que al fin Mason lo rompió con las siguientes palabras:

—He dado ciertos consejos a esta señora. Ahora le daré a usted los mismos. Ambos están complicados en un caso de asesinato. Consulten con un buen abogado cuanto antes, y luego decidan si quieren decir la verdad o prefieren que llame al teniente Tragg.

Dixon señaló el teléfono.

—Como usted ha dicho antes, señor Mason. Ahí está el teléfono. Puede usted utilizarlo si gusta. Habla usted de llamar al teniente Tragg, pues sí, creo que nos alegraría enormemente que le llamara.

—No pueden ustedes jugar con las pruebas de un caso de asesinato —afirmó Mason—. Si, en efecto, pagaron los dos mil dólares a Sally Madison a cambio de esa bala, la verdad saldrá a relucir tarde o temprano. Yo estoy dispuesto a sacarla a la luz, aunque tenga que gastar un millón de dólares en pagar a los detectives que investiguen por mi cuenta.

—Un millón de dólares es mucho dinero, señor Mason —afirmó Dixon sin perder la calma—. Hablaba usted de llamar al señor Tragg, mejor dicho, al teniente Tragg. Si tiene relación con la policía, creo que sería muy conveniente que le llamara usted. En lo que a nosotros respecta, no tenemos nada que ocultar, aunque no estoy tan seguro en lo que se refiere a usted.

Mason titubeó un instante, a la vez que una mirada de triunfo brillaba en los ojos de Wilfred Dixon.

—Como verá, señor Mason —dijo el hombre—, yo también sé jugar al póker.

Sin pronunciar una palabra, Mason se puso en pie y se dirigió hacia el teléfono. Luego marcó el número de la Central y pidió que le pusieran con la Brigada de Homicidios.

—¿Está el teniente Tragg? —preguntó—. Habla Perry Mason.

Un instante después se oía la voz del teniente.

—¡Hola, Mason! Me alegro de que me haya llamado. Deseaba hablar con usted respecto a su cliente. Creo que ha adoptado una actitud muy poco acertada. Existen algunas discrepancias en una declaración que firmó, y cuando le hemos pedido que las explicara, ha adoptado una actitud intransigente y ha contestado: «Hable con mi abogado.»

—Nada tengo que agregar a eso —repuso Mason.

—Lo lamento de veras, Mason —murmuró con acento de verdadera condolencia.

—No me extraña, Tragg. ¿Sabe usted dónde me encuentro en este momento? En casa de Genevieve Faulkner, la primera esposa de Faulkner.

—Sí, ya sé. Tenía intención de entrevistarme con esa señora tan pronto como me fuera posible. Siento que se me haya adelantado usted. ¿Ha averiguado algo?

—Creo que sería conveniente que la interrogase usted a fondo y la preguntase si vio o no anoche a Sally Madison.

—¡Oh! —exclamó Tragg con acento de sorpresa— ¿Sally Madison afirma que vio anoche a la señora Faulkner?

—Cualquier noticia que haya podido darme mi cliente es confidencial —afirmó Mason—. Lo que acabo de decirle es un simple informe.

—Muchas gracias, señor abogado. Me pondré en contacto con esa dama.

—Yo le aconsejaría que lo hiciera cuanto antes —insistió Mason.

—Lo haré cuando me venga bien —contestó Tragg—. Adiós, amigo Mason.

—Adiós —repuso Mason colgando el teléfono, y volviéndose hacia Dixon, añadió—: Así es como yo juego al póker.

El amigo de Genevieve Faulkner sonrió.

—No está mal, Mason; no está del todo mal. Pero como usted mismo le ha dicho al teniente Tragg, no puede repetirle los informes que su cliente le haya comunicado y, según creo haber entendido, esa joven declaró que los dos mil dólares que le fueron encontrados en el bolso los había recibido de Harrington Faulkner. Sería lamentable que tuviera que modificar su declaración.

—¿Cómo sabe usted que ella ha dicho tal cosa? —preguntó Mason.

Una expresión de regocijo apareció en los ojos de Dixon.

—¡Oh! —exclamó—. Yo también sé componérmelas por allí, señor Mason. Después de todo, y pese a que no soy abogado, tengo que representar y defender los intereses de mi cliente... los que están vinculados al negocio, se entiende.

—Tenga mucho cuidado con el teniente Tragg —repuso Mason

—. El teniente conseguirá que haga usted una declaración por escrito y se la hará firmar, y, tarde o temprano, la verdad saldrá a relucir.

—Crea que nos alegraría mucho que así fuera —afirmó Dixon—. Comprenda usted, señor Mason. Genevieve no hace nada sin consultarme previamente. Yo le digo siempre lo que debe hacer, pero jamás la molesto hablándole de los detalles. Ella sabe muy poco en relación con la firma Faulkner y Carson. Lo deja a mi cuidado. Estoy seguro de que no se hubiera entrevistado con la cliente de usted sin que yo estuviera presente. También lo estoy de que el teniente Tragg se alegrará mucho de aceptar nuestra declaración, sobre todo, no estando usted en condiciones ni mucho menos de poder sugerir que los dos mil dólares que llevaba su cliente le fueron entregados por otra persona distinta que Harrington Faulkner. Y si me permite que le dé un consejo, señor Mason, le diré que no debería usted sentir tanta confianza en la palabra de una joven con los antecedentes de la señorita Madison. Me parece que si se entretuviera en hacer algunas averiguaciones sobre su pasado, descubriría que tiene una gran experiencia de la vida. Se trata de una joven que de vez en cuando ha sido algo así como una oportunista. Ya ve que no digo chantajista, señor Mason, sino oportunista.

—Veo que sabe usted mucho sobre esa muchacha —observó Mason con marcada sequedad.

—Tiene usted razón —repuso Dixon pausadamente—. Y mucho sospecho que para salvarse a sí misma y a su novio de un evidente peligro, le ha facilitado a usted informes falsos.

Por toda respuesta, Mason se puso en pie.

—Muy bien —exclamó—. Ya están advertidos usted y la señora.

—En efecto, señor Mason. Pero como le he dicho antes, no se encuentra usted en situación de poder hacer una acusación concreta contra nadie, y aún en el caso de que lo estuviera, la negativa de la señora Faulkner, apoyada por mis palabras, quitarían todo el efecto a las acusaciones de la señorita Madison.

—Me importa un comino lo que esa joven pueda haber sido en el pasado —replicó Mason—. Estoy convencido de que ahora es honrada, y creo que siente un amor sincero por Tom Gridley.

—No lo pongo en duda, señor Mason.

—Y al decirme que los dos mil dólares que llevaba encima —añadió Mason— se los había entregado la señora Faulkner, sus palabras me parecieron sinceras.

—Pues eso no es cierto, señor Mason. La señora Faulkner no lo hubiera hecho sin mi conocimiento, y puedo asegurarle que no se hizo.

Mason permaneció un instante contemplando la musculosa figura de aquel rechoncho individuo, el cual le miraba a su vez con verdadero candor infantil.

—Dixon —dijo de súbito el abogado—, le advierto que no es conveniente jugar conmigo.

—No lo pongo en duda, señor Mason.

—Si usted y Genevieve Faulkner me están mintiendo, tarde o temprano lo descubriré.

—Pero, señor Mason, ¿por qué razón íbamos a mentirle? ¿Qué objeto tendría hacerlo? ¿Por qué causa habríamos de pagar dos mil dólares por...? ¿De qué se trataba? ¿De una bala?

—Sí, de una bala —afirmó Mason.

Dixon volvió a mover la cabeza, esta vez con expresión de lástima.

—Lo lamento por la señorita Madison. Crea que lo lamento sinceramente, señor Mason —repitió Dixon.

Sin hacer caso de estas palabras, el abogado preguntó de súbito:

—¿Cómo conoce usted tantas cosas sobre esa joven?

—Como sabrá seguramente, el señor Faulkner compró la tienda de animales domésticos —contestó Dixon—. Para ello utilizó fondos de la razón social. Naturalmente, yo tuve que hacer averiguaciones sobre esta adquisición, y, al hacerlo, me enteré también de los antecedentes del personal de la casa.

—¿Después que el señor Faulkner hubo realizado la adquisición? —preguntó Mason.

—Durante el tiempo que duraron las negociaciones. Mi cliente está interesada en la firma, señor Mason, y por lo que a mí respecta, me gusta saber todo lo que ocurre en el negocio... y puedo decirle que dispongo de medios especiales para enterarme de todo lo que se hace.

Mason reflexionó un instante.

—¡Oh, sí, ya comprendo! —exclamó al cabo—. Alberta Stanley,

la mecanógrafa... Ahora comienzo a ver claras muchas cosas.

Dixon se aclaró la garganta.

—Gracias por el informe, Dixon —dijo Mason.

Dixon levantó la mirada y miró al abogado de hito en hito.

—No hay de qué, Mason, no hay de qué. Ha sido para mí un verdadero placer ser de alguna utilidad... Pero no puede usted endosarnos la responsabilidad de esos dos mil dólares. Ni los dimos ni tampoco permitiremos que nadie nos levante falsos testimonios. Buenos días, señor Mason.

El abogado se dirigió hacia la puerta, mientras la señora Faulkner y Wilfred Dixon le observaban en silencio. Ya con la mano en el picaporte, Mason giró sobre sus talones.

—Es usted un buen jugador de póker —dijo.

—Gracias —repuso el hombre.

Y Mason añadió con saña:

—Es usted lo suficientemente listo para saber que no me es posible hacer ninguna acusación concreta, que no puedo afirmar que los dos mil dólares procedían de la señora Faulkner. Yo tampoco soy lo bastante buen jugador para reconocer que arriesgué un «*bluff*» y que usted me lo aceptó.

Una tenue sonrisa se dibujó en los labios de Dixon.

—Y, por lo mismo, creo de razón que sepa usted adónde me dirijo ahora —añadió Mason.

—¿Adónde se dirige usted?

—A buscar otra caja de fichas —contestó Mason cerrando la puerta tras él.

XV

Al entrar en el despacho de Paul Drake, el rostro de Perry Mason aparecía tan hosco como el del jugador de fútbol que se encuentra rodeado de contrarios ante su propia portería.

—¡Hola, Perry! —dijo Drake al verle—. ¿Le sirvió de algo el informe sobre Staunton?

—Sí, un poco —contestó Mason.

—Fue la única pregunta que Staunton se mostró dispuesto a contestar. La policía le hizo firmar una declaración, y se niega a dar el menor informe sobre ella. Staunton mantiene la boca cerrada en todo lo que se refiere a la noche del crimen, y otro tanto puede decirse del asunto de la entrega de los peces.

Mason hizo un gesto de asentimiento.

—Me lo temía —murmuró—. Escuche, Paul. Deseo que haga algo por mí.

—Diga de lo que se trata.

—Quiero que averigüe cuanto antes si Sally Madison vio anoche a la primera señora Faulkner. También me interesa que investigue si esa señora retiró de su Banco una cantidad apreciable de dinero en efectivo. Sobre todo, necesito saber si ella, o bien Wilfred Dixon, sacaron dinero del Banco en billetes de cincuenta dólares.

Drake hizo un movimiento de cabeza.

—Será un asunto fácil —continuó Mason—. Le pagaré lo que sea necesario por ese informe. ¡Maldita sea! Me puse a jugar un póker verbal con Dixon y perdí. Hice un «bluff», pero Dixon lo aceptó con tanta serenidad, que me sentí como si me hubieran dado una azotaina. Sin embargo, tengo que colocar a ese pájaro de cuenta entre la espada y la pared, aunque para ello me vea precisado a gastar hasta el último centavo que poseo.

—¿Dixon se encontraba en casa de la señora Faulkner cuando llegó usted? —preguntó Drake.

—No. ¿Por qué lo pregunta, Paul?

—Le están siguiendo los pasos. No es que crea que eso puede servirnos de algo, pero no quiero descuidar ningún detalle de este caso. Mi agente le vio esta mañana a eso de las ocho, cuando salía de tomar el desayuno.

—¿Dónde lo tomó?

—En el bar de la esquina. Debe de levantarse muy temprano, pues se encontraba en el local desde las siete.

—¡Magnífico, Paul! Continúe, por favor.

—Fue hasta el bar andando. Luego salió, llegando a su casa a las ocho y diez. Tengo algunos hombres vigilando por los alrededores. Es todo lo que se puede hacer de momento.

Mason miró al detective con atención.

—¿Qué ocurre, Paul? Yo diría que está usted ocultándome algo. ¿De qué se trata?

Paul cogió un lápiz que había sobre la mesa y empezó a jugar con él.

—Perry, la reputación de Sally Madison en el pasado deja mucho que desear —dijo el detective con un susurro.

Mason sonrió.

—Es la segunda vez que me lo dicen en poco tiempo. ¿Y qué?

—Si Sally Madison le dijo a usted que Genevieve Faulkner le había dado los dos mil dólares, le mintió —afirmó Drake.

—Yo no le he dicho a usted que ella me hubiera dicho nada a propósito de ese asunto —contestó Mason.

—No, tiene razón. Usted no me ha dicho nada.

—¿Y por qué cree usted que ella me mintió, en el supuesto de que me hubiera contado lo de los dólares? —preguntó Mason.

—Mis hombres han descubierto una nueva prueba. Bueno, no la han descubierto ellos, sino que lo supieron por un reportero amigo, que a su vez lo supo por mediación de la policía.

—¿De qué se trata? Explíquese.

—Ayer tarde, Harrington Faulkner entró en un Banco, del que retiró veinticinco mil dólares en efectivo. Fue él en persona, insistiendo en que le entregaran el dinero en efectivo, y por su extraña manera de comportarse, el cajero dedujo que posiblemente era víctima de un chantaje. Pidió que le entregaran el dinero en billetes de mil, ciento y cincuenta dólares. El cajero contestó que

tardaría un rato en reunir el dinero en la forma que él lo deseaba, y obligó a Faulkner a esperar unos minutos mientras él y un auxiliar entraban y tomaban nota de la numeración de los billetes, por si más tarde surgía alguna dificultad. Los dos mil dólares que Sally Madison llevaba en su bolso proceden de Faulkner, y quedan otros veintitrés mil que esa joven debe de haber ocultado en alguna parte.

—¿Está usted seguro de lo que dice, Paul? —inquirió Mason.

—No del todo, lo confieso. Pero mi información procede de fuentes fidedignas y se la transmito tal y como me fue dada a mí. Estoy seguro de que comprobará usted que es cierta.

Mason apretó los labios en tanto que el detective continuaba su relato.

—No obstante, tenemos algunas noticias buenas. El revólver es propiedad de Tom Gridley, aunque no hay la menor duda de que este joven lo llevó a la tienda de animales, de donde lo cogió Faulkner. La policía ha podido seguir el rastro de Faulkner durante todo el día de ayer, desde el instante mismo en que salió del Banco hasta el momento en que le mataron.

—Ya sabía lo del revólver, Paul. Pero ¿a qué hora salió del Banco?

—Bastante después de haberse cerrado el establecimiento. Cerca de las cinco. Antes había telefoneado al gerente y le hicieron entrar por la puerta lateral. El dinero lo metió en un maletín que llevaba. Al salir del Banco, cogió un taxi ante la puerta del hotel que se alza frente al Banco. El taxi le condujo hasta la tienda de animales domésticos, donde estuvo hablando con Rawlins; luego comenzó a hacer el inventario de todo. Mientras realizaba esta tarea encontró el revólver de Gridley y se lo metió en el bolsillo. Al darse cuenta de su acción, Rawlins le dijo que el arma aquella pertenecía a Tom, pero Faulkner ni le contestó siquiera. Como Faulkner llevaba veinticinco mil dólares en el maletín, se supone lógicamente que le interesaba tener a mano un arma como medida de precaución.

Mason asintió a las palabras del detective.

—Sea lo que fuere, el caso es que se metió el revólver en el bolsillo. A continuación abrió la caja de caudales. Recuerde que la combinación se la había dado el mismo Rawlins.

—¿Qué sucedió después?

—Dentro de la caja había una caja de pasta, y Faulkner quiso

saber qué era.

—¿Y qué era? ¿Una medicina para los peces?

—Exacto. Se trataba de ese remedio que Rawlins se empeñó en que le preparase Tom, pues tenía unos pececillos enfermos de las agallas y quería curarlos. Le costó Dios y ayuda conseguir que Gridley lo hiciera, pero al fin logró convencerle bajo promesa de que no se lo diría a nadie.

—¿Dónde se encontraba Tom a esa hora de la tarde?

—En su casa, acostado. Tenía fiebre y se sentía bastante enfermo, y Rawlins le había dicho que se fuera.

—¿Qué hizo Rawlins cuando Faulkner abrió la caja?

—Rawlins montó en cólera al darse cuenta de lo que se proponía el viejo. Faulkner se apoderó de la caja a la fuerza, y desde la tienda misma telefoneó a un químico amigo suyo. Eran, poco más o menos, las siete y media, ya fuera de las horas de oficina, y Faulkner telefoneó al químico a su domicilio particular, diciéndole que le interesaba que analizase algo inmediatamente, y que iría en el acto a su casa.

—¡Qué canalla! —exclamó Mason por lo bajo.

—Tiene usted razón —contestó el detective—. Pero lo que le estoy contando son pruebas evidentes. Contra todo eso tendrá usted que luchar ante el tribunal. La policía podrá dar cuenta de cada minuto de Faulkner desde las cinco de la tarde hasta la hora en que fue asesinado.

—Continúe, Paul —pidió Mason.

—Cuando Rawlins se dio cuenta de lo que sucedía, estuvo a punto de estallar de rabia. En su cólera, trató de arrebatar la lata de manos de Faulkner. Dijo que había dado a Tom su palabra de honor de que el remedio sólo sería utilizado para tratar algunos peces enfermos de los que había en la tienda.

—Y Faulkner, ¿qué dijo a todo eso?

—Faulkner repuso a Rawlins que era empleado suyo, y que no estaba dispuesto a admitir censuras de sus subordinados. Entonces Rawlins presentó la dimisión de su empleo, diciendo de paso, cuatro verdades al nuevo dueño.

—¿Cómo reaccionó Faulkner?

—Ni siquiera se enfadó. Cogió el teléfono y pidió que enviaran un taxi. Mientras tanto, Rawlins juraba y maldecía, aplicando a

Faulkner todos los improperios que le acudieron a los labios. Pero Faulkner se limitó a esperar tranquilamente el taxi, y cuando llegó éste, cogió el maletín, se colocó la lata de pasta medicinal bajo el brazo y se marchó, llevándose el revólver en el bolsillo posterior del pantalón.

—Supongo que la policía habrá localizado al chófer del taxi, ¿no?

Drake hizo un gesto de afirmación, añadiendo:

—El taxi condujo a Faulkner al domicilio del químico, y el viejo ordenó al chófer que le esperara. Permaneció en la casa unos quince minutos y luego se dirigió a su propio domicilio. Eran algo más de las ocho. Al parecer, inmediatamente se desnudó, tomó un baño y se afeitó, preparándose para una reunión que tenía a las ocho y media.

—¿No cenó en su casa? —preguntó Mason.

—La reunión de los piscicultores consistía precisamente en una cena —repuso el detective—. Se celebró un banquete, al que siguieron algunos discursos pronunciados por especialistas en la cría de peces. Todo está de acuerdo hasta el instante en que alguien entró en la casa sin llamar a la puerta; la persona que estaba hablando por teléfono con Faulkner oyó que éste ordenaba al intruso que se retirara. Al principio, la policía creyó que se trataba de Tom Gridley, pero este joven ha sido sincero y sus declaraciones parecen satisfactorias. La policía está ahora convencida de que quien entró era Sally Madison. Pero nadie sabrá lo que allí sucedió. La joven entró en la casa y Faulkner trató de arrojarla a la calle. De esto no cabe la menor duda, pues la misma Sally Madison lo admite. Recuerde, Perry, que Faulkner tenía en su poder un maletín en el que guardaba veinticinco mil dólares, el cual con toda seguridad debía de encontrarse en el dormitorio. También tenía el revólver de Tom Gridley. El arma estaría seguramente sobre la cama o sobre la cómoda. La americana de Faulkner, al igual que su camisa y su corbata, estaban sobre una silla, donde debió de dejarlas al desnudarse a toda prisa. Como el revólver lo llevaba en el bolsillo posterior del pantalón, al desnudarse lo sacó de él y lo dejó a la vista.

Mason asintió con expresión pensativa.

—Póngase por un momento en el lugar de Sally —continuó

Drake—. Faulkner había robado a su novio, haciéndose reo de una conducta vergonzosa, y Sally se sentía furiosa y desesperada. Pero cuando el viejo se empeñaba en arrojarla de su casa, la joven descubrió el arma, que se apresuró a coger. Faulkner entonces tuvo miedo, corrió hacia el baño y trató de cerrar la puerta. Mas ella apretó el gatillo... No tardó en comprender la enormidad de lo que había hecho y miró a su alrededor aterrorizada, viendo entonces el maletín sobre la cama. Sally lo abrió. En su interior había veinticinco mil dólares, suma que significaba mucho para ella. Ante ella tenía la oportunidad de huir y de poder curar a Tom Gridley de su enfermedad. Una vez tomada su decisión, cogió los dos mil dólares en billetes de cincuenta, con el fin de disponer de dinero, y el resto lo ocultó, pues no le pareció prudente tenerlos a la vista mientras se discutía el asunto.

—No está mal esa teoría —afirmó Mason—. Pero no es más que eso, una teoría, todo lo lógica que se quiera, pero teoría al fin y a la postre.

Drake movió la cabeza.

—Aún no le he contado lo más grave, Perry —dijo.

—Bien, continúe usted desembuchando —contestó Mason con ligera irritación.

—La policía ha encontrado el maletín vacío debajo de la cama, y el cajero lo ha identificado como el que contenía los veinticinco mil dólares. Al descubrirlo anoche, la policía no cayó en la cuenta de que podía tener un significado especial. Pero como estaban tomando todas las huellas digitales, hicieron lo mismo con el asa del maletín. En ella encontraron tres impresiones digitales. Dos correspondían a la mano derecha de Harrington Faulkner, mientras que la tercera pertenece al dedo pulgar de la mano derecha de Sally Madison. Y esto es todo, Perry. Le he contado la historia en pocas palabras. He sabido que el fiscal del distrito le dará la oportunidad a Sally Madison de declararse culpable de asesinato en segundo grado, o acaso de homicidio sin premeditación. Reconoce que fue Faulkner quien se llevó el revólver de Tom Gridley y comprende que Sally debió de ver el arma en el lecho y obrar impulsivamente. Ya ve usted cómo están las cosas, Perry. No soy abogado, pero si pudiera obtener usted un veredicto de homicidio sin premeditación, debería aprovechar la ocasión.

—Si se han encontrado huellas digitales de Sally en el maletín, estamos perdidos, Paul —exclamó Mason—, siempre y cuando el maletín estuviera debajo de la cama.

—¿Tratará usted de obtener ese veredicto? —inquirió el detective con acento de ansiedad.

—Creo que no —contestó Mason.

—¿Por qué no, Perry? Creo que es lo mejor que podría usted hacer en beneficio de su cliente.

—Me encuentro en un aprieto —dijo el abogado—. En el instante mismo en que declarase la culpabilidad de Sally, ya fuera por homicidio o asesinato en segundo grado, Della y yo caeríamos en la trampa. Automáticamente los dos nos convertiríamos en encubridores, y en nada haría variar la situación la circunstancia de que se trate de un homicidio sin premeditación o de un asesinato en segundo grado. No podemos permitirnos el lujo de reconocer la culpabilidad de Sally.

—No tenía en cuenta eso —exclamó Drake.

—Por otro lado —continuó Mason—, tampoco puedo permitir que mis sentimientos personales ejerzan la menor influencia sobre mi deber para con mi cliente. Ahora bien, si viera que el jurado se sentía dispuesto a pronunciar un veredicto de asesinato en primer grado, entonces tendría que transigir, si es que de esta forma podía servir mejor los intereses de mi cliente.

—Esa muchacha no vale el menor sacrificio —dijo Drake en tono grave—. Le ha estado traicionando a usted desde el principio. Le aconsejo que ni un solo instante tenga usted en cuenta sus intereses.

—No se puede censurar a un cliente porque mienta, del mismo modo que tampoco se puede censurar a un gato porque se coma al canario —contestó Mason—. Siempre que una persona de determinado temperamento se encuentre en un apuro, tratará de salvarse mintiendo. Lo malo del presente caso es que Sally creyó fácil salirse con la suya. Y si lo hubiese conseguido, probablemente no la hubiera censurado excesivamente.

—¿Qué piensa hacer entonces, Perry?

—Conseguir toda la información que nos sea posible, información que con toda probabilidad no será mucha, pues la policía mantiene cercados a todos los testigos —afirmó Mason—.

Durante la investigación preliminar que se realice ante el tribunal, trataremos de provocar la mayor confusión posible, a ver si conseguimos que cambie nuestra suerte.

—¿Y si las cosas no se desarrollan como usted desea?

Mason frunció el ceño y repuso:

—Si no suceden como yo deseo, entonces haremos todo lo posible por favorecer a nuestro cliente.

—¿Quiere usted decir que en ese caso le permitirá que se declare culpable de homicidio?

Mason asintió.

—Ahora me doy perfecta cuenta del aprieto en que le colocaría semejante declaración, Perry. Por favor, no lo haga. Si a usted no le importa, al menos piense en la pobre Della.

—En Della pienso precisamente —repuso el abogado—. En ella pienso ahora, Paul. Della y yo estamos mezclados en este terrible enredo. Juntos hemos trabajado durante años. Si hasta ahora hemos aceptado lo bueno, también aceptaremos lo malo. A ella no le gustaría que abandonase a un cliente, y ¡por Dios vivo que no pienso hacerlo!

XVI

El juez Summerville subió al estrado y tomó asiento. Inmediatamente, el ujier anunció el comienzo de la vista. En la sala se veían unos cuantos espectadores.

En silencio, pero sin dejar que su rostro dejase transparentar sus pensamientos, Sally Madison ocupó una silla detrás de Perry Mason, al parecer totalmente indiferente al dramático conflicto del proceso. A diferencia de todos los procesados, la joven no cambió ni una sola palabra con su abogado. Hubiera podido decirse que era una bella pieza del mobiliario de la sala más bien que la actriz principal del drama que estaba a punto de empezar.

El Juez anunció:

—Hora y lugar convenidos para la audiencia preliminar del Estado contra Sally Madison. ¿Están prestos, caballeros?

—Prestos para la acusación —respondió Ray Medford.

—Prestos para la defensa —añadió Mason con voz calmada.

Al parecer, el fiscal del distrito tenía organizadas las cosas para coger desprevenido a Mason.

Tragg no había dicho nada aún sobre las huellas digitales de Della Street encontradas en el arma homicida. Ray Medford, uno de los más inteligentes y astutos ayudantes del fiscal, no quería correr ningún riesgo con Perry Mason. Conocía demasiado bien el ingenio del abogado para pasar por alto cualquier detalle que pudiera servirle de ayuda en su tarea. Sin embargo, tuvo gran cuidado en llevar el caso como si se tratara de un procedimiento ordinario. La lucha principal se libraría ante el jurado.

—Mi primer testigo será Jane Faulkner —anunció Medford.

La señora Faulkner, vestida de negro, ocupó el banquillo de los testigos. Empezó diciendo que regresaba de «una visita efectuada a una amiga» cuando encontró a Perry Mason y a Sally Madison, la acusada, esperando en la puerta de su casa. Los hizo pasar al

interior y les dijo que su esposo no se encontraba en casa. Inmediatamente después se dirigió al cuarto de baño, donde encontró el cuerpo de su marido tendido en el suelo.

—¿Su esposo estaba muerto, señora Faulkner? —preguntó Medford.

—Sí.

—¿Está usted segura de que el cadáver era el de Harrington Faulkner, su esposo?

—Completamente segura.

—Creo que eso es todo —exclamó Medford, y sonriendo a Mason, añadió—: He querido probar la existencia del «*corpus delicti*».

Mason hizo una inclinación de cabeza.

—¿Fue usted esa tarde a visitar a una amiga, señora Faulkner? —preguntó.

La señora Faulkner miró a Mason a los ojos sin la menor turbación.

—Sí, estuve con mi amiga Adele Fairbanks durante toda la tarde, hasta que llegué a mi casa.

—¿En casa de su amiga?

—No. Fuimos al cine.

—¿Adele Fairbanks es la amiga a quien telefoneó usted después de haber descubierto el cadáver de su esposo?

—Sí. Me era imposible permanecer a solas en casa y quise que ella me acompañara.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

El siguiente testigo se llamaba John Nelson y afirmó ser banquero y haber conocido a Harrington Faulkner en vida; que la tarde del día en que Faulkner fue asesinado estuvo en el Banco, pues la víctima había telefoneado diciendo que necesitaba una gruesa suma de dinero en efectivo; que pocos minutos después de la llamada telefónica Faulkner se presentó en el Banco, entró por una puerta lateral y pidió veinticinco mil dólares en efectivo, los que retiró de su cuenta corriente. El banquero añadió que se trataba de su cuenta personal, no de la sociedad Faulkner y Carson. En la cuenta corriente de Faulkner quedaron menos de cinco mil dólares después de retirados los veinticinco mil.

Nelson había creído conveniente tomar la numeración de los

billetes, puesto que Faulkner había pedido veinte mil en billetes de mil dólares, dos mil en billetes de cien y tres mil en billetes de cincuenta. Nelson agregó que había llamado a uno de los cajeros y que entre todos tomaron la numeración de los billetes, para lo cual tuvieron que hacer esperar a Faulkner. Una vez recibido el dinero, Faulkner lo guardó en el maletín que llevaba consigo.

Casi en tono indiferente, Medford pidió la lista de la numeración de los billetes, la que fue recibida como prueba. A continuación Medford presentó el maletín de cuero y preguntó a Nelson si lo había visto con anterioridad.

—Sí —contestó el testigo.

—¿Cuándo?

—En el momento y en el lugar a que antes me he referido. Se trata del mismo maletín que el señor Faulkner llevó al Banco.

—¿El maletín en que fueron guardados los veinticinco mil dólares en efectivo?

—Eso es.

—¿Está usted completamente seguro de que se trata del mismo?

—Completamente seguro.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Medford dirigiéndose a Mason.

—¿Cómo sabe usted que se trata del mismo maletín? —preguntó el defensor de Sally Madison.

—Pude verlo bien cuando coloqué el dinero dentro.

—¿Usted colocó el dinero dentro?

—Sí. El señor Faulkner lo puso sobre el mostrador, y yo abrí la ventanilla y fui metiendo los veinticinco mil dólares en el maletín. Una de las veces observé un desgarrón en el forro del maletín. Si quiere usted mirarlo, verá el roto. Se trata de un desgarrón irregular y dentado.

—¿Y usted identifica el maletín por ese detalle? —preguntó Mason.

—Sí.

—Nada más —contestó Mason.

El sargento Dorset fue la tercera persona en ocupar el banquillo de los testigos. Describió el cuadro con que se encontró al llegar a casa de Faulkner, la posición del cadáver, el descubrimiento del maletín debajo del lecho, el lugar donde se encontraban la

americana, la camisa y la corbata del muerto, la maquinilla de afeitar, aún sin limpiar, con jabón y pelos adheridos a la hoja, sobre un estante. El jabón estaba relativamente seco, lo que, en su opinión, quería decir que habían transcurrido «unas tres o cuatro horas» desde que había sido utilizada la maquinilla. El muerto estaba recién afeitado.

Medford quiso saber si el sargento Dorset había encontrado en la casa a la acusada.

—Sí señor.

—¿Habló usted con ella?

—Sí.

—¿Y la acompañó a usted a alguna parte?

—Sí, señor.

—¿Dónde fueron?

—Al domicilio de James L. Staunton.

—¿Fue a petición de usted?

—Sí, señor.

—¿Hizo la acusada algún reparo?

—No, señor.

—¿Se encontraba en casa de Faulkner algún técnico en huellas digitales?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama ese técnico?

—Louis G. Corning.

—¿Examinó algunos objetos en busca de huellas? ¿Lo hizo bajo la dirección de usted y de acuerdo con sus instrucciones?

—Sí, señor.

—Puede interrogar al testigo —dijo Medford dirigiéndose a Mason.

—¿Cómo examinó el señor Corning las impresiones digitales? — fue la primera pregunta de Mason.

—Supongo que utilizaría la lupa.

—No, no era eso lo que preguntaba. Me refiero al método que empleó para conservar las pruebas. ¿Fueron reveladas las huellas con el fin de ser fotografiadas más tarde?

—No. Utilizamos el método de levantarlas.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Cubrimos de polvo ciertos objetos para revelar las impresiones

ocultas, y luego colocamos una tela adhesiva sobre las impresiones, levantándolas del objeto y cubriendo la tela adhesiva con una sustancia transparente a fin de que las huellas digitales queden fijadas para siempre y puedan ser examinadas en detalle.

—¿Quién guarda esas huellas digitales?

—El señor Corning.

—¿Y las ha tenido en su poder desde la noche del asesinato?

—Creo que sí. Sin embargo, supongo que será llamado a declarar, de modo que podrá usted preguntárselo a él para mayor seguridad.

—¿El método de conservar las huellas digitales fue sugerido por usted?

—Sí.

—¿No cree que es un sistema muy poco eficaz?

—¿Qué método hubiera preferido usted, señor Mason?

—Yo no hubiera preferido ninguno —contestó Mason—. Pero a mi entender es mucho más eficaz y práctico revelar las impresiones ocultas y fotografiarlas en su posición sobre el objeto, y si las impresiones tienen importancia, traer el objeto ante el tribunal.

—Lamento de veras no poder complacerle, señor Mason —repuso el sargento con acento sarcástico—. Pero ocurre que en el presente caso las huellas estaban todas en el cuarto de baño de una casa habitada. No podíamos echar a los moradores de la casa para conservar las impresiones digitales. Así que empleamos el método de levantarlas, el cual es preferible al otro cuando las circunstancias lo justifican.

—¿Qué circunstancias lo justifican? —preguntó Perry Mason.

—Circunstancias como las del caso presente, cuando se tropieza uno con objetos que no pueden ser presentados al tribunal.

—Perfectamente. Ahora dígame, ¿qué métodos emplearon ustedes para identificar los lugares donde fueron tomadas las huellas digitales?

—Eso es tarea especial del señor Corning, y tendrá usted que interrogarle a él. Creo, sin embargo, que preparó unos sobres en los que fue dibujada y clasificada la situación exacta del lugar en que se levantó cada impresión digital.

—Bien. ¿Tuvo usted ocasión de registrar la noche del crimen la otra parte de la casa, la que, según tengo entendido, ocupan las

oficinas de la razón social Faulkner y Carson?

—No, esa noche me fue imposible.

—¿Lo hicieron a la mañana siguiente?

—Sí, señor.

—¿Y qué descubrió usted?

—Un depósito de forma rectangular que, al parecer, era utilizado como acuario, había sido vaciado mediante un largo tubo de goma de un diámetro interior de una pulgada y media. El depósito estaba volcado, y el barro y las piedras del fondo, se hallaban esparcidos por el piso de la oficina.

—¿Tomaron alguna impresión digital?

—No, señor. Yo no tomé ninguna impresión.

—¿Trató usted de hacerlo?

—No, señor.

—¿Le sugirió a alguna otra persona que la hiciera?

—No, señor.

—¿Trató la policía de tomar huellas digitales de ese depósito?

—No, señor.

—¿Se me permite preguntar por qué?

—Por la sencilla razón de que no consideré que pudiera tener la menor relación con el asesinato de Harrington Faulkner.

—¿Y no sería posible que la tuviera?

—No comprendo cómo podría tenerla.

—¿Cabe dentro de lo posible que la misma persona que asesinó a Harrington Faulkner hubiera vaciado el depósito después de volcarlo?

—No lo creo.

—En resumen, como usted personalmente no cree que pueda haber relación entre los dos delitos, dejó que esa prueba se perdiera, ¿no es eso?

—Lo diré de otro modo, señor Mason. En mi calidad de funcionario de la policía, debo tomar ciertas decisiones, cuya responsabilidad asumo por entero. Es evidente que no podemos tomar impresiones digitales de todo. Tenemos que detenernos en alguna parte.

—¿Y ese fue el punto en que se detuvieron ustedes?

—Sí.

—Por lo general, suelen ustedes tomar impresiones digitales en

los casos de robo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿No lo hicieron en este caso?

—No se trataba de un robo.

Mason enarcó las cejas.

—No se llevaron nada —afirmó el sargento Dorset.

—¿Cómo sabe usted que no se llevaron nada?

—No faltaba nada en la casa.

—¿Y cómo sabe usted que no faltaba nada?

—Lo sé —contestó Dorset alzando la voz con expresión irritada — porque no se ha presentado ninguna reclamación diciendo que le faltaba algo.

—El depósito fue instalado por Harrington Faulkner, ¿no?

—Así me lo dijeron.

—En consecuencia —continuó Mason—, la única persona que podía haber presentado una reclamación estaba muerta.

—No creí que se hubieran llevado nada.

—¿Había usted examinado el contenido del depósito antes de que fuera volcado?

—No.

—De modo que cuando usted sostiene que, a su juicio, no se habían llevado nada, se guía de una intuitiva y telepática...

—¡Me valgo de mi criterio! —exclamó Dorset a voz en grito.

El juez Summerville se apresuró a intervenir con acento plácido.

—¿Es muy importante esa pecera, caballeros? Es decir, ¿la defensa o la acusación tienen el propósito de relacionarla con el caso que nos ocupa hoy?

—La acusación no tiene tal propósito —anunció Medford rápidamente.

—La defensa, por el contrario, espera hacerlo —afirmó Mason.

—Bien —dijo el juez—. Permitiré una gran amplitud de criterio en el interrogatorio.

—No hacemos ninguna objeción —se apresuró a decir Medford—. Queremos conceder a la acusada la oportunidad de establecer cualquier hecho que pueda servir para aclarar el caso.

—Cuando entró usted en el cuarto de baño de la casa de Faulkner —preguntó ahora Mason al sargento—, ¿encontró usted algunos pececillos dorados en la bañera, sargento?

—Sí.

—¿Dos?

—Dos.

—¿Qué hizo con esos peces?

—Los sacamos de la bañera.

—¿Y después?

—Como no encontramos ningún sitio donde meterlos, los arrojamos con los otros.

—¿Por los otros entiende usted los que estaban en el suelo?

—Sí.

—¿No hicieron ninguna tentativa para identificar a los dos pececillos de la bañera?

—No les pregunté sus nombres —repuso sarcásticamente el sargento.

—¡Cuidado! —exclamó el juez en tono áspero, dirigiéndose a Dorset—. El testigo debe responder a las preguntas de la defensa sin la menor ironía.

—No, señor. Me limité a tomar nota de que dos pececillos habían sido encontrados en la bañera, y así quedó el asunto.

—¿Y en el suelo había unos pececillos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—No podría decirlo. Pero creo que las fotografías mostrarán la cantidad que pudiera haber.

—¿Una docena tal vez?

—Sí, yo diría que, poco más o menos, ésa debía de ser la cantidad.

—¿Había una brocha y una maquinilla de afeitar sobre el estante del lavabo?

—Sí. Pero ya lo he mencionado.

—¿Qué más había en ese sitio?

—Dos frasquitos de agua oxigenada, uno de los cuales estaba casi vacío.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Bien, ¿qué encontró usted en el suelo?

—Varios trozos de cristal roto.

—¿Hizo usted un examen de aquellos trozos de cristal con el fin

de determinar si primitivamente habían formado parte de algún objeto?

—Personalmente no. Pero creo que más tarde el teniente Tragg hizo reunir todos los trozos, formando así una pecera de forma esférica bastante grande.

—¿Ha dicho usted que en el suelo también había un talonario de cheques?

—Sí.

—¿Estaba cerca del cadáver?

—Bastante cerca.

—¿Puede usted describirnos su aspecto?

Medford se apresuró a intervenir.

—Señoría, me proponía introducir este talonario de cheques como prueba por mediación de otro testigo. Pero si la defensa desea interrogar a este testigo sobre el asunto, lo introduciré ahora mismo.

El fiscal presentó el talonario de cheques, el cual fue identificado por el sargento Dorset, siendo aceptado como prueba.

—Me permito llamar la atención de su señoría —empezó a decir Medford— sobre el hecho de que la última matriz del talonario... es decir, la última de la cual fue arrancado un cheque, lleva la fecha del día del asesinato, además de la cantidad de mil dólares anotada en el ángulo de la derecha, así como también parte de un nombre. El nombre propio está escrito en su totalidad, mientras que el apellido se encuentra a medio escribir. Sólo las primeras tres letras aparecen en el talón, y éstas son: G-r-i.

El juez examinó la matriz del talonario con gran interés.

—Bien —dijo—. El talonario será aceptado como prueba.

—Alguno de los peces que se encontraron en el suelo ¿estaba vivo cuando usted entró en el baño? —preguntó Mason al sargento.

—No.

—Para su información, sargento, le diré que cuando yo entré en el baño observé cierto movimiento en uno de los pececillos... y estuve allí, según creo recordar, diez o quince minutos antes de que apareciera la policía. Metí el pececillo en la bañera con mis propias manos y en apariencia revivió.

—Eso es algo que no tenía usted derecho a hacer —manifestó Dorset.

—¿No hizo usted ninguna prueba para asegurarse de si alguno de los otros pececillos vivía aún?

—No los examiné con el estetoscopio, si es eso lo que le interesa saber —replicó Dorset con acento sarcástico.

—Ahora bien, usted ha declarado que solicitó de la acusada que le acompañase a casa de James L. Staunton, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Habló usted con el señor Staunton?

—Sí, hablé con él.

—¿Y el señor Staunton le entregó a usted una declaración firmada por Harrington Faulkner?

—Es cierto.

Medford intervino de nuevo.

—Señoría, no es mi intención poner trabas en el desarrollo de este caso. Pero, a fin de cuentas, esto no es más que una sesión preliminar. La causa del interrogatorio no es otra que la de determinar si existe algún motivo razonable que permita deducir si la acusada asesinó o no a Harrington Faulkner. Si lo hay, entonces el tribunal deberá impelerla a contestar. Si no lo hay, el tribunal deberá poner en libertad a la presunta acusada. Pero creo que disponemos del suficiente número de pruebas sin necesidad de llevar el interrogatorio demasiado lejos. Esos detalles son por completo extraños al asunto que se debate aquí. No tienen la menor relación con el asesinato de Harrington Faulkner.

—¿Cómo sabe usted que no tienen nada que ver con el asesinato? —preguntó Mason.

—Bien, lo diré de otra forma para entendernos —replicó Medford—. No tienen nada que ver con la acusación. Podemos establecer la acusación mediante una irrefutable cadena de pruebas sin necesidad de tener que traer a colación todos esos detalles, completamente extraños al asunto.

—Señoría, conozco la ley y sé que también la conoce el tribunal —dijo a su vez Mason—. Pero me permito suplicar que, dadas las circunstancias que rodean el caso y el evidente misterio que lo envuelve, se me autorice a poner en evidencia todas las circunstancias que, según mi opinión, tienen gran importancia en relación con el asesinato de Harrington Faulkner. Sé muy bien que el tribunal no desea procesar a esta joven si podemos demostrar que

es inocente, pese a la posibilidad de que la acusación establezca de una manera técnica su derecho a acusarla. Sé asimismo que el tribunal desea que sea aprehendido el verdadero asesino, en el supuesto de que esta joven resulte realmente inocente. En consecuencia, creo mi deber sugerir a su señoría que, en vista de las circunstancias peculiares del caso, todos los hechos sean tenidos en cuenta en el sumario.

—No es necesario hacer constar todos los hechos —repuso con expresión airada Medford—. Sólo es preciso aportar las pruebas necesarias para convencer al tribunal de que existe un motivo razonable para suponer que la acusada es culpable.

—Ahí está precisamente la dificultad, señoría —afirmó Mason—. La acusación parece adoptar la actitud del que se entretiene con una especie de juego; supone que sólo es preciso aportar cierta cantidad de pruebas y que puede retener el resto de ellas como un avaro guarda sus tesoros, a fin de sorprender a la acusada con ellas el día de la vista de la causa. Tal vez sea ése el sistema para conseguir un gran número de veredictos de culpabilidad y una gran demostración de eficacia por parte de la oficina del fiscal del distrito. Pero opino que no es la forma de aclarar un misterio que nos tiene intrigados a todos.

—Para la policía no es ningún misterio —afirmó Medford con acento acerbo.

—Ya lo veo. Como su señoría ha podido comprobar por las palabras del sargento Dorset, éste ha reunido las pruebas que le parecieron necesarias para obtener la condenación de la acusada. En cambio, cualquier otra prueba que pudiera indicar la culpabilidad de alguna otra persona, no fue tomada en consideración. Dado que la acusada no estaba complicada en el otro delito, la policía no creyó que éste tuviera la menor relación con el asesinato de Harrington Faulkner.

El juez Summerville se apresuró a intervenir en la discusión.

—Sé que es un tanto irregular, pero me gustaría que el señor defensor me indicase los hechos generales relacionados con el caso.

—Protesto —exclamó Medford—. El procedimiento es irregular.

—Tan sólo he pedido a la defensa que haga una exposición general de su situación —dijo plácidamente el juez—. Tengo perfecto derecho a saber lo que piensa el abogado defensor antes de

aceptar una objeción de la acusación.

—Señoría, Harrington Faulkner poseía un par de peces de estimable valor —empezó a decir Mason—, peces que para él eran de mucho mayor valor del que se podría obtener en el mercado. Tales peces eran de una especie un tanto rara. Harrington Faulkner, por otra parte, tenía alquilada una parte de la casa donde estaba domiciliada la razón social Faulkner y Carson. La otra parte está ocupada por las oficinas de la sociedad mencionada. Faulkner había instalado en la oficina una pecera en la que conservaba esos dos peces que antes he mencionado. Él y Elmer Carson, el otro socio activo de la firma, se convirtieron de la noche a la mañana en enemigos mortales. Los peces padecían una enfermedad que casi siempre es fatal. Pero Tom Gridley, cuyo nombre ha sido mencionado en relación con el asunto que nos ocupa, poseía un remedio contra esa enfermedad. El muerto trató de apoderarse de la fórmula con la que Tom Gridley podía curar a los peces. Un tiempo antes del asesinato, Elmer Carson había presentado una querella judicial contra su socio, consiguiendo un mandamiento del juez en virtud del cual se impedía a Faulkner retirar la pecera de la oficina; en su demanda, Carson aducía que la pecera estaba adosada al edificio de tal modo que formaba parte integrante de él. Tengo entendido que Harrington Faulkner retiró los peces de la pecera antes de la vista de la causa a que he aludido. Faulkner retiró los peces, pero dejó la pecera en su sitio, llevándolos a casa de James Staunton. En vista de estas circunstancias, a todas luces anormales, y teniendo en cuenta que la acusada es amiga de Tom Gridley y solía ir a menudo a la tienda donde trabaja Gridley, tienda que Harrington Faulkner adquirió con el fin de apoderarse de la fórmula inventada por Gridley, afirmo, señoría, que todos esos detalles forman parte del caso que estamos debatiendo en este momento.

El juez hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Eso parece.

—Pues yo afirmo que debemos obrar de acuerdo con nuestros derechos —exclamó Medford furioso—. Nosotros no hicimos la ley, y observo que la defensa no vacila en aprovechar cualquier detalle técnico que pueda ayudarle en su menester. Existe la ley, y nuestro deber es atenernos a ella en todo.

—Cierto —exclamó el juez—. Precisamente estaba a punto de

hacer esa misma observación cuando el señor fiscal me interrumpió con sus comentarios.

—Pido disculpas al tribunal —dijo Medford con gran dignidad.

—Iba a decir —continuó el juez Summerville—, que, de acuerdo con la ley, la acusación sólo necesita aportar pruebas suficientes para demostrar que se ha cometido un crimen y que existen razones para suponer que la acusada lo cometió. Pero deseo hacer constar también que, dadas las circunstancias del caso y los incidentes peculiares y el misterio que parece envolverlo, una vez que la acusación haya formulado su alegato, el tribunal permitirá a la defensa que llame a los testigos que considere oportunos y les formule las preguntas que puedan servir para aclarar los hechos que el señor abogado defensor acaba de exponer al tribunal.

—Si me permite el tribunal, diré que tal procedimiento dará los mismos resultados. Todos los hechos extraños al caso serán traídos a colación.

—Si tienen algo que ver con el caso, me interesa oír todo lo que usted llama «hechos extraños».

—Lo que intento precisar es que el efecto será exactamente el mismo que si fueran mencionados ahora.

—¿Por qué hacer objeciones entonces? —preguntó el juez.

Mason habló al fin.

—Tan sólo me interesa la presentación de un documento que se encuentra en manos de la policía. Si es preciso, puedo llamar al sargento Dorset como testigo de la defensa y pedirle que presente ese documento.

—¿Qué relación puede tener ese documento con el asesinato de Harrington Faulkner? —preguntó Medford.

Una sonrisa apareció en los labios de Mason.

—Tal vez unas cuantas preguntas formuladas al sargento Dorset puedan aclarar algunos puntos del caso.

—Formule esas preguntas —dijo Medford—. Pregúntele si el documento tiene algo que ver con el caso. Le desafío a que le formule usted esa pregunta, Mason.

—Prefiero formularla a mi manera —replicó Mason, y volviéndose hacia el testigo, añadió—: Una vez que vio el cadáver del señor Faulkner, se dedicó usted a esclarecer el asesinato, ¿no?

—Eso es.

—¿Esclareció usted todos los detalles?

—Desde luego.

—Y en el transcurso de aquella noche interrogó usted a la acusada y también a mí sobre una entrevista que habíamos tenido con James Staunton. También nos preguntó si los dos peces que tenía en su poder el señor Staunton eran realmente los dos que el señor Faulkner había entregado al primero, y que fueron sacados de la pecera que se encontraba en la oficina de la sociedad, ¿no es cierto?

—En efecto, les formulé esas preguntas.

—¿Insistió usted para que le contestáramos?

—Creí que tenía perfecto derecho a que se me contestara.

—¿Por qué creyó usted que esa cuestión podía arrojar alguna luz sobre la identidad del asesino de Harrington Faulkner?

—Así me lo pareció entonces.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—No creo haber cambiado.

—¿Quiere decir eso que aún cree que las circunstancias que usted aclaró en relación con James Staunton tienen algo que ver con el asesinato de Harrington Faulkner?

—No.

—En ese caso, ha cambiado usted de opinión.

—Bueno, si he cambiado de opinión es porque ahora sé quién cometió el asesinato.

—Usted «cree» saber quién cometió el crimen.

—Sé quién cometió el crimen, y si usted deja de poner dificultades a nuestra labor, lo demostraremos.

—¡Silencio! —gritó el juez—. El señor abogado defensor está interrogando al testigo con el propósito, según me parece, de poner en evidencia que la policía no ha obrado imparcialmente.

—Exacto, señoría.

—Continúe interrogando al testigo.

—¿Exigió usted a la acusada que le acompañase a casa de James L. Staunton?

—Sí.

—¿No había sido usted informado por la señorita Madison y por mí de todos los detalles que conocíamos sobre la posesión de los peces por Staunton?

—Creo que sí. Ustedes me dijeron que esos detalles eran todo lo que conocían.

—Exacto. Y en aquel momento le parecieron lo suficientemente significativos como para ir a comprobarlos, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Yo no he cambiado de opinión.

—¿Le entregó James L. Staunton una declaración escrita y firmada por Harrington Faulkner?

—Sí.

—Deseo que esa declaración sea presentada como prueba —declaró Mason.

—Protesto —exclamó Medford—. Las preguntas no están de acuerdo con el procedimiento. No forman parte del asunto ni hacen al caso.

—Las preguntas no están de acuerdo con el procedimiento —declaró el juez—. La protesta es aceptada en ese sentido.

—Eso es todo —concluyó Mason.

El juez sonrió.

—El testigo permanecerá en la sala y si tiene en su poder algún documento que haya recibido de James L. Staunton en relación con los peces que pertenecieron a Harrington Faulkner, lo tendrá a punto para presentarlo al tribunal cuando sea llamado como testigo de la defensa.

—Eso será como dar la vuelta al codo para llegar al pulgar —manifestó Medford en tono resentido.

—Al parecer, no le gusta a usted llegar al pulgar por el camino más corto —manifestó el juez—. El tribunal no desea ser demasiado severo con la acusación. Pero si un acusado dispone de alguna prueba en la vista preliminar que pueda servir para aclarar el caso o arroje alguna luz sobre el delito cometido, este tribunal desea conocerla. Y el tribunal seguirá actuando del mismo modo. Llame al testigo siguiente.

De mala gana, con expresión hosca, Medford llamó al funcionario que había tomado las fotografías del cadáver y del cuarto de baño. Una por una fueron presentadas las fotografías, que el juez examinó con atención.

A las once y media, Medford dijo a Mason:

—Ya puede usted interrogar al testigo.

—Estas fotografías fueron tomadas por usted en la casa del crimen, y muestran el estado en que ésta se encontraba cuando llegó usted al lugar del crimen, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Usted no sólo actuó de acuerdo con su oficio de fotógrafo, sino que también vio las cosas que fotografió, ¿verdad?

—Naturalmente que las vi.

—Y, por lo tanto, es testigo de lo que vio, ¿no?

—Por tal me considero.

—Bien; entonces estas fotografías pueden servir para refrescar su memoria en relación con las cosas que vio usted en la escena del crimen.

—Sí, señor.

—Fije su atención en esta fotografía —dijo a continuación Mason, entregando al testigo una de las fotografías—. Quisiera que me dijera usted si observó una cazuela de barro que había en la bañera. Creo que aparece en esta fotografía.

—Sí, señor, la vi. Se trataba de una cazuela de unos dos litros de capacidad y estaba colocada de lado dentro del agua.

—¿Vio si había dos pececillos dentro de la bañera?

—Sí, señor.

—¿Había tres revistas en el suelo?

—Sí, señor.

—¿Reparó usted en la fecha de esas revistas?

—No.

Medford intervino en el diálogo que sostenían el testigo y el abogado defensor.

—Señoría, las revistas que acaba de mencionar el defensor fueron marcadas con el mayor cuidado a fin de poderlas identificar, y se encuentran en poder de la acusación. Confío, sin embargo, en que el señor abogado defensor no hablará en serio al decir que esas revistas tienen algo que ver con el asesinato de Harrington Faulkner.

—Señoría —se apresuró a contestar Mason—, soy de la opinión que esas revistas, contrariamente a lo que piensa la acusación, pueden tener una gran importancia en el caso que nos ocupa.

—Bien, no perdamos el tiempo discutiendo —dijo Medford—.

Las revistas serán presentadas.

—¿Sabe usted cuál de las revistas era la que estaba encima?

—Lo ignoro —repuso Medford—, como tampoco sé qué pececillo tenía la cabeza hacia el sur y cuál hacia el norte. Según tengo entendido, la policía aclaró todos los detalles importantes del caso, llegando a una conclusión tan lógica que no puede ser puesta en tela de juicio. Esto es todo cuanto sé y todo lo que me importa saber.

—Eso parece —repuso Mason con sequedad.

Las mejillas de Medford enrojecieron, mientras el juez, dirigiéndose a Mason, dijo:

—¿Sostiene usted que la posición de las revistas tiene un determinado significado?

—Sí, señoría —contestó Mason—. Y estoy seguro de que si el acusador las presenta, podremos examinar las fotografías con una lente y deducir la posición aproximada en que se encontraban. Así sabremos cuál de ellas estaba colocada encima de las demás. La fotografía que ahora tengo en la mano lo señala con bastante claridad.

—Muy bien —exclamó Medford—. Presentaremos las revistas.

—¿Las tiene en la sala?

—No, señoría. Pero puedo presentarlas después del almuerzo, si el tribunal desea levantar la sesión.

—Conforme —manifestó el juez—. Se levanta la sesión hasta las dos de la tarde.

Los espectadores que habían asistido a la vista produjeron los acostumbrados ruidos, mezclados con comentarios hechos en voz baja. Mientras tanto, sin dirigir una sola palabra a Mason, Sally Madison se puso en pie y esperó tranquilamente a que los policías la escoltaran hasta la celda.

XVII

Mason, Della Street y Drake almorzaron en un restaurante próximo al Palacio de Justicia, lugar donde solían comer con frecuencia cuando andaban atareados con algún proceso. El dueño del establecimiento los conocía de antiguo y siempre les destinaba un pequeño comedor reservado.

Una vez sentados. Drake, a guisa de comentario, dijo:

—El asunto marcha bien, Perry. Ha conseguido usted interesar en él al juez.

—Ha sido una gran suerte para nosotros que Summerville estuviera de turno —repuso Mason—. Algunos jueces prefieren liquidar las audiencias preliminares lo antes posible. Piensan que no hay motivo para inquietarse, puesto que los acusados serán juzgados en definitiva ante un jurado, así que apresuran el procedimiento, conminan a contestar a todas las preguntas y allí termina para ellos el asunto. Summerville es de opinión contraria. Comprende que la obligación del tribunal es proteger los derechos de los ciudadanos durante todas las etapas del proceso, y cree que la obligación de la policía es investigar y perpetuar todas las pruebas mientras se mantienen frescas. Por las conversaciones que he sostenido con él en privado, sé que no ignora la costumbre que tiene la policía de investigar un caso hasta que está en condiciones de poder elegir a un presunto culpable, dando de lado, a partir de ese instante, cualquier prueba que no coincida con la opinión que se han formado.

—¿Y qué puede usted hacer? —inquirió Della—. ¿Se atreverá a presentar todas las pruebas y a llamar a los testigos como testigos de la defensa?

—No me atrevo a hacer otra cosa —contestó Mason.

—¡Oh! —exclamó Drake—. A mi entender, Sally Madison le ha mentado. En su declaración escrita hay varias falsedades. Mintió a la

policía y le mintió a usted, y sigue mintiendo ahora.

—Los clientes son todos humanos... incluso los inocentes —murmuró Mason.

—Pero ésa no es razón que le autorice a traicionar a sus propios abogados —exclamó el detective con calor—. Le aseguro que yo no me mostraría tan complaciente con ella.

—Escuche usted, Paul —dijo Mason—. Estoy tratando de mostrarme liberal en mis ideas. Me esfuerzo en imaginar cómo pudieron suceder las cosas.

—Conforme. Pero esa joven le ha mentado por lo menos en una cosa. El dinero no se lo dio Genevieve Faulkner.

—Yo no he dicho que eso fuera verdad —observó Mason sonriendo.

—No necesita usted decirlo para que yo llegue a conclusiones por mi propia cuenta —replicó Drake con altivez—. Sally sacó el dinero del maletín y tiene escondidos los otros veintitrés mil dólares en alguna parte.

—Bien, puesto que estamos considerando esas discrepancias, podríamos considerar algunas otras, no menos importantes —dijo Mason—. No acierto a comprender por qué la señora Faulkner esperó en su coche a que llegásemos Sally y yo, salvo que le hubieran anunciado nuestra visita. En este supuesto, nadie sino Staunton pudo hacerlo. Si he de ser sincero, debo decir, Paul, que me siento muy complacido de la forma en que se están desarrollando las cosas. Con su manera de obrar, Medford ha caído en mis manos. Ha presentado las cosas de tal forma que puedo hacer sentar en el sitio de los testigos a Staunton o a otro cualquiera de los testigos hostiles como testigo de la defensa y hacerles preguntas a mi manera. El juez Summerville lo permitirá. Y eso puede proporcionarme la oportunidad de interrogar a Staunton sobre la llamada telefónica.

—Bien. Pero aunque consiguiera usted demostrar que Jane Faulkner había estado antes en la casa y descubierto el cadáver, saliendo luego a la calle para esperar sentada en su automóvil a que se presentara usted, fingiendo luego un ataque de nervios, no acierto a ver lo que ganaría usted con ello —manifestó Drake.

—Si se me presenta la ocasión de sacrificarla, no dudaré ni un segundo en hacerlo —repuso Mason—. Usted sabe tan bien como yo

que mintió al afirmar que había pasado la tarde y la noche con Adele Fairbanks. Tuvo la habilidad de poner una venda sobre los ojos del sargento Dorset. Fingió sentirse enferma y sufrir tanto por la muerte de su esposo, que era de todo punto necesario que la acompañara una amiga. Entonces llamó a una en quien sabía que podía confiar para que corroborase todo lo que ella dijera. Y mientras Dorset se encontraba en casa de Staunton con Sally Madison, Jane Faulkner y Adele Fairbanks preparaban la coartada del cine. El teniente Tragg jamás hubiera permitido que le jugasen esa mala pasada.

—Desde luego —contestó Drake—. Y nosotros hemos sido los perjudicados.

Evidentemente —dijo Mason—, alguien debió de andar en el baño dos o tres horas más tarde de haberse cometido el crimen.

—¿Lo dice usted por el pececillo dorado? —preguntó el detective.

—Sí —replicó Mason.

—Tal vez cayera en una parte del piso más baja, en la que debió juntarse el agua, y esto le proporcionó un poco de oxígeno durante algún tiempo.

—Es posible —admitió Mason, quien añadió—: Mas hay una probabilidad contra mil de que haya ocurrido nada semejante.

—Soy de la misma opinión, Perry.

—Si por un lado tenemos en cuenta que alguien debió de estar en el cuarto de baño, y por el otro sabemos que Jane Faulkner esperaba oculta nuestra llegada, sólo cabe una conclusión.

—No comprendo lo que usted puede ganar si consigue demostrar que esa señora mintió al asegurar que no había entrado en su casa. Sea lo que fuere, su marido debía de estar muerto a esa hora —manifestó el detective.

—A mi cliente le cargaron todas las culpas porque dijo unos cuantos embustes —afirmó Mason—. Me gustaría sobremanera poder demostrar que alguien más ha mentido en este asunto. Pero todo esto nos lleva como de la mano a Staunton y a la circunstancia de que debió de telefonar a la señora Faulkner anunciándole nuestra visita.

—Tengo alguien trabajando en ese sentido, Perry —dijo Drake—. No le molestaré con los detalles, pero me dije que sólo existía un

medio de comprobar si, en efecto, Staunton había hecho la llamada.

—¿Cómo quiere averiguarlo?

—Por medio de su esposa. Y ya he averiguado algunos detalles.

—Siga —pidió Mason con repentino interés—. ¿Qué ha averiguado y cómo lo ha conseguido?

—Sólo había un medio —afirmó Drake— y éste era colocar en la casa una mujer que pudiera desempeñar el papel de criada y al mismo tiempo sonsacar a la señora Staunton. Como lo pensé, lo hice. La señora Staunton se siente encantada con su nueva sirvienta. Afirma que es la mejor muchacha para todo que ha tenido en su vida —y al decir esto Drake sonrió—. Lo que ignora es que la persona que le hace todos los servicios de la casa es una detective femenina que cobra doce dólares al día y que cuando consiga los informes que anda buscando, la dejará plantada, con la cocina llena de platos sucios.

—¿Tiene alguna noticia de la llamada telefónica? —preguntó Mason.

—Nada en absoluto por ahora —contestó Drake.

—Que siga husmeando —dijo Mason—. Es lo más importante del caso.

El detective consultó su reloj y dijo:

—Voy a llamarla ahora, Perry. Allí suponen que soy su novio. Pero la señora Staunton está tan encantada con los servicios de su nueva criada, que no hace la menor objeción cuando llama por teléfono el novio de la chica. Es muy posible que no pueda hablar conmigo, aunque creo que hoy estará sola todo el día. Staunton anda rondando por el centro, en espera de que le llamen a declarar, y es muy posible que la señora haya salido. Voy a llamar a la criada.

El detective retiró la silla y salió al comedor principal, donde se encontraba el locutorio telefónico.

Al quedarse solos, Mason se volvió hacia su secretaria.

—¿No sabe usted, Della, que si no fuera por el elemento tiempo podríamos ganar este asunto sin el menor esfuerzo?

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—Recuerde la forma en que el fiscal del distrito ha seguido todos los movimientos de Faulkner hasta el instante de su muerte. Comenzaron a las cinco, cuando fue al Banco, y le han seguido a

partir de ese momento. Desde el Banco a la tienda de animales, desde allí a casa del químico, de la casa del químico a la suya propia, y sólo le conceden el tiempo justo para que se quite la americana y la camisa antes de que suene la llamada telefónica del que le esperaba en el banquete, hora en que oyen a Faulkner arrojar fuera de su casa a Sally Madison. En ese instante tiene prisa por afeitarse, vestirse e ir al banquete. Evidentemente no ha permanecido en su casa más de cinco o seis minutos. Está vestido a medias, ha abierto el grifo del agua caliente del baño, y después de enjabonarse la cara, se ha afeitado y dejado la maquinilla sobre el estante del lavabo. ¡Lástima, Della! Si no fuera por la huella digital del maletín... ¡Cómo me gustaría poder demostrar que alguien entró en la casa después de salir Sally Madison y apretó el gatillo del revólver!

—¿Cree usted que Sally se apoderó de la bala? —preguntó de súbito la joven.

—Así debió de ser. Yo ya lo suponía antes de hablar con ella en la cárcel. Estaba convencido de que era ella la que había sacado la bala de la pecera.

—¿Y no cree que pudiera buscarla por encargo de Carson?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues porque Carson ignoraba que habían sacado la bala de la pecera.

—¿En qué se funda usted para decir eso?

—En que Carson debió de ser el que llevó a cabo la última y desesperada tentativa para recobrarla —contestó Mason—, sacando el agua del tanque y volcándolo luego. Debió de hacerlo precisamente la noche en que asesinaron a Faulkner. Vamos a estudiar todos los detalles en forma ordenada. El que representemos a un cliente que nos miente y que nos ha metido en un lío mayúsculo no debe influir sobre nosotros. Desechemos toda inquietud y utilicemos nuestros cerebros como máquinas de razonar.

—Por más que razone usted —objetó Della Street—, volverá siempre al punto vital del caso, esto es, que Sally Madison fue la que abrió el maletín y sacó el dinero, la que arrojó el maletín debajo de la cama y la que llevaba en su poder parte de los

veinticinco mil dólares.

El abogado empezó a tablear sobre la mesa. Instantes después entraba Drake en el pequeño comedor.

—¿Alguna noticia buena, Paul? —preguntó Mason al ver al detective.

—Mi agente está sola en la casa, tal como suponía. Todos se marcharon antes de las nueve. Naturalmente, se ha dedicado a su tarea.

—¿Lo ha registrado todo?

—Eso es lo que ha hecho, y ha descubierto algunas cosas interesantes, aunque ninguna parece sorprendente.

—¿Qué cosas ha descubierto?

—Al parecer, Faulkner intervenía con su capital en ciertos negocios mineros de Staunton.

Mason hizo un gesto de asentimiento.

—Desde el principio supuse que Faulkner debía de ejercer cierta influencia sobre Staunton. De no ser así no le hubiera llevado los peces y ordenado lo que debía hacer con ellos. El que Staunton hiciera los seguros de la firma no tiene tanta importancia como para que Faulkner pudiera manejarle a su capricho. Cierto que Staunton podría haber hablado de esto cuando habló conmigo. Pero debió de pensar que no era cuestión mía, y sólo me habló de los seguros.

—Algo de lo que me dijo mi agente me tiene preocupado —anunció Drake.

—¿Qué es ello?

—Mientras anoche hablaba con la señora Staunton, pudo averiguar que la noche del asesinato el teléfono de la casa estaba descompuesto. Tan sólo funcionaba el que Staunton tiene en su despacho.

—¿Está usted seguro de ello, Paul?

—Al menos eso es lo que la señora Staunton dijo. Esa señora sostiene que aquella noche tuvo que bajar al despacho cada vez que se le ocurría telefonear a alguien. Habló de ello porque no le gustan los peces y le hacía muy poca gracia tener que entrar cada vez en la habitación donde estaban colocados. Afirmó que le producían escalofríos sentirse mirada por aquellos ojos saltones. Dijo que el teléfono del piso superior estaba descompuesto, no habiéndolo arreglado la compañía hasta la mañana siguiente. En cambio, el del

despacho estaba en perfectas condiciones de funcionamiento.

—Escuche, Paul. ¿Supone usted que Staunton haya sido lo suficientemente listo como para adivinar lo que hice cuando me acerqué a la ventana, aparté las cortinas y permanecí mirando hacia el exterior?

—No lo sé —contestó el detective—. ¿Cuánto tiempo estuvo usted vigilando desde fuera, Perry?

—Unos cuatro o cinco minutos. Staunton regresó al despacho y permaneció mirando los peces. Parecía pensar en algo. A poco se acercó a la puerta y apagó la luz. Estuvimos esperando algunos minutos. Desde luego pudo engañarnos deliberadamente. Estaba seguro de que si pensaba llamar a alguien, lo haría inmediatamente.

—Bueno, sabemos que la señora Faulkner estaba fuera, vigilando la puerta de su casa —afirmó el detective—. Y usted debe de estar poco menos que convencido que ella tiró al suelo la pecera diez o quince minutos antes de que llegara usted.

—Debemos tener presente —contestó Mason— que los demás pececillos estaban muertos, Paul. Sólo el que yo recogí tenía vida aún.

—Bien, como usted guste —replicó Drake—. Uno de los pececillos estaba vivo. Alguien debió de colocarlo en el suelo.

En tono reflexivo, Mason murmuró:

—Un fragmento curvado de la pecera contenía aún un poco de agua. Recuerdo que lo observé entonces y lo he vuelto a ver de nuevo en una de las fotografías presentadas al tribunal. Ahora yo me pregunto si el pececillo no estaría en el fragmento de la pecera que contenía un poco de agua y luego saltó fuera.

—Eso querría decir que la pecera pudo ser derribada con bastante anterioridad —observó Drake—. Acaso en el momento en que asesinaron a Faulkner, entre las ocho y cuarto y las ocho y veinte.

—Me gustaría averiguar si un pez puede vivir tanto tiempo en tan poca cantidad de agua.

—¡Que me aspen si lo sé! —replicó Drake—. ¿Desea que busque un pececillo dorado y haga la prueba?

—Creo que sería muy interesante —repuso Mason.

—Conforme. Voy a telefonar a la oficina para que hagan la prueba.

Mason consultó su reloj.

—Bien —exclamó—. Creo que ya es hora de volver a recibir golpes. Probablemente el teniente Tragg ocupará esta tarde el banquillo de los testigos, y todos sabemos que es un hombre muy hábil y listo. ¿Tiene mucha importancia el negocio minero de Staunton?

—Lo ignoro, Perry —repuso el detective, a la vez que abría la puerta del comedor—. Es posible que esta misma tarde consiga algunos informes más sobre el asunto.

—Creo que no me hubiera gustado tener a Faulkner por socio en un negocio minero —dijo Della Street.

—Ni en ningún otro negocio —contestó Drake.

Los tres echaron a andar hacia el Palacio de Justicia, y cuando a las dos en punto el juez Summerville volvió a reanudar la sesión, Ray Medford empezó a decir con gran dignidad:

—Deseo hacer constar que entregamos a la defensa tres revistas que fueron encontradas sobre el piso del cuarto de baño donde se cometió el asesinato. Luego de haber observado con la mayor atención, ayudados por una lente, las fotografías tomadas, podemos declarar que las revistas que ahora entregamos al señor abogado defensor están colocadas en el mismo orden en que fueron encontradas.

Mason cogió las tres revistas de manos del fiscal y dijo:

—Me permito llamar la atención del tribunal sobre la revista de encima. En ella puede verse una mancha de tinta de forma circular. Es un número de fecha actual, mientras las otras dos son ejemplares atrasados.

—¿Cree usted que ese detalle tiene algún significado especial? —inquirió Medford.

—Sí —contestó Mason.

Pareció como si Medford fuera a hacer otra pregunta. Pero se contuvo y permaneció observando a Mason en silencio, mientras el abogado defensor iba volviendo las páginas de la revista una a una.

—Nuestro próximo testigo será el teniente Tragg —anunció Medford—, y...

—¡Un momento! —exclamó Mason con repentina excitación—. Desearía que tanto el tribunal como el señor fiscal tomaran nota de este cheque que acabo de descubrir entre las páginas de la revista

que se encontraba encima de las otras dos, un cheque en blanco en el que no hay nada escrito y que pertenece al Seaboard Mechanics National Bank.

El juez pareció muy interesado en el descubrimiento.

—¿Ese cheque en blanco se encontraba entre las páginas de la revista, señor Mason?

—Sí, señoría.

El juez fijó la mirada en Medford.

—¿Lo había visto usted ya, señor fiscal?

—Creo que alguien habló de un señalador que había entre las páginas de una de las revistas —repuso Medford con indiferencia.

—¿Un señalador? —repitió Mason.

—Si es un señalador —dijo el juez—, sería interesante anotar entre qué páginas se encontraba.

—Entre las setenta y ocho y setenta y nueve —afirmó Mason—, cuyo texto parece ser la continuación de un cuento de amor.

—Tengo el convencimiento de que ese detalle carece de valor —opinó Medford con gran indiferencia—. No es más que un cheque en blanco que fue utilizado para señalar las páginas de la revista.

—Un segundo, por favor —pidió Mason—. ¿Se ha hecho algo para tomar las huellas digitales que puedan existir en el cheque?

—No, en absoluto.

—Señoría, deseo que este cheque sea examinado por sí hay en él huellas digitales —pidió Mason al tribunal.

—Puede hacerlo usted mismo —masculló Medford.

En los ojos de Mason brillaba la excitación que le poseía. Pero la mucha experiencia que había adquirido en las mil batallas libradas ante los tribunales de justicia, le permitió hablar sin el menor signo de emoción, con aquella claridad y precisión que siempre le ganaba la atención de la sala, sin necesidad por su parte de elevar la voz.

—Me permito hacer notar a su señoría —continuó— que en el extremo inferior izquierdo del cheque hay adherido un trozo de papel de forma triangular. El cheque fue arrancado del talonario siguiendo la línea perforada que lo unía a la matriz. Pero en la parte inferior la línea de separación se corrió hacia un lado quedando adherido al cheque un trozo de la matriz de forma triangular.

—Eso me ocurre a mí la mayoría de las veces —comentó Medford con ironía—. Quiere decir simplemente que el cheque fue

arrancado de la matriz apresuradamente y...

—No sé por qué me parece que el señor fiscal no ha conseguido captar todo el significado de ese detalle —replicó Mason—. Si el tribunal se digna examinar el talonario de cheques que fue presentado a su debido tiempo como una de las pruebas, y en el cual hay una matriz con la cantidad de mil dólares y el nombre «Tom» seguido de las letras «G-r-i», comprobará que del extremo inferior derecho falta un trozo de papel de forma triangular. Se me ha ocurrido la idea de que se podría unir este cheque con esa matriz y ver si es el que le corresponde.

Medford pareció súbitamente consternado.

—Veamos el cheque —dijo el juez con acento brusco.

—Permítame suplicarle, señoría —dijo Mason—, que toque el cheque con el mayor cuidado posible y lo coja solamente por una esquina, para evitar que si hay impresiones digitales...

—Claro, claro —masculló el juez.

Llevando el cheque cogido por un ángulo, Mason se acercó al estrado del juez, el cual cogió el talonario presentado como prueba. Una vez en su mano, unió el cheque con la matriz mientras Mason y Medford miraban la operación por encima del hombro del juez. El interés del juez por lo que estaba haciendo era evidente.

—Concuerda perfectamente —declaró al cabo—. Este cheque pertenece a esa matriz.

—Eso significa sencillamente... —empezó a decir Medford.

—Significa sencillamente que hay una probabilidad entre diez millones de que las líneas irregulares y dentadas de este trozo de papel coincidieran con la matriz del talonario si el cheque no hubiera sido arrancado de ella —afirmó el juez con acritud.

—Por consiguiente, ahora se comprueba —se apresuró a decir Mason— que la víctima empezó a llenar la matriz de un cheque con el fin de dejar constancia de un pago de mil dólares efectuado a Tom Gridley. Sin embargo, arrancó el cheque adherido a la matriz y lo colocó entre las páginas de esta revista, de lo cual podemos deducir que el muerto no tenía intención de llenar el cheque, sino tan sólo la matriz, haciendo constar de este modo que había extendido un cheque a favor de Tom Gridley.

—¿Con qué objeto podría haberlo hecho? —preguntó el juez a Mason.

—Señoría, la acusación es la que presenta el caso; por lo tanto, dejaré que sea ella la que responda a esa pregunta —contestó Mason—. Cuando sea la defensa la que presente el caso, entonces trataremos de justificar las pruebas que presentemos. Mientras tanto, me permito sugerir que la acusación explique sus pruebas.

—Yo no he presentado esa prueba —replicó Medford con marcada impertinencia.

—Pues debería de haberlo hecho —dijo ásperamente el juez—, y la prueba constará en el sumario aunque tenga que hacerlo el tribunal por su propia cuenta. Pero, en primer lugar, entregaremos ese cheque a un perito en huellas digitales con el fin de que vea si descubre alguna en él.

—Me permito sugerir que el tribunal nombre a su propio perito —dijo Mason—. No es que la policía sea incapaz de hacerlo, pero podrían obrar con parcialidad.

—El tribunal nombrará a su propio perito —anunció el juez—. Se suspende la sesión durante diez minutos. Voy a ponerme en comunicación con un perito en huellas digitales para ver si consigue encontrar algunas en este cheque. Mientras tanto, el alguacil lo custodiará. Sugiero que se prenda un alfiler en uno de los extremos con el fin de poderlo manejar sin tener que echar a perder las impresiones que puedan quedar en él.

El juez puso todo su énfasis en las palabras «que puedan quedar en él», como si quisiera dejar constancia de su irritación ante el hecho de que la policía no hubiera prestado la debida atención a aquella prueba en el momento en que aún era posible descubrir en el papel alguna huella reveladora.

El juez salió con toda dignidad, dejando a Medford en completa libertad para sostener una conversación en voz baja con el sargento Dorset y el teniente Tragg. Saltaba a la vista la cólera y la irritación que dominaban al sargento. En cambio, Tragg se mantenía sereno, no obstante parecer intrigado y preocupado por los nuevos acontecimientos.

Paul Drake y Della Street se acercaron a Mason.

—Parece que vamos teniendo suerte —murmuró el detective.

—¡Ya era hora! —exclamó Mason—. Les juro que el caso se presentaba bastante feo.

—Pero ¿qué significa eso del cheque, Perry?

—Sinceramente, lo ignoro —contestó el abogado—. Supongo que no habrá la menor duda de que lo escrito es letra de Faulkner.

—Sé que hay un perito calígrafo que estaría dispuesto a jurar que sí lo es —afirmó Drake.

—¿Es bueno?

—De primera.

—Lo que no alcanzo a comprender —dijo Della Street— es por qué razón llenó la matriz y arrancó el cheque. Ya sé que Faulkner era capaz de todo, y posiblemente su intención era hacer constar que había entregado a Tom Gridley un cheque de mil dólares.

—No tiene la menor importancia que en sus libros hubiera hecho constar que había entregado a Tom Gridley veinte cheques de mil dólares. Hasta que Gridley no cobrara el cheque en el Banco no habría pago. Pero aquí tenemos algo más profundo de lo que a primera vista parece... algo que yo he pasado por alto.

—Acabo de enterarme de algo, Perry —susurró Drake—. No sé si nos podrá servir. Pero alrededor de las ocho y treinta de la noche del crimen, alguien llamó por teléfono a Tom Gridley. El que llamó dijo al joven que deseaba hablarle de negocios, pero se negó a dar su nombre. Dijo que quería hacerle una o dos preguntas, añadiendo que sabía que tenía pendiente con Faulkner una cuestión de dinero y que Faulkner le había ofrecido setecientos cincuenta dólares con el fin de solventar el asunto definitivamente.

Un relámpago de interés brilló en los inteligentes ojos de Mason.

—Siga, Paul. ¿Qué contestó Gridley?

—Que no tenía ningún interés en discutir sus asuntos con un desconocido. Pero el otro le aseguró que deseaba hacerle un favor, que quería saber si estaría dispuesto a liquidar el asunto a cambio de mil dólares.

—¿Y...?

—Tom, que se sentía muy enfermo e irritado, repuso que si Faulkner le entregaba un cheque de mil dólares antes de las doce del día siguiente, estaba dispuesto a arreglar el asunto de una vez. Dicho esto, colgó el teléfono y volvió a meterse en la cama...

—¿A quién ha contado todo eso? —preguntó Mason.

—A la policía. No ha ocultado nada, y la policía se ha mostrado muy amable con él. Al principio trataron de relacionar esa conversación con el cheque de mil dólares. Creyeron que alguien

había actuado como intermediario, teniendo ya en su poder el cheque de mil dólares firmado por Faulkner, y que trataba de arreglar el asunto.

—Pero ¿por qué razón? —inquirió Mason.

—No lo sé, Perry.

—¿La conversación telefónica se celebró a las ocho y media?

—He aquí el inconveniente con que tropezamos. Gridley estaba en la cama con fiebre. Se sentía muy nervioso por el altercado que había tenido con Faulkner y por lo de la compra de la tienda. Estaba semidormido y no vio la hora que era, aunque algo más tarde, después de haber reflexionado sobre el asunto, consultó su reloj: eran poco más o menos las nueve menos diez. Supone que la llamada debió de efectuarse una media hora antes de que él mirara el reloj... No es muy exacta esa manera de precisar la hora. Posiblemente serían las ocho y veinte o más tarde cuando le llamaron. Pero lo cierto es que Gridley jura que no fue antes de las ocho y cuarto, pues consultó su reloj a las ocho, habiendo permanecido despierto algunos minutos antes de quedarse dormido. Esto es todo lo que sé, Perry. La policía no le concedió mucha importancia al ver que no les era posible relacionar ese detalle con el cheque de mil dólares, sobre todo, porque el muchacho no estaba muy seguro de la hora en que recibió la llamada.

—¿No fue Faulkner el que llamó?

—Al parecer, no. Tom dice que se trataba de la voz de un desconocido. El que fuera hablaba en tono autoritario, como si supiera perfectamente lo que se hacía. Gridley supuso que podía tratarse de algún abogado a quien Faulkner había consultado.

—Es muy posible —murmuró Mason—. ¿Por qué no podría tratarse de un abogado? La conversación debió de verificarse poco más o menos a la hora en que fue asesinado Faulkner.

Drake asintió con un simple gesto y añadió:

—También pudo ser alguien que creyera tener una oportunidad de solventar las cosas, alguien consultado por la esposa, o bien un individuo a quien Carson pudo haber pedido que interviniera en la cuestión.

—Me gusta más la teoría de la esposa —exclamó Mason en tono pensativo—. Está más de acuerdo con su carácter. ¡Santo Cielo! Por fuerza tuvo que ser alguien consultado por la esposa. ¡Cuánto me

gustaría saber dónde pasó ella la tarde del crimen!

—Tengo algunos hombres que andan haciendo averiguaciones en tal sentido, Perry —contestó Drake—. Pero hasta el momento no han conseguido husmear nada. El sargento Dorset concedió a esa señora la oportunidad de prepararse la coartada y la policía la acepta ahora sin el menor reparo.

—Le apuesto lo que quiera, Paul, a que Tragg olfatea algo raro —afirmó Mason.

—Pues si es como usted dice, crea que lo disimula a las mil maravillas —repuso el detective—. No pensará levantar un revuelo de mil demonios en su departamento porque el sargento Dorset haya permitido que le engañara una mujer con el achaque de que padecía un ataque de nervios y necesitaba compañía. Comprenda usted, Perry. Si la señora Faulkner hubiera dicho que deseaba salir y ver a una amiga antes de que Dorset la interrogara, todos se hubiesen echado a reír en sus mismas narices y luego le habrían aplicado el tercer grado. Pero ella afirmó muy seria que se sentía mal, salió al pórtico trasero y fingió que vomitaba. Inmediatamente empezó a dejarse dominar por los nervios, y Dorset sintió tales deseos de quitársela de encima hasta que diera fin a su investigación, que cuando ella le dijo que necesitaba la compañía de una amiga, se apresuró a autorizarla para que la llamara.

Mason movió la cabeza.

—Ahora se me ocurre una idea, Paul —exclamó Mason—. Creo que... Pero allí aparece el juez. Al parecer, ha tomado el asunto por su cuenta. Apuesto a que a partir de ahora nos proporcionará todas las facilidades que sean precisas. No hay duda de que está indignado con la policía.

El juez ocupó su sillón, declaró abierta la sesión de nuevo, y empezó a decir:

—Caballeros, el tribunal ha tenido a bien llamar a uno de los mejores peritos en huellas digitales para que examine ese cheque y vea si descubre alguna huella que pueda ser de interés para el asunto que nos ocupa. ¿Desean ustedes mientras tanto seguir con el interrogatorio? En vista de lo ocurrido, el tribunal está dispuesto a conceder un aplazamiento a la defensa en el caso de que así lo requiera la acusada.

—Creo que no será necesario —repuso Mason—. De momento

no. Más adelante, a medida que se vayan presentando las pruebas, tal vez...

—No estoy conforme —se apresuró a decir Medford—. El abogado defensor desea que nosotros presentemos nuestro caso y mostremos las pruebas que poseemos, para luego, en cualquier momento, cuando así lo desee la acusada, pedir un aplazamiento de la vista. Soy de opinión que ésta debería suspenderse hasta que se hayan tomado las huellas digitales que puedan existir en ese cheque.

Pero el juez replicó con acritud:

—El tribunal se ha permitido hacer un ofrecimiento a la defensa. No creo, en cambio, que la acusación tenga el menor derecho a solicitar un aplazamiento de la vista cuando ha dejado que una prueba tan importante como la del cheque se le escapara casi de entre las manos, y seguramente hubiera pasado inadvertida de no ser por la intervención del abogado defensor. Continúe, señor Medford.

El fiscal encajó la reprimenda del juez lo más elegantemente que le fue posible.

—Señoría —repuso—, yo me limito a presentar el caso tal y como lo ha preparado la policía. No es obligación mía...

—Comprendo, comprendo —dijo el juez interrumpiéndole—. La culpa es de la policía. Pero, por otro lado, indudablemente no es obligación del abogado defensor presentar pruebas que han sido pasadas por alto tanto por la policía como por la acusación. Sin embargo, esto no hace al caso ahora. El señor Mason ha dicho que no desea el aplazamiento de la vista por ahora, y el tribunal afirma con toda energía que está dispuesto a conceder al abogado defensor un aplazamiento razonable en el momento que crea que se puede ocasionar un perjuicio a la acusada, si se prosigue el interrogatorio antes de disponer de los resultados del examen del cheque. Por lo tanto, puede usted llamar a su siguiente testigo, señor Medford.

—Teniente Tragg —llamó Medford.

Jamás había parecido Tragg más alerta que en el momento en que ocupó el sitio de los testigos. Manteniendo la actitud del funcionario de policía imparcial y experto que se limita a cumplir con su deber y no siente el menor interés o animosidad por el caso que se discute, Tragg empezó a tejer en torno a Sally Madison una

invisible red de pruebas circunstanciales, y al relatar los detalles de su encuentro con la joven en plena calle y el hallazgo del arma, y de los dos mil dólares en su bolso, lanzó la bomba que con tanto cuidado había preparado Ray Medford.

—Ahora dígame, teniente Tragg —dijo Medford a continuación—, ¿examinó usted el arma por si encontraba alguna huella digital?

—Sí —contestó el teniente de policía.

—¿Y qué descubrió usted?

—Descubrí una serie de huellas digitales lo suficientemente claras y precisas para que pudieran ser identificadas.

—¿De quién eran las huellas?

—Cuatro pertenecían a la acusada.

—¿Y las restantes? —preguntó Medford con un dejo de triunfo en su voz.

—Las otras dos —repuso Tragg con gran calma— eran de la señorita Della Street, la secretaria del abogado Perry Mason, la persona que, a petición del señor abogado defensor, llevó a la señorita Sally Madison al Hotel Kellinger con el propósito de eludir el interrogatorio de la policía.

Una vez pronunciadas las anteriores palabras, Medford lanzó una rápida mirada a Mason, ignorante de que los detectives de Paul Drake habían informado ya al abogado sobre este detalle. Seguramente esperaba que en el rostro del abogado se reflejase una expresión de sorpresa y consternación.

Pero Mason se limitó a lanzar una minada casual al reloj y luego miró con ojos inquisitivos a Medford.

—¿Ha terminado usted ya con el testigo? —preguntó.

—Puede usted interrogarle —repuso Medford con brusquedad mal disimulada.

El juez se apresuró a levantar una mano.

—Un momento —dijo—. Deseo formular una pregunta al testigo. Teniente Tragg, ¿está usted completamente seguro de que las impresiones encontradas en el arma pertenecen a la señorita Della Street?

—Sí, señoría.

—Eso quiere decir que la tal joven tocó el revólver.

—Sí, señoría.

—Perfectamente —exclamó el juez en un tono que demostraba

haber comprendido la gravedad de la situación—. Puede usted interrogar al testigo, señor Mason.

Mason empezó el interrogatorio.

—Me disculpará usted, teniente, si reviso parte de su declaración. Pero, según creo, realizó usted una investigación completa de todos los movimientos de Harrington Faulkner la tarde del día en que fue asesinado. Es cierto, ¿no?

—Desde las cinco de la tarde en adelante —contestó Tragg—. A decir verdad, podemos demostrar todo cuanto hizo desde las cinco de la tarde hasta la hora de su muerte.

—¿Faulkner fue a la tienda de animales de Rawlins poco después de las cinco?

—Sí. Estuvo en el Banco, retiró el dinero y luego se dirigió a la tienda de Rawlins.

—En la que permaneció algún tiempo haciendo inventario, ¿verdad?

—Permaneció en la tienda alrededor de una hora y cuarenta y cinco minutos.

—Y mientras se encontraba en la tienda vio el revólver, ¿no?

—Sí.

—¿Y se lo guardó en el bolsillo?

—Sí.

—Y más tarde, según la teoría de usted, una vez en su casa, sacó el arma y la dejó... ¿tal vez en el lecho?

—El arma la llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón —afirmó Tragg—. Cuando estuvo en su casa se quitó la americana y la camisa y empezó a afeitarse. Lo natural es que se sacara el revólver del bolsillo del pantalón.

—Entonces, ¿cómo no encontraron ustedes ninguna impresión digital del señor Faulkner en el revólver?

Tragg titubeó un momento, hasta que al fin contestó:

—El asesino debió de borrarlas todas.

—¿Por qué?

—Es evidente que lo haría para borrar todas las pruebas de su culpabilidad —repuso Tragg sonriendo levemente.

—Por lo tanto —se apresuró a decir Mason—, si la acusada fuera la autora del crimen y hubiese reflexionado sobre el problema de las huellas digitales lo suficiente como para entretenerse en limpiar

el arma, cuesta creer que luego la hubiese cogido de nuevo sin la menor precaución, echando así por tierra su preocupación anterior, ¿no le parece?

Evidentemente la pregunta sorprendió a Tragg.

—No hay duda de que al hacer esa pregunta usted supone algo, señor Mason —contestó el policía.

—¿Y qué es lo que supongo?

—Supone usted que yo sé lo que pensaba la acusada.

—Ya ha declarado usted algo de lo que pensó el asesino. Ha atestiguado que el asesino borró del arma sus impresiones digitales con el fin de hacer desaparecer las pruebas de su culpabilidad. Ahora yo le pregunto si esa teoría está de acuerdo con la de que Sally Madison cometió el asesinato.

Al teniente no se le escapó la lógica de las palabras de Mason, removiéndose en el asiento como si de pronto se sintiera incómodo.

—¿No le parece más lógica la idea de que la acusada diga la verdad y que recogiera el arma con el único fin de alejarla de la escena del crimen, pues no ignoraba que pertenecía a Tom Gridley?

—Eso lo dejo a criterio del tribunal —contestó Tragg.

—Gracias —dijo Mason sonriendo—. Ahora me gustaría formularle dos o tres preguntas más, teniente Tragg. Según mis noticias, la policía comparte la teoría de que Harrington Faulkner estaba llenando la matriz de ese cheque y se disponía a escribir el nombre de Tom Gridley cuando fue asesinado, ¿no es eso?

—Sí.

—Y ustedes llegan a esa conclusión basándose en la circunstancia de que tan sólo hubiera escrito las tres primeras letras del apellido y en que el talonario de cheques se encontraba en el suelo junto al cadáver, ¿no es cierto?

—Sí. Pero también tenemos en cuenta que la pluma estilográfica cayó al suelo.

—¿Y no supone usted que a la víctima pudiera haberla interrumpido alguna otra cosa?

—¿Qué cosa? —inquirió Tragg—. Me gustaría que me indicase usted qué otra cosa podría haber obligado a un hombre a dejar a medio escribir el apellido del destinatario del cheque.

—¿No podría haber sido el timbre del teléfono? —preguntó Mason.

—No es posible —contestó Tragg—. Es decir, si es que le interesa a usted conocer mi opinión.

—Eso es precisamente lo que le pido: que me dé su opinión —afirmó Mason.

—Si hubiesen llamado al teléfono, el hoy muerto hubiera terminado de escribir la palabra «Gridley» antes de acudir a contestar. Tampoco hubiera dejado caer al suelo el talonario de cheques y la pluma.

—Eso quiere decir, por tanto, que lo que evitó que la víctima concluyera de escribir el apellido «Gridley» fue el tiro que puso fin a su vida, ¿no es eso?

—Soy de opinión que no podemos llegar sino a esa conclusión.

—¿Ha hablado usted, teniente, con un señor llamado Charles Menlo?

—Sí.

—Y sin que esto sea anticipar el testimonio del señor Menlo, ¿sabe usted que ese señor declarará cuando le llegue el momento que se encontraba hablando con el muerto por teléfono cuando alguien, al parecer la acusada, entró en la casa y fue despedida por el señor Faulkner?

—Todo eso es muy irregular —declaró de pronto Medford.

—Pues yo creo que el señor abogado defensor no hace más que procurar ahorrar tiempo —manifestó el juez—. ¿Desea protestar contra esa pregunta?

—No, señoría. No tenemos la menor duda en lo que respecta al testimonio del señor Menlo.

—Así es —respondió Tragg a la última pregunta de Mason.

—En consecuencia —siguió Mason—, si fue la acusada quien penetró en la casa en aquel instante...

—Ella misma lo admite —afirmó Tragg—. Su propia declaración escrita así lo dice.

—Exactamente —dijo Mason—. Y si la acusada encontró la puerta abierta, entró en la casa, donde encontró a Harrington Faulkner en el dormitorio hablando por teléfono, y si Faulkner trató entonces de despedirla, y ella como respuesta cogió el revólver y le mató de un tiro, no es posible que le matara cuando él estaba llenando la matriz del talonario en el cuarto de baño. ¿Es o no cierto lo que digo?

—Un momento. ¿Qué ha dicho usted? —exclamó Tragg.

—Está bien claro, teniente Tragg —contestó Mason—. La teoría de la policía es que Faulkner estaba telefoneando cuando Sally Madison entró en la casa. Faulkner tenía aún un poco de jabón en el rostro. El grifo del agua caliente de la bañera estaba abierto. El viejo ordenó a la muchacha que se retirara. Entre ambos se produjo una lucha. Entonces la joven descubrió el revólver sobre la cama y, sin dudar un segundo, lo cogió y disparó un tiro contra Faulkner. Ahora bien, si Sally Madison le mató mientras luchaba con él en el dormitorio, entonces no le asesinó mientras llenaba el cheque en el cuarto de baño. ¿No es usted de mi misma opinión?

—No —replicó Tragg, quien al cabo de un instante añadió—: Me alegro de que haya traído usted eso a colación, pues de este modo el homicidio se convierte en un asesinato con premeditación y alevosía, en vez de poderse considerar como realizado en un momento de obcecación e ira.

—¿Y cómo llega usted a esa deducción? —preguntó Mason.

—Porque Faulkner debió de regresar al cuarto de baño y comenzar a llenar la matriz del cheque, instante que ella aprovechó para asesinarle a sangre fría.

—¿Ésa es su teoría actual? —preguntó Mason.

Tragg sonrió.

—No, es la suya, señor Mason, y empiezo a creer que es bastante acertada.

—¿Y al caer herido por efecto del disparo, Faulkner derribó la mesa sobre la que estaba colocada la pecera que contenía los pececillos?

—Eso es, señor Mason.

—Sin embargo, en la bañera había una cazuela de barro y un pececillo. ¿Cómo explica usted esto?

—Supongo que uno de los pececillos debió de caer en la bañera.

—No olvide usted, teniente, que en aquel momento Faulkner estaba llenando la bañera con agua caliente. ¿Cuánto tiempo cree usted que hubiera vivido el pececillo en el agua caliente, y cómo explica al mismo tiempo que la cazuela de barro fuera a parar a la bañera?

Tragg frunció el ceño, reflexionó un segundo y al cabo repuso:

—No soy adivino.

Mason sonrió amablemente.

—Gracias por su concesión, teniente. Tenía miedo de que tratara usted de pasar por tal... sobre todo en lo que se refiere a las huellas digitales de Della Street en el revólver. Esas huellas digitales podían encontrarse en el revólver desde antes del asesinato.

—No lo ha explicado usted así —contestó Tragg—. El asesino debió de limpiar el arma borrando todas las impresiones digitales.

—En ese caso, el asesino no pudo ser la señorita Sally Madison. Tragg volvió a fruncir el ceño.

—Me gustaría reflexionar sobre ello —afirmó.

Mason hizo una leve inclinación de cabeza en dirección al juez.

—Aquí termino mi interrogatorio. Desearía dejar que el teniente reflexione... bastante sobre el caso.

—Llame usted a su próximo testigo —ordenó el juez a Medford.

—Louis G. Corning —gritó Medford—. Haga el favor de venir aquí.

Corning, el perito de la policía que había levantado las huellas digitales de los diversos objetos existentes en el hogar de los Faulkner, hizo una declaración completa de todo lo que había descubierto, concediendo una especial atención a las impresiones digitales de Sally Madison, que había encontrado en el asa del maletín hallado debajo de la cama. La huella digital fue presentada como prueba y marcada: «I. D. núm. 10».

—Puede interrogar al testigo —dijo Medford dirigiéndose a Perry Mason en cuanto Corning hubo identificado, sin dejar lugar a dudas, las huellas digitales de Sally Madison.

—¿Por qué motivo empleó usted el método de levantar las huellas digitales? —preguntó Mason al hombre.

—Porque era el único método que podía utilizarse —replicó el hombre en tono de desafío.

—¿Quiere usted decir con eso que no podía emplear otro?

—Quiero decir sencillamente que ningún otro sistema hubiera dado resultados prácticos.

—¿Qué significa eso?

El testigo se apresuró a responder:

—Los abogados defensores tratan siempre de hacer pasar un mal rato a los peritos que suelen levantar las huellas digitales. Pero cuando nos hacen intervenir en casos como el de ahora, no queda

otro remedio que hacerlo. El procedimiento de levantarlas nos permite realizar un examen completo y a conciencia de las mismas, procedimiento que evita los errores que se producen en ocasiones cuando se trabaja de prisa... cosa que ocurre si uno tiene que examinar y clasificar en poco tiempo gran cantidad de huellas ocultas.

—Una vez levantadas esas impresiones, ¿le llevó mucho tiempo examinarlas?

—Tuve que trabajar en ellas bastante horas.

—¿Encontró usted la impresión digital de la acusada (la que ha sido presentada como prueba I. D. núm. 10) en el asa del maletín que también ha sido presentado como prueba?

—Sí.

—¿Cómo sabe usted que la encontró en el maletín?

—¿Cómo cree usted que puedo saberlo?

Mason sonrió.

—Responda a la pregunta —ordenó el juez al testigo.

—Lo sé porque en un sobre escribí «Impresiones digitales del maletín». A continuación cubrí de polvo el maletín y allí donde encontraba una huella oculta, la levantaba y la guardaba en ese sobre.

—¿Qué hizo usted con los sobres?

—Los guardé en mi cartera.

—¿Y qué hizo usted con la cartera?

—Aquella noche me la llevé a mi casa.

—¿Qué hizo usted con ella una vez en su casa?

—Estuve trabajando en algunas de las huellas.

—¿Encontró la I. D. número diez esa noche?

—No. No la encontré hasta la mañana siguiente.

—¿Dónde se encontraba usted cuando la encontró?

—En mi despacho.

—¿Fue usted directamente de su casa al despacho?

—No.

—¿Dónde fue?

—Por orden del teniente Tragg me dirigí a casa de James L. Staunton.

—¿Qué hizo usted en esa casa?

—Tomé algunas huellas digitales en una pecera.

—¿También por el sistema de levantarlas?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted con esas nuevas impresiones digitales? — preguntó ahora Mason.

—Las metí en un sobre en el que había escrito: «Impresiones levantadas de la pecera que hay en casa de James L. Staunton».

—¿Ese sobre también se lo guardó usted en la cartera?

—Sí.

—¿No es posible que cometiera usted una equivocación y que una de las huellas digitales de la acusada, recogida de la pecera, fuera colocada impensadamente en el sobre que decía: «Impresiones digitales del maletín»?

—¡No diga tonterías! —respondió desdeñosamente el perito.

—No digo tonterías —replicó Mason—. Acabo de formularle una pregunta.

—Pues la respuesta es un rotundo no.

—¿Quién se encontraba presente cuando tomó usted esas huellas digitales?

—Nadie, salvo el individuo que me había hecho pasar.

—¿El señor Staunton?

—El mismo.

—¿Cuánto tiempo tardó usted en tomarlas?

—De veinte a treinta minutos.

—¿Luego se dirigió usted a su oficina?

—Sí.

—Una vez en ella, ¿cuánto tiempo tardó usted de revisar las impresiones digitales recogidas y encontró esta prueba señalada como I. D. número diez?

—Unas tres horas.

—Eso es todo. Nada más —dijo Mason.

Cuando el testigo se hubo retirado, Mason dijo dirigiéndose al juez:

—Señoría, ahora creo conveniente solicitar el aplazamiento que el tribunal me ofreció antes. Prefiero conocer el resultado del examen del cheque en blanco antes de continuar con el interrogatorio de los testigos.

—Se levanta la sesión hasta mañana a las diez de la mañana — anunció inmediatamente el juez—. Y para acelerar el

procedimiento, el tribunal ha solicitado del perito que tiene en su poder el cheque que comunique inmediatamente a las partes el resultado de su investigación. Hasta mañana a las diez.

Sin alterar en absoluto la impasible expresión de su rostro, Sally Madison dijo a Perry Mason:

—Gracias.

El tono de su voz fue tan tranquilo e impersonal como si le hubiera dado las gracias por haberle encendido un cigarrillo u otro servicio semejante. La joven no esperó a que Mason le respondiera. Se puso en pie y salió escoltada por dos policías.

XVIII

Cuando Mason detuvo su coche ante la residencia de Wilfred Dixon, el sol de la tarde proyectaba la sombra de las palmeras sobre el césped del jardín. El abogado subió los escalones del pórtico y pulsó el timbre.

Wilfred Dixon en persona abrió la puerta. En su rostro había una expresión de profunda seriedad.

—Buenas tardes, señor Mason —dijo.

—Heme ya de vuelta —respondió Mason.

—Estoy muy ocupado en este momento.

—Traigo más fichas —anunció Mason—, y quiero volver a tomar parte en el juego.

—Tendré mucho gusto en complacerle. ¿Le parece bien a las ocho, señor Mason?

—No estoy conforme —anunció Mason—. Es ahora cuando quiero hablar con usted.

Dixon hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Lo siento, señor Mason.

—La última vez que nos encontramos, lancé un farol y me lo aceptó usted —dijo Mason—. Ahora traigo más fichas y me parece que mis cartas son mejores.

—¿Está usted seguro?

Mason continuó:

—Recuerdo perfectamente nuestra charla y me produce verdadera admiración la habilidad con que consiguió usted hacerme creer que no tenían intención de comprar la parte de Faulkner en la sociedad: sólo les interesaba vender.

—¿Y qué conclusiones saca usted de eso, señor Mason? —preguntó Dixon, que parecía decidido a cerrar la puerta.

—La treta era bastante hábil —continuó Mason—. Pero la verdadera razón de que estuvieran ustedes interesados en la bala

que Carson ocultó en la pecera, tenía que ser forzosamente que deseaban poseer algún ascendiente sobre él, y la única razón que se me ocurre es que usted o Genevieve dispararon, o bien, que deseando ustedes comprar la parte de Faulkner, querían tener a Carson en un puño para echarle de la compañía sin que él tuviera medios de defenderse.

—Señor Mason, temo que su razonamiento sea completamente erróneo. Sin embargo, tendré mucho gusto en conversar con usted.

Mason continuó:

—Y a fin de que el trato resultara satisfactorio desde el punto de vista del impuesto sobre la renta, convinieron ustedes en dar a Faulkner un cheque de veinticinco mil dólares, a más del precio convenido, haciendo que él les entregara la misma cantidad en efectivo.

Wilfred Dixon parpadeó tres veces consecutivas.

—Entre usted —dijo—. La señora Genevieve Faulkner está en casa en este momento. No quisiera molestarla, pero lo mejor es que terminemos de una vez para siempre con este asunto.

—Será lo mejor —asintió Mason.

El joven siguió a Dixon hasta el interior de la casa, saludó a Genevieve Faulkner, tomó asiento en un sillón y encendió un cigarrillo. Luego dijo:

—Después de haber recibido los veinticinco mil dólares de Faulkner, que eran la consecuencia de un convenio fraudulento, puesto que se trataba de defraudar al fisco, entregaron ustedes a Sally Madison dos mil dólares sacados de los veinticinco mil de marras. Ahora bien, esto significa que ustedes se vieron con Faulkner en esta casa o en cualquier otro sitio, después que Sally Madison salió de casa de Faulkner y antes de que ustedes entregaran ese dinero a la joven.

Dixon movió la cabeza y miró sonriendo a Genevieve Faulkner.

—¡No sé adónde quiere ir a parar este hombre, Genevieve! —dijo con toda calma—. Al parecer, está desarrollando una teoría de última hora con el fin de lograr la absolución de su cliente. Me ha parecido que lo mejor era que le oyese usted.

—Debe de estar loco —declaró Genevieve Faulkner.

—Vamos a examinar las pruebas —dijo Mason—. Faulkner estaba muy interesado en asistir a un banquete en el que expertos

en piscicultura pronunciarían discursos, y donde hablaría con otros aficionados a la cria de peces. Tenía tanta prisa, que ni siquiera quiso entretenerse en discutir con Sally Madison. Despidió a la joven apresuradamente. Quería tomar un baño y abrió el grifo de la bañera. Luego empezó a afeitarse. Pero antes de que tuviera tiempo de limpiar la maquinilla de afeitar y de tomar el baño, sonó el teléfono. Lo que dijeron por teléfono debió de ser de gran importancia para Faulkner, pues le hizo olvidar su baño, ponerse la camisa, la corbata y la americana, y salir de estampía para encontrarse con quien le había telefonado, que debió de ser usted, Dixon o Genevieve, o bien ambos a la vez. Faulkner entregó los veinticinco mil dólares y regresó a su casa. Se le había pasado ya la hora de asistir al banquete. Y el agua, caliente cuando llenó la bañera, se había enfriado.

»Harrington Faulkner tenía otra cita importante, pero disponía de una hora. Entonces decidió emplear ese tiempo en curar a un pequeño pez que padecía una infección en la cola. El tratamiento de esa enfermedad consiste en meter el pez en agua común mezclada con agua oxigenada. Faulkner se quitó una vez más la americana y la camisa, cogió una cazuela de barro de la cocina, la llenó de agua, a la que añadió cierta cantidad de agua oxigenada, introdujo el pez en el líquido, y cuando hubo terminado el tratamiento, puso el pez en la bañera. En aquel momento, Faulkner recordó que había entregado un cheque de mil dólares a la orden de Tom Gridley, olvidándose de anotar tal entrega en la matriz de su talonario. Esto significaba que no había descontado esa cantidad de su cuenta bancaria. Debido a los veinticinco mil dólares, retirados, el saldo de su cuenta tenía que haber mermado considerablemente y deseaba estar seguro de no cometer un error. Así que sacó el talonario de cheques y su estilográfica y buscó una revista para apoyar la libreta en ella. Vio que no bastaba una sola revista y cogió otras dos, no moviéndose del cuarto de baño mientras efectuaba aquella anotación, pues seguramente tendría que seguir tratando al pez enfermo. Estaba escribiendo cuando le mataron.

Dixon lanzó un bostezo.

—Me parece que no conseguirá usted mucho con esa teoría, señor Mason —dijo.

—Pues yo opino que una vez que la policía empiece a interrogar

a la señora Genevieve Faulkner de acuerdo con esta teoría, la obligarán a entregar esos otros veintitrés mil dólares y a prestar una declaración que lo aclare todo, o, de lo contrario, registrarán la casa y hallarán el dinero.

Dixon, con la mayor cortesía, se encaminó hacia el teléfono.

—¿Quiere usted que yo mismo llame a la policía y le explique la teoría que usted sustenta?

Mason le miró de hito en hito.

—Sí —contestó—. Y cuando contesten, pida que le pongan en comunicación con el teniente Tragg.

Dixon movió la cabeza con expresión de pesadumbre.

—Usted trata de tenernos entre sus manos, Mason. Pensándolo bien, he decidido no seguir interviniendo en este asunto.

Mason sonrió.

—Ha lanzado usted un farol, lo mismo que yo lo lancé ayer, y esta vez soy yo el que se lo acepta. Cuando me obligó usted a mostrar mis cartas, yo no dudé en llamar por teléfono a Tragg. Ahora ha de ser usted un buen jugador y obrar igual que yo.

—Tiene usted demasiados deseos de que le obedezca —replicó Dixon volviendo a sentarse en su silla.

—Perfectamente. Si usted no lo hace, lo haré yo —declaró Mason.

—Como quiera.

Mason se dirigió hacia el teléfono, y antes de llegar a él dijo:

—Lo que le ha perdido a usted es ese cheque de mil dólares destinado a Tom Gridley. No quería usted comprar el negocio y verse luego obligado a resolver una cuestión que no le correspondía. Así que telefoneó a Gridley preguntándole si aceptaba mil dólares. Gridley respondió en sentido afirmativo. Y usted le hizo firmar a Faulkner un cheque por esa cantidad y se lo envió a Gridley. Pero cuando Faulkner fue asesinado, comprendió que era necesario recobrar el cheque. No se dio cuenta de que jugaba con la vida de Sally Madison. Sólo vio que si podía evitar que se supiera que Faulkner había estado aquí, se encontraría en condiciones de guardarse esos veintitrés mil dólares en efectivo y de poder comprar el negocio de Faulkner al precio que le viniera en gana.

—¡Vamos, señor Mason! —exclamó Dixon—. Está usted hablando en presencia de un testigo. Mañana le demandaré por

difamación. Debe usted de basar en algo ese cuento fantástico.

—Mi cliente me ha dado su palabra —le aseguró Mason.

Dixon sonrió.

—Es usted muy sensible a los encantos femeninos, y eso es raro tratándose de un abogado veterano.

—También soy lo suficientemente despierto para hacer deducciones. Esta mañana, muy temprano, fue usted al bar de la esquina para tomar su desayuno. Permaneció usted en el establecimiento una hora, tiempo, a mi juicio, excesivo para tomar un ligero desayuno. Al venir, he echado una ojeada a ese establecimiento y he visto que en él hay un buzón. La primera recogida se hace a las siete y cuarenta y cinco de la mañana. Creo que el cartero encargado de la recogida podrá atestiguar que esta mañana se le acercó usted para contarle una historia y al mismo tiempo para sobornarle. Había echado usted en el buzón una carta para Thomas Gridley. El sobre contenía un cheque en el que había un error. Deseaba usted rectificar ese error. Y convenció al cartero de su identidad y de otras cosas... Todo esto no es más que un presentimiento mío, pero cuando juego al póker hago caso, por lo regular, de los presentimientos. Y ahora voy a llamar al teniente Tragg.

Tras marcar el número de la central, Mason dijo:

—Con la policía. Un caso urgente.

Durante un momento, en la habitación reinó el más absoluto silencio. Luego, de pronto, se oyó el ruido que produjo una silla al caer. Mason miró por encima de su hombro y distinguió la atlética figura de Dixon que se le venía encima.

El abogado soltó el aparato, giró sobre sus talones y echó la cabeza hacia un lado.

El puñetazo de Dixon rozó la mandíbula del joven, cuyo puño derecho se hundió en el abdomen del otro. Y cuando Dixon se dobló, Mason le aplicó un tremendo directo.

El dueño de la casa cayó pesadamente al suelo, quedando tendido cuan largo era.

La señora Genevieve Faulkner continuaba sentada tranquilamente. Tenía las piernas cruzadas, los párpados entornados y una expresión pensativa en su rostro.

—Veo que no se anda usted con chiquitas, señor Mason —dijo la

dama—. Pero siempre me han gustado los hombres que saben cuidar de sí mismos. Creo que los dos podríamos ahora hablar de negocios.

Mason no se dignó contestar. Cogió de nuevo el auricular y dijo:

—¿La Jefatura de Policía? Póngame inmediatamente en comunicación con el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios.

XIX

Cuando el teniente Tragg se presentó en la oficina de Mason, eran más de las siete.

—Hay algunas personas que nacen con suerte —dijo el recién llegado—. Otras la ganan a pulso, y a otras se les viene a las manos.

Mason hizo signos de asentimiento.

—Tuve que colocarlo en una bandeja de plata para ofrecérselo a usted, ¿no es verdad?

La sonrisa que jugueteaba en los labios del policía se desvaneció como por encanto.

—Me refería a usted —dijo—. Le aseguro que lo hice contra mi voluntad, Mason, pero me ha jugado usted tantas malas pasadas, que cuando se puso usted en mis manos no me quedó otra alternativa que proporcionarle un disgusto.

—Ya lo sé —contestó Mason—. No le censuro por ello. Tome usted asiento.

El abogado le ofreció su pitillera.

—Perfectamente —continuó Tragg—. Ya tenemos casi terminado el asunto. Dejaremos en libertad a su vampiresa. Supongo que usted querrá presenciar la ceremonia.

—Naturalmente —contestó Mason.

—No me extraña lo más mínimo. Resultará impresionante. Lo malo de todo esto es que aún no tengo nada convincente que presentar al fiscal.

—Dígame lo que ha averiguado.

—Preferiría que fuera usted el que me contara cómo averiguó lo ocurrido —dijo Tragg.

—Le ocultamos algo, teniente.

—¿El qué?

—Supuse que Carson debió de coger la bala del escritorio de Faulkner, arrojándola al interior de la pecera por encima de su

hombro —empezó Mason—. La única razón para hacer una cosa así era proteger a la persona que disparó ese tiro.

—¿Sugiere usted que él fue el asesino?

—No —repuso Mason—. Sugiero que el asesino es otra persona y que él deseaba proteger a esa persona.

—¿Quién era esa persona?

—Cuando la noche del asesinato fuimos a casa de Faulkner, la señora Faulkner llegó en su automóvil apresuradamente —explicó Mason—. Parecía trastornada. Por el olor de los gases del escape, deduje que la toma de aire del motor debía estar casi completamente abierta. Eso significaba que la mujer había hecho correr su coche con el motor frío, lo cual, a su vez, quería decir que no venía de muy lejos. Paul Drake examinó el coche y descubrió que el cenicero estaba vacío. Las personas nerviosas, cuando han de esperar mucho tiempo dentro de su automóvil, vacían siempre el cenicero.

Tragg asintió.

—Es cierto —dijo—. Así me sucede a mí.

—Drake encontró el lugar en que había sido vaciado el cenicero. Desde él se veía perfectamente la fachada de la casa de Faulkner.

—¿Quiere usted decir que la señora Faulkner estaba esperando a que llegaran ustedes?

—Eso es lo que creí al pronto —contestó Mason—, y por poco dejo condenar a mi cliente, pues no se me ocurrió entonces la verdadera solución.

—¿Y cuál es esa solución?

—Desde luego, yo estaba en lo cierto al suponer que la señora Faulkner había recorrido en su automóvil una distancia en extremo corta —explicó el abogado—. La tarde que nos ocupa, aunque más temprano de lo que yo me figuraba, el coche de la señora Faulkner permaneció estacionado en el sitio donde fue vaciado el cenicero. Pero yo saqué de esto una conclusión errónea. Aquel estacionamiento se llevó a cabo mucho más temprano de lo que pensé al principio. Fue entre las cinco y las siete, y no a la hora en que llegamos Sally y yo.

—¿Y por qué se estacionó allí a esa hora de la tarde?

—Pues porque el esposo de la señora Faulkner había salido, y Elmer Carson aprovechó su ausencia para penetrar en la oficina y

buscar la bala en cuestión. Mientras, Jane Faulkner, que había tratado de librarse de su marido pegándole un tiro, permaneció allí de guardia, vigilando la entrada de la casa y dispuesta a hacer sonar el claxon si su marido regresaba inopinadamente. En tal caso Carson se habría deslizado por la puerta trasera, alejándose de allí en compañía de la señora Faulkner, en el automóvil de ésta.

Tragg miró a Mason con los párpados entornados.

—¿Está usted seguro de que la señora Faulkner disparó contra su marido? —preguntó.

—Completamente seguro —contestó Mason—. Lo de la medicina contra el insomnio fue una coartada. Esperó en el lugar por donde su esposo debía pasar en el coche. Estaba dispuesta a disparar, saltar a su propio coche, tomar un narcótico rápido, regresar a su casa, desnudarse y meterse en la cama. Fue ella la que hizo el disparo contra su marido pero no tuvo en cuenta lo difícil que es hacer blanco en un coche en movimiento. Erró la puntería por algunas pulgadas. La evidencia demuestra que Carson trató de proteger a la persona que cometió el atentado. Es seguro que Carson no lo cometió. En este caso, ¿quién podía ser la persona que lo llevó a cabo y a quién Carson deseaba proteger? Yo debí sospecharlo en cuanto vi llegar a la señora Faulkner a toda prisa y con el motor frío. Deseaba entrar en la casa antes de que su marido regresara del banquete, no porque hubiera estado vigilando desde el sitio en que encontramos las colillas, sino porque había pasado la tarde y parte de la noche en los brazos de Elmer Carson, el cual vive a menos de cuatro manzanas de la casa de Faulkner.

—Todo eso no tiene sentido —exclamó Tragg, que había estado mirando al suelo y reflexionando.

—¿Qué es lo que no tiene sentido, Tragg?

—Esa tentativa de conseguir la bala cuando sabían que Faulkner iba a estar fuera de su casa a partir de las ocho y media. Habrían esperado hasta entonces.

—No estoy de acuerdo —declaró Mason—. Sabían perfectamente que Faulkner permanecería en la tienda mientras durara el día. Ellos tenían que vaciar el depósito para buscar la bala, que no habían hallado, mientras hubiera luz de sol. Si Faulkner, al volver a su casa encontraba encendidas las luces de su oficina, los descubriría. Recuerde usted que en las ventanas no

había cortinas, sino persianas que dejaban pasar la luz.

—Muy bien —admitió Tragg—, y estaba usted en lo cierto en lo tocante a Dixon. Telefonaron a Faulkner a las ocho y media para decirle que estaban dispuestos a llegar a un acuerdo, pero que tenía que visitarlos llevando los veinticinco mil dólares, y que si no llegaba a la hora justa, no habría negocio. Lo que no comprendo es por qué pagó ese dinero en efectivo y por qué confió en que Dixon llevaría adelante el negocio.

—No le quedaba otra solución —afirmó Mason—. Además, estaba seguro de que Dixon quería comprar su parte en la sociedad.

—Bien, el caso es que Faulkner dejó todo lo que tenía entre manos para ir corriendo a la cita. En cuanto llegó, le recordaron lo concerniente a Tom Gridley. Temían las demandas judiciales. Así que Dixon llamó a Gridley para decirle que Faulkner le mandaría por correo un cheque de mil dólares. Pero me quedaba una cosa por aclarar. ¿Cómo se enteraron Dixon y Genevieve Faulkner de lo de la bala?

Mason contestó:

—¿Y cómo estaban enterados de todo lo demás que ocurría en la oficina? Sólo hay una respuesta: Alberta Stanley, la secretaria. Trabajaba para Dixon, y cuando le contó lo de la bala, éste dedujo lo que había sucedido. Igual que lo deduje yo al enterarme.

Tragg hizo un ademán de asentimiento.

—Naturalmente. La Stanley es la clave de los enigmas.

—¿Qué hay de lo del cheque? —preguntó Mason.

—Tenía usted razón —contestó sonriendo el policía—. Ése era el punto flaco de la armadura de Dixon. Es cierto que convenció y sobornó al cartero para que le entregara la carta con el cheque. Pero todavía no me es posible acusar de asesinato a Wilfred Dixon.

—¿Acusar a Dixon de asesinato? —exclamó Mason.

—Sí.

—No puede usted acusarle —le informó Mason—. Reflexione un poco, Tragg. La persona que asesinó a Faulkner se presentó en la casa de éste. Halló a Faulkner ocupado en curar a un pez de una infección en la cola. Consiguió que Faulkner interrumpiera el tratamiento del animal enfermo y que fuera a buscar su pluma a fin de extender o firmar un documento. Después de haberlo escrito, Faulkner, que aún tenía la pluma en la mano, recordó el cheque de

Gridley y decidió llenar la matriz para cubrir la cantidad de su saldo. Así que arrancó el cheque del talonario, comenzó a escribir la matriz... y entonces fue asesinado a sangre fría por la persona que ya se disponía a irse y cuyos ojos tropezaron por casualidad con el revólver de Gridley, que estaba sobre la cama... Ese individuo no pudo resistir a la tentación de usar el arma. Faulkner cayó muerto, derribando la pecera al caer. La pecera se rompió, pero uno de sus fragmentos contenía aún un poco de agua, y el pececillo que quedó en ese fragmento vivió allí hasta agotar la provisión de oxígeno. Luego, moviéndose convulsivamente, el pececillo cayó al suelo. Ese pececillo constituye para nosotros una prueba de que el crimen se cometió a las nueve y media, y ya recordará usted que Faulkner dijo que a esa hora tenía una cita. En cuanto a Wilfred Dixon y a Genevieve Faulkner, eran capaces de arreglar perfectamente sus libros a fin de que hubiera una ganancia de veinticinco mil dólares que no figurase en su declaración para el pago del impuesto sobre la renta. También eran capaces de apretar los tornillos a Faulkner a fin de obligarle a vender, de apoderarse de la bala que Carson tiró a la pecera y de obligar a éste a que les vendiera su parte en el negocio por una fracción de su valor. Pero no pertenecen al tipo de los que matan sin motivo. En cuanto consiguieron de Faulkner los veinticinco mil dólares, perdieron todo interés por su muerte. Al principio no se dieron cuenta de que, con su silencio, condenaban a Sally Madison. Y cuando se la dieron, se hallaban tan metidos en el asunto que nada podían hacer por variar las cosas. Si Dixon decía la verdad, se habría visto envuelto, junto con Genevieve, en una causa por fraude. Así que decidieron guardar silencio. Pero les aseguro que no fueron ellos los que siguieron a Faulkner hasta su casa para asesinarle.

—Pero entonces... ¿quién diablos fue? —preguntó Tragg.

—Piense un poco —continuó Mason—. Recuerde que en la revista hay una mancha de tinta. ¿De dónde puede haber salido esa mancha? De una estilográfica casi vacía. Y recuerde que James L. Staunton recibió de manos de Faulkner un documento que éste enseñó cuando usted empezó a apretarle las clavijas, pero que no quiso mostrarme a mí cuando yo le interrogué. ¿Por qué no quiso? Porque, probablemente, la tinta estaba aún húmeda, y porque la pluma que sacó Faulkner del bolsillo manchó también uno de los

bordes del documento.

Tragg se puso en pie de un salto y cogió su sombrero.

—Gracias, Mason —murmuró.

—¿Es cierto que tenía una mancha de tinta la declaración firmada por Faulkner que usted vio? —preguntó el abogado.

—Sí, en uno de los bordes. Y yo soy tan idiota que no mandé analizar la tinta. En cuanto me entregaron el documento debía haberlo hecho analizar, y entonces se habría puesto de manifiesto que fue escrito el día anterior y no cuando Faulkner llevó los peces a Staunton. Temo que al ver entre mis manos una joven que llevaba en su bolso el arma homicida, me aluciné por completo, olvidándome de indagar a fondo los hechos.

—Esa es la dificultad de ser policía —convino Mason—. Sobre ustedes cae la responsabilidad de conseguir las pruebas que justifiquen una condena. Después del arresto, los policías deben dedicar todas sus energías a descubrir las pruebas que aseguren la condena de la persona detenida. Si no las consiguen, entonces tienen disgustos con el fiscal.

Tragg asintió con un leve movimiento de cabeza, y a medio camino de la puerta, se volvió para preguntar:

—¿Y esa huella digital? Me refiero a la I. D. número 10.

—Esa huella demuestra el peligro de levantarlas —contestó Mason—. Al parecer, Staunton es un hombre en extremo astuto. Estando en su casa Sally Madison y el sargento Dorset, éste debió de comentar que andaban levantando impresiones digitales en el lugar del crimen. Después de que se retiraron los visitantes, Staunton, que debe de conocer el procedimiento y sabía que las impresiones digitales de Sally Madison estaban en la pecera, pues la joven había tratado a sus pececillos, se dedicó a levantar una de las que había en el cristal, teniéndola preparada para cuando se presentara una ocasión de agregarla a las recogidas por la policía en la escena del crimen. La ocasión se presentó. Corning fue a casa de Staunton para tomar las impresiones del dispositivo, y Staunton aprovechó la ocasión. Mientras Corning estaba ocupado en la pecera, completamente absorto en su trabajo, Staunton reparó en la colección de sobres que el otro había sacado de su cartera y colocó la impresión digital de Sally en donde le pareció que más podía comprometer a la joven.

—No creo que le fuera posible hacer tal cosa —dijo Tragg.

—Pregúnteselo a él mismo —repuso sonriendo Mason—, y añada que he encontrado sus propias impresiones digitales en la tarjeta I. D. número 10.

—¿Y por qué iba a matarle Staunton? —preguntó Tragg tras haber reflexionado durante un momento.

—¡Averígüelo usted! —respondió Mason en tono de aburrimiento—. ¡Por Dios! ¿Es que quiere que yo le haga todo el trabajo? Faulkner y Staunton eran socios en un negocio de minas que llevaban en secreto. Le apuesto lo que quiera a que Faulkner tenía al otro en un puño. Dixon acababa de obligarle a que le vendiera su negocio a muy bajo precio, y Faulkner, probablemente tenía intención de descargar sus pérdidas sobre Staunton. ¡Yo no sé nada de eso, y no me pagan para que lo averigüe! Mi trabajo era sacar de la cárcel a Sally Madison, y eso lo he conseguido. Ahora, Della y yo nos vamos a dar una vuelta. Cenaremos y tal vez tomemos una copa.

—¡Deseo que se diviertan mucho! —dijo Tragg— ¿Adónde irán?

Mason entregó al teniente un trozo de papel en el que había escrito los nombres de tres clubs nocturnos.

—Estaremos en uno de estos tres establecimientos. Pero no nos llame si no es para hablarme de la confesión de Staunton o bien para indicarnos la hora en que dejará en libertad a Sally Madison. No nos gustaría que nos molestara para asuntos de poca monta.

XX

La orquesta ejecutaba un vals de otros tiempos. Habían apagado las luces y los reflectores lanzaban un haz azul sobre la pista de baile. Los bailarines parecían danzar al aire libre, iluminados por una luna de verano.

Mason rozó con sus labios la mejilla de Della Street.

—¿Está usted contenta? —le preguntó.

—Sí, querido —repuso suavemente la joven—. ¡Y es tan delicioso no tener que ir a la cárcel!

Un camarero se les acercó apresuradamente y cambió una mirada con Mason, al que hizo una seña.

Mason guió a Della Street hasta el extremo de la pista.

—¿De qué se trata? —preguntó al camarero.

—Ha llamado un tal teniente Tragg —contestó el camarero—. Dice que pertenece a la Brigada de Homicidios, y suplicó que le dijera que ha ganado usted la partida y que Sally Madison será puesta en libertad a medianoche. Si desea usted hablar con él...

Los labios de Mason se dilataron en una sonrisa.

—¿Está esperando? —preguntó.

—Sí.

—Pues haga el favor de darle las gracias. Dígale que asistiré a la ceremonia de la puesta en libertad, pero que en este momento tengo una ocupación muy agradable y no puedo hablar con otra persona que con mi socia.

El camarero se alejó, y Mason condujo de nuevo a Della hasta el centro de la pista.

—Esa pobre Sally se hubiera dejado matar por salvar el hombre que ama —afirmó Mason.

Della miró a su jefe.

—No creo que se la deba censurar por eso... Es... lo eterno femenino.

—No deja de ser sorprendente que se encuentre tanta lealtad en las Sally Madison de este mundo como en las mujeres que han vivido siempre a tenor de los convencionalismos sociales —opinó el abogado.

La joven bajó los ojos.

—Las mujeres somos así, jefe —murmuró Della—. Siempre estamos dispuestas a hacer lo que sea por el hombre que amamos... lo que sea.

Y añadió apresuradamente:

—¿Qué hora es, señor Mason? No debemos llegar tarde a la cárcel.

—No nos retrasaremos, Della —repuso Mason rodeándola por el talle al concluir el baile—. Incluso creo —prosiguió al encenderse las luces y echar a andar hacia su mesa— que como el teniente Tragg nos está tan agradecido, es muy capaz de aplazar la ceremonia hasta que nosotros nos presentemos. Y una advertencia, Della, la próxima vez que salga usted con una vampiresa, fíjese primero en su bolso.

Della Street rompió a reír.

—Así lo haré —contestó—. Tanto usted como yo aprendemos un poco en cada aventura... de todo menos prudencia.

—Y eso es precisamente lo que me satisface —afirmó Mason subrayando sus palabras con una amplia sonrisa.

FIN



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los seudónimos A.

A. Fair,

Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (*El caso de la mecanógrafa*

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el seudónimo A.

A. Fair,

varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.